

IES
IB 7

JUAN

UTÓNOMA DE NUEVO

GENERAL DE BIBLIOTEC

CC

SINUÉS



ARRACIONE
DEL HOGAR

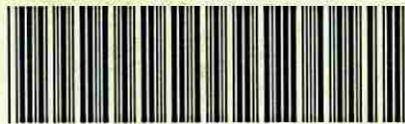
segunda

serie

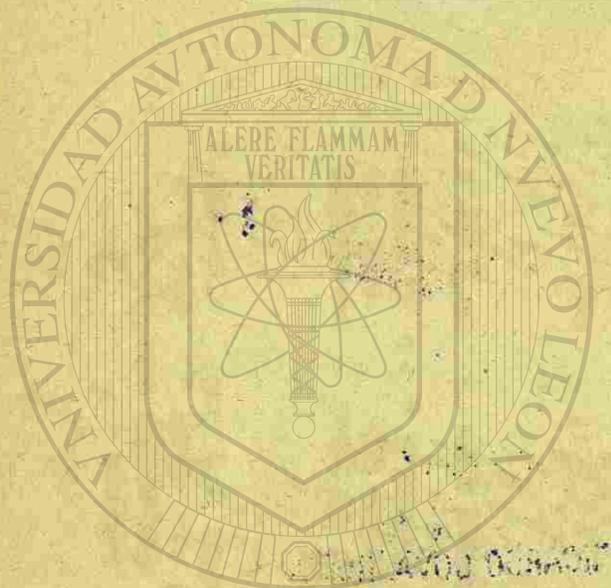
P06567

S5

N37



1020027432

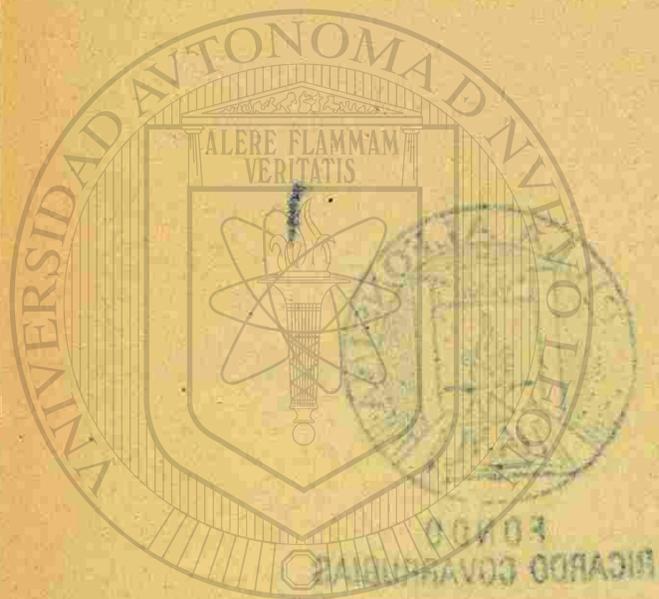


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NARRACIONES DEL HOGAR

SEGUNDA SERIE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. CC 5618/na
Núm. Autor 33863
Núm. Adg. -8-
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

NARRACIONES DEL HOGAR

SEGUNDA SERIE

(ANTES CUENTOS DE COLOR DE CIELO)

RICARDO COVARRUBIAS

La copa del Obispo.—El amor de los amores.—Cruz de paja y cruz de plomo.

Maritimo sin gloria.—El cáncer del siglo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

100496

MADRID
AGUSTÍN JUBERA, EDITOR

ALMACENES DE LIBROS
10, calle de Campomanes, 10

1885

33863

863
S.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

LA COPA DEL OBISPO

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

863
S.



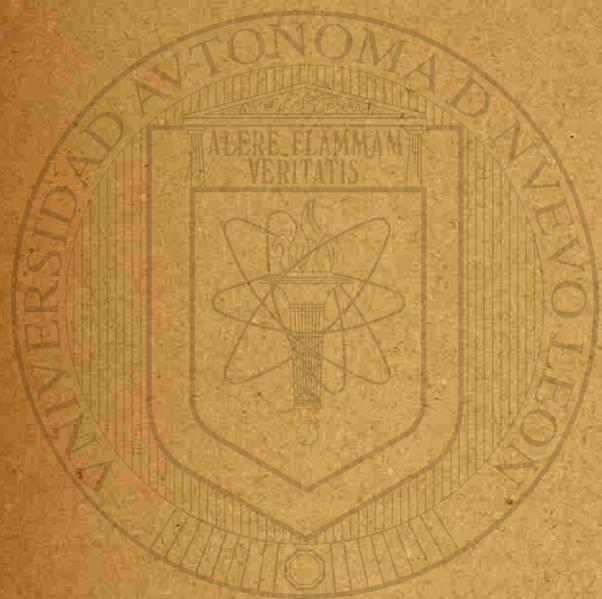
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

LA COPA DEL OBISPO

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



LA COPA DEL OBISPO

I.

Amaos los unos á los otros.
(JESUCRISTO.)

En una pequeña ciudad de una de las más bellas provincias de España, vivía no ha muchos años una familia, compuesta de tres individuos, y que era citada en toda la población como modelo de honradez, de virtud y de laboriosidad.

Estaban representadas en sus tres individuos la primavera, el estío y el invierno de la vida, pues se componía de un joven, de su madre y del padre de ésta, que era bastante anciano.

Empezaré á dar á conocer á mis personajes por este último.

Se llamaba Crisóstomo, y le llamaban señor Crisóstomo: su edad, que llegaría á los sesenta y ocho años, no le había traído ni la fealdad ni la decrepitud, ni enfermedad ninguna de las que aparecen con los años: era alto, delgado, pero de buen color: dirigía un gran taller de construcción de pianos desde hacía muchos años, y todavía brillaban su inteligencia y su razón.

Era un artista, y un artista español: había nacido en la severa y laboriosa Cataluña, y vivía en su ciudad natal, sin haber dejado en toda su vida el modesto traje negro de artesano.

El señor Crisóstomo se había casado á los veinticinco años, con

una mujer cuya pérdida lloraba todavía, á pesar de habérsela llevado Dios tres lustros hacia; y no era extraño, porque su mujer había sido una de esas santas y excelentes criaturas que sólo nacen para la felicidad de todos cuantos las rodean.

La jovialidad del carácter del señor Crisóstomo desapareció el día que su Isidora cerró los ojos para siempre: no obstante, la dulce paz de su alma no podía dejar de escribirse en su rostro franco y leal y en su ancha frente.

Una calma serena y apacible reemplazó á su antigua alegría: y durante algunas horas del día se encerraba á rezar por el alma de su difunta.

La hija de Crisóstomo llevaba el nombre de su madre, y era, como aquélla, una excelente criatura: sólo había una diferencia entre las dos: el carácter de la hija era más enérgico y activo que lo había sido el de la madre: había más calor en ésta, más decisión, que había tenido aquélla.

Isidora era, en la época en que da principio esta historia, una mujer de treinta y seis años, de regular estatura, delgada, algo pálida, y cuya frente estaba aún adornada con hermosos cabellos negros.

Sus grandes ojos oscuros estaban casi siempre bajos; pero cuando los levantaba había en ellos una dulzura singular: se sonreía con frecuencia, pero no se reía jamás á carcajadas: había algo en ella de grave y tierno á la vez.

Su marido había sido oficial de diamantista: ella le había querido con ciega ternura, pero él no la había correspondido del mismo modo: era una cabeza joven y versátil, que se cansaba del trabajo periódico y del severo arreglo que hallaba en su bien ordenada casa: algunos días no iba al taller, en donde, por otra parte, era muy estimado á causa de su extraordinaria habilidad; pero sus repetidas faltas llegaron á incomodar á su principal, que le amenazó con despedirle.

Al verse reconvenido con razón, y cerca de perder el pan de su esposa é hijo, el joven, cuyo corazón era mucho mejor que su cabeza, ofreció la enmienda; pero ya no pudo llevarla á cabo: estaba acometido de una enfermedad del pecho, que en pocos meses le condujo al último extremo.

Isidora y su padre se multiplicaron, por decirlo así, para cui-

darle, para procurar que nada le faltase: los dos le amaban mucho; los dos pasaron á su cabecera dos meses enteros, aliviando sus padecimientos por cuantos medios podían idear juntos la ciencia y el amor de la familia: pero de nada sirvió todo esto contra aquella enfermedad implacable y destructora, que jamás ha perdonado á ninguna de sus víctimas.

Isidora perdió á su esposo, al padre de su pequeño Eduardo, que apenas contaba siete años.

El dolor de la viuda fué inmenso; casada casi niña con aquel hombre que había obtenido su primer amor, había reconcentrado en él todas sus afecciones; mucho tardó en consolarse, y cuando lo estuvo algún tanto, declaró á todos los pretendientes que la asediaban que jamás volvería á casarse.

Isidora se dedicó sólo á cuidar á su hijo y á su padre, de cuya generosidad dependían ambos.

Porque el artesano, cuando muere, no puede dejar á su viuda y á sus hijos más que la orfandad, la pobreza y el desconsuelo; con su vida acaba el pan de aquéllos, y la tumba del padre traga también su alimento preciso.

Afortunadamente el señor Crisóstomo ganaba sesenta reales diarios y tenía algunos ahorros; porque él era también tan económico y arreglado, que, después de poner en manos de su hija cuatro pesetas cada día para su manutención, sólo gastaba en mandar decir alguna misa para su querida difunta.

Isidora amabá profundamente á su padre y á su hijo: muerto su esposo, sólo para ellos vivía; y aquella ternura profunda y entusiasta la consoló de su dolor poco á poco, llegando á convertirle en una suave melancolía, en un dulce recuerdo.

Así que se pasó la fuerza primera de su dolor, la llamó un día su padre: la hizo sentar á su lado, y la dijo con voz grave y afectuosa:

—Hija mía, Isidora; tú y tu hijo sois lo que más amo en el mundo. Por tanto, es necesario que os hagá pensar y que piense yo mismo en vuestro porvenir: ¿á qué quieres que dediquemos al niño?

—Padre mio (respondió Isidora); yo doy á V. mil gracias por su ternura para con nosotros, y le hablaré con toda franqueza: quisiera que mi hijo tuviese el mismo oficio que su padre.

El anciano hizo un ademán de desaprobación dolorosa.

—¿Acaso no es esta la voluntad de V., padre mío? (preguntó Isidora, que por nada del mundo hubiera querido disgustarle): en ese caso, V. dispondrá, y mi hijo y yo obedeceremos.

—Eso no está bien dicho, Isidora (repuso el anciano): yo no debo mandar en este punto, ni vosotros debéis tampoco obedecerme si mando una cosa injusta: ante todo es necesario consultar la vocación del niño. Llámale, y le hablaremos á ver cómo se explica.

Isidora salió, y volvió dentro de un instante, trayendo de la mano al pequeño Eduardo.

Era éste un niño hermoso, pero delicado y triste, con una estatura demasiado desarrollada para su edad; era alto y esbelto: tenía los ojos rasgados y azules, y largos cabellos rubios y sedosos.

Vestia con gracioso esmero, y el aseo de su chaqueta inglesa y de su holgado pantalón hacía parecer más delicado el dibujo de sus manos blancas y afiladas y de sus piecillos graciosamente arqueados.

—Ven, hijo mío, y respóndeme la verdad á lo que voy á preguntarte,—dijo el anciano con acento persuasivo y cariñoso.

El niño alzó la cabeza y fijó en su abuelo su azul y limpiada mirada, que tenía una encantadora expresión de timidez.

—Dime (continuó el abuelo): ¿qué serías tú de buena gana?

—¡Yo, músico!—respondió el niño, bajo cuyos anchos párpados, que había bajado para responder, brilló una centella de entusiasmo.

—¡Tontuelo!—murmuró Isidora con expresión un poco enojada.

Pero su padre la impuso silencio con un gesto elocuente, y volviéndose al niño, continuó:

—Dime, hijo mío: ¿no te acuerdas de aquella hermosa tienda en que trabajaba tu padre?

El niño reflexionó durante breves instantes, y respondió:

—Me acuerdo, así..., un poco..., como en sueño: ¿no había allí algunas cosas bonitas, como relojes, sortijas y cadenas?

—Si, de todo eso había (respondió el anciano); y muchas cosas más.

Eduardo se encogió de hombros, como quien dice:

—¿Y qué me importa á mi?

—Todas aquellas cosas bonitas, todas aquellas alhajas de valor, las sabía hacer tu padre, hijo mío: ¿no quieres saberlas hacer también?

Y el anciano, al decir estas palabras, miró fijamente á su nieto.

Éste se echó á reír, y dijo con tono de alegre reproche:

—Pero, abuelo mío, ¿para qué necesito saber hacer estas cosas? Lo que yo quisiera saber, era tocar el piano.

—La música podías aprenderla en las horas de recreo...; pero la música no puede darte un porvenir seguro,—dijo el anciano.

Pero el niño, que no pensaba en el porvenir, ni acaso sabía lo que era, volvió al otro lado la cabeza, y se puso á mirar á un mirlo negro y hablador que había en una de las paredes del cuarto de su abuelo.

—Conque, hijo mío (dijo éste), desde mañana irás á la tienda del Sr. Monthobán para aprender el oficio de diamantista: eso será sólo por las tardes, porque por las mañanas seguirás yendo á la escuela para que acabes de aprender á escribir y contar.

El niño oyó aquella decisión con la misma indiferencia que si no la hubiera comprendido; y cuando el abuelo le dijo que ya podía irse á jugar, volvió á ocuparse de sus caballos de madera, como si no hubiera oído nada.

—¡Ah! (exclamó Isidora, con un suspiro de bienestar y de consuelo.) Á Dios gracias, mi hijo será lo mismo que era su padre, y; ¿quién sabe?, quizá llegue tiempo en que él sea el dueño de alguna soberbia tienda de joyas.

Su padre la miró con tristeza y ternura al mismo tiempo: sabía bien que el ser joyero no era la verdadera vocación de su nieto.

II.

Al día siguiente era primero de mes y primero de año : faltaban dos meses á Eduardo para cumplir nueve; su madre le vistió con su traje más bonito, se adornó ella misma con su vestido de seda negro, su pañuelo de espuma bordado, y su mantilla de blonda, y tomando á su hijo de la mano, se encaminó á casa del Sr. Monthobán.

Era un portugués muy grueso, muy rechoncho, muy colorado y muy hablador; pero, por lo demás, lleno de mil apreciables cualidades.

Jamás habia querido casarse, por servir de padre y amparo á una hermana mucho más joven que él, que se había casado y era ya viuda y madre de dos niños.

La buena Gervasia era amiga de Isidora; y entre las dos habian convenido que el mejor porvenir que podian preparar para Eduardo era el de hacerle aprender el oficio de joyero, tan hermoso, tan brillante, y que tan ricas ganancias daba al Sr. Monthobán.

De los dos hijos de Gervasia, el mayor tenia dos años más que Eduardo, y se llamaba Lorenzo; la otra era una linda niña, que contaba tres años menos que su hermano, y que tenia por nombre Julieta.

Cuando entró Isidora, con su hijo de la mano, en el taller del Sr. Monthobán, se hallaba éste inclinado sobre su mesa, y montando unos soberbios pendientes de diamantes.

Detrás de él, y sentada junto á la pequeña puerta de la tienda, co-sia Gervasia; Lorenzo limpiaba algunas alhajas al lado de su tío, y Julieta leía en un libro de oraciones.

Era una niña encantadora, blanca, algo pálida, con ojos y cabellos

negros y mejillas de rosa cuando sentia alguna emoción; su cabecita, pequeña é inteligente, tenia un candor celestial, mezclado con una viveza llena de gracia y atractivo; su boquita pequeña y su graciosa frente, no menos que su nariz delicada, la daban un aire de pureza é inocencia admirables.

Lorenzo era rechoncho y moreno, tenia la nariz corta y levantada, los cabellos de un color rubio indefinible, los ojos pequeños, hostiles y huraños, y unas enormes cejas negras que arrancaban de su nariz y se prolongaban hasta sus sienes.

Sus manos eran cortas, gruesas y ordinarias; sus pies iguales á sus manos; sus espaldas anchas y cuadradas.

La mirada de Lorenzo tenia un brillo falso y ofensivo; la envidia y la ruindad estaban escritas en todas sus acciones; pero su boca sonreía siempre, para encubrir mejor la siniestra expresion de su fisonomía.

—Señor Rodrigo (dijo Isidora, después de los primeros saludos, y después también de haber besado á los hijos de Gervasia): señor Rodrigo, aqui traigo á mi pequeño, para que V. le diga que desde mañana por la tarde queda admitido como aprendiz.

—¿Sí, eh? ¡Bueno, bueno!—repuso el flemático joyero, dando un golpecito en la mejilla del niño.

—Vamos, hijo mio; di al señor Rodrigo que trabajarás y te portaras bien,—continuó Isidora, dirigiéndose á su hijo.

Este quiso balbucear algunas palabras; pero no pudo, y las lagrimas acudieron á sus ojos.

—¡Calla! ¿lloras? (gritó Lorenzo, que le observaba de reojo con una maliciosa alegría): ¿aun te dura el antojo de ser pianista?

—Consuélate, que yo tengo un piano que me ha comprado ayer mi tío, y también daras lección en él,—dijo Julieta al oído de Eduardo, al cual se habia ido aproximando de puntillas.

—Vamos, Lorenzo, cállate (le dijo gravemente su madre). ¡Es fuerte cosa que siempre has de meterte en todo! ¿Es extraño que lllore cuando va á salir de su casa para venir á esta?

—¡Sí, sí; á otro perro con ese hueso! (respondió Lorenzo): llora... llora, yo bien sé por qué.

—Pero como nadie te lo pregunta, cállate.

—¡Lo mismo será éste joyero en toda su vida, que yo arzobispo!

—¿Cuándo dejarás de tener mal corazón? (murmuró Julieta por lo bajo.) ¿Qué gusto hallas en mortificar con tus habladurías á todo el mundo?

—¡Toma! Me da la gana de hablar (repuso Lorenzo con su grosería habitual); quiero hablar: ¿quién eres tú para impedírmelo?

—¿Pero no ves que haces sufrir al pobre Eduardo? Si no le gusta el ser joyero, ¿qué culpa tiene él?

—¡Que le guste; buen remedio! ¡Pues no se hace poco el señor! Julieta calló.

En aquella dulce niña no cabía el poder de la resistencia.

Su madre y su tío callaron también, por no exasperar la situación de Eduardo, que lloraba en silencio; el hecho era que, ya por una razón, ya por otra, en casa del joyero callaban todos, y la suya era la última, como se suele decir, lo que hacia al muchacho cada día más insolente y grosero.

Pero aquellas buenas gentes no podían reprimir sus excesos, ó, mejor dicho, no sabían hacerlo; ellos eran buenos como palomas: ¿qué podían hacer con un viborezno?

—¿Conque desde mañana á trabajar, eh? (preguntó el joyero, dando con la palma de su ancha mano en la fría mejilla de Eduardo): ¿vas á empezar desde mañana?

El niño no contestó, y su madre creyó deber hacerlo por él.

—Sí, Sr. Monthobán (le dijo); desde mañana vendrá mi Eduardo á trabajar con V. y con su amigo Lorenzo; y vendrá muy contento; ¿no es verdad, hijo mio?

El niño no respondió; las lágrimas embargaban su voz.

Su madre le sacudió entonces un golpe en la espalda, irritada de tan largo silencio y de tan intempestiva aflicción.

—¡Habla! (le dijo con voz baja y acento duro é imperioso.) ¡Habrás visto terquedad como ella! ¡Ya sabemos que vienes á la fuerza, holgazán!

El niño quiso hablar, y abrió la boca para articular una palabra, pero no pudo: aquella tienda estrecha y oscura le asustaba; la vista de aquellos instrumentos de acero irritaba sus delicados nervios de artista; Lorenzo le inspiraba aversión; su colorado y bonachón tío, temor, y la señora Gervasia, vergüenza: todo lo que veía en derredor suyo, excepto Julieta, le inspiraba horror.

Aquella niña inteligente y dulce debió sin duda comprenderlo así, porque se levantó, le tomó de la mano, y le dijo:

—Vamos á ver mi piano.

Luego se internó con él en la habitación.

En tanto que las dos madres hablaban del precio de los comestibles, que el joyero trabajaba en la colocación de diamantes, y que Lorenzo canturreaba una canción callejera, sigamos á Eduardo y á Julieta, que, habiendo pasado la trastienda, subían por la escalera inferior.

Aún seguían asidos de la mano al terminarla: luego se hallaron en un descanso grande y cuadrado que servía de antesala, y en el cual se abrían dos puertas.

La de la derecha llevaba á la habitación ocupada por Gervasia y su hija, y en aquel mismo lado estaban también el comedor, la despensa y la cocina.

La de la izquierda conducía al aposento del Sr. Monthobán, dentro del cual, y asegurado con doble llave y un enorme cerrojo de hierro, estaba el almacén grande, donde se guardaba la pedrería y los trabajos concluidos: al lado de la alcoba del joyero había otro cuartito para su sobrino.

Una sola criada los servía, y ésta dormía en el piso segundo.

Era una mujer de cincuenta años, soltera, gruesa y medio imbécil, á la cual se le había puesto en la pila bautismal el nombre de Simplicia.

Esta mujer era, por otra parte, excelente: amaba con toda su alma á toda la familia, y sobre todo á los dos niños, aunque Lorenzo la pagaba muy mal su afecto: es verdad que aquel indómito muchacho no quería á nadie en el mundo.

Simplicia sufría con una paciencia ejemplar los insultos y las insolencias de Lorenzo: y aunque su sensibilidad no se podía llamar exquisita, más de una vez se la vió llorar sentada en un rinconcito de la cocina, cubierta la cara con su delantal de cutí azul listado de blanco.

Julieta y Eduardo se dirigieron á la habitación que la niña ocupaba con su madre.

Resplandecía allí una limpieza exquisita, fruto de los desvelos de Simplicia y de la buena dirección de Gervasia.

Los muebles eran de caoba antigua y tallada, pero buena: una

cómoda asimismo de caoba con adornos de bronce, ennegrecidos por el tiempo, ocupaba el testero principal: había allí también dos canapés, cubiertos de indiana persa con grandes ramos de rosas azules y blancas, dos antiguos sillones, y una mesita de jugar á las damas.

De entre todas aquellas antigüedades venerables y veneradas, se destacaba nuevo, elegante, hermoso, radiante de belleza y juventud, un piano vertical de palo santo.

Su teclado y su lindo barniz brillaban a los últimos rayos del sol, que se iban a quebrar en él para hacerle lucir toda su belleza. Dos candelabros de bronce bruñidos y semejantes al oro, estaban sujetos á cada uno de sus extremos, y sostenían dos blancas hujas de esperma: sobre el atril estaba abierto un cuaderno de música, que tenía escrita en aquella página y en las siguientes una de esas admirables sinfonías de Beethoven, tan elocuentes y dulces.

Eduardo se detuvo extasiado ante el piano: hubiérase dicho que tenía para él un atractivo invencible.

—¿Cuándo te lo han comprado?—preguntó volviéndose á Julieta.

—Ayer por la mañana le trajeron (respondió la niña), y creyendo que te alegraría el verle, te he traído aquí.

—¡Oh no! ¡no me alegra! (murmuró el niño suspirando dolorosamente.) Por el contrario, me entristece.

—¡Que te entristece!

—¡Sí!

—¿Pero por qué?

—¡Porque yo quisiera saber tocar el piano!

—¿Para oír cómo son sus voces, verdad? (exclamó Julieta cándidamente.) Pues si no es más que eso, ahora mismo las vas á oír.

Sentóse, dichas estas palabras, y sus ágiles dedos, más lindos que el marfil, porque eran más sonrosados, recorrieron las teclas rápidamente.

Algunos instantes después, Eduardo, sumergido en un profundo arrobamiento, oía aquellas sublimes melodías, y aún escuchaba cuando Julieta se levantó del piano.

La niña era ya, á la tierna edad de siete años, una gran artista.

Cuando hubo terminado su sonata, se levantó, y dijo á su amigo:

—¿Qué te parece? Es magnífico, ¿verdad?

—¡Sí, magnífico!—repitió el niño con acento triste y dolorido.

—Pues, mira, es del taller donde está tu abuelo: ¿por qué no le dices que haga llevar uno para ti?

—¿No sabes que quiere que sea joyero?—dijo Eduardo con una amargura demasiado profunda para su edad.

—Si, ya lo sé; pero si á ti no te gusta trabajar en joyas, ¿qué le has de hacer?

—Obedecer: el deber de los hijos es siempre obedecer,—respondió una voz gruesa detrás de los dos niños.

Era Simplicia: Simplicia, que se extasiaba con la música, y que, atraída por los ecos del piano, había entrado en la habitación, y se había sentado en una silla junto á la puerta.

Los pobres niños oyeron aquella voz severa en su misma rudeza, y mirándose uno á otro, repitieron:

—¡Sí, es preciso obedecer!

Luego se asieron de las manos, y volvieron á bajar á la tienda.

—Vamos, ¿ya habéis hecho un poco el tonto en el piano? (preguntó Lorenzo con su acento grosero y burlón.) ¡Qué par de madamitas! ¡Que me claven á mi en la frente todo el dinero que ha de ganar en su vida esté marica de Eduardo!

El niño se volvió con las mejillas rojas y los ojos brillantes de cólera para responder á Lorenzo, y sin duda sus palabras hubieran sido muy duras, á no haberle tocado en el hombro su madre.

—Hijo mio (le dijo Isidora con acento grave y tierno á la par): Dios nos manda *sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos*.

Las palabras que iba á pronunciar Eduardo espiraron en sus labios, y la buena madre prosiguió:

—Lorenzo te tiene envidia: tú eres gentil, delicado, y él grosero y nada gracioso; ¿qué es la envidia sino una flaqueza? Sufrámosla, pues, con paciencia, y seamos buenos, porque la virtud es una coraza en la cual se embotan sus dardos envenenados.

—¿Yo le tengo envidia á esa damisela? (exclamó Lorenzo, mirando con iracundos ojos á su compañero de infancia.) ¡Yo! ¿De qué?

—La envidia no tiene motivos casi nunca para ser envidia (repuso con calma grave y dulce Isidora); la envidia, hijo mio, es el sentimiento más ruin y más injusto que existe; sin embargo, en tu pecho

vive, y le devora con sus agudos dientes : ¡ desgraciado de ti ! ¡ Yo te amo casi tanto como a mi hijo, y te compadezco ! Pero no separaré a Eduardo de tu lado, y aunque le hieras y le hagas sufrir, yo le diré siempre lo que acabas de oirme : *Sufre con paciencia las flaquezas de tu prójimo*, que es una de las más hermosas obras de misericordia que puedes practicar ; ámale, y, sobre todo, compadécele.

Dichas estas palabras con toda la calma y dignidad de una buena cristiana, salió Isidora, llevando á su hijo de la mano. Gervasia la siguió, y cuando estuvieron en la trastienda, abrazó á su amiga.

— ¡ Quiera Dios (la dijo) que la lección que acabas de dar á ese niño le sea provechosa !

— No lo espero (repuso Isidora) ; no lo esperes tú tampoco, porque es envidioso.

— Luego lo que tú has dicho...

— Es lo que pienso y lo que creo.

Las dos amigas se despidieron tristemente.

Ambas estaban cruelmente heridas en su amor de madres, que es el más delicado y tierno de todos los sentimientos que se albergan en el corazón de la mujer.

III.

Al día siguiente, á eso de las siete de la mañana, Isidora volvió á la tienda del joyero, llevando á su hijo de la mano, como había hecho el día anterior.

Hacia frío y llovía ; era una triste mañana de Enero.

Eduardo iba triste, y casi llorando, conteniendo sus lágrimas únicamente por el temor de disgustar á su madre.

Ya no llevaba su lindo trajecito de los días de fiesta ; era la librea del trabajo la que vestía entonces.

Chaqueta y pantalón de grueso paño gris, zapatos de cordobán lustroso como el charol, y gorra de paño negro.

Llegados á la tiendecilla de Monthobán, la madre soltó al niño de la mano y se dirigió al joyero.

— Sr. Rodrigo (le dijo) : aquí está mi Eduardo ; le pido á V. que le haga trabajar, y que le reprenda cuando sea inobediente ó desaplicado : no tiene padre, y en ello hará V. una buena obra.

— Ya sabes, Isidora (respondió el señor Rodrigo Monthobán, volviéndose con trabajo á causa de su obesidad) ; ya sabes cuánto quise á su padre, y cuánto hice por él ; lo mismo haré por el hijo, está segura de ello.

Isidora se volvió entonces á Gervasia.

— Espero que tú también mirarás por mi hijo ; te ruego no permitas al tuyo le mortifique demasiado.

Isidora pronunció estas palabras con voz balbuciente y conmovida ; pero su amiga, herida por lo que le había dicho el día anterior, la escuchó con frialdad, y no respondió una sola palabra.

Isidora la tomó dulcemente una mano.

—¿Será posible (dijo) que me guardes rencor por las palabras que dije ayer acerca de Lorenzo? No lo creo, porque ya sabes que le quiero como al mío: Gervasia, sé buena para mi hijo, que no tiene padre.

—Tampoco el mío le tiene,—repuso la viuda, retirando su mano con la misma hiriente frialdad.

—Lorenzo y Julieta tienen la dicha de tener un segundo padre en su tío.

—Tu hijo y tú tenéis á tu padre (respondió Gervasia): no eres digna de lástima, y extraño que ahora quieras disipar mi justo enojo haciéndote la desgraciada.

—¡Basta! (dijo Isidora indignada.) Me volveré á llevar á mi hijo, para que no moleste al tuyo.

Y esto diciendo, asió de nuevo la mano de Eduardo, cuyo corazón latía de gozo al ver que recobraba su libertad.

Pero el señor Rodrigo cambió el aspecto amenazante de la escena apareciendo en medio como un iris de paz.

—¡Vaya, vaya, fuera rencillas! (dijo.) Isidora, desengáñate: los chicos son todos malos, á cual peor: ya ves qué gesto pone el tuyo al trabajo. Lorenzo no es mejor; déjamele, que yo sacaré partido de los dos, y si riñen, les castigaré igualmente; las mujeres no servís para educar chicos.

El grueso joyero no era tampoco muy apto para este cargo; pero tenía una especie de vanidad inocente que se lo hacía suponer así.

Isidora creyó que lo mejor era ceder: aquella amistad que amenazaba romperse después de tantos años; aquel porvenir para su hijo que ella iba á destruir con sólo una palabra, la atemorizaron.

—Gracias, señor Rodrigo (dijo con humildad): confío en la bondad de V., y me marchó.

Quiso decir una palabra de despedida á Gervasia; pero no se atrevió, al reparar que no había perdido su aspecto frío y altanero: limitóse nada más á dar un beso en la frente de Julieta, y salió, sin mirar al ruín Lorenzo, al que tenía horror.

Cuando llegó á su casa, la soledad empezó á pesar sobre ella como un manto de plomo.

Ya no tenía á su hijo, su alegre, su dulce y constante compañía.

Su padre había salido para el taller. Isidora se dejó caer en una silla, y por espacio de algunos minutos permaneció sumergida en una meditación profunda.

Levantóse por fin, abrió los cajones de su cómoda, y se puso á sacar todos los objetos que contenía, y que consistían en chales, mantillas, cuellos, pañoletas y dijes de poco valor: todo lo iba colocando sobre una silla después de examinado cada objeto: y acompañaba la acción de dejarle con un triste movimiento de cabeza, como diciendo:

—¡Esto no es bueno!

Quedaron por fin vacíos todos los cajones, y la pobre mujer, desesperando de hallar, sin duda, lo que buscaba, volvió á colocar todo lo que había sacado, y cerró con llave lo mismo que antes estaba.

Luego volvió á meditar, mezclando entre sus reflexiones algunas palabras sueltas.

—Sí (dijo): ella gustaba de las flores, y sobre todo del jazmín. ¿Á ver?... ¿Tengo yo algún jazmín entre las macetas de casa?... No..., no hay ninguno....: pues bien, ¡voy á salir á comprarlo!....

Levantóse, volvió á cubrir su cabeza con la blanca mantilla de las menestralas catalanas, y se dirigió á la plaza del mercado, y al sitio en que se ponen las vendedoras de flores.

Sólo un jazmín había, pero grande, frondoso, hermosísimo; estaba plantado en una maceta ancha, y salían sus ramas por un aparato de cañas y cordeles, formando una especie de lira toda cubierta de blancas y aromadas florecillas.

Isidora preguntó cuánto quería por aquel jazmín al vendedor, y le pidió sesenta reales; el precio era exorbitante, y quería que hubiera rebajado de él; pero la pobre madre estaba angustiada por un sólo pensamiento, fijo, indestructible; quería ablandar un corazón que se mostraba hostil para su hijo.

Dió los tres duros: hizo tomar la maceta á un mozo de cuerda, á quien acompañó ella misma hasta la esquina de la calle del joyero.

Quando salió el portador, le esperaba ansiosa para preguntarle cómo habían recibido la hermosa planta.

—Había allí un señor trabajando (respondió el mozo, que no podía adivinar la angustia que se ocultaba tras de aquellas preguntas); un señor muy gordo.

—¡Bien, bien! ¿y quién más había?

—Una niña pequeña.

—¿Y nada más?

—Y dos niños, uno mayor que el otro; el más chico lloraba, el otro se reía á carcajadas.

El corazón de Isidora se oprimió dolorosamente; el que lloraba era su hijo. Hizo un nuevo esfuerzo, y volvió á preguntar:

—¿Y no había nadie más allí?

—Cuando dejé la maceta, no; pero cuando ya me iba, entró en la tienda una señora.

—¡Ah! ¿y vió las flores?

—Debió verlas; pero cuando ella entraba en la tienda, salía yo.

—¿Dijo V. que eran de parte de la señora Isidora?

—¡Vaya si lo dije, al señor gordo!

—Esta bien; vaya V. con Dios,—dijo Isidora, poniendo una moneda en la mano del conductor.

Después continuó su camino hacia su casa, sumergida en amargas reflexiones.

Todo el día pasó llena de tristeza, y oprimida por crueles presentimientos: recordaba con dolor la belleza, las gracias, la delicadeza de su hijo, y se decía que cada una de aquellas ventajas sería un motivo para que le aborreciese más Gervasia.

Gervasia tenía envidia por su hijo; por su hijo tan feo, tan grosero, dotado de tan perversa indole; y ya se sabe que la envidia maternal engendra el más cruel y amargo de todos los resentimientos.

La pobre Isidora lloró y meditó mucho; pero cuando vino su padre, nada quiso decirle para que no se afligiera, y porque recordaba además que se había casi opuesto á que Eduardo fuese á aprender el oficio de diamantista.

El anciano Crisóstomo, sabiendo lo que sucedía, hubiera sacado él mismo al niño de casa del portugués: y esto era lo que no hubiera querido Isidora por nada del mundo, porque recordaba una conversación que había tenido con su marido pocos días antes de morir éste.

—Isidora (la había dicho, tomando de pronto un aire casi solemne); si yo viviese, nuestro hijo tendría mi mismo oficio: si me muero, procura tú que no tenga otro.

Estas palabras que podían expresar la alucinación de una cabeza enferma, quedaron grabadas profundamente en el alma de aquella mujer, buena, religiosa y sencilla; no pensó en el sentido que podrían encerrar; no pensó en comentarlas, sino en obedecerlas ciegamente, y sin permitir á su conciencia la más leve objeción.

Así, pues, todo hubiera sido más fácil que persuadirla de que debía sacar á su hijo de casa del joyero: hubiera preferido para él el martirio á que desobedeciese la última voluntad de su padre.

IV.

Eduardo pasó el día en un estado de angustia y de abatimiento inexplicables: por más que hacia esfuerzos para contener las lágrimas, éstas se agolpaban á sus ojos.

Aquella tienda le ahogaba cada instante más: le daba miedo el semblante pálido y severo de Gervasia, y le causaba ira la risita burlesca de Lorenzo.

Solo dos personas había allí cuya vista no le hacía daño: el señor Rodrigo, y su sobrina Julieta.

Aquella niña era una bendición encarnada en un cuerpo de ángel; su mirada, al levantarse desde su labor hasta Eduardo, esparcía en torno suyo una claridad maravillosa: parecíase á un rayo de sol.

El joyero no quiso dar que hacer á Eduardo por aquel día; le veía tan abatido, que le quiso dejar en una completa libertad; pero el uso que hizo de ella fué sentarse en una silla y ocultar su cabeza entre las manos.

No almorzó ni comió: y por la tarde, cuando fué su madre á buscarle, iba pálido y debilitado.

Pero al día siguiente hubo de volver al taller, y ya se le señaló que hacer: tuvo que limpiar alhajas, como Lorenzo.

Por la tarde se le acercó Julieta, y le dijo con su dulce vozecita:—¿Quieres subir á tocar el piano conmigo?

Eduardo movió melancólicamente la cabeza.

—Vamos (insistió Julieta): sube arriba, y te distraerás un rato; además del piano, tengo un hermoso jazmín que me ha dado mi madre para que lo cuide; es el que la tuya envió ayer por la mañana.

El pobre niño tenía, á pesar de su repugnancia á las labores mecánicas, un carácter dulce y complaciente, y más por no desairar á Julieta que por otra razón, la siguió al piso superior.

Pero las armonías del piano le hicieron llorar; y cuando su madre fué á buscarle, aún estaban sus ojos humedecidos.

Gervasia salió al encuentro de su antigua amiga; pero no estaban pintados en su semblante la cordialidad y la confianza: la expresión de sus facciones era austera, ó más bien amarga; parecía que llevaba en el alma una ofensa cruel é incurable.

—Isidora (la dijo): desiste de que tu hijo aprenda el oficio de joyero: le has criado para eso con demasiado mimo, con demasiada *finura*, como dices tú misma, y no conseguirás nada con tu empeño; tan tosca profesión, es sólo buena para mi hijo, que es tosco también.

Isidora guardó silencio durante algunos instantes: el golpe iba dirigido al corazón; pero era tan rudo, que tardó algún tiempo en penetrar en él. Conociendo que debía responder algo, trató de cobrar aliento, y dijo:

—Perdona, Gervasia; pero no puedo dejar de querer que sea mi hijo lo que fué su padre, y lo que éste quería que fuese él mismo.

—Entonces desiste de que aprenda aquí el oficio de joyero.

Isidora miró asombrada á su antigua amiga.

—¡Dios mío! (exclamó): ¿ha hecho alguna cosa mala mi hijo?

—Me fastidia verle llorar todo el día, y creo que harías mejor en dejarle que sea músico.

—¿Pero y la voluntad de su padre?

—El respetar esas cosas, se queda para nosotros los palurdos (repuso Gervasia con una hiriente sonrisa); vosotros la gente fina, culta, delicada, debéis olvidarlas y dejarlas para los que os envidiamos.

Isidora no respondió ya una palabra á esta nube de injurias y sarcasmos: se levantó digna y severa, y dijo á Gervasia:

—Veo que te has convertido en mi mortal y mi única enemiga... por tanto, es inútil que hablemos... Tampoco quiero que te moleste mi hijo, y así me lo llevo, que no le faltará donde aprender lo que aquí se le rehusa. Vamos, hijo mío, mi pobre huérfano... ¡vamos!

Lágrimas dolorosas brotaron de los ojos de la viuda al pronunciar

estas palabras, y tomando de la mano á su hijo, salió de la tienda del Sr. Monthobán.

Por aquel día no pensó en nada más que en ir á encerrarse en su casa con su aflicción.

En cuanto á la familia del joyero, cada uno expuso sus sentimientos á su manera, al ver salir á la madre y al hijo.

—¿Cuándo dejarás las rarezas de tu genio, hermana?—preguntó con gran flema el grueso joyero.

—¡Gracias á Dios que se va el Jeremías!—dijo á su vez Lorenzo, con una malvada satisfacción.

—¡Pobre Eduardo!—baluceó Julieta, bajito para que nadie la oyese.

Cuando llegó el señor Crisóstomo, encontró á su hija llorosa y abatida, y á su nieto encerrado en un cuarto, al que le habia relegado la dolorosa cólera de su madre.

Isidora enteró á su padre de cuanto habia pasado, y éste la consoló del modo que saben hacerlo los padres de su carácter.

—Hija mía (le dijo luego): creo que la vocación del niño es ser músico; dejémosle que lo sea.

—Padre mío (repuso Isidora): si no quiere V. que tenga un remordimiento eterno, déjeme V. hacer de él lo que su padre ha sido: hay en la ciudad otras tiendas de joyero, además de la de Monthobán.

El anciano no respondió nada; pero fué á abrir el cuarto en que estaba encerrado Eduardo, al que abrazó y se llevó á paseo.

V.

Isidora no desistió de su empeño, y llevó á su hijo á dos talleres más de joyería que habia en la pequeña ciudad de G....; pero nada consiguió: la fama de lo indómito, lo perjudicial y lo impertinente que era el chico, habia corrido, extendida por Gervasia y por su hijo, que, en tratándose de hacer mal, podía más que diez personas mayores.

Así, pues, el niño no pudo tener acceso en ninguna parte.

—Es demasiado pequeño.—Tenemos ya aprendices.—No le necesitamos.—Esto fué lo que en todas partes se contestó á Isidora.

Pero no era ella mujer que en asuntos de conciencia cediese fácilmente; creía que su hijo debia ser joyero, y en tanto que durase su vida, se habia de consagrar á lograrlo.

Empezó á indagar quién iba á Madrid, y le dieron noticia de un sacerdote de la ciudad, á cuya casa se dirigió, sin vacilación alguna.

—Señor cura (le dijo): tengo un hijo que su padre quería que fuese joyero, y aquí no tiene donde aprender el oficio; mucha pena me cuesta el separarle de mi lado, pero no hallo más remedio para cumplir la última voluntad de mi difunto. ¿Quiere V. llevarlo consigo á Madrid? Le deberé á V. en ese caso la tranquilidad de mi conciencia.

El buen sacerdote se avino á ello, y aun le aseguró que no se separaría el niño de su lado hasta que él mismo le buscara una buena colocación.

Luego, como era muy pobre, pues casi todo lo que tenia lo daba á los indigentes, tomó el bolsillo que le entregó Isidora para los gastos de su hijo.

El abuelo nada supo de estos preparativos; la diligencia partió á las cinco de la tarde, esto es, cuando él estaba en el taller, y cuando volvió á su casa á las siete, se halló con un puesto vacío en su modesta mesa, y con su hija que lloraba copiosamente.

—Vamos, mujer, vamos; consuélate (dijo el anciano): para todo hay remedio en el mundo, menos para la muerte; llama al niño, y cenemos.

Los sollozos de Isidora redoblaron, y no pudo responder una palabra.

Su padre siguió consolándola, y creyendo que la cena pondría fin á aquella aflicción, se levantó para ir en busca de su nieto; pero ¡ay! en vano lo buscó por todos los aposentos, por todos los rincones de la casa. Eduardo no estaba en ella.

—¿Dónde está? ¿dónde está? (exclamó volviendo al lado de su hija.) ¿Qué has hecho del niño?

—¡Lo he enviado á Madrid!—balbuceó Isidora entre sollozos, y como si aquellas palabras abrasaran sus labios al pasar y la destrozaran el alma al salir de ella.

Después de aquel esfuerzo supremo de su voluntad, dobló la cabeza, se secaron sus lágrimas, y quedó anonadada é inmóvil.

Crisóstomo no halló ni una palabra que decir; la cólera, la aflicción, las enviaban en tropel á su mente, pero ninguna se podía abrir pasó á través de sus apretados labios; desplomóse en una silla anonadado y convulso: no sabía en dónde estaba ni lo que hacía.

Por fin rompió á llorar, y cuando la aurora envió su blanca luz á las ventanas de la casita, halló al anciano sollozando á intervalos, y á Isidora desmayada de fatiga, de dolor, y presa de una debilidad nerviosa, consecuencia de la violencia de sus pasadas y desgarradoras emociones.

Casi al mismo tiempo despertó Gervasia, sintiéndose aliviada de un peso enorme.

Ya no tenía allí cerca de ella aquel muchacho que era como una afrenta perpetua de su hijo.

Vistióse, y su primera diligencia fué ir á casa de los dos colegas de su hermano, para ver si habían recibido en ellas al hijo de Isidora, y volvió á su casa muy alegre, con la seguridad de que había sido rechazado en las dos.

¡Qué horrible cosa es la envidia! ¡Cómo roe, destroza y devora todos los buenos y nobles instintos del corazón! Gervasia no era ya la mujer buena, ejemplar y piadosa: era una furia llena de veneno y de rencor.

Cuando ya iba á entrar en su casa, se halló á una de sus vecinas, que la saludó, informándose de su salud.

—Yo estoy mala (añadió): porque anoche cogí un catarro bueno por ver marchar al chiquillo de Isidora.

—¡Cómo marchar!—repitió Gervasia, poniéndose pálida.

—¡Pues qué, amiga! ¿no lo sabía V.? Ha marchado á Madrid.

—¡Á Madrid!

—Justo: con el señor cura.

—Pero, ¿á qué va á la corte?

—¡Toma! Á aprender á joyero: yo oí que el señor cura decía á Isidora: «Descuide V.; nada le faltará al niño; se le colocará en la joyería de S. M., y hará su suerte.»

Gervasia se puso lívida. ¡Aquel niño á Madrid, á la corte! ¡Y sería quizá con el tiempo un artista de fama y nombradía! ¡Uno de aquellos artistas que ella admiraba en el delirio de sus sordas ambiciones! ¡Eduardo en Madrid, y su Lorenzo en el rincón de aquella humilde provincia! ¡Oh desesperación!

La vecina entró en su casa, y la envidiosa quedó por algunos instantes pensativa: luego, en vez de entrar en la suya, volvió pies atrás, y se encaminó á la del señor Crisóstomo.

Una sed invencible de saber la devoraba: aborrecía á aquella familia, y sin embargo quería verla de cerca y oirla.

Ya eran cerca de las diez cuando penetró en aquella casa, dos días antes tan dichosa, y ahora llena por su causa de luto y espanto.

Lo primero que halló en la antesala fué al señor Crisóstomo, que acababa de llevar al lecho en sus brazos á la pobre Isidora, privada de sentido: el anciano había vuelto á su asiento con esa especie de instinto maquinal, propio de las grandes aflicciones.

Al ruido que hizo Gervasia al entrar, volvió la cabeza, y el horror se retrató en sus venerables facciones.

—¿Viene V. á gozarse en su obra? (la preguntó el irritado anciano.) Ya no le haré á V. estorbo mi pobre niño; pero, al menos, no quiero que V. nos lo haga tampoco á mi hija y á mí.

Dichas estas palabras, tomó á la viuda por un brazo, la sacó fuera de la habitación, y cerró la puerta con estrépito.

Aquel ruido sobresaltó á Isidora, que, deslizándose de la cama, salió á la puerta, y pudo ver la expulsión de Gervasia; entonces se puso á reír con una alegría que tenía mucho de delirante, y exclamó:

— ¡Ah! ¡es ella! ¡Es ella, padre mio! ¡Bien hecho, bien hecho! ¡Ella me ha robado á mi hijo! ¡Y es preciso que jamás vuelva á entrar aquí!

Estas palabras llegaron á oídos de la viuda como una maldición formidable, pero justa.

Bajó aterrada la escalera, y entró en su casa, trémula y descolorida.

Desde aquel día, todos los malos instintos de Lorenzo tomaron un vuelo prodigioso.

Hubiérase dicho que Dios, supremo juez de cuanto existe, justo y eterno reparador de agravios, quería castigar á aquella mujer su dureza para con el pobre Eduardo.

Una carta del buen sacerdote que había llevado á Madrid al hijo de Isidora, vino á volver alguna tranquilidad al ánimo abatido de esta pobre mujer.

Le decía que estaba colocado en casa del diamantista de S. M.; que allí era tratado con bondad, y que, además, le había conseguido permiso para que empleara las veladas en aprender la música, á la cual se mostraba tan aficionado.

«Solamente necesita, concluía el buen sacerdote, que Vds. le ayuden un poco, así para vestirse como para pagar al maestro de música, pues ya que se aviene á lo que Vds. quieren, me parece muy justo que se le deje cultivar su afición por aquel arte.»

—Isidora y el abuelo derramaron lágrimas al leer esta carta.

— ¡Hijo mio! (exclamó la viuda.) ¡Yo le enviaré todo cuanto tenga para que nada le falte! ¡Que aprenda, que aprenda la música! ¡Yo no quería que lo tuviese como profesión; pero así es otra cosa! ¡Nada le faltará! ¿No es verdad, padre mio, que le enviaremos todo lo que necesite? ¡Oh sí! ¡Y llegará á ser un buen joyero, que era la ambición de su padre, y quizá también un excelente músico!

Isidora dijo todo esto de un tirón, sin descansar ni tomar aliento: su padre sonreía, pero estaba pensativo.

— ¿Por qué no nos habrá escrito él? (se preguntaba.) ¿Estará irri-
tado con nosotros? ¿No nos querrá ya?

Pero todos estos pensamientos se desvanecieron ante la hermosura de la evidencia. Eduardo estaba bueno, estaba colocado, tenía porvenir: ¡eran felices!

Isidora salió aquel día con la carta del sacerdote en la mano; recorrió una por una las casas de todas sus conocidas, así las que realmente se interesaban por ella como las de las murmuradoras y entrometidas; á todas les leyó su querida carta; á todas participó su buena fortuna: así fué, que por la noche todo el pueblo sabía ya el risueño porvenir que se preparaba al nieto del señor Crisóstomo.

En todas partes se hicieron comentarios; en la que menos se habló del caso fué en la de Monthobán.

He aquí cómo se supo.

La señora Gervasia se hallaba á la puerta pasando esas horas, desocupadas aun para la mujer más laboriosa, que median entre la muerte de la luz del día y la vida de la luz artificial.

La viuda estaba sombría y taciturna: un ancho pliegue, que había aparecido desde que los malos pensamientos ocupaban su corazón, ocupaba á su vez el espacio vacío entre sus dos negras cejas. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada distraída, y permanecía inmóvil en el quicio de la puerta, mientras tanto que su hermano, en el interior de la tienda, balanceaba sus gruesas piernas sentado en una silla y esperando la cena.

La vecina que algunos días antes había dicho á Gervasia que el pequeño Eduardo se había ido á Madrid, pasó por allí, según su costumbre, pues vivía enfrente.

Detivose á la puerta del joyero, y dió las buenas tardes á su hermana.

— ¿Sabe V. lo que me han contado, señora Gervasia? (añadió): y en verdad que se lo voy á decir en un instante, porque ya me he detenido demasiado, y tengo prisa.

— ¿Y qué es esto?—preguntó la viuda, cuya cara, risueña antes de ser culpable, estaba ahora siempre taciturna y sombría.

— ¿Qué ha de ser? Que el chico de la señora Isidora se ha marchado á Madrid.

— Ya lo sé,—respondió bruscamente la hermana del joyero.

—¡Ya lo creo! ¡Se lo dije yo á V.! Pero es que hay aún más.

—¿Qué más?

—¿Que más? Que le han puesto en casa del diamantista de S. M.

—¡Ah!—exclamó Gervasia, cuyo semblante se vistió de palidez, cubriéndose en seguida de un arrebatado carmin.

—¡Ah!—exclamó á su vez Lorenzo, que canturreaba en el fondo de la tienda.

—Pues, si, señora (prosiguió la vecina): el señor cura que le llevó por encargo de su madre, visto que aquí nadie le quería enseñar el oficio, le ha proporcionado tan excelente colocación, con otra ventaja.

—¿Aún hay más ventajas?—preguntó Gervasia con un acento indefinible.

—Si, señora. Figúrese V. que, enamorados sin duda de la hermosura del chico, porque no se puede negar que es muy hermoso, y de sus buenos modales, le han buscado un maestro de música para que vea cumplidos sus deseos de aprenderla; de modo que ahora resultará buen músico y buen joyero, lo que será una dicha para su madre.

—¡Ciertamente!—murmuró Gervasia, sin saber muy bien lo que decía.

La vecina, sin advertir la impresión que sus palabras habían causado, se despidió, y se fué á su casa.

Gervasia no durmió, pensando en que su afán de hacer mal había abierto las puertas de la fortuna á la misma criatura á quien odiaba tanto.

Este es por lo común el castigo que Dios da á los envidiosos. Sus tiros envenenados se vuelven contra ellos, y labran su desventura, al mismo tiempo que se regocijan con la seguridad de causar la ajena con sus viles tramas.

Tres años después de los sucesos referidos, el señor S...., diamantista de la Casa Real de España, bajó una mañana algo preocupado al taller.

Era un hombre ya anciano, pero bien conservado y robusto.

Su fisonomía expresaba calma y bondad, y toda su persona respiraba el aseo y una pacífica y agradable tranquilidad.

Cuanto poseía se lo debía á si mismo, porque había empezado á trabajar siendo muy pobre, y sólo su perseverancia y su fuerza de voluntad habían hecho de él un hombre rico y considerado.

Los dependientes tarareaban trozos de las óperas que más gustaban, según era su costumbre, cuando bajó el principal; eran cuatro muchachos de veinte y veinticinco años, todos alegres, robustos y ostentando en sus trajes ese esmero algo amanerado, que es un medio entre el artesano y el artista.

En el rincón más apartado de la tienda, pero colocado donde le daba perfectamente la blanca luz de la mañana, se veía un muchacho cuya belleza parecía radiante en el sitio que él ocupaba.

Aparentaba de doce á trece años; á pesar de estar sentado, se conocía que su estatura era aventajada para tan corta edad; era blanco con la diafanidad del nácar, delgado y débil como una doncella.

Sus grandes ojos azules, guarnecidos de largas y sedosas pestañas color de oro, estaban inclinados á la sazón sobre un dibujo delicadísimo que estaba terminando; las ricas ondas de sus cabellos rubios, que cubrían su sien y su mejilla, dejaban ver, no obstante, la pureza admirable de su delicado perfil, y así inclinado, en una postura indo-

lente y cuidadosa á la par, tenia su persona algo de poético, de triste y de encantador.

Era un artista: un gran artista, de esos que hasta la multitud distingue de entre los seres vulgares; el genio abrumaba aquella frente despejada y serena, é impedía nutrirse y robustecerse materialmente aquel cuerpo gracioso y flexible á la vez.

Su traje era muy esmerado; pantalón de lana dulce gris-perla, chaleco de piqué anteado, y chaqueta inglesa de pañete azul turquí, con botones de azabache; todo esto acompañado y realzado por una rica bota charolada, por una camisa de holanda y una linda corbata de raso color de cereza.

Por bajo de las mangas de su chaqueta salian los puños almidonados de su camisa, cerrados con dos botones de esmeraldas, y adornando sus admirables manos, blancas como el marfil bruñido.

No parecía artesano, sino artista; no parecía dependiente, ni aun hijo del rico platero, sino un joven duque que se hubiera sentado allí á hacer un dibujo exquisito, para sacar de un apuro al joyero.

No hay aristocracia más pura, más delicada, más imponente que la del talento; si ponéis juntos á un genio y á un gran señor, el genio os cautiva sin duda mucho más.

Todos cantaban como he dicho: sólo el joven guardaba silencio, absorto enteramente en su tarea.

—Vamos, señores; háganme Vds. el favor de callar (dijo el joyero al poner el pie en la tienda): hoy tengo malísimo humor.

Los dependientes dejaron los útiles del oficio, volviéndose á mirar al principal, como interrogándole.

—Pues ¿qué ocurre?—preguntó el oficial mayor, que se atrevió á interrogarle también de palabra.

—Luego se lo diré á Vds.,—repuso el joyero.

Y volviendo la espalda, se acercó sin hacer ruido adonde estaba el hermoso adolescente. Apoyóse en su silla sin que el joven lo sintiese; tan absorto se hallaba en su tarea.

El maestro permaneció algunos instantes contemplándole: todas las nubes de su rostro desaparecieron, y por último echó su brazo izquierdo alrededor del cuello del joven, exclamando:

—¡Soberbio! ¡Magnífico!

El adolescente se volvió, sorprendido.

—¡Ah! (exclamó con voz débil y dulce): ¿estaba V. ahí, señor?

—Sí, aquí estaba, hijo mio (repuso el joyero, echando entonces los dos brazos al cuello del artista): aquí estaba, y ya hace rato. ¿Sabes que lo que has hecho es admirable?

—¿Valdrá para el caso?—preguntó el artista con una media sonrisa.

—¿Que si valdrá? Si se puede copiar tu dibujo para la escribanía, será la cosa más admirable que haya salido del arte de San Eloy (1).

Hablando así, el platero examinaba con profunda satisfacción el dibujo del jovencito, que, como ya he dicho, era una maravilla de buen gusto y delicadeza.

Representaba á Cibeles, deidad mitológica, sentada en un carro, del cual tiraban cuatro cisnes que parecían orgullosos de su carga.

La diosa, coronada de espigas, pámpanos, flores y racimos, estaba enhiesta y erguida en la concha que la servía de asiento, y llevaba en la mano el cuerno de la abundancia, del cual brotaban frutos y flores. Sobre el pedestal en que el carro descansaba, se veían pintados los atributos del poder de aquella benéfica deidad: flores delicadísimas, frutos llenos de belleza, peces, aves, un mundo en pequeño de rica poesía.

Después de haberlo examinado el platero con toda detención, y de haber dejado que lo examinasen sus dependientes, repitió:

—Si hubiera quien copiara esto, saldría una obra maestra del arte y digna del personaje á quien se dedica. ¡Ay! ¿Quién podrá ejecutar este maravilloso dibujo con la precisión y exactitud que requiere?

—Yo,—respondió el joven con la mayor sencillez.

—¡Tú!—exclamó el platero sorprendido.

—Yo, maestro: ¿qué hay en ello de extraño? Nadie mejor que el que ha inventado el dibujo puede ejecutarlo.

—Es cierto, es cierto, hijo mio; pero tú has trabajado poco, porque te he dedicado casi exclusivamente al dibujo.

—Es verdad, maestro; pero cuando es preciso, se sacan fuerzas de flaqueza.

Te voy á dar una noticia, que es probable te haga olvidar los propósitos de trabajar,—dijo el joyero, no sin alguna tristeza.

(1) San Eloy, platero, y patrón del gremio de los mismos.

—No hay noticia alguna que me haga olvidar de lo que debo á mi querido maestro,—repuso el joven.

—Veremos.

—Venga la noticia.

—Pues has de saber que tu abuelo te envia un piano.

—¡Un piano!—repitió el niño, cuyos grandes ojos azules despidieron rayos de gozo.

—¿Lo ves? Ya estás vuelto de juicio, y con razón; pero todavía te pondrás más fuera de seso cuando veas el piano.

—¿Tan hermoso es?

—Magnífico; todo está hecho por la mano de tu abuelo, según me dice en su carta; pero toma, léela tú mismo.

El joyero sacó del bolsillo de su holgada bata de seda, una carta que alargó al joven: éste la tomó con mano temblorosa; apenas acertaba á abrirla, y en sus ojos temblaban lágrimas de emoción y de gratitud.

Sacó, por fin, la carta de su cubierta de papel, la desdobló, y aparecieron los gruesos caracteres que traza siempre una mano anciana é inexperta.

La carta decía así:

«Mi estimado é inolvidable Sr. S....: Por las últimas cartas de mi nieto, sé que es V. con él más bueno cada día. Dios se lo pague con mucha dicha en este mundo, y mucha gloria en el otro. Lo mismo dice mi hija Isidora, que andaría una semana de rodillas por evitar á V. un solo momento de pena.

»Según nos han dicho algunas personas que han visto á nuestro Eduardo, éste está vestido y equipado como el hijo de un marqués. Le da V. un duro diario hace más de un año, y, además de dárselo, se lo guarda y se lo hace producir, según nos han dicho, para librarle de la suerte de soldado, cuando llegue el caso; pero, señor, no se apure V. por eso, porque aún tiene el abuelo Crisóstomo algunas onzas en una vieja cómoda que hay en su cuarto, para gastarlas en su nieto, que es lo que más quiere en el mundo desde que su santa mujer salió de él.

»Pues, señor, vamos al caso, para no cansar á V. más: ha de saber V. que mientras vigilaba el taller, empecé un piano para mi

chico, y tal ha sido el gusto con que he trabajado en él, que le he concluido, pero de una manera muy lujosa: puedo decir, sin vanidad, que es una alhaja, y que ni en las fábricas nacionales, ni en las extranjeras, se podrá hallar uno que compita con él; viéndolo concluido, he dicho: ¿para qué lo quiero aquí? Lo enviaré al niño, y así lo hago; va muy bien empaquetado, y llegará á esa el mismo día que esta carta, por la tarde; si el chico es tan buen músico como nos dicen, se alegrará de verlo, y más de usarlo.

»Isidora me encarga sus afectos para V.; ella y yo escribiremos al niño, para decirle cuánto me ha gustado la tabaquera de oro y plata que me ha enviado, y cuán loca está su madre con los pendientes de perlitas y esmeraldas que le ha enviado á ella: las dos cosas son, según nos dice, trabajadas por su mano.

»Mi querido Sr. S...., consérvese V. bueno, y dando un abrazo á mi nieto, y otro por su madre, sabe V. cuánto le estima su agradecido servidor,

»CRISÓSTOMO.»

Muchas lágrimas cayeron sobre esta carta, en tanto la leía el joven artista; la emoción más viva se pintó en sus delicadas y encantadoras facciones, y se conocía bien cuánto poder tenían en aquella alma tierna y sensible las afecciones de la familia.

—Vamos, hijo (dijo el maestro); basta de llorar, que no te he dado esta carta para que te aflijas; si sigues así, no te doy otra que tengo para ti.

—¿Una carta para mí? (exclamó Eduardo gozoso.) ¿Y de quién, de quién?

—¿Cómo puedo yo saberlo? Hela aquí, cerrada y todo como la he recibido; venia dentro de la de tu abuelo.

Y el joyero sacó del bolsillo de su chaleco una cartita muy pequeña, y cerrada con un sobre finísimo, encima del cual estaban escritas estas palabras:

PARA EDUARDO.

La letra era evidentemente femenina, ó mejor dicho, infantil; era pequeñita y fina, como convenia á aquella carta diminuta, pero des-

igual é insegura; se conocia que aquella carta era una obra maestra de paciencia y esmero.

—¿Quién me escribirá?—murmuró el joven, teniendo aún entre sus manos la carta, y como preguntándose á sí mismo.

—Ábrela, y veremos (dijo el maestro, en tanto que los dependientes volvian cada uno á sus tareas). Vamos (añadió); yo también deseo saber de quién es esa carta, y no me voy de aquí hasta que me haya enterado de ello.

Conviene advertir que el maestro llevaba su celo y su interés por el niño hasta el extremo de no dejarle palabra ni acción propia.

Eduardo rompió la oblea de la carta, y la sacó del sobre, percibiéndose al instante un fresco perfume.

Luego abrió sus dobleces, y cayeron, sobre la mesa en que dibujaba, algunas flores de jazmín, blancas y aromadas, como si acabaran de cogerlas de la planta.

—¡Hola, hola! ¡Un billetito fino y con flores dentro! (dijo sonriendo el platero.) Muchacho, ¿te dejaste novia por allá?

Eduardo no respondió nada; á las flores del jazmín, iba unido para él un triste recuerdo.

La última vez que habia visto aquellas flores, fué el día en que su buena madre regaló una planta á la terrible Gervasia, y al día siguiente le habian expulsado de su casa, teniendo que separarse, por culpa de aquella mujer, de su familia, á la que amaba tanto y de quien era tan amado.

Entre tanto que pensaba así, leía la carta, y sus ojos volvian á llenarse de lágrimas; era muy corta, y la concluyó al instante.

Luego que hubo terminado su lectura, la alargó á su maestro.

—Perdone V. (le dijo) el que la haya leído; debía V. haberla visto antes; ¡pero tenia tal curiosidad de ver quién se acordaba de mí!

—Bien, bien; nada importa eso,—repuso el platero, tomando la carta, en tanto que el joven recogía y besaba las flores del jazmín.

El joyero leyó á media voz lo que sigue:

«Mi queridísimo Eduardo: ¡Si supieras qué deseo tenia de saber escribir para dirigirte siquiera dos renglones!

»Al día siguiente de marcharte á Madrid, pedí á mi tío que me buscara maestro para aprender pronto; pero mi madre se opuso á

ello, diciéndome que era todavía muy pequeña. ¡Muy pequeña! ¿Qué importa la pequeñez del cuerpo, si la voluntad es grande? Ello es que no me dejó aprender todavía, ni ha querido hasta hace tres meses: hoy cumpla nueve años, y te escribo para decirte que no te olvido, ni te olvidaré nunca.

»Lorenzo cada día más grosero y de peor genio: ya tiene catorce años, y me hace padecer mucho; pero, como decia tu buena madre, *hay que sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos*, y más cuando este prójimo es una cosa tan allegada y tan propia como un hermano.

»Como no tengo nada que enviarte para memoria mía, he cortado unas florecitas del hermoso jazmín que tu madre regaló á la mía, y te las envío, para que veas que yo le cuido bien; porque soy yo la que le cuida, yo sola; mi pobre madre, yo no sé por qué, no hacia caso de él: tal vez será porque está triste á causa de los muchos disgustos que le da Lorenzo.

»Adiós, Eduardo, mi querido amigo: como en mi casa no me dejarían escribirte, llevaré esta carta á tu abuelo para que te la envíe dentro de una suya.

»Te quiere como hace tres años, y no te ha olvidado un solo día tu mejor amiga.

»JULIETA.

»P. D.—No dejes de contestarme dentro de las cartas de tu abuelo, y dime si es Madrid tan hermoso como dicen por acá. ¡Qué contenta estoy de saber escribir! Adiós.»

—Ved ahí una muchacha que será la esposa de Eduardo algún día,—dijo el dependiente mayor, después de concluida la lectura de la carta, de la que no habia perdido una palabra.

—¡Bah, bah! ¡Pues no lo echas poco largo! (exclamaron riéndose los demás.) Tiene él doce años y ella nueve, ¿y ya piensas en casarlos?

—¿Qué importa eso? ¿No es extraño también que una niña de esa edad conserve en el alma tres años seguidos una memoria tan tierna y constante?

Los demás oficiales empezaron á combatir esta opinión, engolfándose en consideraciones filosóficas sobre la constancia del amor ó su escasa duración.

Entré tanto dijo el platero á su dibujante, devolviéndole la carta :

—Debe ser una encantadora criatura esta Julieta.

—¡ Oh! ¡ y tanto como lo es! (exclamó Eduardo con entusiasmo.) Es tan bonita como buena.

—¿ Y tú te acuerdas de ella?

—Mucho, señor.

—¿ Pues cómo no le has escrito?

—Temía que no le diesen mis cartas (respondió el muchacho, ruborizándose): su madre me aborrece en extremo; ella fué la que me arrojó de su casa, hablando mal de mi, para que no me recibiese ninguno de los plateros de la ciudad!

Eduardo dijo estas palabras con un dolor profundo y reconcentrado, que expresaba bien cuánto había sufrido su corazón al dejar su tierra natal.

—¿ Te pesa acaso de haber venido á mi lado?—le preguntó el platero con acento cariñoso.

—¡ Oh! No, señor (respondió el joven cambiando la expresión rencoresa de su semblante por otra de efusión verdadera): no, señor, no me pesa; antes bien, doy por ello mil gracias á Dios.

Había en aquel niño tal expresión de sensibilidad, de elevada inteligencia, y de gracia tierna y exquisita, que admiraba á cuantos le oían; el platero le miró absorto durante algunos instantes, y después, estrechándole afectuosamente la mano, le dijo:

—Gracias por tu afecto, hijo mío; yo también te amo mucho, y sólo deseo permanezcas á mi lado el mayor tiempo posible, y que seas dichoso en él. Vamos; ahora, lo que te pido es que concluyas ese dibujo.

—Al momento, maestro,—dijo Eduardo, tomando el lapicero, después de poner dentro de la carta de Julieta las flores de jazmín y de guardar la carta en su pecho.

—¿ Para cuándo estará?

—Dentro de dos horas se lo entregaré á V. terminado.

—¿ Del todo?

—Del todo.

—Bueno: es justamente el tiempo necesario para que llegue el piano.

—¡ Tan pronto estará aquí!—exclamó el joven, en cuyos ojos brilló la más viva alegría.

—Yo creo que llegará de un momento á otro, y ahora enviaré á un criado para que le digan la hora en que suele venir el tren, con encargo de no separarse de allí hasta que le haya visto entrar en la estación.

—¡ Ah! ¡qué bueno es V.! ¡qué bueno é indulgente para mí!

—Porque tú eres también bueno y aplicado.... Más que mi dependiente, eres mi hijo, y como á tal te quiero; nunca me has dado un disgusto, y eso que al principio te repugnaba el oficio, ¿no es verdad?

—¿ Á qué negarlo? Sí, señor; tenía aversión y horror á todo trabajo mecánico; pero V. fué tan bueno, que me hizo aprender el dibujo para darme una ocupación más conforme con mi afición.

—Y con mi necesidad. No tenía dibujante como me hacia falta. Y ahora que lo pienso, vamos á hacer una cosa, hijo mío.

—Veamos.

—Tu piano habrá que colocarle aquí, porque en casa de Antonio ocuparía toda su pequeña sala: tú querrás tocar en él; de consiguiente, lo mejor será que desde hoy te quedes aquí, y vivas con nosotros.

—¡ Qué dice V.!—exclamó Eduardo, admirado de la generosidad de su maestro.

—Digo, que mi mujer y yo somos viejos; nuestras hijas están casadas; nos harás compañía, y ahorrarás así los seis reales que damos á Antonio por tu alojamiento.

—¡ Pero ser á V. gravoso!—murmuró el joven con los ojos llenos de lágrimas.

—Vamos, no hablemos de eso: ¡ gravoso! ¿ Cuándo podré yo pagarte lo que te debo, y más si te encargas de la escribanía del Duque de....

—Aseguro á V. que me encargo de ella, y que hoy mismo pondré manos á la obra.

—Convenido, pues: desde esta noche dormirás aquí; te se arreglará el cuartito del piso segundo; allí se colocará el piano, una cómoda, una cama con cortinas, un sillón y un ropero....; poca cosa, pero lo bastante para que estés alojado con decencia y comodidad.

33863

—¡Ah, maestro mío, cuántas bondades!—exclamó Eduardo, tomando una mano del joyero y queriendo besarla.

Pero éste la retiró suavemente, y prosiguió:

—Veamos: ¿tú necesitarás á alguien que te ayude en esa grande obra, no es verdad?

—Sí, señor,—respondió el dibujante pensativo.

—¿Y quién te parece á propósito?

—¿De los dependientes de la casa?

—Sí.

—Ninguno, señor.

—¡Cómo! ¿Ninguno?

—Ninguno: todos saben ó creen saber el arte de platería y joyería más que yo, lo cual tal vez será cierto; pero como el que me ayudase querría sujetar á la suya mi voluntad, no puedo admitirlo de ningún modo.

—Pues ¿cómo haremos? Porque yo no quiero que dejes de ser el dibujante de la casa.

—Yo tampoco quisiera dejar mi cargo.

—¿Y podrás acudir á las dos cosas?

—Si hallase V. un muchacho que me ayudase, casi podría asegurar á V. que sí.

—¿Un muchacho?

—Un muchacho que supiese algo del arte, pero menos que yo, para que se prestase á obedecerme: un muchacho, no de mi edad, porque tendria poco juicio (añadió el joven artista con una sonrisa melancólica), pero sí de poca más edad que yo, para que no tuviese el carácter imperioso y dominante de un hombre.

El silencio siguió á estas palabras: el joyero parecia sumergido en profundas cavilaciones; pero de repente se dió una palmada en la frente, como hombre que ve un rayo de luz cuando menos lo esperaba, cuando estaba más sumergido en las tinieblas.

—¡Ah! (exclamó): ya tenemos lo que necesitamos: ese chico cuya venida me tiene tan disgustado, y al que me veo obligado á admitir por recomendación del Obispo de G.... ¡Justamente del mismo para quien es la escribanía!.... Sí; ese mejor que nadie podrá servir para ayudarte.

—¿Qué edad tiene?

—Catorce años.

—¿Y sabe algo del oficio?

—Dicen que está bastante adelantado en él. Pero, ¡adiós, adiós! Tengo mucho que hacer.... Hijo mío, acaba lo antes que puedas el dibujo, para que vayas después á presidir el arreglo de tu cuarto, y la colocación del piano que va á llegar.

La recién casada tenía el genio un poco áspero, y además se había acostumbrado á la idea de vivir sola con su marido, y de gobernar su casa como le pareciese y sin testigos de vista; así es que recibió muy mal al joven huésped.

El pobre niño de nueve años, tuvo ganas de llorar más de una vez al ver la mala cara de la mujer de Antonio, la cual le puso un jergón cubierto con unas sábanas gruesas y una vieja manta de lana, toda llena de agujeros, en el rincón de un pasillo; y como era un invierno bastante crudo, y el jergón bastante delgado y colocado en el suelo, el pobre niño pasó un frío cruel.

El alimento no era mejor que la cama; por la mañana, antes de ir al taller, le daban unas sopas muy malas, y con muy poco aceite; al mediodía le llevaban una escasa ración de potaje, sin ninguna grasa, y por la noche le daban otra sopa, hermana de la de la mañana, ó quizá sobrante de aquella.

La pobre criatura sufría mucho: pensaba en su camita blanca, caliente y mullida por la cariñosa mano de su madre; pensaba en la sabrosa y bien condimentada olla de casa de su abuelo. ¡Qué diferencia de aquel sano y nutritivo alimento á lo que ahora le daban! Pero, ¿qué remedio?, su madre le envió al martirio, y cuando su madre lo disponía así, fuerza era que el martirio le conviniese.

¿No le amaba su madre con toda su alma?

¿No le había dado mil pruebas de su ciega idolatría?

Era quizá una flaqueza de su alma débil y honrada el empeño de que aprendiese el oficio de joyero porque había sido el de su padre; ¿pero no le había dicho muchas veces que es un deber de religión y de caridad *el sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos?* ¿Y de quién mejor que de una madre se pueden sufrir las flaquezas, caso de que las tenga?

Estas reflexiones hacían que el pobre niño sufriese sin quejarse el mal trato que le daban. En cuanto al maestro, aunque veía la mala comida que le llevaban, y podía inferir por ella lo que serían el almuerzo, la cena y el lecho, como el muchacho, en realidad, servía aún para poco, aunque prometiese servir para mucho, no se inquietaba en lo más mínimo porque él sufriese ó lo pasase bien.

¡Pobre niño, separado de su madre y de su abuelo! ¡Cuánto sufrió lejos de ellos! ¡Cuántas lágrimas derramó en el silencio de la noche!

VII.

El afecto que el Sr. S..., platero y diamantista de S. M., manifestaba al joven artista no era del todo desinteresado.

El genio colosal de aquella criatura extraordinaria había sido admirado por él, y después explotado también por él con una sagacidad maravillosa.

Había sacado partido de su talento como dibujante, hasta un punto increíble, y para tenerle contento le había buscado un maestro de música, que le había enseñado á tocar el violín y el piano en muy corto espacio de tiempo.

Porque aquella maravillosa organización de artista necesitaba de muy poco para fructificar y dar de sí hasta lo prodigioso. Su pasión era la música, y, lejos de ser el estudio enojoso para él, había ocupado todos sus escasos ratos de ocio de la manera más agradable.

El mismo día de la llegada de Eduardo, acompañado del señor cura D..., el platero había preguntado á sus dependientes si podrían dar cabida en su casa *al aprendiz*,—entonces era este el nombre que se daba á Eduardo,—por una regular retribución que satisficiera su familia.

Tres de ellos eran solteros, y alegaron su imposibilidad; pero otro, llamado Antonio, joven de veintiseis años, que acababa de casarse, se ofreció á llevarse consigo.

En efecto: aquella noche fué el aprendiz, y éste dijo á su mujer que podrían tener alguna utilidad con poner á aquel chico una cama en cualquier rincón, y con darle de comer medianamente.

Durante muchos días, apenas tocaba á su miserable comida; apenas el sueño llegaba á visitar sus párpados cansados y enrojecidos por el llanto y por el insomnio.

Y, sin embargo, la excelencia de su corazón era tal, que jamás acusó á su madre, á pesar de lo que sufría.

Sólo una luz brillaba en la tenebrosa noche de sus dolores; el recuerdo de Julieta: aquella imagen hermosa y pura se le aparecía en sueños con todo el encanto de la ternura y del cariño que le había profesado.

Un mes pasó así, sin alegría, sin sosiego para el pobre Eduardo; su estómago, acostumbrado á muchos cuidados, se debilitó de un modo sensible, y no podía digerir lo que la adusta esposa de Antonio le daba por alimento: encendiéndose en sus venas una fiebre enta, producto de su debilidad nerviosa, y su semblante, poco antes tan fresco y tan sonrosado, se demacró de una manera que daba pena.

Al cumplir el mes de su estancia en casa de Antonio, se recibió una letra de trescientos reales del abuelo Crisóstomo, que el platero entregó á su dependiente, como pago de los alimentos y hospedaje del pobre niño.

La desgraciada criatura no había gastado ni la tercera parte. Antonio y su mujer, al ver aquella hermosa cantidad que cobraron en plata, sintieron remordimientos por lo mal que lo habían ganado: temían además otra cosa, y era que el muchacho escribiese lo que estaba sucediendo, y que les retirasen aquella pequeña renta, tan buena y tan agradable de cobrar y de gastar.

Eduardo probó la ventaja de estos temores: se le dió un alimento algo mejor; la sopa de la mañana se convirtió en chocolate; el potaje en un cocido pobre pero limpio; la sopa de la noche en una taza de leche ó en dos huevos frescos. Aquel pobre y débil estómago fué recobrando alguna fuerza; pero en el semblante quedó siempre estampada la tristeza y el desaliento que le había impreso aquel mes de martirio moral y material.

Eduardo hizo en poco tiempo rápidos progresos en el dibujo y en la música; su genio empezaba á brotar por todas partes: chispeaba en sus ojos, en su sonrisa, en el eco de su voz; era un talento colosal, encerrado en un cuerpo frágil y delicado.

—Necesitaria hoy un dibujo muy difícil,—dijo un día el maestro en la tienda con verdaderas señales de preocupación.

—¿Quiere V. que vaya á encargarse al tío Esteban? (dijo Antonio): póngame V., según costumbre, una notita de lo que quiere.

—No habrá otro remedio (dijo el maestro, que era bastante avaro del tiempo): y eso que lo siento, porque quería que concluyera V. de montar esos pendientes.

—Me daré luego prisa, maestro; pero en tanto voy, Eduardo puede ocupar mi sitio y seguir con mi obra.

—¿Cómo ha de saber este muchacho hacer eso?—preguntó el platero de mal humor.

—Ciertamente, sabe ya: que pruebe, y V. lo verá.

El niño se sentó, y se puso á la obra.

Antonio se detuvo bastante: cuando volvió, estaba terminado su trabajo, para el cual hubiera él gastado todo el día: el maestro tenía extendidos en la palma de la mano unos pendientes de diamantes, y los miraba con profunda satisfacción.

—El tío Esteban está muy malo (dijo Antonio). Anoche, á consecuencia de una borrachera, se cayó por la escalera, y se hizo una gran herida en la cabeza: el médico no responde de su vida.

Diciendo esto, dejó Antonio la nota que había llevado sobre la mesa en que trabajaba Eduardo, que había tomado una hebilla de oro, y estaba montando en ella una esmeralda.

—¡Santo Dios, qué desgracia! (exclamó el maestro.) ¿Quién va á hacerme ahora ese dibujo?

—Lo que es con el tío Esteban no hay que contar, porque, si cura, tiene para dos meses,—dijo Antonio.

El maestro no respondió: se había dejado caer en una silla, y parecía anonadado.

Entre tanto el niño había fijado sus ojos maquinalmente en la nota, que era muy breve, y la había leído; decía así:

«Un dibujo de copa antigua para oro y plata, con uvas y pámpanos, rodeando una mitra episcopal: mate y abrillantado, distribuido con la mayor delicadeza y tacto posibles, para el mejor efecto.»

—¿Es esto lo que V. desea, maestro?—dijo el joven, tomando el papel y acercándose al platero.

—¡Eh! ¿Quieres dejarme en paz?—respondió bruscamente, y mirándole con enojo.

—¿Pero es este el dibujo que V. desea tener?

—¡Sí, ese, ese es! ¿Acabarás?

—Al instante: ese dibujo lo puedo yo hacer.

El platero abrió los ojos casi asustado.

—¡Tú!—exclamó.

—Yo, sí, señor.

—¡Ja, ja, ja! ¡Pues no está el muchacho poco lleno de pretensiones!—exclamaron los dependientes riendo á carcajadas.

—¡Silencio! ¡No tengo humor para bromas!—gritó el platero.

—Digo (repitió Eduardo, con una voz que resonó grave y serena en medio de la calma restablecida): digo, maestro, que yo puedo hacer ese dibujo; y que me tendré por dichoso pudiendo salvar á V. de un compromiso, si es que lo tiene.

—¡Oh! ¡y como que lo tengo, hijo mío! (exclamó el platero): justamente es para el señor Obispo de tu ciudad natal, que me ha hecho mil favores, y que, además, me ha ofrecido por ella cuarenta mil reales!

—Pues la copa se hará.

—Lo dices con una confianza, que te voy creyendo.

—Necesito papel fuerte y algunos lápices.

—Ve tú mismo á comprarlos.

El platero puso en la mano del niño una moneda de oro de cien reales, lo que probaba mejor que nada el interés que tenía por aquel dibujo, y Eduardo salió corriendo, con esa graciosa apresuración de la infancia.

Algunos minutos después estaba ya de vuelta: puso sobre la mesa un rollo de papel y una cajita con lápices, y alargó su pequeña mano al maestro, en la cual se veían cuatro duros.

El platero los tomó, y dijo, poniéndolos sobre la misma mesa, donde estaban los útiles para el dibujo.

—Aquí están, hijo mío: si sale el modelo nada más que mediano y servible, son tuyos.

Eduardo pidió un velador, se lo hizo acercar á una ventana, lejos del sitio donde trabajaban los demás, y se puso á trabajar con ardor.

Interiormente dirigía una fervorosa oración á la Virgen de los Dolores para que le sacase con bien de aquel trance.

Rehusó tomar la comida cuando le dijeron que se la habían traído, temeroso de que se le huyera, al contacto de aquella necesidad material, el rayo luminoso con que la Virgen, fuente de toda luz y de toda poesía, alumbraba su mente: y después de diez horas de un trabajo asiduo y sin interrupción ninguna, la copa antigua se destacó en el fondo mate y blanco del papel, radiante de belleza artística, gallarda y llena de poesía.

Nada faltaba á aquel admirable dibujo: el artista podía trabajar la alhaja, teniendo á la vista aquel maravilloso modelo, con la mayor facilidad; el mate y el abrigado de los metales estaba indicado por medio de sombras delicadas y tan hábilmente repartidas, que aun siendo sólo de lápiz, la bella copa parecía brillar iluminada por una suave y purísima luz.

Era el resplandor que brotaba del alma del artista, bañada por los rayos de su fe religiosa.

Concluido el dibujo, el pobre niño se levantó con las mejillas pálidas y la frente bañada de sudor; pero sus ojos brillaban con los rayos del entusiasmo.

Su genio había roto del todo los lazos que le sujetaban, á causa del esfuerzo que acababa de hacer; pero aquel mismo esfuerzo le aseguraba esa vida que va más allá de la tumba, y que sobrevive á la misma muerte.

El maestro se lanzó con un afán indescriptible sobre el dibujo.

El temor de distraer ó amedrentar al pobre artista de diez años, le había contenido hasta entonces; pero, al ver terminado el dibujo, de un solo salto, á pesar de sus años y de su obesidad, se puso junto á la mesa.

—¡Esto es admirable! ¡divino! ¡increíble! (exclamó, porque, en realidad, era un hombre de gran talento artístico y de gran inteligencia en su arte.) ¡Esta alhaja será una cosa nunca vista! ¡Yo, yo sólo he de trabajarla!

—Y yo, si V. me lo permite, maestro,—dijo el dibujante.

—¿Tú? ¿Te atreves tú?

—Sí, señor; lo más delicado lo haré yo, que tengo más paciencia y mejor vista que V.

—¡ Ah, hijo mio! ¡ Ya no temo fiarte nada! Debes estar bien seguro de ti mismo cuando te ofreces á ello; elige: ¿ qué quieres hacer?

—Las vides, la mitra y las asas.

—¿ Todo lo más difícil y pesado?

—Sí, señor.

—Está bien: nada puedo negarte ya de lo que se refiere al talento; pero ahora, oye mi recompensa: desde hoy comerás á mi mesa, y sólo irás á casa de Antonio á dormir; tendrás un duro todos los días, y serás el dibujante de casa: ¿ te acomoda?

—¡ Oh, Dios mio! ¡ Que si me acomoda! ¡ Qué contenta se pondrá mi madre!

—Pues está dicho: por lo pronto, toma esos cuatro duros, y otros cuatro.

El joyero puso en las manos del niño una moneda de oro de cuatro duros, y añadió:

—Hoy descansa: y mañana, así que amanezca, vente aquí, para que empecemos á trabajar.

VIII.

Difuso y molesto por demás sería para mis lectoras el que yo les explicase de qué modo se llevó á efecto la elaboración de la magnífica escribanía del Duque de X.... Bastará que les diga que cerca de dos meses después, la soberbia alhaja estaba expuesta en la tienda, y que el público inteligente que se agolpaba á verla, preguntaba si se había encontrado bajo el suelo que un día sustentara á Pompeya ó á Herculano.

Aún era más preciosa la segunda obra de Eduardo, la copa episcopal.

Tan rico vaso, cuya memoria vive aún en la de todos aquellos que tuvieron la dicha de admirarle, bien merece una ligera descripción de su forma.

Era una copa, cuyo pie lo formaban algunas ramas y raíces silvestres, y entre las cuales brotaban algunas espigas tronchadas en parte; todo esto mezclado con ese desorden del genio tan lleno de belleza y poesía.

Una de aquellas plantas elevaba un tallo delgado, flexible y estoposo: y de allí arrancaba la copa, de gran anchura y cavidad, y cuyo fondo interior era completamente de oro liso y abrigantado.

En la parte anterior de la copa se enroscaba una vid con hojas y pámpanos esmaltados de verde.

Las uvas y los pequeños racimos que acá y allá estaban sembrados, y que parecían maduros ya, los formaban gruesos rubies engastados con admirable delicadeza: la vid subía enroscándose, hasta for-

mar las asas del vaso, que eran de una riqueza y un trabajo, superior no sólo á todo cuanto hasta el día se había visto, sino también á todo elogio.

Cada asa estaba enriquecida de esmeraldas y rubies, y los pámpanos eran de oro mate, pero de un cincelado tan prolijo, de una finura tan asombrosa, que la vista no podía separarse de aquel trabajo.

Desde que se expuso la escribanía, la fama del Sr. S.... creció de un modo fabuloso.

Se le buscaba para todas las grandes obras, y no hubo ninguna persona de la grandeza que no quisiera enriquecer su comedor con una vajilla de su casa.

No hay que decir que su fortuna se aumentó en algunos millones, pues para los artistas la fama es sinónimo de gran caudal.

El platero no sabía qué hacer con el dibujante; le vistió con la mayor elegancia; le autorizó para que enviase á su abuelo y á su madre dos regalos como él quisiera, sin contarle nada por los materiales, y le dispensó, en fin, todas las atenciones imaginables.

Pero en el alma de aquel niño había una profunda tristeza; nada de lo que había en derredor suyo le halagaba; sin cesar recordaba la casa materna, los paseos que daba con su abuelo los días festivos; esa vida del corazón, en fin, que nada ni nadie puede reemplazar: y en medio de todo esto, veía el blanco y sonrosado rostro de Julieta, sus ojos y sus cabellos negros y su boquita de coral, tan sonriente y tan graciosa.

Envío los regalos á su abuelo y á su madre, hechos por su mano; eran, según ya dije, una caja para tabaco, de plata, y unos lindos pendientes de perlas; pero aquellas dos sencillas memorias fueron estimadas como las alhajas más ricas y de más valor.

Poco después de este envío, fué cuando anunció el abuelo que remitía el piano y cuando recibió la carta de Julieta con los jazmines dentro, como un suave y fresco recuerdo de su dulce y tranquila niñez.

Volveré á tomar el hilo de mi historia desde donde la dejé, para referir los sucesos de los tres años que el joven artista había pasado fuera de su casa, y le encontraremos de nuevo inclinado sobre el dibujo.

Jamás inteligencia juvenil ha mostrado más perseverante afán en concluir bien una obra artística, que la que empleaba aquel niño endeble y delicado para acabar su dibujo; hubiérase dicho que era para él cuestión de muerte ó vida, según era su aspecto de inmóvil y de abstraído.

Reunía á su talento colosal una cualidad muy poco común en los grandes genios; la perseverancia: ordinariamente, á las grandes facultades de la inteligencia va unida una apatía invencible y muy escasa dosis de paciencia; pero en aquella criatura privilegiada, sucedía lo contrario, y las horas se deslizaban sin que él se apercibiera de ello.

Terminó su obra antes de lo que había pensado, según le sucedía siempre; y poco después de haber guardado el dibujo, llegó el aviso de que venía ya el regalo del abuelo.

Una conmoción inexplicable se pintó en las facciones de Eduardo al oír anunciar la llegada de su querido piano; huyó el color de sus mejillas, y se lanzó á la escalera para verle subir.

Era un gran fardo, liado con mucho cuidado, entre bayetas de lana y cuerdas de cáñamo; pero cuando lo depositaron en la habitación que debía ocupar, y empezaron á desenvolverlo, apareció lleno de brillantéz y de hermosura.

Cuando le vió colocado; cuando pudo dejar errar sus dedos por aquel teclado, lleno de tan brillante blancura y de un negro tan lustroso, el pobre artista, que sólo había tenido hasta entonces un misero y destemplado clavicordio (el mismo en que aprendiera su maestro siendo niño), el pobre artista se creyó transportado al séptimo cielo.

Sus sonatas, que en el misero instrumento le enajenaban, le parecían ecos celestiales, repetidos en el hermoso piano: una por una las repasó todas, sin cansarse en dos horas que pasó sentado delante del regalo del abuelo.

En tanto que él era tan feliz con aquellos armoniosos ecos, otra escena bien distinta tenía lugar en la antesala de la casa del señor S....

No bien hubo dejado éste colocado el piano, salió, porque le habían dicho que le buscaban, y se halló con el mismo conductor del piano, que desde la escalera había vuelto atrás.

—Señor (le dijo) : ya me iba sin acordarme de lo principal.

—¿Qué es lo principal? (preguntó el platero.) ¿No le he pagado ya á V. la conducción del piano?

—Es cierto, señor, y esto me servirá de gratificación ó propina, porque el porte venia ya pagado.

—¡Cómo!

—El buen viejo Crisóstomo me lo pagó en G.... Es él demasiado cabal para hacer un regalo á medias, aunque sea á su nieto.

—¿Y nada me había V. dicho?

—¿Para qué? V. tampoco me lo ha preguntado, y yo, si no me preguntan, no hablo; pero, vamos al caso; le decia á V. que se me olvidaba lo principal, es decir, el muchacho.

—¿Qué muchacho?

—El que he traído yo; el sobrino del portugués.

—¡Cómo! ¿El recomendado de Su Ilma. el Obispo?

—El mismo. Lorenzo Rocafort y Monthobán.

—¿Y dónde está?

—Abajo espera. ¡Es lo más cazarro! Por no saludar á nadie, se metería debajo de la tierra.

—¡Hum!—hizo el platero.

Y luego añadió:

—Al tiempo de bajar V., dígame que suba.

—Está muy bien, señor: conque quede V. con Dios.

—Adios.

El conductor salió, y el platero se puso á cruzar á grandes pasos la antesala: á la segunda vuelta vió á su mujer en el umbral de la puerta, que le miraba pasearse.

—¿Qué te sucede?—le preguntó.

—Me sucede.... que maldita la falta que hacia ahora el chico este en casa (respondió el joyero con muy mal humor): ¿dónde le vamos á poner? Porque, viniendo por recomendación del Obispo, hay que alojarle aquí.

—Claro está; pero no te apures; le pondremos otra cama en el cuarto de Eduardo; los chicos se hacen pronto amigos.

—No habrá otro remedio (dijo el joyero); pero aquí está ya.

En efecto: Lorenzo apareció en la puerta de la escalera, al llegar aquí la conversación del joyero y de su esposa.

Su aspecto habia cambiado mucho desde que lo vimos en casa de su tío, el honrado y flemático portugués: habia crecido notablemente, habia engruesado, y su figura era la de un hombre no muy alto, pero sí muy fornido.

Sin embargo, su fealdad, lejos de disminuir, habia aumentado: tenia ya catorce años, es decir, esa edad en que el niño pasa á ser hombre, y en que las más hermosas criaturas pierden su belleza y su frescura bajo las primeras sombras de la virilidad; edad que participa del niño y del hombre, y que ha perdido las gracias de la primera edad, sin haber adquirido todavia el sello de noble gravedad de la otra.

La fisonomía de Lorenzo era casi repugnante: apenas se veían sus pequeños ojos, medio ocultos por la carnosidad de sus pobladas cejas; su boca era grande y vulgar; su nariz más roma y reman-gada que nunca; tenia el cuello corto, las manos anchas y ordinarias, los pies enormes; su mirada era torva y osada; sus cabellos rubios se habian vuelto casi rojos, y en toda su persona parecia que se notaba una sombra negra de recelo y falsedad.

—Tome V. esta carta (dijo ásperamente al platero): es del señor Obispo.

El Sr. S.... la tomó y la abrió, pasando por ella la vista: era efectivamente del Obispo, y le recomendaba eficazmente á Lorenzo, encargándole también la pronta remisión de la copa que le habia encargado.

—Vamos, pues, á trabajar (dijo el joyero, con una aspereza que no era propia de su carácter pacífico, pero que se la habia inspirado el disgusto que le causaba el aspecto del muchacho); si-gueme.

Lorenzo obedeció, y ambos entraron en el cuarto destinado á Eduardo, y en el cual aún se entretenia éste en tocar el piano.

—Vamos, hijo mío (le dijo el Sr. S...., cambiando el tono que habia usado con Lorenzo por otro mucho más dulce): vamos á la tienda, que te necesito.

El niño se levantó: cerró el piano, y le besó con ternura, como hubiera besado la mano de su abuelo si se hubiera hallado al lado suyo. Ya que no podia besar la mano, besaba la obra que habia producido.

Pero al fijar los ojos en la persona que acompañaba á su maestro, una violenta expresión de asombro se pintó en su ingenuo semblante: quedóse algunos instantes suspenso y como indeciso, y luego murmuró, como diciéndoselo á sí propio :

—¡No, no ! ¡es imposible!

Volvió luego á mirar la torva fisonomía de Lorenzo, y tras otro largo espacio de duda, añadió :

—¡Sí, no me cabe duda....; él es!

—Yo soy (repuso el hijo de Gervasia) ; yo soy, Eduardo : ¿de qué te admiras?

—No sé.... ¡No podía suponer que fueras tú el aprendiz que esperaba el maestro!—exclamó el niño.

Y corriendo con los brazos abiertos hacia aquel grosero muchacho, exclamó con íntima efusión :

—¡Lorenzo!.... ¡ah! ¡Tanto mejor! ¡Cuánto me alegro de verte!

El indómito muchacho se dejó abrazar; pero correspondió muy friamente á los halagos de aquel niño generoso, que así olvidaba todos sus pasados insultos.

—Vamos, vamos al trabajo,—repitió el Sr. S....

Y bajó á la tienda, seguido de Eduardo y de Lorenzo.

Una vez allí, dijo al segundo :

—Te pongo bajo las órdenes de este niño : le obedecerás en todo como á mi ; vais á emprender entre los dos la fabricación de una alhaja, de una magnífica copa para Su Ilma., el señor Obispo de G....; ahora puedes manifestarle toda la gratitud por el favor que te ha dispensado colocandote en mi casa.

—¿De qué modo he de probarle mi gratitud?—preguntó ásperamente Lorenzo.

—Esmerandote en la parte que te toque en la copa que para Su Ilma. se va á hacer en casa,—respondió el platero.

—¿Pero no dice V. que he de hacer lo que me mande éste?

—Sí por cierto : pero él sabe muy bien lo que ha de mandarte, estando como debes estar adelantado en el arte de platería : ¿no es tu tío platero?

—Sí, señor.

—Pues bien : entonces algo debe haberte enseñado, y algo debes haber aprendido en los catorce años que tienes : ¿no es así?

—¿Yo qué sé? V. dirá cuando me vea trabajar.

—Muchacho (repuso con acritud el maestro, á quien disgustaba el tono seco é incisivo de Lorenzo) : me parece que tienes muy mal carácter ; en ese caso, tanto peor para ti. Te repito lo que antes te dije : obedecerás á este niño en cuanto te mande, y él me dará las quejas que tenga de ti.

Dichas estas palabras, el Sr. S.... se alejó de allí, y pasó al obrador de la tienda, dejando solos á Eduardo y á Lorenzo.

IX.

Vedlos ahí frente á frente, mis amados lectores; ved frente a frente á estos dos jóvenes, dulce y suave el uno como una mansa ovejilla, feroz y sombrío el otro como el chacal que salta en el silencio de la noche en la espesura de la selva.

¿No sentís pavor al contemplar unidas por los inexcrutables juicios de Dios esas dos criaturas tan distintas? ¿Esas dos criaturas tan opuestamente dotadas por la naturaleza?

Fuerte el uno, ágil y vigoroso, de figura brutal y osada, de mirada ceñuda y torva, de instintos bajos y feroces; débil y delicado el otro, de cabellos sedosos y rubios, de ojos azules y dulces como el cielo; tan noble, confiado y afectuoso, como el otro malicioso y montaraz: ¿no os inspira miedo la suerte del rubio arcángel que ha de sujetar la cadena del negro y feroz dragón?

Pero el arcángel está rodeado de luz, y de una luz tan clara y suave, que disipa y extingue las negras sombras que rodean á su enemigo.....

Sentóse Eduardo delante de su mesilla, y sacó el dibujo que había terminado hacia pocas horas.

Luego tomó un pedazo de oro fundido, y dijo con dulzura a Lorenzo:

—Toma, adelgaza esto con un martillo.

Lorenzo miró de reojo al que le daba aquella orden; una sonrisa amarga plegó sus labios; pero hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo, y empezó á martillar el precioso metal.

Eduardo tomó también para sí su tarea, la más pesada y dificultosa, y en tanto que la desempeñaba, quiso hablar con Lorenzo de aquella pequeña ciudad, patria de ambos, y cuyo recuerdo vivía en su memoria, risueño, puro, y rodeado de una aureola de paz y de alegría.

Empero las respuestas de Lorenzo eran cortas y bruscas; su acento sordo y sus amargas frases llenaron de pavor el alma sencilla del niño, que acabó por guardar silencio.

Sin embargo, se sintió más dichoso después que hubo oído hablar de Julieta: aquel corazón, animado prematuramente á la par de la imaginación, amaba á su amiguita de la infancia con el cariño más tierno é inalterable.

La envidia volvía á levantar cerca de él su envenenada y asquerosa cabeza, y se cumplían las palabras de la Escritura:

ENSALZARÉ Á LOS HUMILDES Y HUMILLARÉ Á LOS SOBERBIOS.

Lorenzo, el sobrino del rico joyero portugués, estaba allí, á las órdenes de aquel chicuelo, que en días más dichosos para él había arrojado, no sólo de su casa, sino también de la ciudad. ¡Oh, qué vergüenza para su mezquino corazón! ¡Qué inaudita mengua!

Hay una ventaja muy grande, mis queridos lectores, para los corazones generosos: reconociéndose buenos y nobles, no creen que nadie pueda ofenderles, y á veces las injurias resbalan sobre ellos como una flor sobre la tersa y cristalina superficie de un lago cuyas aguas ha condensado el rigor del invierno.

Por el contrario, los corazones mezquinos están siempre sobre aviso: su susceptibilidad es extremada, porque, sintiéndose débiles y muchas veces culpables, saben que tienen merecidas, ya como represalias, ya como pruebas de la antipatía que inspiran, muchas ofensas.

Por eso la paz del cielo reinaba en el corazón de uno de aquellos dos niños y las furias del infierno despedazaban el corazón del otro.

El día se pasó lo mismo que todos los demás, y por la noche, después de la cena, el dibujante y el aprendiz (con ese humillante nombre designaban á Lorenzo) pasaron á ocupar su cuarto.

En la alcoba había dos camas: un catre de tijera para Lorenzo, y

una primorosa camita de acero y bronce, con colgaduras de seda verde, para Eduardo.

Había dos jofainas, una de porcelana para éste y otra de loza ordinaria para aquél.

Todo lo demás seguía el mismo orden jerárquico. Eduardo tenía su tocador completo y un ropero para guardar sus trajes, y una mesa con recado de escribir, sobre la cual había también una cartera de dibujar.

Todo lo destinado á Eduardo era pulcro, aseado, gracioso: era que la esposa de su maestro le amaba como si hubiera sido su hijo.

Y esto consistía en que el niño, con su adorable afabilidad, estaba siempre dispuesto á complacerla.

¿Necesitaba ir por una llave ó por su pañuelo? Eduardo le evitaba esta molestia, yendo él mismo á traérselo.

¿Quería salir á paseo, y su marido rehusaba acompañarla por no perder de vista alguna obra importante del taller? Eduardo la acompañaba con el mayor gusto.

¿Deseaba un dibujo para marcar un pañuelo, ó para bordar un cuello? Eduardo se lo hacía en un momento, sencillo, primoroso, adaptado completamente á su gusto.

Así, la buena señora le adoraba: había perdido á dos de sus hijos, y tres que le quedaban estaban casados; pero su marido solía decirle, que de la pérdida de los unos, y de la ausencia de los otros, se consolaba con su séptimo hijo.

Siempre alcanzan sus frutos la bondad, la tolerancia y la mansedumbre: todos amamos más á quien nos ama y nos complace que á quien nos mortifica y disgusta: ¿cuán amado no sería, pues, aquel niño, que jamás había sabido ofender á nadie?

Su bondad natural no podía desmentirse tampoco con el sombrío Lorenzo; así es que le dijo al entrar en el dormitorio:

—Mira, amigo mío: todo cuanto hay aquí es tuyo lo mismo que mío, y puedes usarlo con entera libertad. Deseo que me trates como si fuera tu hermano.

—¡Muchas gracias!—contestó sordamente Lorenzo.

Y sin añadir una palabra más, se entró en la alcoba, se desnudó, y se metió en su cama.

Bien pronto sus ronquidos estrepitosos indicaron á Eduardo que

dormía ó fingía dormir: y aquel ruido monótono y desagradable vino á mezclarse con las tiernas preces de su oración de la noche.

Porque aquel niño, como todas las criaturas dotadas de un alma elevada y tierna, era sinceramente religioso, y hallaba en la oración un íntimo placer.

En efecto: la oración puede llamarse el alimento del alma; después de rezar, hay valor para sufrir todas las penas y contrariedades de la vida, como si el espíritu estuviera fortalecido por una égida invulnerable.

Al día siguiente recibió el Sr. S.... dos cartas por el correo: la una tenía un sobre interior para Eduardo, y venía abierta: el platero la desdobló: estaba escrita por el anciano Crisóstomo y por la buena Isidora.

La otra era del joyero Monthobán para su colega el joyero S....; y no pudo resistir al deseo de copiar algunos párrafos de las dos.

Principiaré por la primera, ó sea por la dirigida á Eduardo por su abuelo y su madre.

Después de hablarle de mil cosas de la casa; de que habían comprado un armario nuevo, de que en el jardinillo había un granado y dos rosales más, y de que tenían un canario muy filarmónico, continuaba de esta manera:

«Á estas horas, hijo mío, ya estará el piano en tu poder. ¿Te ha gustado? Yo he trabajado en él con el mayor placer, y esto por espacio de dos años; sólo trabajaba tres horas por día, y eso casi todas por la noche; pero en ese rato era más feliz que un emperador, sabiendo que empleaba mi tiempo para ti.

»Vamos á ver cuándo vienes entre nosotros: sé que ya puedes ganarte el pan con honor, de tres modos diferentes: como platero, como músico y como dibujante: por cierto que aquí hace falta para los joyeros y ebanistas una persona como tú; todos me dicen: «Señor Crisóstomo, que venga pronto el chico, que nos hace falta: ¿no es un dolor que esté dejando su talento en un país extraño?» Y yo digo entre mí: «¡Ah, picaros! ¡Esto podíais haber pensado cuando, por no quererlo en vuestras casas, tuvo su pobre madre que sacarle de la ciudad!»

«Á esto dice tu madre que es preciso sufrir con paciencia las fla-

quezas de nuestros prójimos, y que la envidia no es más que una flaqueza que se vuelve contra el que la tiene; pero es el resultado que esta flaqueza, hijo mío, te ha sacado de la casa y del lado de tu abuelo y de tu madre. ¡Tu madre es una santa; bendita sea de Dios!

»Con gran pena hemos sabido que el bribonzuelo de Lorenzo va á la corte, recomendado por el señor Obispo, y justamente á la casa donde tú estás; yo no sé por dónde Gervasia ha podido lograr la recomendación de Su Ilma.; como no sea que se haya compadecido de los disgustos que ese malvado chico daba á su madre y á su tío; el cariño de Gervasia para su hijo si que es ya flaqueza, y de las más perjudiciales, pues las hay de todos géneros.

»Cuidado, hijo, con que no te haga una mala pasada Lorenzo; y lo mejor que puedes hacer es venirte al instante, porque él te quiere mal, y es un chicozito fornido que puede darte un golpe, porque aquí aporreaba á todos los chicos del barrio. El malo, lo más lejos posible. Conque vente, que aquí ganarás mucho dinero, y yo y tu madre tendremos el consuelo de verte.

»Y sin más por hoy, recibe un abrazo y el corazón de tu abuelo,

»CRISÓSTOMO.»

La carta de Isidora venia dentro, y estaba escrita en letra gruesa y desigual; copiaré también algunos renglones de ella:

«Mi querido hijo de mi alma: ¿Cuándo vienes? Mira que va ahí Lorenzo, y se ha vuelto de lo más malo en estos tres años: con decirte que les sacaba los ojos á los gatos, y que á su hermanita Julieta le daba cada golpe que la dejaba sin sentido...: y á propósito de Julieta, ya habrás recibido la carta de ella que te envié ayer tu abuelo: la pobre niña, cada día más bonita y acordándose mucho de ti; cuida el jazmín con el mayor esmero, y si no fuera por ella, ya se hubiera muerto la pobre planta.

»Hijo mío, vente lo antes que puedas; tu sitio vacío en la mesa nos da tanta tristeza á tu abuelo y á mí, que todos los días nos hace llorar.

»La pobre Gervasia está desconocida por causa de los disgustos que le ha dado el picarón de su hijo: ha tenido siempre la flaqueza de

quererlo demasiado, y yo tengo por cierto que le ha de costar la vida: tiene el pelo gris, y su edad bien sabe Dios que no es para eso, porque sólo tiene dos años más que yo, que lo conservo bien negro: y eso, hijo mío, que he padecido mucho desde que te perdí de vista: pero yo me digo: ¿Quién tiene la culpa de esto? La flaqueza de Gervasia en no conocer la razón y en ser tan apasionada de su hijo: pero también, ¿qué cosa hay más natural? Es su hijo, y basta; además que Dios nos manda *sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos*.

»Vaya, hijo de mi corazón, adiós: haz lo que puedas por venir pronto con nosotros; eres un niño, es verdad, pero aquí ganarías muchísimo dinero, y aunque no ganaras nada, ya tienes tres oficios honrados á falta de uno, y, sobre todo, sabes bien el de tu padre, que Dios tenga en su santa gloria.

»Si tú quieres quedarte ahí un poco más tiempo, haz lo que te parezca, que tú, aunque sólo cuentas doce años, tienes por cada uno un costal de talento, y conocerás lo que te conviene, y yo, aunque llore, tendré paciencia; pero si te quedas ahí, no regañes con Lorenzo, hijo mío; que se conozca siempre de parte de quién está la prudencia y la buena crianza, y sufre con paciencia sus flaquezas.

»ISIDORA.

»P. D.—Julieta llora cuando piensa en ti: muchas tardes viene á casa, y me dice:

—»Señora Isidora, ¿quiere V. que recemos un poco por Eduardo?

»Yo la digo que sí, y nos pasamos la tarde rezando el rosario: la pobrecita es un ángel de dulzura y de mansedumbre, y hermosa como una mañanita de mayo: escríbele algunas líneas cuando me escribas á mí.»

El muchacho nada de esto veía; seguía sombrío y silencioso, trabajando á veces, y otras pensativo, y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Así se pasó este día, y así se pasaron también otros muchos; la frente de Lorenzo no se desarrugaba nunca; la envidia corroía su corazón y enviaba á su semblante negras y tempestuosas nubes; el Sr. S.... le vigilaba siempre, y en cuanto á la Sra. S...., le profesaba una antipatía profunda.

Aquella animadversión iba tomando las proporciones del odio; y esta antipatía violenta se advertía en todos los actos de la vida que tenían lugar en aquella casa.

Eduardo comía con el maestro y su esposa. Lorenzo comía después con los dependientes. Eduardo iba al teatro con el Sr. y la Sra. S...., y Lorenzo se acostaba al anochecer; y todas estas humillaciones iban acumulando veneno en aquel corazón enfermo.

Una noche en que Eduardo debía ir al teatro con el anciano matrimonio, se vió acometido á media tarde de un terrible dolor de cabeza.

El cielo estaba tempestuoso; negras nubes cruzaban la atmósfera presagiando tormenta, y de vez en cuando una ráfaga de fuego cruzaba la extensión del firmamento.

El joven artista era sumamente nervioso, y sintió la electricidad de la atmósfera de una manera muy dolorosa; las sienes le zumbaban como dos martillos; tenía la boca seca y encendida, y su respiración era oprimida y corta.

El Sr. S...., Antonio, que le quería mucho, y todos los demás dependientes, le instaron muchas veces para que se fuese á acostar; pero la hermosa copa del Obispo estaba ya muy adelantada, y se había propuesto terminarla un día fijo.

Vanos fueron, sin embargo, todos sus esfuerzos para seguir trabajando; el mal pudo más que su voluntad, y cayó al suelo, trastornado por un desvanecimiento nervioso.

Entonces tuvieron que llevarle á su lecho, donde, á beneficio de algunos medicamentos, recobró los sentidos.

El Sr. y la Sra. S.... permanecieron á su lado hasta bien entrada la noche; su interés por el joven artista había crecido con la seguridad de que los afanes que se había tomado por acabar la copa con toda perfección eran la causa de su repentina dolencia.

X.

El Sr. S.... había ya leído las dos cartas que anteceden; pero, a pesar de eso, las tomó cuando se las dió Eduardo, é hizo que las leía de nuevo.

—Es una locura el pensar que te hayas de ir de aquí por ahora (dijo el platero algo amostazado): hijo mío, te sonríe un porvenir muy brillante para que le dejes escapar; sigue á mi lado, que yo escribiré á tu familia sobre el particular.

Eduardo no respondió nada, y se puso á trabajar silenciosamente, en tanto que el platero leía de nuevo la carta de su colega Monthobán.

Esta era muy corta, y sólo decía lo que sigue:

«Muy señor mío y estimado colega: Envío á V. á mi sobrino con una recomendación del señor Obispo.

«Pagaré sus gastos y alimentos en las épocas que V. señale para esto, y en el precio que V. estime conveniente.

«Ruego á V. que emplee con mi sobrino alguna severidad y mucha vigilancia; tiene un carácter fuerte, que ha tomado grandes vuelos por la bondad de su madre, viuda ya hace algunos años, y por la mía, que ha sido para él inagotable.

«Soy de V. afectísimo servidor, amigo y compañero Q. B. S. M.,

«RODRIGO MONTHOBÁN.»

El joyero leyó y volvió á leer muchas veces la carta, echando sobre Lorenzo, que á la sazón trabajaba, la misma mirada que hubiera echado sobre un tigre atado con una hebra de seda, que el menor movimiento podía romper.

Cerca ya de la una se retiró cada uno á su cuarto, y Lorenzo entró á ocupar su lecho, en la alcoba que dividía con el enfermo.

Este apenas le oyó, pues empezaba á dormirse con un sueño benéfico y reparador.

Pasaron algunas horas en el profundo silencio de la noche, y Eduardo despertó cerca de la madrugada, pues cuando el cuerpo está doliente, ya se sabe que el sueño no es ni largo ni tranquilo: el enfermo abrió los ojos y miró como asombrado en derredor suyo, pues estaba su cerebro débil con las alucinaciones de la fiebre.

Entonces, á la luz débil de la lamparilla que había dejado encendida la Sra. S..., vió una cosa..., ¡oh!, una cosa que le hizo creer dormía aún, y era juguete de las quimeras de un sueño.

Vió á Lorenzo en medio del aposento y á medio vestir: tenía en la mano un saco, y allí iba echando objetos que relumbraban como las estrellas del cielo: allí echaba joyas cuajadas de diamantes, esmeraldas y rubíes: allí echaba lazos admirables de perlas y topacios...: luego vió brillar en la diestra de Lorenzo la copa del Obispo; la vió relucir á la luz de la lamparilla, y la vió, por fin, sepultarse también en el fondo del saco.

Eduardo seguía creyendo que soñaba, ó más bien que la fiebre le presentaba terribles y congojosas fantasmas.

Tenia los ojos fijos y abiertos, y seguía con atención estúpida todos los movimientos de Lorenzo.

Éste acabó de vestirse: abrochó su levita sobre el robusto pecho, y luego volvió la mano detrás de sí, y tomó de sobre una silla un largo y afilado cuchillo: fué al lecho donde estaba el pobre niño enfermo, y levantó sobre él el hierro homicida.

El hijo de Isidora no respiró ni dió un grito: seguía creyendo que soñaba; hundióse el cuchillo en su pecho, sin que él hiciera resistencia; pero el dolor de la herida le volvió á la realidad, y arrojó un grito lastimero.

Vióse perdido, se creyó muerto, y se incorporó en el lecho, llevado por el instinto de la conservación.

—¡Lorenzo! (exclamó con voz debilitada ya, porque la sangre salía á borbotones de su herida.) ¡Lorenzo! ¡Conque es verdad...: conque no soñaba!

—¡No, no; no soñabas! (respondió el monstruo pintándose en su

rostro una ferocidad terrible.) ¡No soñabas! ¡Soy yo, que quiero matarte, que te voy á matar, porque te aborrezco! ¿Lo oyes? ¡Porque te destesto!... ¡Porque te tengo envidia!... ¡Porque me has hecho sufrir mucho, y ha llegado la hora de vengarme!

Diciendo estas palabras, volvió á levantar su cuchillo sobre el pecho del pobre niño.

—¡Socorro!—gritó éste, haciendo un esfuerzo supremo, y lanzándose fuera del lecho para correr hacia la puerta, pálido y cubierto de sangre.

Á aquel grito de muerte siguió un rumor interior: Lorenzo se vió perdido, porque algunas luces se habían encendido y se movían, corriendo hacia aquel lado las personas que las llevaban.

El feroz muchacho dudó un momento entre acabar de matar al hijo de Isidora ó intentar la fuga, y se dijo que esto último era para él lo más importante.

Abrió la ventana, y midió su altura de una sola ojeada, diciéndose que podía salvarla.

Entonces volvió atrás, tomó el saco de las alhajas, lo arrojó á la calle, y saltó detrás, con un arrojado digno de mejor causa.

—¡La copa! (gritó el herido con un último y doloroso esfuerzo.) ¡La copa... del Obispo!... ¡Al ladrón!... ¡Al asesino!

Dobló la cabeza sobre el pecho, y quedó inmóvil y privado de aliento y de voz.

Un instante después, el Sr. S..., su esposa y sus criados se precipitaban en la estancia; pero sólo hallaron el cuerpo de Eduardo bañado en sangre, y la ventana del aposento abierta de par en par.

Ocho años después todo había cambiado en la pequeña ciudad de G..., ó, al menos, había cambiado todo aquello que nosotros hemos visto.

Volvamos á entrar en casa del anciano Crisóstomo, y hallaremos á todas aquellas personas que en otro tiempo conocimos.

Era una noche de invierno, lluviosa y fría: en una gran sala algo sombría durante las horas del sol, pero á la sazón iluminada por una lámpara de bronce que daba buena y clara luz, se hallaban cuatro personas.

El señor Crisóstomo, su hija Isidora, Julieta y Eduardo.

Aquella gran pieza servía de comedor y sala de familia al mismo tiempo.

Allí cosía Isidora; allí leía algún rato el señor Crisóstomo; allí, en fin, se pasaban las veladas, y se hacían las tres sabrosas comidas de la familia.

Nada había cambiado en aquella habitación desde hacía muchos años; la sillería, cuidadosamente conservada, estaba forrada con tela de indiana de flores azules y rosadas con ramaje verde; cerca de la ventana estaba el sillón del abuelo, que era antiquísimo, de vaqueta negra, y guarnecido con clavitos de cabeza dorada; los vidrios de la ventana, sujetos con plomos, estaban cubiertos por unas cortinillas de percal blanco como la nieve.

En el centro de la estancia se veía una mesa negra de encina, encerada y lustrosa como el ébano, y sobre ella estaba colocada la lámpara de bronce que derramaba su dulce y alegre claridad sobre las personas allí reunidas.

Encima de la chimenea, en la que ardía un abundante fuego, había un gran cuadro, pintado al óleo y ennegrecido por los años, de la Santísima Trinidad; y bajo él, y ocupando la parte media, un reloj antiguo de bronce oscuro, pequeño y cubierto con su campana de cristal.

Á los dos lados del reloj había dos candeleros de vidrio verde, con arandelas de cobre, brillantes como el oro, que sujetaban dos velas de cera, blancas y muy delgadas.

Había además en la gran sala, ó en LA SALA GRANDE, como llamaban todos á aquel aposento, algunos cuadros encerrados en marcos dorados, de tan remota fecha, que estaban casi negros; y sobre el gran sofá, pieza la más importante de la sillería, se elevaba, destacándose de la blanca pared, la cruz de ébano de un hermoso crucifijo de marfil, joya preciosa del arte, y el único objeto de valor que se veía allí.

Tenía aquella habitación un aspecto de sencillez, y al mismo tiempo de comodidad; había allí tanta poesía, y anunciaba á las personas que la habitaban una existencia tan sencilla, tan feliz, tan patriarcal, por decirlo así, que no podía el que entraba defenderse del encanto que se respiraba en aquella atmósfera pura, apacible, y perfumada con dos grandes ramos de flores del campo, que se veían en dos rinconeras antiguas colocadas en los ángulos de la sala.

Pasemos ahora de la habitación á las personas, empezando por el bueno y afable señor Crisóstomo.

Los ocho años que habían pasado, ni habían agriado su carácter, ni encorvado mucho su cuerpo; la virtud que vivía en el fondo de su alma conservaba el cuerpo agradable y sano.

El señor Crisóstomo ya no trabajaba: á causa de su avanzada edad, había tenido que dejar la dirección de la fábrica de pianos que antes desempeñaba; pero el dueño de la fábrica le había dejado una pensión ó sueldo de jubilación, que ascendía á doce reales diarios.

Con esto, con los ahorros del buen anciano, que eran bastante considerables, y con lo que ganaba Eduardo en su triple profesión de joyero,—había abierto una tienda de platería,—maestro de piano y dibujante, la honrada familia, no sólo lo pasaba con la mayor comodidad, sino que tenía una gran cantidad puesta á rédito en el Banco de economías de la ciudad de G... Esta cantidad se aumentaba todos los meses con el exceso del haber.

El señor Crisóstomo no tenía, pues, en la actualidad más ocupaciones que rezar, oír la misa mayor todos los días en su parroquia, hacer cuanto bien podía, y dar algunos largos paseos solitarios, bien con su hija y su nieto, ó bien sólo, cuando estos, por estar ocupados, se veían privados de poder acompañarle.

Además de esto, leía algunos ratos en sus libros de oraciones.

Tan apacible, tranquila y cristiana vida, había conservado muy bien la salud del señor Crisóstomo.

Llevaba en esta noche un traje de paño de color de pasa muy oscuro, de buena clase; su chaleco era negro, y sobre él se cruzaba una gruesa cadena de oro afiligranado, obra de su nieto.

Una camisa, de tela fina y muy blanca, y una corbata de seda negra, completaban el atavío del honrado anciano, cuyo semblante respiraba la paz y el bienestar.

Sobre sus cabellos, enteramente blancos, llevaba un gorro de seda negra, que dejaba descubiertas sus orejas.

Hallábase sentado en el sillón, y algo lejos de la mesa en que estaba colocada la lámpara, cuya pantalla estaba vuelta hacia él, para que no le ofendiera la luz.

Alrededor de la mesa estaban sentados Isidora, su hijo y Julieta.

La primera hacia calceta: había engruesado algo con la edad, y sus cabellos estaban matizados de algunas hebras de plata.

Su traje era negro, pues no había usado otro desde la muerte de su esposo, y tenía el mismo corte que usaba hacia veintidos años: una falda corta y estrecha de alepín, un jubón de manga de pernil, de cúbica, y un pañuelo de seda de fondo negro, con ramos morados, al cuello.

Sin embargo, nada había de feo, triste ó repugnante en aquella anticuada figura: su semblante, su lenguaje y todas sus acciones respiraban una profunda paz.

De cuando en cuando alzaba los ojos y echaba una mirada cariñosa, ya sobre su padre, ya sobre su hijo, ó bien sobre Julieta, que cosía á su lado.

Los dos jóvenes eran los más tristes: Julieta dejaba escapar algunas veces la aguja de su estremecida mano, y de su pecho un profundo suspiro.

Dos ó tres veces dejó salir también de sus ojos una lágrima, que cayó sobre su costura.

Había llegado á ser una joven de admirable hermosura: su estatura era alta y esbelta; su hermoso cabello negro se recogía en gruesas trenzas, prendidas detrás de su cabeza con largos alfileres de plata: sus grandes ojos negros brillaban como dos estrellas bajo sus delicadas cejas, y alumbraba la nieve y las rosas de sus mejillas: llevaba un traje de lana oscuro, y un fichú blanco de muselina y encaje.

Eduardo era aún el gracioso y delicado joven que en otro tiempo dibujaba en la tienda del Sr. S....: era el artifice de la copa admirable del Obispo; pero estaba más pálido y más débil. La terrible herida que había recibido de la mano alevé de Lorenzo había alterado profundamente su salud, bastante endeble por naturaleza.

Vestia con esmero pantalón y levita negros, chaleco claro y corbata negra; sus cabellos, hechos bucles naturales, guarnecían su frente y sienes con una gracia sencilla y encantadora; sus ojos, azules, eran dulces y tristes, y parecían acariciar á aquel en quien se fijaban; su tez era blanca y casi diáfana, y sólo había de enérgico en aquella bella y melancólica fisonomía el fino y rizado bigote rubio que sombreaba su labio superior.

Hubo una vez que, levantando su madre los ojos para fijarlos en él, le vió con la mano apoyada en la mejilla y en actitud de la más profunda tristeza.

La buena Isidora le contempló con pena algunos instantes, y luego le dijo con acento de cariñoso reproche:

—¡Vamos! ¿Hasta cuando ha de durar esa tristeza, hijo mío? ¿Por qué no te vas un rato con tus amigos? Esto te distraerá.

Eduardo hizo con la cabeza un signo melancólico y negativo, y volvió á tomar su postura anterior.

—¡Es que tú no sabes, hija (dijo el abuelo), que hoy es el aniversario fatal!

—¡Ah, padre mío! (exclamó Isidora.) ¡Piensa V. que yo puedo olvidar esta triste fecha! Si, hoy hace ocho años, casi á estas horas, que tuvo lugar aquel espantoso suceso: ya he dado gracias á Dios, que me ha conservado la vida de mi hijo.

—¡Casi hubiera dado mi vida porque hubiera quedado la copa!

—murmuró sordamente el joven.

—¡Dios mío! ¡Qué es lo que dices! (exclamó Isidora estremeciéndose.) ¡Tu vida por aquél vaso! ¡Ah, hijo mío! Eres ingrato para nosotros.

—¡Es que tú, madre mía, no sabes lo que era aquel trabajo! (exclamó el artista con un entusiasmo que tenía mucho de doloroso.) ¡Era una cosa maravillosa, de esas que no se hacen dos veces en la vida! ¡Toda mi gloria estaba allí! ¡Oh sí!: porque al verla, todos hubieran dicho: —¡No se puede hacer más!

—¡Pero, hijo mío, Dios ha dispuesto que se perdiera....; paciencia! ¡Piensa en la suerte de tu pobre maestro, que murió aquella misma noche de una apoplejía fulminante a causa de su dolor y de su angustia al ver destruida la parte mejor de su fortuna! ¡Piensa en la suerte de su pobre esposa, viuda y sola, cuando veía a su marido vivo y en la más cabal salud! ¡Piensa en la suerte de la pobre Gervasia, ciega, de tanto llorar los extravíos de su hijo! ¡En la suerte de Monthobán, arruinado y trabajando en casa a jornal, porque tuvo que vender su tienda para pagar a la pobre viuda el valor de las joyas que se llevó Lorenzo!

Isidora dijo *de las joyas que se llevó Lorenzo*: la palabra *robo* se resistía a pasar por aquellos labios tan puros, que sólo sabían rezar y bendecir.

—¡Oh, madre mía! ¡Era una cosa tan hermosa! ¡tan hermosa! ¡Jamás, jamás volveré a hacer nada igual! ¡Y tal vez estará deshecha, fundida! ¡Ha desaparecido del mundo por completo, pues hasta el dibujo rompi viéndola ya terminada!

—¡Paciencia, pues, hijo mío! (dijo el señor Crisóstomo.) ¡Dios lo quiso así; paciencia!

El joven no respondió: y su madre, deseando variar el triste curso de sus ideas, dijo:

—Más valdrá que pensemos en la boda, hijos. Vamos a ver, ¿a qué esperamos ya? ¿Por qué no os casáis?

—¿Quién habla de casamiento y de alegría?—dijo una voz lúgubre, que salió del lado de la puerta.

Aunque aquel acento fuese de todos bien conocido, todos se volvieron hacia el sitio de donde había salido, con un movimiento triste y casi temeroso.

La que había hablado era una mujer alta, seca, casi amarilla de

tan pálida como estaba; tenía su rostro una expresión de dolor sañudo y casi feroz; entre sus párpados, desposeídos de pestañas y enrojecidos por el llanto y el insomnio, se descubrían con pena dos ojos turbios, vidriosos, casi consumidos, y condenados a una eterna noche: estaba ciega.

Su traje era muy pobre: llevaba un vestido de lana de color oscuro, pero casi desteñido en fuerza del uso: un pañuelo de lana la envolvía, y sus cabellos blancos se desprendían en mechones desiguales de la cinta atada en la parte posterior de la cabeza.

Era Gervasia, la desgraciada madre de Lorenzo, ciega de llorar, y casi loca, pues su razón estaba tan alterada por el afrentoso crimen de su hijo y por las penas que le había causado, que se hallaba siempre velada, en un completo y amargo desvarío.

Conociase á primera vista que estaba demente, pues ya he dicho que la expresión que predominaba en ella era un abatimiento profundo y doloroso, y un sufrimiento agudo y feroz.

Ella y su hermano habían sido acogidos en casa del señor Crisóstomo y de su hija, pues el honrado Rodrigo había vendido en pública subasta la tienda y todas las alhajas que contenía para pagar á la viuda S.... el robo hecho por su sobrino.

Sólo se había reservado los útiles de su arte, con los cuales trabajaba en casa de Crisóstomo, y en una magnífica tienda que había abierto su nieto, en clase de dependiente mayor.

Así, pues, en la ciudad de G.... se había cerrado una platería, pero se había abierto otra mucho mejor.

La ciega, detenida en el umbral de la puerta, repitió con voz más ronca y más sorda su pregunta:

—¿Quién habla de boda y de alegría?

—No he sido yo, querida madre,—dijo Julieta, levantándose y corriendo a sostenerla.

Pero ella la rechazó con mano brusca, y murmuró:

—¡Hablar de felicidad cuando yo tengo un sepulcro aquí, en el corazón! ¡Oh, no! ¡En tanto que yo viva, Julieta, no te casarás!.... ¡No puede ni debe casarse con nadie.... la hermana de un ladrón!

Una explosión de sollozos siguió á estas palabras; Isidora se levantó y corrió hacia la ciega, siguiéndola su hijo.

—Vamos, amiga mía, sosiégate (la dijo con dulzura la buena

mujer): Dios sabe lo que hace, y Él nos manda *sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos*; porque sea tu hijo, no deja de ser tu prójimo también: sufre con resignación las consecuencias de sus flaquezas y de las tuyas.

—¡Oh, si!; De las mías, es verdad! (exclamó la pobre madre.) ¡Porqué yo debí haberle corregido cuando tenía envidia de todo y de todos!.... ¡Oh! ¡la envidia es una flaqueza del alma que deja detrás de sí muchos crímenes!; Hay flaquezas que se deben combatir y aniquilar!

Después de estas palabras, se dejó conducir á un asiento; sentóse en él, y doblando la cabeza sobre el pecho, quedó inmóvil.

Todos guardaron silencio, dolorosamente afectados por las palabras de la pobre madre, cuando una criada abrió la puerta.

—Señora (dijo dirigiéndose á Isidora): ahí fuera está un señor cura que pide ver al señorito Eduardo.

—Dile que entre, —repuso el joven.

Un instante después presentóse, en efecto, el sacerdote.

Era un anciano venerable; traía en una mano una carta, y bajo el brazo izquierdo un voluminoso cofrecillo, al parecer muy pesado.

El sacerdote depositó su carga en la mesa, y alargó á Eduardo la carta, permaneciendo después en pie, á pesar de las respetuosas instancias que se le hicieron para que se sentase.

Eduardo abrió la carta, y la leyó en voz alta. Decía así:

«CONDADO DE SURREY (en Inglaterra), Setiembre de 18....

«Señor, pues no me atrevo á dar á V. el nombre de amigo: Acabo de tener un duelo, del que creo moriré; todas las alhajas robadas en casa del platero S... hace ocho años, le serán á V. entregadas por un santo sacerdote, que es quien ha abierto mi alma á la luz y mi sólo consuelo en esta hora suprema; después de mi crimen quedé espantado de él, y al llegar á este país las enterré intactas en el sitio de donde las sacaré el digno sacerdote que he nombrado.

«He hecho la vida del aventurero, pero no la de un criminal: digaselo V. á mi madre, para que envíe á mi tumba solitaria su bendición.

«Adiós, señor: hay flaquezas que dan un amargo fruto, y yo soy un triste ejemplo de ello.

«Mi hermana amaba á V.; cácese V. con ella, y hágala feliz, rezando alguna vez por

«LORENZO ROCAFORT Y MONTILOBÁN.»

Un grito terrible se oyó al acabar esta lectura; habia salido del pecho de la ciega; corrieron á ella, pero antes de llegar se desplomó en el suelo: estaba muerta.

La noticia de la reivindicación de su hijo habia roto el hilo, ya demasiado frágil y gastado, de su vida.

Eduardo corrió á abrir la caja, cuya llave le entregó el sacerdote: encima de todas aquellas joyas estaba la soberbia copa del Obispo, radiante de riqueza y de hermosura.

Casi nada faltaba para terminarla: sólo acabar de bruñir una de sus asás.

Al día siguiente salió Eduardo para Madrid, para entregar á la viuda S.... las alhajas robadas.

La buena señora derramó al verlas copioso llanto; pero se negó á admitirlas.

—Hijo mío (dijo á Eduardo): el honrado joyero Rodrigo se ha quedado muy pobre para pagarme; puesto que estoy pagada ya, llévale esas joyas, para que establezca de nuevo su tienda; en cuanto á la copa del señor Obispo, te la cedo á ti: acábala despacio en tu casa, para que se la entregues; lo que te pague por ella es mi regalo de boda.

Eduardo volvió corriendo á G...., acabó la copa, y se la llevó al Obispo, no sin haber sacado antes el dibujo de ella.

El Obispo se la quedó, alabándola, y dándole por ella dos mil duros.

Un año después bendijo el casamiento de Eduardo y de Julieta, y por la noche, al entrar á desnudarse, halló la novia sobre su tocador la soberbia copa, que sostenía un ramo de jazmines naturales y llenos de aroma.

Debajo había una tarjeta, que decía:

«Regalo de boda del Obispo de G.... á Julieta: siempre obtiene recompensa el *sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.*»

Al día siguiente salió Eduardo para Madrid, para entregar á la viuda S.... las alhajas robadas.

La buena señora derramó al verlas copioso llanto; pero se negó á admitirlas.

—Hijo mío (dijo á Eduardo): el honrado joyero Rodrigo se ha quedado muy pobre para pagarme; puesto que estoy pagada ya, llévale esas joyas, para que establezca de nuevo su tienda; en cuanto á la copa del señor Obispo, te la cedo á ti: acábala despacio en tu casa, para que se la entregues; lo que te pague por ella es mi regalo de boda.

Eduardo volvió corriendo á G...., acabó la copa, y se la llevó al Obispo, no sin haber sacado antes el dibujo de ella.

El Obispo se la quedó, alabándola, y dándole por ella dos mil duros.

Un año después bendijo el casamiento de Eduardo y de Julieta, y por la noche, al entrar á desnudarse, halló la novia sobre su tocador la soberbia copa, que sostenía un ramo de jazmines naturales y llenos de aroma.

Debajo había una tarjeta, que decía:

«Regalo de boda del Obispo de G.... á Julieta: siempre obtiene recompensa el sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL AMOR DE LOS AMORES

El ser buena es una ganga:
Para ser feliz, ser buena.

(EGUILAZ: *La Cruz del Matrimonio.*)

I.

—¡Tío, es preciso que me vaya!—exclamó un joven y gallardo oficial de caballería, continuando sin duda una acalorada discusión, y hablando con un señor de edad avanzada, cuya blanca cabellera y venerable fisonomía inspiraban respeto y cariño.

—Está bien (repuso el anciano): vete, ya que te empeñas en dejarnos cuando aun faltan quince días para cumplirse tu licencia.... Vete.... ¡parece mentira!.... ¡un casado de mes y medio!.... Pero ten entendido que, si pudiera evitarlo, no te llevarías a tu mujer.... ¡no, señor! ¡Ella permanece conmigo! ¡Quedarme solo cuando me he criado a Elodia y me he acostumbrado a su compañía!.... Si tú cedieras en lo que es justo, yo cedería también, y te la dejaría.... a lo menos por algún tiempo....; ¡pero esto es una injusticia!

Al terminar estas palabras, la voz del anciano temblaba de emoción y sus ojos se arrasaron de lágrimas.

Pocas personas hay que puedan ver con serenidad el llanto en las pupilas de un anciano: esta manifestación de dolor, natural en la infancia, frecuente en la juventud, es extraña en la edad madura, y en la ancianidad demuestra una pena profunda y desgarradora.

Y, por otra parte, ¡es tan duro hacer sufrir á una persona, cuyos blancos cabellos atestiguan una larga y dolorosa carrera!

Sin embargo, la fisonomía del joven oficial demostró más alegría que dolor al oír decir al que había llamado tío que su esposa, en vez de partir, no se separaría del anciano.

—Querido tío (repuso), jamás he pensado en privar á V. de la compañía de Elodia, á quien ama como á una hija: que se quede con V., y yo vendré á verles siempre que me sea posible dejar mi regimiento por algunos días.

—¿Y ella querrá separarse de ti?—observó el anciano.

—Creo que lo hará, aunque con sentimiento, por no dejar á V.

—Pues yo pienso lo contrario, y creo que tengo más razón. Casada de mes y medio, ¿quieres que te deje ya? ¡Tendría que ver! ¿Y podrías esperar gran cosa de una mujer que hiciera eso? ¡No, señor! Yo la conozco, y nunca he esperado que, al marchar tú, se quedase ella; ¡pero, á lo menos, contaba tener quince días más de dicha viéndoos á los dos!

—Elodia se quedará, querido tío (repuso el oficial): ¿para qué ha de dejar esta hermosa quinta? Yo le escribiré todos los días.

—Y yo te digo que no se quedará, y hará bien.

—Por allí viene,—dijo el joven señalando á su derecha, á un sendero entoldado de verdor, que iba á concluir á la glorieta en que se encontraban tío y sobrino.

La escena precedente y la que va á seguir tenían lugar en un hermoso jardín de una quinta situada en el fondo de nuestras risueñas Provincias Vascongadas.

D. Anselmo López, militar encanecido en el servicio, la había comprado, al retirarse de coronel, con sus modestos ahorros y lo que había heredado de su esposa, que había muerto hacía diez años sin dejarle ningún hijo.

D. Anselmo había tenido un hermano, bueno y honrado como él, que había llegado á ser un célebre abogado: habiendo muerto del cólera él y su esposa, D. Anselmo se encargó de la niña Elodia, que acababa de cumplir cuatro años y la educó con tanto amor como si hubiera sido suya.

Educábase ésta en el convento de las Salesas Reales de Madrid, en tanto que su tío siguió en el servicio; pero, al retirarse á la casa de

campo que compró en las Provincias, y muerta ya su esposa,—cuya pérdida lloraba aún todos los días,—su primer cuidado fué sacar del convento á Elodia, que ya contaba diez y seis años, y llevarla á su lado.

La niña era hermosa como el amor, y reunía á su belleza un carácter verdaderamente angelical y una buena educación: esto, con la fortuna que su tío podía dejarle, y que ascendía á unos treinta mil duros, la constituía en un partido no despreciable.

Conocía desde muy temprano los tiernos cuidados que debía á su tío, y en el fondo de su alma le profesaba un amoroso culto; para agradecerle su cariño, se aplicaba más que ninguna de sus compañeras en sus lecciones, y en sus cartas se pintaba la más viva gratitud.

¡Qué contenta fué Elodia á acompañar la soledad del anciano! Encargóse desde luego del gobierno de la casa, y, dotada de un juicio superior, arregló su tiempo de modo que le bastase para atender á los quehaceres domésticos y al cultivo de las habilidades que su tío deseaba aprendiese.

Sin embargo, Elodia no era ni un genio musical, ni una artista eminente en la pintura: tenía talento y buen gusto, nada más; pero estas dos cualidades, unidas á una gran perseverancia y á una afición decidida al trabajo, bastaban para que cantase con sentimiento, se acompañase bien y sacase de su caballete paisajes muy lindos, y de su garganta melodías muy agradables.

La figura de Elodia era verdaderamente encantadora, no por la extrema perfección de sus facciones, sino por la gracia suave y casta de que se hallaban revestidas: sus ojos garzos tenían la más bella y dulce mirada: su boca sonreía de continuo con una expresión acariciadora: es verdad que Elodia era una de esas niñas criadas entre halagos y ternura, y que jamás han conocido la violencia y los castigos: esto, que vuelve voluntariosos los caracteres de algunos niños, contribuye á dar á los de otros una suave é inalterable dulzura, y á conservarles sus creencias y sus más bellas ilusiones.

La joven había sido amada en su pensión, y lo fué mucho más en casa de su buen tío: D. Anselmo la adoraba: se tenía por el más dichoso de los hombres cuando Elodia quería salir apoyada en su brazo y cuando le cantaba una de sus canciones favoritas.

Tenia el anciano uno de esos caracteres generosos, leales y varoniles, que no saben fingir ni adular, pero que, en medio de su rudeza, encierran una nobleza admirable.

La quinta, ó caserío, se hallaba rodeada de otras mas pequeñas, cuyos habitantes debían á D. Anselmo repetidos favores: así, cuando salía con su sobrina por las tardes, les acompañaba un concierto de bendiciones.

Cerca de la quinta, y como un gigante orgulloso, se elevaba un vetusto castillo, restaurado según el uso moderno, pero que aún conservaba su antiguo y soberbio aspecto.

Aquel castillo se hallaba engalanado con vidrios de colores, y al mismo tiempo ostentaba en su pavimento preciosos marmolillos que componían hermosos dibujos: cada ventana, al abrirse, dejaba ondear riquísimos tapices de seda de remota antigüedad, y hasta mostraba algunas veces las magníficas alfombras de terciopelo que cubrían el piso.

Habitábanlo dos mujeres: la señorita Yolanda Medina y su joven hermana Rosalía, que contaba veinte años menos que aquella.

La misma notable diferencia que había en su edad, había también en la parte física y en la moral de las dos hermanas: eran hijas de dos madres, y de la de Rosalía había nacido también Julián Medina, quien, dotado como sus hermanas de muchos pergaminos, pero de una fortuna muy modesta, había seguido la carrera de las armas.

Julián, durante una licencia, había ido á ver á sus hermanas: conoció á Elodia, se enamoró de ella, se lo dijo, y tardó poco en verse correspondido.

Á la verdad, esto era lo más natural: Elodia tenía diez y siete años; Julián veinticinco: poseía una gallarda figura, una conversación ligera y alegre, modales finos y desembarazados: le hablaba el dulce lenguaje del amor, y aquella alma virgen se abrió á las gratas sensaciones de la primera pasión, como una rosa abre su cáliz para recibir el rocío de la aurora.

Julián, á pesar de no ser rico, no era del todo pobre: él y su hermana Rosalía tenían una pequeña fortuna, que podía sumar unos ocho mil duros para cada uno.

La opulenta era Yolanda, pues además de que su madre era muy rica y ella la había heredado, dos hermanos de aquélla le habían dejado también dueña de su fortuna.

Julián y Rosalía tenían lo que les había sido legado por su padre, y había este reunido para ellos á costa de su trabajo y privaciones, dejando á su muerte á sus dos hijos menores bajo la tutela de su hija mayor.

La prudente Yolanda había dado á aquel dinero una colocación segura, para que redituase lo necesario á la carrera de su hermano y no sacar ella un maravedí de su propio peculio.

En efecto: el capital había quedado intacto, y la renta era lo que se había invertido en los gastos de la carrera militar, que no es de las más costosas, y que Julián terminó brevemente y con brillantez: cuando fué destinado á un regimiento, su hermana le puso al corriente de sus asuntos, y le hizo entrega del capital, que estaba intacto.

—¿Por qué no dejas ese dinero donde estaba? (le preguntó Julián): yo, ¿para qué lo quiero?

—Yo tampoco quiero más cuidados de esta especie (repuso asperamente Yolanda): ahora haz tú de él lo que se te antoje, y, si vuelves á ponerlo donde estaba, que sea bajo tu responsabilidad.

—¡Vaya un carácter que tienes! (exclamó el novel oficial): á no ser por Rosalía, no habría quien pudiera vivir en esta casa.

—Yo me alegraré de que vengas á ella lo menos posible (dijo la solterona, que era, en efecto, hiriente como un cardo): ve á tu regimiento, y diviértete, dejándonos aquí tranquilas; de tu dinero haz lo que te parezca; pero te aconsejo que no lo tengas en tu poder, porque lo gastarás.

Julián siguió este consejo; volvió á colocar el dinero donde había estado hasta entonces, y se unió á su regimiento, en el que se distinguió por varios rasgos de valor.

Algunos años más tarde volvió al castillo paterno con una licencia de tres meses; le llevaba su deseo de ver á Rosalía y también su valle natal.

Elodia hacía un año que se hallaba con su tío, y, ya por razones de vecindad, ya por efecto de una simpatía profunda, era amiga íntima de Rosalía.

Mas para el viejo retirado era este el mayor de los méritos; y además, Julián tenía un agradable barniz que disimulaba los defectos de su educación algún tanto soldadesca, y de su carácter fuerte y á veces grosero y voluntarioso.

Engañó á Elodia, que le miraba bajo el prisma de su amor, y engañó también á su tío, que, en su confiada lealtad, confesaba á cada instante que no era el marido que prefería para su *niña* un atildado mozalbeta.

Sin terminar su licencia, Julián, que ya tenía la efectividad de Capitán, la pidió para casarse, y se desposó con Elodia, que se creyó la más dichosa de las mujeres.

No obstante, las bruscas maneras de su marido empezaban á chocarle dolorosamente: todo su amor no podía impedir que la venda cayese de sus ojos alguna vez: el Capitán, acostumbrado á mandar soldados de caballería, olvidaba frecuentemente su dulce y culta apariencia, y la careta caía de su semblante cuando menos se lo figuraba.

Elodia veía todo esto con secreto terror; pero amaba á Julián con esa adhesión, con ese apego profundo que son los distintivos del primer amor de una joven inocente, bien educada, modesta y llena de ilusiones.

Julián se cansó muy pronto, no sólo de aquella apacible y sosegada vida, sino también del amor de su mujer y de las delicadas manifestaciones que aquel amor tenía: nunca había sido muy sensible; pero la vida de cuartel y de campamento le habían vuelto más material de lo que era en sus primeros años: amaba, como ya lo hemos indicado, el juego y las orgías: gustaba de la sociedad de esas muchachas alegres, cuya educación abandonada las aparta de todo círculo en que reine el decoro; en una palabra: delante de su mujer se hallaba cortado y confuso, y no sabía seguir con ella una conversación de diez palabras.

Es probado que el que no gusta de la música, de la lectura y de las bellezas de la naturaleza, está perdido en el campo y se aburre de muerte: esto es lo que sucedía al capitán Medina, y por esta razón se decidió á volver á incorporarse á su regimiento, como el lector ha visto en la conversación que tenía con su tío, ó más bien, con el tío de su esposa.

Un solo temor le acosaba: el de que su mujer quisiera acompa-

II.

Julián era un atolondrado con bastante buen corazón, pero también con bastante poco talento.

Cometía desaciertos, no por gusto ó porque á ellos le inclinase la violencia de sus pasiones, sino por imitación, por no ser menos que sus compañeros de milicia, y también para distraer el fastidio que sentía muchas veces, pues era hombre de pocos recursos en sí mismo.

Había salido bien de sus exámenes en tanto que estuvo en el colegio militar; mas para esto, sólo había estudiado lo estrictamente necesario: ningún arte de adorno había merecido su atención; no sentía afición hacia el dibujo; la música era para él un ruido incómodo, y jamás se le ocurrió hacer versos, aunque fueran muy malos, como lo son generalmente todos los que se hacen en la primera juventud.

En cambio era gran comedor, y gustaba de la caza y del juego, inclinaciones vulgares y las más propias para arruinar una fortuna.

Elodia le enamoró, tal vez porque ofrecía con él el más completo contraste; era la joven dulce, suave, elegante, casta y bella, como la creación del sueño de un poeta: su graciosa hermosura atraía más bien que destumbraba; su traje sencillo, casi siempre blanco, descubría una gallarda estatura y un talle encantador.

Julián la amó verdaderamente, y su pasión tenía el carácter de una violencia dolorosa, pues sospechaba que el prudente D. Anselmo debía negarle á su sobrina, por el mero hecho de pertenecer á la carrera militar.

ñarle : ¿qué iba él á hacer de aquella niña bella, inocente y delicada, que jamás habia escuchado una broma grosera, y que desde los brazos de las madres Salesas habia pasado á la apacible y solitaria quinta de sutio?

Esta idea aterraba al Capitán ; y no es esto decir que él fuese un hombre depravado : Julián, ya lo hemos dicho, tenia buen corazón, pero tenia también muchos defectos y un talento muy escaso : una madre hubiera ilustrado su entendimiento y formado su razón con lecturas útiles y agradables ; un padre le hubiera corregido de su impetuosa natural ; pero ¡ ay ! Julián habia perdido, desde muy niño, aquellos tiernos preceptores, y se habia educado sólo, ó, por mejor decir, habia crecido á su gusto, como la hierba de los campos.

Sin embargo, su comprensión era viva y fácil, y como todos los calaveras, poseia muy buenos sentimientos y un valor casi temerario.

El anciano D. Anselmo, hombre de recto juicio, de claro talento y de mucho mundo, hacia, á su pesar, algunas comparaciones entre su sobrino Julián y el hijo de uno de sus amigos, de quien era padrino, y que estaba próximo á terminar su carrera en Madrid.

Aquel joven vivia con su madre, viuda de un consejero, y era difícil hallar otro dotado de una figura más bella ni de mayor distinción.

Calixto, que este era su nombre, pasaba entre sus amigos por un modelo de elegancia y de buen tono, que todos procuraban imitar ; nadie era más obsequioso en un convite en que hubiera señoras ; nadie sabia llevar con tanta soltura el frac y la corbata blanca ; nadie montaba á caballo con tanta gallardía ; nadie dibujaba con mas gracia ; nadie decia con más talento lisonjas y palabras dulces ; era, en fin, un joven de buena sociedad en toda la latitud de esta palabra.

Su madre estaba orgullosa de él, y con razón ; pues su vida elegante no le privaba de ser el mejor de los hijos, ni de haber llegado al término de su carrera de leyes con extremada brillantez.

Tal era Calixto Moncada, que escribia á su padrino con frecuencia cartas muy tiernas, que hacian llorar de placer y de alegría al viejo Coronel.

Pero ya conoceremos mejor al elegante ahijado dentro de poco tiempo ; ahora volvamos con el padrino y el Capitán, quienes, al ver llegar á Elodia, suspendieron la disputa que venian sosteniendo desde hacia algun tiempo, y que ya iba acalorando la sangre, un poco viva, del buen D. Anselmo.

III.

Llegaba apenas Elodia á los diez y siete años : el mes y medio que llevaba de matrimonio no habia podido aún alterar la limpia brillantez de sus ojos ni la cándida expresión de sus graciosas facciones.

Su traje era sencillo, modesto, y más bien el traje de una niña que todavía vive en la casa paterna, que el de una señora casada : en aquella boda no habia habido galas para la novia, porque esta niña, modesta é ignorante de todas las cosas del mundo, tenia la costumbre de vestir sólo la humilde guinga, el fresco percal ó la vaporosa muselina.

Ni aun en el invierno habian dejado su quinta el tío y la sobrina : lo apacible del clima de Guipúzcoa y lo corta que es allí la estación más fria, les habia decidido á quedarse en la hermosa casa, rodeados de sus criados y arrendadores y de su agradable vecindad.

En los caserios inmediatos, grandes como castillos campestres, vivian algunas familias acomodadas, que mantenian relaciones de buena y franca amistad con D. Anselmo y su sobrina.

Sin embargo, por una casualidad singular, en ninguna de aquellas familias habia ningún joven que hubiera podido llamar la atención de Elodia : en todas aquellas risueñas quintas habitaban matrimonios de edad madura, con hijas crecidas, excepto en una, que moraban dos hermanas ya entradas en años.

Elodia tenia, pues, muchas amigas, pero ningún adorador ; y, preciso es confesarlo, su triunfo fué grande cuando, á la llegada del capitán Medina, se fijó éste en ella con preferencia á todas las demás jóvenes de su edad.

Al entrar en la glorieta del jardín, donde se hallaban su tío y su marido, Elodia iba radiante de alegría: más parecía una niña que se duerme en el regazo materno, que una esposa cargada ya con la inmensa responsabilidad del honor de una familia.

Llevaba un vestido de percal fino listado de mil rayas azules y blancas, y hecho de cuerpo alto; un pequeño delantal de seda azul, guarnecido con un encaje negro, anudaba sus flotantes cabos en el delicado talle de Elodia: un cuellecito de tela de hilo lisa, y unos puños iguales, completaban, con unos botines de color claro, el traje de la joven esposa.

Sus cabellos, de un castaño muy claro, estaban sujetos en apretadas trenzas, yendo las de las sienes á reunirse con la de detrás de la cabeza.

Unos pequeños pendientes de brillantes, y un brazaletes, que formaba una cinta de oro liso, eran las únicas joyas que llevaba Elodia con su traje campestre.

—¡Ven, ven, Julián! (exclamó al ver á su esposo, corriendo hacia él.) ¡Ven al salón! Ya he sacado aquel paso tan difícil de la opereta francesa que he recibido de París: ¡verás qué música tan dulce, tan armoniosa! ¡Oh! ¡En el piano es encantadora!

Julián no se movió: Elodia le miró con cándido asombro, y exclamó con tristeza:

—¡Cómo! ¿No vienes?

—¡Déjame de músicas y de sonatas (repuso el Capitán, bastante bruscamente), y oye lo que estamos hablando tu tío y yo!

—Si...; ven á dar tu parecer, hija mía (dijo D. Anselmo): has de saber que tu marido se quiere ir ya de aquí.

—¡Irse! (tartamudeó Elodia atónita): ¿y adónde?

—¿Adónde ha de ser? (contestó el Capitán.) Á mi regimiento.

—¡Pero si aún no se ha cumplido tu licencia!

—No importa; hago falta allí..., y aunque no la hiciera: ¡al terminar la licencia, siempre me habria de ir!...

—¡Al terminar la licencia, veríamos lo que se hacia! (observó el Coronel): ahora se trata de que permanezcas algunos días más.

—¡Imposible, tío! ¡Imposible! Ya he dicho que no trato de llevarme á Elodia: ella se puede quedar con V.; eso es muy justo, y no me opongo á ello.

—No (dijo la joven, con acento alterado): mucho quiero á mi tío, ó más bien á mi padre; pero si te vas, te seguiré.

—¿Para qué? (exclamó irritado el Capitán, separando sus ojos de los de D. Anselmo, que le miraba con la expresión de un triste triunfo.) Quédate aquí, y yo vendré á verte.

—No (repitió Elodia): iré contigo.

—¿Pero á qué?... (repuso Julián con visible contrariedad.) ¿Para qué has de venir?

—Porque ese es mi deber.

—¿Quién piensa en eso cuando te digo que te quedes?

—Pienso yo: y con mi deber he cumplido siempre: mi tío, al casarme con militar, sabía que un día ú otro habria de separarme de él.

—¿Y tendrás valor para dejarle?

—Si, aunque me cueste mucho.

—Pues, hija mía (observó el anciano); yo no le tengo para dejarte.

—¿Lo oyes? —exclamó triunfante el Capitán.

—Si, lo oigo (repuso Elodia): sin embargo, mi buen tío se hará cargo de la razón.

—Te hará quedar aquí, que es lo más razonable.

—¡No hay tal! —replicó con su gruesa voz D. Anselmo.

—¡Cómo! —dijo Julián.

—La mujer debe seguir al marido, y la tuya te seguirá.

—¿Pero no dice V.?...

—Digo, y digo la verdad, que no tengo valor para separarme de ella.

—Entonces....

—Ella te seguirá, y yo os seguiré á los dos.

El Capitán retrocedió estupefacto.

—¡Seguirnos! —exclamó.

—Si, seguiros á Madrid; no tengo en el mundo más que á mi niña, ¡y la he de dejar yo! Viviremos juntitos, como aquí: ¡ya verás qué bien! En todas partes reside la felicidad, si se la sabe buscar.

—¡Ah, tío mío! (dijo Elodia.) ¡Y va V. á dejar su casa, sus comodidades, sus criados, que le aman como á un padre!...

—¿Y qué remedio? Si á mi me aman como á un padre, á ti te aman como á una hija, y los tienes que dejar también.

Una viva contrariedad se habia pintado en el semblante de Julián

al anunciar al anciano su decisión; pero considerando que si Elodia se empeñaba en seguirle no había medio de impedirselo, pensó también que, estando con su tío, le dejaría en una libertad más completa que estando sola con él.

—Marcharemos los tres (dijo, procurando serenar su semblante); de todos modos, Elodia no ha estado en Madrid; pues desde su pensión vino á este desierto, y seguramente se alegrará de verle.

—Estando con vosotros, en todas partes me hallaré bien (respondió la joven con angelical sonrisa): ¿cuándo partiremos?

—Dentro de dos días (respondió el Capitan); mañana haremos nuestras despedidas.

La joven se retiró llena de gozo para hacer los preparativos del viaje; se trataba de ir á Madrid con su tío y con su esposo. ¡Iba á ver aquellos hermosos teatros, aquellos dilatados paseos, de que tantos elogios había visto en los periódicos que recibía D. Anselmo. ¡Qué felicidad!

Por la noche, y, según costumbre, fué con su tío y con Julián á casa de las hermanas de éste, á fin de anunciarles su viaje.

Era la señorita Yolanda, —nombre pomposo que una madre romántica le había puesto, —una persona alta y magra, más bien que delgada: su carácter, altivo por sí, se avenía perfectamente con su orgulloso nombre, digno de una castellana de la Edad Media; pero aquel carácter se había agriado de un modo indecible é intolerable desde que se había persuadido de que el celibato era inevitable para ella.

¡Cosa extraña y terrible! Yolanda no había tenido ni un solo pretendiente en aquel bello y honrado país de Guipúzcoa, en el que la ambición impera poco, y en el que cada uno se contenta con lo que Dios le ha dado.

Algunas temporadas había pasado Yolanda en Madrid; pero su fealdad era tal y de tal género, que sólo algún joven muy perdido había tenido valor bastante para emprender su conquista.

Yolanda le había rechazado con majestuosa indignación: ella hubiera aceptado á un Duque viejo y aun á algún Marqués; pero un estudiante, un escribiente.... ¡eso jamás!

Volvióse, pues, cada año á su vetusta casa con más irascible humor, con una dosis mayor de veneno en la sangre.

Cada vez hacía sufrir peores modales á sus criados y más severi-

dad á su pobre hermana Rosalía, que se hallaba como la paloma entre las garras del milano.

Es imposible describir el odio y la envidia que aquella hermana de treinta y seis años, tan fea y tan antipática, tenía á su hermanita, de edad de diez y seis, dulce y bonita como un ángel.

La solterona se lo envidiaba todo: su edad, su belleza y hasta su buen corazón y su hermosa indole.

Elodia había querido sacar muchas veces á la hermana de su marido de las garras de la feroz solterona; pero le había sido de todo punto imposible, pues Yolanda necesitaba constantemente á alguno á quien atormentar, y nadie estaba sujeto á su poder como aquella desgraciada niña.

Rosalía, á no ser por la generosidad de Elodia, hubiera ido hasta miserablemente vestida, pues la señorita Yolanda era en extremo avara: además, creía que Rosalía, mal vestida, sería menos encantadora que Rosalía ataviada con la graciosa sencillez propia de su edad.

Elodia, que contaba casi la misma que Rosalía, —pues sólo la llevaba un año, —buena, tierna y generosa, proveía á las necesidades de la hermana de su esposo, y le daba, ya un vestido, ya una linda pañoleta, ya un bonito sombrero: la más cariñosa amistad unía á aquellas dos niñas, y el mismo D. Anselmo amaba paternalmente á Rosalía.

Tampoco aborrecía á la solterona aquel excelente anciano: compadecíala más bien que la culpaba, y solía decir algunas veces:

—¡Mucho hay que dispensar á la desgracia de ser tan fea! ¡Paciencia, Rosalía, paciencia! ¡Tú te casarás, y te irás con un esposo que te hará feliz!

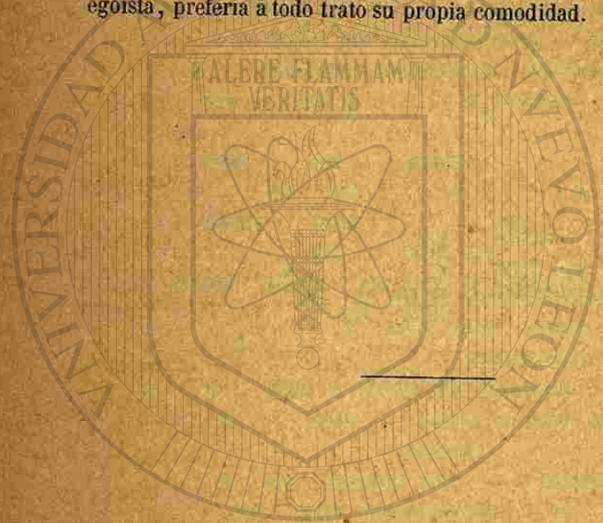
Rosalía no necesitaba que la exhortasen á la mansedumbre, pues era la misma dulzura; pero algunas veces lloraba por efecto de las injustas y duras reconvenciones de su hermana.

El *Castillo de Medina*, como pomposamente llamaba Yolanda á su casa, era hermoso y estaba amueblado con riqueza, y, sobre todo, con gran comodidad: apenas iba nadie diariamente más que la familia de López, es decir, D. Anselmo con su sobrina; pero la señorita Yolanda daba cada dos meses una espléndida comida, á la que concurrían todas las familias de las cercanías, y aun muchas de la ciudad vecina.

Aquellas comidas eran en extremo suntuosas: vinos extranjeros, manjares de subido precio, platos exquisitos confeccionados en Francia y traídos a todo coste, cubrían la dilatada mesa, que se iluminaba con esplendidez.

Los convidados comían todo lo posible: hacían después la visita de estómago agradecido, y no volvían más hasta nuevo convite.

Ni Yolanda deseaba sus cotidianas visitas; pues, extremadamente egoísta, prefería a todo trato su propia comodidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Serían como las ocho y media de la noche cuando entraron en el salón de la señorita Yolanda D. Anselmo, Elodia y Julián.

Hacía calor, pues corría el mes de Junio; mas, á pesar de esto, Rosalía bordaba á la luz de una gran lámpara, y Yolanda tejía una media tan fina como una tela de araña, recostada en un mullido diván de seda.

En un sillón, cercano al balcón, se hallaba sentado el Capellán, única compañía de las dos hermanas.

El salón era espacioso, cómodo y elegante; una suntuosa tela de seda, de fondo carmesí subido, vestía las paredes; el piso, de marmolillos, presentaba dibujos graciosos y nuevos; la sillería era igualmente de seda carmesí; delante de la cerrada chimenea había una preciosa pantalla bordada por las lindas manos de Rosalía, y que representaba el escudo de armas de la casa de Medina sobre terciopelo azul.

Sobre la meseta de la chimenea había un hermoso reloj de bronce, cuyo coste no bajaría de cuatro mil reales, y á cada lado se veía un candelabro, también de bronce, que armonizaba con él, cargado de bujías encendidas.

El velador que sostenía la lámpara á cuya luz bordaba Rosalía, se hallaba cubierto con un magnífico tapete.

Yolanda era alta y sumamente seca; su tez, que había sido siempre morena, se había arrugado prematuramente; sus ojos eran saltones y casi blancos; no tenía ni cejas ni pestañas; ostentaba su frente una desmesurada anchura por lo despoblada que estaba de cabellos, y su

nariz era tan roma y remangada, que daba á su cara la expresión más innoble y más repulsiva.

Una enorme dentadura le impedía cerrar los labios; sus quijadas parecían cortantes como la hoja de un cuchillo; su talle, extremadamente largo, enjuto y sin formas, se asemejaba á un palo vestido; y eran tan flacas sus manos, que sus dedos parecían más bien un manojo de correas.

Hallábase ridiculamente vestida con un traje de tafetán verde y un gran cuello blanco, que hacia resaltar el color amarillento de su cara.

Su escaso cabello, peinado, atusado con bandolina, pegado, por decirlo así, á sus sienes, era de un color que podía llamarse castaño ó negro, según á la luz que se mirase; pero tenía tantos pedazos sin pelo en la cabeza, que esta parecía sembrada de pesetas.

Rosalía llevaba un sencillísimo traje de muselina blanca, enteramente liso: una crucecita de oro, sujeta á un terciopelo negro, adornaba su linda garganta.

Sus hermosos cabellos rubios, prendidos en trenzas con una aguja de plata, adornaban su peregrina cabeza: sus cándidos ojos azules apenas se levantaban de la labor; pero cuando entraron su hermano, Elodia y D. Anselmo, brillaron de alegría.

—Buenas noches, querida mía (dijo la señorita Yolanda, levantándose y dando la mano á Elodia con la extrema frialdad que distinguía todos sus movimientos): buenas noches, Julián; bien llegado, D. Anselmo.

Dicho esto, se volvió á sentar, y emprendió de nuevo su monótona tarea de tejer la calceta.

—¿Es posible que hagáis labor con este calor? (exclamó Elodia.) Yo, por la noche, no puedo ocuparme de nada.

—Ni de día haces tampoco otra cosa que dibujar y tocar el piano, lo que no te causará mucha fatiga, — observó incisivamente Yolanda, que parecía que no hablaba más que para herir.

—Es cierto (repuso la joven): eso me gusta más que coser.

—Sin embargo, una mujer casada no debe ocuparse de labores tan insignificantes.

—¿Por qué? En casa hay doncella que se cuida del repaso y del planchado: la modista me hace los vestidos: el sastre hace la ropa de mi tío y de Julián.

—Ya sé todo eso: gastas mucho, querida Elodia, mucho más de lo que debieras, por tu afición á lo que llamáis *bellas artes*.

—¡Son tan bellas!

—Lo creo; pero es más bello el ahorrar dinero.

—Hermana (repuso Elodia con entereza): gasto lo que tengo; si algún día necesito introducir alguna economía, sé lo que debo hacer.

—Dejemos tonterías, y digamos el objeto de nuestra venida de esta noche (observó D. Anselmo): nos vamos á Madrid.

—¿Á Madrid? —preguntó sorprendida Yolanda.

—¡Á Madrid! — repitió dolorosamente Rosalía.

—Si; nos marchamos los tres, —dijo Julián.

—¿Cómo así? — tornó á preguntar la solterona.

—Julián se va, porque dice que tiene que hacer; Elodia, por no dejar á su marido; yo, por no quedarme sólo: ya lo saben Vds.

—¿Te quieres venir, Rosalía? —preguntó Elodia, tomando una mano de la joven, que estaba temblorosa y helada.

—Vendría á ser igual para ella querer ó no (repuso asperamente Yolanda). ¿Piensas que ha de hacer su voluntad?

—Yo contaba con la tuya (observó Julián, que temía á su hermana), y Elodia también. ¿Por qué no nos dejas por un par de meses á Rosalía? Á nuestro lado lograría quizá una colocación más á su gusto que en este rincón, en que nadie la ve.

—¡Gracias, hermano! — dijo la joven ruborizada.

—¡Casarse! ¡Casarse! ¡He aquí la gran palabra y el gran negocio! (gritó con acritud la solterona.) ¡Casarse! ¡Parece que es la suprema felicidad de la tierra!

—¿Y quién duda que lo es para las muchachas? —exclamó D. Anselmo, cuya ingenuidad era mayor que su talento, aunque éste no escaseaba.

—Yo (repuso Yolanda). ¿Para qué hacen falta los hombres? ¡Para dar malos ratos! ¡Maldita la gana que tengo de ver casada á esta muchacha, pues es lo mismo que decir que la veré infeliz! Bien está á mi lado. ¿Digo verdad ó no? ¡Habla, que pareces una mosca muerta!

—Sí... estoy muy bien contigo, hermana, —respondió Rosalía, que se ahogaba en lágrimas.

—¿Y á qué es ese viaje? (preguntó Yolanda, dirigiéndose á su

cuñada.) ¿Por qué no dejas que se vaya solo la buena pieza de tu marido?

—Porque mi deber es acompañarle, — contestó Elodia con calma y dulzura.

—Y tu gusto también (repuso la solterona). ¡Pero á buen seguro que no es el suyo.

—¿Crees que tu hermano no desea que yo le acompañe? — preguntó la joven esposa, sonriendo con incredulidad.

—Estoy segura de ello: y segura también de que te dará muy malos ratos; ¡pues bonita cabeza tiene él!

—¡Señorita! (dijo D. Anselmo amostazado): hiere V. siempre que habla, y tiene más pinchos que un cardo. ¡Canario; que es de su hermano de quien V. habla, y es á una recién casada á la que dice mal de su marido! Julián es bueno, y así nos complacemos en creerlo; pero aunque fuera el mismo Barrabás, á V. correspondía disimular y encubrir sus defectos y no sacarlos á corrillo!

Yolanda se mordió los labios hasta hacerse sangre, y ensayó una sonrisa.

—Tiene V. razón (dijo después); nadie debe meterse en lo que no le importa; pero al freir será el reír.

—Bien, bien; allá veremos: ea, hijos; despedios de estas señoritas, que hay en casa mucho que hacer con los preparativos del viaje.

—¿Quieres algo? (dijo Elodia á la hermana mayor.) ¿Deseas que te envíe alguna cosa de allá? Dispón de mi buena voluntad con toda franqueza.

—¡Gracias! (repuso Yolanda secamente.) Por ahora nada necesito.

—Á ti, querida niña (añadió la joven esposa, estrechando las manos de Rosalia, que no podía contener las lágrimas), así que llegue te enviaré un vestido y un sombrero.

—Nada de eso necesita (observó Yolanda): en vez de hacer gastos superfluos, piensa en guardar, que no está lejos el día en que te hará falta.

—¡Vamos, vamos de aquí! (exclamó D. Anselmo, añadiendo entre dientes): ¡No quiero decir á esta arpía lo que se merece!

Yolanda se levantó para despedir á los que se iban, y se contentó con dar friamente la mano á su hermano y á la esposa de éste.

D. Anselmo la saludó, y salieron de la habitación, volviendo la solterona á tomar su calceta.

Rosalía les acompañó hasta la antesala, y allí dió rienda suelta á sus lágrimas.

—¡Dios mío! (exclamó.) ¿Os vais? ¿Te vas, Elodia? ¡Qué desgraciada soy!

—Hermana mía (dijo la joven, estrechándola entre sus brazos): ¡Dios sabe cuán feliz hubiera sido llevandote conmigo; pero, ya lo ves, es imposible! ¡Yolanda está en lugar de madre, y no te lo permite! ¡Vive tan sola, que es hasta una crueldad pedirle que se separe de ti!

Rosalía no contestó, y siguió sollozando.

—Veremos si de aquí á algún tiempo te deja ir á nuestro lado, y vendré yo á buscarte (dijo Julián): entre tanto, nos escribirás y recibirás nuestras cartas: no te aflijas así, hermana mía.

Elodia, que lloraba también, se separó con pena de los brazos de la pobre Rosalia, y los jóvenes esposos, acompañados de su tío, bajaron la escalera y subieron al carruaje, que les esperaba en el patio, y que en breves momentos les condujo á su casa.

Rosalía volvió llorando aún al lado de su hermana, que, con una mirada severa é iracunda, secó sus lágrimas.

Elodia, sin embargo, lo hallaba todo encantador: desde que estaba en el colegio, su sueño dorado había sido *ver* Madrid: luego, encerrada en la casa de campo de su tío, lo había deseado con el mismo afán; y al verlo logrado, la solitaria calle en que vivía le parecía tan hermosa y alegre, y tan vivificante y agradable el aire de Madrid que en ella se respiraba, que nada más tenía que pedir su deseo.

Para comprar el mueblaje, que había pagado el tío, — pues Julian, desde que se había casado, no había dado un cuarto á su mujer, — había habido algunas disputas: al anciano nada le parecía bastante bueno: á Elodia todo le parecía demasiado bonito; en fin, la casita quedó, como se dice vulgarmente, *hecha una taza de plata*: la sala estaba amueblada con una sillería de damasco de color de oro: las maderas eran de palo santo, y de lo mismo era una elegante mesa con tablero de mármol.

Las cortinas eran blancas y doradas: algunas macetas de flores, que el anciano trajo para Elodia, acababan de dar á la habitación el aspecto más risueño.

Un precioso espejo ovalado, colocado sobre la mesa, reflejaba dos hermosos ramos de flores que se veían en dos jarros de porcelana de elegante hechura.

El gabinete que se destinó para la joven esposa, estaba amueblado de damasco de seda y lana azul subido: una mesa de tocador, un bonito lavabo y un velador grande para tomar el te, completaban el mueblaje.

D. Anselmo se quedó con el aposento peor: el noble anciano era de fácil avenir, y prefería siempre á su propio bienestar el de los demás, aunque, como queda dicho, amaba las comodidades.

Julian se halló bien en aquel barrio, según dijo, porque estaba cerca de su cuartel.

No se le ocurrió en el arreglo de la casa llevar para su joven y linda esposa ni un mueble cómodo, ni una graciosa bagatela, ni una caja para guantes, ni un frasco de agua de olor, ni siquiera un ramo de flores: el pajarito, las macetas, algunas chucherías, y hasta un piano, que Elodia, á modo de un amigo, se halló en su cuarto, todo fué regalo del buen tío.

—Yo me hubiera pasado sin piano hasta que hubiéramos en-

D. Anselmo, Julian y Elodia salieron para Madrid dos días después.

Rosalía alcanzó permiso de Yolanda para acompañarles hasta la estación, y les dió, deshecha en lágrimas, el último abrazo.

Cuando el tren desapareció, la pobre niña se volvió á su casa acompañada del criado que había ido con ella, y murmuró:

—¡Todo me falta con ellos! ¡Alegria, cariño, confianza, expansión! ¡Todo, todo!

El viaje á Madrid fué corto y alegre; D. Anselmo, olvidado ya su enojo con su sobrino, formaba proyectos para cuando se hallasen convenientemente instalados, pues el buen señor era muy amigo de la comodidad.

Elodia reía y hablaba con su tío como gorjea un pajarillo.

Julian pasó el tiempo en dormir, tan poco sensible á las bellezas del camino como á los proyectos de su esposa y del anciano.

Llegados á Madrid, se instalaron en una fonda, en tanto que buscaron una casita, que se alquiló al instante, y se amuebló con decencia y buen gusto.

La casa estaba situada algo lejos del centro; pues en buen sitio sólo había casas de un precio muy subido: y como ni el tío ni los sobrinos eran opulentos, era también preciso atender á los principios económicos que debían presidir á su método de vida.

Así es que la casa se hallaba situada en la calle de Amanuel; y si bien desde los balcones se veía un extenso y hermoso pedazo de cielo, se veía asimismo pasar muy poca gente.

viado á buscar el que tenemos en la quinta (exclamó Elodia, abrazando al anciano); ¿por qué ha hecho V. este nuevo gasto?

—Tontilla (respondió el Coronel paternalmente): de aquel hermoso rincón no sacaremos nada; y si las cosas van mal para tu marido, ó se causa de servir, nos volveremos allí, y verás qué alegría nos causa hallarlo todo lo mismo que lo hemos dejado.

La vida empezó para aquellas tres personas en Madrid llena de encantos y novedad para Elodia, de incomodidades para D. Anselmo, que padecía mil privaciones sin quejarse, y de alegre desenfado para el Capitán, que volvió á sus diversiones, caza y juego, con el mismo ardor que sale á la pradera un toro de pocos años encerrado durante largo tiempo en el establo.

Al día siguiente de llegar, fué el Capitán á presentarse á sus jefes, con cuyo pretexto estuvo fuera de su casa casi todo el día: por la noche, después de comer, dijo que tenía que hacer en casa de uno de sus compañeros, y se marchó también.

D. Anselmo, que estaba algo cansado, se acostó.

Elodia tomó un libro, leyó un rato, y se acostó también á eso de las diez.

Á la una llegó el Capitán, que procuró entrar y acostarse con sigilo. No obstante, su esposa le oyó: se puso un peinador, y se dirigió á su cuarto cuidadosa y apesurada.

—¿Te ha sucedido algo?—le preguntó con ternura.

—No,—respondió Julián.

—¿Como vienes tan tarde!

—Nadie se acuesta antes en Madrid: como tú estás acostumbrada á acostarte con las gallinas en el campo....

—¿Dónde has estado?

—Desde las diez hasta ahora en el café.

—¿Yo pensé que habías estado trabajando! Como dijiste que ibas....

—Á trabajar, si (repuso con impaciencia Julián); pero después de trabajar, era muy justo que descansase un rato.

—Yo no digo lo contrario....; ¡pero he estado con una pena!....

—¿Por qué?

—Por tu tardanza: no sabes cuánta ha sido mi inquietud.

—Sin embargo, querida mia; procura no estar inquieta si vengo

un poco tarde por la noche: es mi costumbre; la he tenido toda mi vida, y ya no podría dejarla.

—¿Vas á venir siempre á esta hora?

—Sí...., poco más ó menos.

Elodia no pudo contener las lágrimas: su marido hizo como que no reparaba en su aflicción, y ella, viendo que no le hablaba y que empezaba á desnudarse, le dijo con voz ahogada:

—Buenas noches.

—Adiós, querida: que descanses.

Julián roncaba ruidosamente cinco minutos después.

Su mujer no pudo cerrar los ojos en toda la noche, y pasó llorando la mayor parte de ella.

Por la mañana salió pálida y con los ojos hinchados.

Su marido no reparó en ello; pero su tío exclamó:

—¿Qué tienes, hija mia? ¿Estás mala?

—Me duele la cabeza,—repuso Elodia tristemente.

Julián almorzó como cuatro; el tío comió poco; la sobrina casi nada.

Luego que se fué el Capitán, D. Anselmo entró en el cuarto de su sobrina, á la que halló bañada en llanto: preguntóle cariñosamente cuál era la causa de su aflicción, y ella se lo dijo, añadiendo que lo que más sentía era que le había anunciado que tenía por costumbre recogerse muy tarde.

—¡Costumbres militares! (murmuró el anciano.) Ya me ha pasado más de una vez no haberte casado con mi ahijado Calixto Moncada.... Pero, en fin, yo también he sido militar, y no he prescindido de mi mujer, no digo al mes y medio de casado, sino tampoco á los diez años!.... Siempre iba con ella, y ella conmigo: sin embargo, hija mia; cada hombre tiene su genio....; si ese es el de tu marido, ¿qué le haremos? Confórmate y vente conmigo al teatro: ya se cansará de esa vida de café, y buscará tu compañía.

—Yo procuraré hacerle agradables las veladas en casa (dijo la joven): querido tío, yo sé música; así que tengamos relaciones, haremos que venga alguna gente por la noche: daremos te.... ¿Qué le parece á V. mi idea? ¡Deseo que Julián se aficiona á su casa, y tal vez lo pueda conseguir!

—No digo yo que no (contestó el buen anciano); tú tienes dul-

zura y gracia bastantes hasta para convertir moros.... Haz la prueba, hija mía, y Dios bendecirá tus esfuerzos.

A las dos de aquel día, el criado anunció a D. Calixto de Moncada, estando en la sala Elodia entretenida en cambiar los ramos de rosas de los jarros de China.

Al anuncio, dejó su ocupación y correspondió, llena de cortedad, al saludo del ahijado de su tío, que se inclinó delante de ella con una gracia que no excluía el respeto.

Cuando Elodia levantó la cabeza para mirar al recién llegado, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

Ella no había visto más joven que a Julián, y éste le parecía el ideal de la belleza; pero ¿qué diferencia había entre su marido y el que tenía delante!

Calixto de Moncada era alto, y de esbelta y elegante figura: una palidez aristocrática, unos hermosos y lánguidos ojos negros, una cabellera rizada naturalmente, y una boca adornada de una grata sonrisa, que dejaba ver una preciosa dentadura, era lo que desde luego llamaba en él la atención de una manera irresistible: y además, su traje, su calzado, sus guantes, un inexplicable pero penetrante perfume de buen gusto, de elegancia, le rodeaba como una nube brillante, y le envolvía en una atmósfera ideal y casi misteriosa a los ojos de la sencilla joven.

Aun no había ésta vuelto de su sorpresa; aún no había cambiado ni una palabra con Calixto, cuando D. Anselmo, avisado por el criado, entró en la sala, y se dirigió a su ahijado con los brazos abiertos.

—¡Padriño!—exclamó Calixto con ternura.

—¡Hijo mío!—repuso el anciano, que casi lloraba de emoción.

Luego, volviéndose a Elodia, le dijo:

—He aquí a Calixto, de quien tantas veces te he hablado, querida mía: ¿verdad que es muy guapo? ¡Vamos, no te pongas colorada! Mira, hijo mío; esta es mi sobrina Elodia, a la que amo como padre; lo merece, porque es un ángel.

—Seguramente que lo es en lo que toca a la belleza,—observó Calixto dirigiendo a la joven una elocuente mirada, que la hizo encender como una amapola.

—Ya la ves sofocada (dijo riéndose el Coronel): es una niña que aun no ha visto el mundo, ni más hombre que a su marido.

—¡En efecto! Ahora recuerdo que su sobrina de V. se casó, y que, a pesar mío, tendré que darle el título de señora; pero, a lo menos, creo que así ella como su esposo me concederán el de amigo: ¿es mucho esperar, señora?

—No, caballero (contestó graciosamente Elodia, que se había recordado algún tanto): mi marido y yo seremos amigos de V. con el mayor placer.

—Aquí está Julián (dijo el Coronel al oír un campanillazo que hizo estremecer la casa): ahora le conocerás.

Cinco minutos después entró en la sala el Capitán: saludó bastante groseramente a Calixto, y dijo a su mujer:

—Mira, hoy tenemos que comer, o muy temprano o muy tarde: elige.

—¿Tienes que hacer?—preguntó la joven sorprendida.

—Si (repuso el Capitán); voy a los toros con algunos amigos: conque, tío, ¿cuándo conviene más comer? ¿Antes de ir, o a la salida?

—Más vale a la salida,—contestó el Coronel.

—Corriente (repuso Julián); y si tardo demasiado, no esperarme: coman Vds. solos.

—Este caballero es mi ahijado,—dijo D. Anselmo, presentando a Calixto, en tanto que Elodia observaba, no sin cierta amargura, el contraste que presentaba su marido con Moncada.

—¿Si, eh? Lo celebro.... Servidor de V., amigo: esta casa es suya.

—Gracias,—contestó Calixto, con una ironía que hizo enrojecer de nuevo a Elodia.

—Mándeme V. con toda franqueza (prosiguió el Capitán): le iré a ver cuando pueda: ¿dónde vive V.?

—En la calle de la Salud, número 15, cuarto segundo, tiene V. su casa (repuso Calixto, inclinándose); vivo con mi madre.

—¡Ah! ¿Es V. soltero? ¡Feliz V.! ¡Qué bien podrá correr a su antojo!

—Yo envidio a V., a mi vez, la felicidad de estar unido a esta señora,—dijo Moncada con respetuosa galantería, pero sin perder su sonrisa burlona.

—Es, en efecto, muy linda, ¿verdad? (exclamó Julián); eso es lo único que me consuela del peso de mis cadenas; y buena como ella

sola. ¡Eh! Adiós, niña: adiós, tío: lo dicho; si tardo, no esperarme para comer.

—¡Es un loco!—dijo riendo D. Anselmo.

Pero Elodia miró á Calixto, y leyó estas palabras en la expresión despreciativa de su rostro:

—¡Es un grosero!

El joven terminó pronto su visita: tenía demasiado mundo para no conocer lo embarazoso de la posición de Elodia.

Por la tarde, y ya cerca del anochecer, D. Anselmo instó á su sobrina para que se vistiese, á fin de ir con él al Prado.

—Pasarás un buen rato (le dijo); y se te hará más corta la espera hasta la hora de comer.

La joven consintió, por dar gusto á su tío, y asimismo por huir de la tristeza que la abrumaba: se vistió sencillamente, y salió para reunirse con D. Anselmo, que la halló encantadora.

Tío y sobrina bajaron por la calle de Alcalá; Elodia, apoyada en el brazo del anciano, miraba la gran concurrencia que iba á paseo, y con la candidez propia de sus diez y siete años y de su absoluta ignorancia del mundo, contemplaba absorta, ya los ricos trajes, ya los espléndidos trenes que se dirigían á poblar las alamedas de la Fuente Castellana y las anchurosas calles del Prado.

De repente, un jinete que, en compañía de una linda amazona y de otros caballeros, iba á entrar en el paseo, detuvo su caballo y saludó al Coronel y á su sobrina.

—¡Calla! ¡Si es Calixto! (exclamó D. Anselmo.) ¿Vas de paseo?

—Sí, padrino (respondió el joven); ¿y Vds., van también al Prado?

—Sí, quiero que Elodia se distraiga un poco; pero nos sentiremos, porque se halla ya fatigada.

—Pronto buscaré á Vds.,—dijo Calixto.

—¿Pues no vas con una dama y algunos otros caballeros?—preguntó D. Anselmo.

—Sí; voy con la marquesita de X... y sus hermanos; pero les dejaré. Espero á mi criado, que he citado, y llevará el caballo á casa; yo buscaré á Vds.

Calixto entró en el Prado; D. Anselmo y Elodia iban á entrar también en la calle llamada *Paris*, cuando una carretela abierta, que

venía de la plaza de toros é iba á tomar la calle de Alcalá, les cerró el paso.

Elodia miró al fondo del carruaje, casi maquinalmente, y lanzó un grito de dolorosa sorpresa.

En él había visto á su marido, y, sentada á su derecha, á una mujer vestida con lujo, y llena de rizos y colorete.

—¿Qué tienes? (le preguntó D. Anselmo, conduciéndola á una de las primeras sillas del salón.) ¿Quién va en ese coche?

—¡Mi marido!—repuso Elodia con voz sofocada por las lágrimas.

—¿Solo?

—¡No, tío mío! ¡Con una señora!

—¡Una señora! ¡No será mala prenda! ¿Qué señora va en un coche abierto con un hombre casado? Eso está mal hecho, y Julián me oirá.

—Ya soy con Vds.,—dijo la dulce y sonora voz de Calixto.

Y se sentó al lado de Elodia.

Ésta procuró dominar su dolor, pero se hallaba triste, distraída y como violenta.

Calixto deslizó á su oído mil gratas y dulces palabras, y, al fin, aquel joven corazón, agobiado de dolor, empezó á sacudir su pesada losa y á palpar aceleradamente.

Moncada era hombre de mundo, y consumado conocedor del corazón de las mujeres.

Julián no fué á comer, ni volvió á su casa hasta muy cerca del amanecer del siguiente día; se acostó, y durmió hasta las doce.

VI.

Elodia, enojada, dolorosamente ofendida, herida en su corazón y en su amor propio, evitó durante cuatro días la presencia de su marido.

El Capitán no se mostró apesadumbrado por esto, ni preguntó siquiera á su esposa la causa de su enojo.

Peró la pobre niña no tenía valor para vivir largo tiempo enojada con su marido, porque le amaba; él era el primer hombre que le había dicho esas palabras halagadoras que se graban en el corazón de una joven para no borrarse jamás.

Á los cuatro días de silencio, ya no pudo resistir su fortaleza, y le preguntó quién era aquella mujer á quien acompañaba á la salida de los toros.

—¿Aquella?... (dijo Julián.) Es la esposa de un amigo.

—Yo no la conozco (repuso Elodia, con la voz alterada por las lágrimas), y todas las esposas de tus compañeros han venido á visitarme.

El Capitán quedó callado durante un rato, y después dijo con la mayor frescura:

—Esa no vino, porque estaba fuera.

—Julián (exclamó la joven, herida por esta nueva mentira): tú me engañas; aquella mujer no es la esposa de ninguno de tus amigos, ni es siquiera una mujer honrada. ¿No vi yo su traje fastuoso, el arrebol que cubría sus mejillas?

—Te digo que es la esposa de uno de mis amigos.

—¿Y por qué iba sola contigo?

—Se puso algo mala en la plaza, y su marido me pidió el favor de que la llevase á su casa.

—¿Y por qué no fué él á acompañarla?

—¿Qué sé yo, mujer! Sin duda porque le interesaba más el espectáculo que su esposa.

—¿No creo en nada de lo que me dices! (exclamó Elodia con indignación.) ¡Llevas mala vida! Vienes á casa cerca del amanecer, y te advierto que mi tío está muy resentido de tu conducta.

—¿Y qué remedio? (repuso Julián riéndose.) Mira, Elodia (prosiguió, tratando de tomar una mano de su mujer, que ésta retiró con enojo); más te valía haberte quedado en la quinta: aquí llevarás muy malos ratos, te lo prevengo: yo soy calavera, lo que se llama un trueno; pero no lo puedo remediar: así dicen que fué mi padre, y yo en esto me parezco á él.

—¿Pero de qué sirve la reflexión? (dijo la joven.) ¿No sabes que ahora tienes obligaciones? ¿Que me debes amor y fidelidad?

—Y te amo, Elodia; eso no lo dudas; pero esta vida militar.... y el ejemplo.... ¿qué quieres? Si no hago lo que los demás, se ríen de mí, y no lo puedo sufrir.

—¿Qué te importa que se ríen si cumples con eso tu deber?

—Pero, vamos á razones: ¿cuánto mejor estabas, pobrecita, en la quinta, tranquila, al lado de tu tío, que al lado de un loco como yo? Mira, porque te quiero, he procurado contenerme y dominarme; pero ¡imposible!.... En casa parece que me pinchan, que estoy sentado sobre espinas....

—¿De modo (exclamó Elodia amargamente), que quieres que me separe de ti á los dos meses no cumplidos de habernos casado?

—¿Quién habla de separarse? Yo iría á verte cada cuatro meses, me estaría uno contigo, y sería, en tanto que estuviera á tu lado, el modelo de los buenos maridos; pero así, viendo mis locuras, Elodia mía, vas á pasar la pena negra. Yo lo conozco, y lo siento: mira, hoy voy á cenar con unos amigos.

—¿Á cenar comiendo á las seis?

—¿Si tampoco como en casa!

—¿Qué dices?

—Que estoy convidado á comer.

—¿Con quién?

—No lo quieras saber, porque no te lo puedo ni te lo debo decir.... Es una comida de campo... allá, en la alameda de Osuna: luego venimos, y á las dos ó las tres de la mañana cenamos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué hombre! —exclamó la joven sollozando.

—Mira, si te veo afligida, soy capaz de pegarme un tiro (dijo el Capitán); para eso no tengo valor; vamos, abrázame, y ten paciencia....: son compromisos: créeme, yo te amo, y con el tiempo me curaré de mis locuras.

—¡Déjeme V., caballero! —repuso Elodia, saliendo de la habitación con las mejillas rojas de cólera.

Su marido se vistió algo triste, se fué de casa, y no volvió á ella en dos dias.

El que acompañó á paseo y al teatro al tío y á la sobrina, fué Calixto, que parecía querer agotar, para deslumbrar á la sencilla Elodia, todo el rico tesoro de sus seducciones.

Era el Abogado uno de esos hombres de gran tacto para aprovechar las aflicciones de toda esposa joven y bonita: habia hecho un profundo estudio del corazón de la mujer, y era maestro en la galanteria. Por ahora nos contentaremos con decir que se hallaba real y verdaderamente prendado de la belleza de Elodia, que era angelical: en su larga experiencia no habia hallado una criatura más hermosa, de una índole más dulce, de una inteligencia más clara, de una bondad más perfecta.

Creyóse enamorado, y enamorado seriamente, y sólo le disgustaba un poco lo facil que debia serle su conquista.

—Porque (se decia, en tanto que se ponía su corbata delante del espejo), ¿cómo ha de resistirme ella, casada con esa especie de salvaje, que, aunque es buen mozo, la deja por mujeres que tan poco valen? Esa pobre niña, sin amigos, sin adoradores, pues no se deja ver en ninguna parte, hasta sin amigas, que es el colmo de la perfección, ¿cómo ha de resistir á mis cuidados, á mis obsequios, á mis atenciones?

Calixto pensaba bien: su elegancia, su solicitud, sus miradas apasionadas, el encanto de su figura y de su conversacion, iban ya haciendo honda huella en el alma de la joven esposa abandonada.

Sin embargo, ella no sabia aún darse cuenta de lo que sentia: le parecia, si, que á la vista de Calixto las sombras que llenaban su pensamiento se disipaban, como se disipa la niebla ante un rayo de caliente y dorado sol: le parecia que con él volvia la alegría y la vida á su casa tan fria y tan solitaria; porque Calixto hacia reir al viejo D. Anselmo con su conversacion, y jugaba con él al ajedrez. ¡Él, tan amigo y tan buscado de las más altas y opulentas damas de la corte! ¡Él, alma de las tertulias y conciertos, bello como Antinoo, valiente, como lo habia probado en cinco ó seis desafios, modelo de suprema distincion, prestarse á hacer tan asidua compania á un anciano y á una niña! ¿No era éste un sacrificio verdaderamente generoso de su parte?

Asi pensaba algunas veces Elodia; pero nada de esto decia, como verá el lector, al escribir á Rosalia, su joven cuñada y su amiga, algunos dias después de su conversacion con Julián, la siguiente carta:

«Mi querida é inolvidable hermana: Te escribo ésta para desahogar mi corazón, que está muy oprimido: tu hermano no se porta conmigo como debe: apenas se deja ver, y lo peor es que me ha confesado con toda franqueza que es calavera y que no debo engañarme acerca de su carácter, porque no se puede dominar ni cambiar por ahora.

¿Qué te parece, Rosalia? ¿Quién lo hubiera creido así? Ni tú ni yo; esto es bien cierto, y, de lo contrario, no me hubiera casado con él, te lo aseguro.

«Ya ves si estaré triste: ando sola por la casa, porque nadie viene, lo cual no es de extrañar, porque yo á nadie visito: tu hermano come con sus amigos, pasa las noches en el teatro, después en el café hasta la madrugada, hace, en fin, lo que quiere: casi casi deseo volverme á tu lado: él era mi único amor, asi como tú eres mi única amistad. ¡Oh, hermana mia! ¡Cuanto te echo de menos y cuánto deseo verte!....

«Sólo hay una cosa que me consuela; soy madre: si algún dia lo eres tú, Rosalia, comprenderás las delicias que encierra esta frase: ¡Soy madre!....

«Dentro de poco, es decir, de siete meses, tendré un hijo her-

moso, rubio, rosado, que contigo me hará compañía; verás cómo nos entretiene y qué felices somos con él. Yo bordaré sus gorritos y le meceré en la cuna, y así las noches no se me harán tan largas: tú te casarás también, porque eres bonita y buena, y hallarás fácilmente un marido que te ame y te haga feliz.

»Adiós, amiga y hermana mía: escíbeme largamente: ¡si vieras cuánto lo deseo! Mi buen tío te envía un abrazo: nuestros afectos á Yolanda. ¿Está muy regañona contigo? Creo que sí, porque ella no puede vivir sin regañar; pero compadécela, Rosalía; porque, mira, es vieja y solterona, sin esperanza alguna de casarse. ¿Quién la ha de querer? No creo que haya nadie que le pueda tener amor.

»Yo iré pronto á tu lado, y la alegría reinará en tu corazón: hoy te envío un vestido blanco con lunarcitos azules y un sombrero de paja con cintas azules también; cuando te lo pongas, piensa en tu hermana, que te quiere y desea abrazarte una y mil veces,

»ELODIA.»

Esta carta pinta, mejor que nada, el afectuoso carácter y la adorable ingenuidad de la esposa de Julián Medina; á la vista de todas las calaveradas de un marido que pasaba su vida sumergido en los desórdenes, Elodia conservaba la pureza de un ángel.

Rosalía respondió en seguida á su hermana, la carta más afectuosa y más tierna.

«Vente aquí (le decía): todo parece muerto desde que faltáis D. Anselmo y tú; mi hermana tiene cada día el humor más negro: como que está siempre sola conmigo, y yo.... piensa si seré desgraciada sólo con ella: deja á mi hermano que se divierta á su manera, y así, cuando venga á nuestro lado, le cogerá como de novedad, y estará alegre; aquí somos muchos para amarte; los pobres de la aldea y los de los caseríos me preguntan por ti sin cesar; todos desean que vengas, y yo en particular, hermana mía: cuido mucho á los pajaritos, y creo que tanto han de participar de mi alegría, si vienes, que el día que nazca tu hijo entonarán un cántico nuevo.

»En la quinta, los criados parece que no se hallan sin vosotros;

he ido á ella dos veces, pero no quiero volver, porque me entristece mucho.

»Espero, hermana mía, que te vendrás pronto; cuanto antes, será mejor, porque yo lo deseo con el alma. Deja á mi hermano, supuesto que él dice que vendrá á vernos, y ven á abrazar á tu apasionada

»ROSALÍA.»

VII.

Un mes pasó aún solitario para Elodia y su tío; alegre y exento de penas para el Capitán.

D. Anselmo, aunque muy enemigo de mezclarse en las cosas del matrimonio, pues decía que entre marido y mujer sólo caben Dios y los hijos, habló un día seriamente á Julián.

—Yo te di á mi sobrina (le dijo), en la persuasión de que la harías feliz; pero me has engañado al prometérmelo: mi pobre niña vive aislada, expuesta quizá á enamorarse del primero que intente interesarla, y no faltarán, pues no á todos les es indiferente como á tí: ella es linda, y hay muchos.... muchos, ¿lo oyes?, que lo conocen.

Julian quedó pensativo: el Coronel prosiguió:

—Yo creo que lo mejor será que ella y yo nos volvamos á la quinta: así te quedas tú, no más libre, supuesto que ahora haces cuanto quieres, pero á lo menos sin pena por tu mujer, pues no puedo concebir que no le mortifiquen tu indiferencia y tu abandono.

—Tío mío (repuso el Capitán); V. tiene razón y Elodia también en aborrecerme: yo no la merezco; ella es un ángel, y yo soy un loco: pero, ¡vamos!, un poco de paciencia: yo procuraré enmendarme: vendré á casa á la hora regular; no comeré ni dormiré fuera; seré otro.

—¿Hablas de veras? (preguntó el buen señor.) ¿Te enendarás?

—Sí, querido tío.

—Entonces nos quedamos. ¡Si lo que yo deseo es veros contentos y felices! ¡Si yo os quiero como á hijos! Y, además, reflexiona que la pobrecita está delicada....., que se halla al principio de un embarazo muy penoso....

—Si (exclamó Medina): Elodia está en cinta. Ya lo sé, y, á pesar de eso, no hago lo que debo: no miro por ella, no cuido de su tranquilidad.... ¡soy un miserable!

—Puesto que tienes deseos de enmendarte, no es así (repuso el Coronel): vamos; ella es buena y al instante lo olvida todo: esta noche llévala al teatro.

Julián fué á ver á su mujer, la abrazó, la acarició, y la dejó para ir á buscar un palco para llevarla al teatro; pero en el camino halló á uno de sus amigos, y ya no volvió por casa hasta la una de la noche, y algo alegre por añadidura.

Al día siguiente fué Calixto á despedirse, para ir á hacer un viaje al extranjero, que debía durar un año.

Su padrino le abrazó, y le dijo que si le hacía falta algún dinero más que el que su madre le daba ó él tenía, que no titubese en pedirselo.

Calixto miró á Elodia de un modo muy significativo, y cuando D. Anselmo le preguntó que por qué se iba, respondió que para curarse de una gran tristeza que le acosaba.

El Abogado salió, y prometió escribir.

Con su ausencia, se cerró la puerta de la casa de Medina, y la joven casada, no menos que su anciano tío, cayeron en una melancolía profunda.

Julián, avergonzado, procuraba no verlos; tampoco tenía valor para enmendarse, y seguía en su vida disipada.

Tres meses hacía que duraba aquella triste existencia, y Elodia iba á entrar en el sexto de su embarazo, quebrantándose cada día más su salud, cuando recibió D. Anselmo una carta de Yolanda, que le hizo montar en cólera.

Aquel escrito, obra maestra de la perfidia de una mujer, decía así:

«En verdad, yo no sé, amigo mío, dónde están el talento y el tacto de Elodia, que no sabe contener á su marido en la pendiente por que va corriendo: sé, por el notario de casa, que mi hermano ha sacado los ocho mil duros que tenía, y que les va dando buena salida.

«Julián, casado con una mujer de más carácter, hubiera sido bueno y feliz; pero Elodia es una bonita muñeca de cera blanca y color de rosa, que no puede hacerle dichoso.

«A V., pues, es a quien toca, amigo mío, reprender a ese loco: haga V. porque no se quede pobre, porque conserve lo poco que posee, y, sobre todo, haga V. entender a Elodia que no cumple, con lo que hace, con sus obligaciones de esposa, sino vigilando y reconviniendo a su marido.»

D. Anselmo se guardó muy bien de enseñar esta carta a su sobrina; pero se la enseñó a Julián, que no halló nada que responder.

—Ya ves (le dijo el anciano), que, además de vivir hecha una mártir la pobre Elodia, se la culpa; a lo menos, yo debo procurarle tranquilidad y quietud; me la llevo, y ¡ojalá que nunca hubiéramos venido!

— ¡Cómo! ¡Se van Vds. a marchar! (exclamó el Capitán.) ¿Y adónde?

— ¡A mi casa! ¡A aquel rincón donde tan dichosos hemos vivido, de donde nunca debimos salir!

—Pero si yo...

—Nada, nada; no estamos ya en el caso de esperar tu enmienda.

—Quizá ella...

—Ella tampoco, y eso que nada sabe de lo que me dice tu hermana en esta carta.

— ¡De ese modo, aún tengo esperanza! —exclamó Julián, corriendo a buscar a su mujer.

La encontró en su cuarto cosiendo, triste y pensativa. Ya hacia cinco días que no veía a su esposo.

—Elodia (dijo Julián); tu tío quiere separarte de mí.... ¡Quiere volverse contigo a la quinta!.... ¿Qué dices tú?

—Que haré lo que mi tío quiera, —contestó la joven.

— ¿Me dejarás?

— ¿Para qué te sirvo aquí? No te veo.... no estás nunca en casa....; más vale que te deje completamente libre....: cuando te canses de esa vida que llevas, ¡ven algunos días a ver a tu hijo!

— ¿Lloras? (exclamó Julián, abrazando a su mujer.) ¿Por qué has de dejarme? ¿No crees en mi enmienda? ¿No esperas en mí?

—No (dijo la joven); además, me debo a mi hijo.... ¡Los pesares pueden matarle, y Dios me pedirá cuenta de él!.... ¡Que nazca en la apacible casa de mi tío; allí, hasta los árboles del jardín conocen y aman a su madre, y le amarán a él también.

Julián suplicó y lloró, pero en vano.

Elodia fué inflexible.

El Capitán, despechado, signió en su vida desenfadada; apenas se le vió desde entonces; y cinco días después, al partir para Guipúzcoa D. Anselmo y Elodia, salió de casa para no despedirse de ellos, y tal vez para no dejar ver la vergüenza que le atormentaba.

VIII.

Unos catorce meses habían pasado, cuando, en una hermosa tarde de Abril, la glorieta del jardín del Coronel presentaba un cuadro encantador.

Bajo un frondoso castaño de la India se hallaba colocada una cuna de caoba, entoldada de muselina blanca; de las ramas del árbol había suspendida una jaula de marfil que encerraba un canario amarillo como el oro.

En la cuna se veía acostado un niño como de once meses: estaba despierto, jugaba y reía.

Este niño no podía ser más hermoso: se parecía á su madre, que, sentada á su lado en una silla pequeña, bordaba una gorrita para él.

Elodia — pues ya la habrán conocido nuestros lectores — llevaba un traje blanco y un delantalillo negro: su belleza en nada había cambiado de carácter: era la misma joven dulce, casta, sencilla y apacible que ya conocemos.

Parecía completamente sosegada y feliz. De vez en cuando miraba al niño, y en sus labios brotaba la luminosa sonrisa de la madre venturosa.

—¡Elodia, hija mía; aquí te traigo al viajero! — exclamó, algo lejano, la gruesa voz de D. Anselmo.

Y un instante después apareció el buen anciano, rebotando de alegría y trayendo asido del brazo á Calixto Moncada, su ahijado.

Éste se hallaba más pálido y delgado que antes de marcharse: verdad es que la vida que había hecho en París y Londres no era la más á propósito para conservar una floreciente salud.

Después de inclinarse ante Elodia con respeto y gravedad, miró al niño con una triste sonrisa, como si se compadeciese de su suerte.

—Vaya, cuéntale lo que has visto por ahí (dijo el Coronel á su ahijado); tengo que dejaros, porque me esperan para enseñarme un caballo que quiero comprar; pero creo que no os aburriréis.

Los dos jóvenes quedaron solos.

—Y bien; ¿cómo le ha ido á V. en sus viajes? — preguntó Elodia, que se sentía un poco turbada.

—Mal (respondió Calixto); deseaba y temía volver, y en nada hallaba placer ni bienestar lejos de mi patria.

—Yo creí que había ido V. á viajar por su gusto, — dijo Elodia.

—Fuí, señora, por necesidad.

—¿Tenía V. que hacer en el extranjero?

—Tenía que olvidar á V., — respondió con una terrible sencillez el Abogado.

La joven le miró absorta; apenas le había comprendido: después coloreó sus mejillas un subido color, y balbuceó:

—¡No sé lo que V. quiere decir, caballero!

—Yo me haré comprender (repuso Calixto). Señora, yo la amaba á V., y tuve que huir de donde vivía para no verla: he estado ausente catorce meses; pero viendo que no me curaba, he vuelto, ¡y he vuelto con la misma dolencia en el corazón!

—¿Por qué ha venido V. aquí? — exclamó la joven con terror.

—Para decir á V. que la amo; para ser dichoso con su vista y con la esperanza de ser correspondido.

Elodia guardó silencio; hallábase turbada y palpitante; no sabía qué decir; más de una vez se había acordado de Calixto en el abandono en que su marido la dejaba; más de una vez había comparado la conducta del uno y la del otro, y había soñado la felicidad, y que era la esposa querida del brillante Abogado; pero en aquel momento, y en presencia del peligro, se sintió aterrada, y se creyó culpable de su propia emoción.

Julian había asistido al nacimiento de su hijo, al que recibió en el mundo con mil extremos de alegría: un mes contaba el pequeño Enrique, cuando su padre volvió al servicio y á su vida de calavera.

Diez meses hacía, pues, que Elodia no veía á su esposo, y todo

este tiempo lo había pasado aquella placidamente ocupada de su hijo, de su tío y de su amistad con la linda y cariñosa Rosalía.

Ya hemos dicho que, en su destierro voluntario, pensaba con frecuencia en Calixto; pero aquel recuerdo no alteraba su tranquilidad y la pureza de su vida, que tenía algo de la monotonía monástica.

Al ver de nuevo á aquel hombre, al oír su voz, volvieron á tomar cuerpo los sueños de su imaginación; pero no leves y vaporosos, sino más trascendentales y más llenos de cuerpo y de vida.

Sin embargo, á la vista del peligro, se sublevó su orgullosa castidad, y tras una pausa, repuso Elodia con voz no muy segura:

—Caballero, yo soy casada.

Calixto se sonrió; Elodia creía haberle confundido con tal argumento; pero, con gran asombro suyo, repuso aquél con calma:

—Ya lo sé, señora.

—De modo que ni V. me debe dirigir esas palabras, ni yo debo escucharlas.

—¿Y, por qué? ¿Acaso es para V. su marido lo que debe ser? ¿No la abandona á merced del primer atrevido que la seduzca sin amarla?

—Basta, caballero (repuso Elodia con orgullo); mi marido sabe que yo no soy de las que se dejan seducir, y, además, estoy bajo la salvaguardia de mi tío y de mi hijo.

La joven, dichas estas palabras, se inclinó sobre la cuna donde sonreía el niño con la paz de un ángel, jugando con las ramas del castaño que caían sobre su frente y le formaban un dosel de verdor.

—Por aquí, por aquí están,—dijo á alguna distancia la voz alegre de D. Anselmo.

Y un instante después entraron en la glorieta Yolanda y Rosalía, conducidas por el anciano.

Calixto, que seguía contemplando con burlona sonrisa á la joven madre inclinada sobre la cuna de su hijo, se levantó para saludar á las damas.

—Aquí tienen Vds. á mi ahijado, señoritas (dijo D. Anselmo); ¿verdad que es un buen mozo? Mirale tú, querida Rosalía, y dime si te gusta (añadió el Coronel con una especie de cándida malicia); vamos, habla....; pero ya veo que te da vergüenza.... Tú, hijo mío, estás ante las señoritas de Medina, hermanas del esposo de Elodia: he

aquí á la señorita Yolanda, que posee así como un millón y medio de renta, y un talento superior: su hermana es casi pobre; pero es también joven y bonita como las gracias.

Á las palabras *millón y medio de renta*, Calixto se enderezó como el caballo habituado á la guerra al oír el clarín: no se cuidó de ver á Rosalía *bonita, pero casi pobre*, como había dicho su padrino: mas dirigió una ávida mirada á la opulenta Yolanda, que se contoneaba con aire satisfecho.

Elodia no vió nada de esto; ocupada en jugar con su niño, saludó á sus cuñadas, y luego volvió á su dulce tarea, á la que se mezcló Rosalía, jugando y riendo también con el niño.

Yolanda observó la mirada que le dirigió el Abogado, y el rubor subió á sus mejillas: era la primera mirada de aquella clase que había recibido en su vida: miró á su vez á Calixto, y le halló tan gallardo y elegante como nunca había visto á hombre alguno: aquellas dos almas astutas y ambiciosas se comprendieron desde la primera ojeada: Calixto buscaba dinero: Yolanda buscaba á toda costa el marido brillante que no había encontrado y que tanta falta hacía á su amor propio.

Ni una palabra cambiaron, sin embargo: Yolanda habló á Elodia con su acritud acostumbrada: le preguntó cuándo abandonaba su vida de monjita, y cuándo dejaba de jugar á las muñecas con el niño.

Rosalía, disculpando las inclinaciones de su hermana, tanto como se lo permitía el miedo que tenía á Yolanda, estuvo encantadora; pero Calixto no concedió una mirada, ni un pensamiento, ni á su belleza ni á las gracias de su talento y de su carácter.

Pasados tres cuartos de hora, la activa Yolanda se levantó y se retiró con Rosalía.

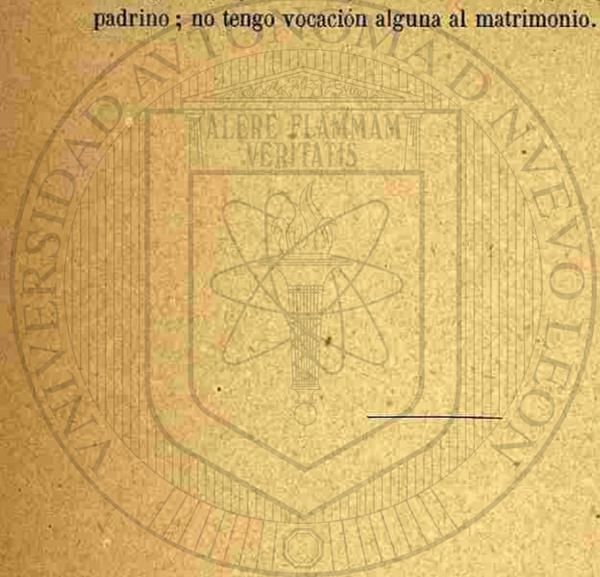
—No puedes figurarte, hijo mío, dos hermanas más diferentes (dijo D. Anselmo á su ahijado): Rosalía es un ángel; su hermana, la solterona, un dragón: ¿cuánto más valía que esa mujer arrojase sus riquezas á los pies de esa bella y amable niña, que podría encontrar un buen esposo!

—¿Pero en qué consiste que, siendo hermanas, la una es tan rica y la otra casi pobre?—preguntó Calixto con curiosidad.

—Eso consiste en que Yolanda es hija de una madre rica: los hermanos de su madre eran ricos también, y la fortuna de su madre y la

de sus tios ha sido para ella cuando la muerte se los ha llevado. La madre de Rosalía tenía muy escasos bienes, y la pobre niña huérfana está bajo el amparo de su hermana. Calixto, tú debias casarte con ella, y hacerla dichosa.

—¿Yo? (dijo Moncada, mirando á Elodia); no pienso en casarme, padrino; no tengo vocación alguna al matrimonio.



IX.

Quince días después de estos sucesos, era muy distinto el estado del espíritu de Elodia que al empezar el capítulo anterior: las continuas persecuciones de Calixto, de aquel joven seductor, elegante, instruido; sus atrevidas declaraciones, sus quejas y sus tiernas miradas, habían llevado la turbación á su alma, y le habían hecho perder el sueño, el apetito y la tranquilidad: desde que Calixto la perseguía con su amor, culpaba más que nunca á su marido, y le acusaba más de tenerla en el olvido y casi en el abandono.

—Si él estuviera á mi lado (decía la pobre Elodia), impondría respeto á este hombre: así, estoy sola, á merced de sus persecuciones, y lo peor es que sus argumentos están llenos de fuerza y de verdad, porque mi marido no me ama, cuando me abandona.

—¡Y qué! (hacia observar una tarde Calixto á la joven.) ¿Tan poco valgo que no merezco siquiera una esperanza? ¿No cree V. en mi amor?

Elodia alzó los ojos, que tenía fijos sobre su bordado, y miró tristemente á Moncada.

—Por compasión (exclamó); si es verdad que V. me ama, no amargue mi vida. ¡Huya V., y déjeme como hasta aquí!

—V. sufre, Elodia (dijo el Abogado); ¿es eso verdad?

—Sí,—respondió débilmente la joven.

—¿Luego V. me ama?

—No lo quiera V. saber....; yo tampoco se lo puedo decir.... porque lo ignoro....: lo que sé es que no disfruto de sueño tranquilo; que he perdido la dicha y el bienestar....; que soy muy desgraciada....

—¡ Oh! ¡ V. me ama! (exclamó con impetu el joven.) ¡ V. me ama, Elodia! V., tan buena, tan dulce, tan sensible, no ha podido mirar con indiferencia mis tormentos. V. me ama, y yo no cambiaría ahora mi destino por el más poderoso y brillante del mundo.

Hablando así, el joven estrechaba apasionadamente las manos de Elodia, que le contemplaba aturdida, y, fuerza es decirlo, atónita con la expresión delirante de aquel amor.

De repente, la voz de Rosalía, que llegaba cantando, sacó a Elodia de su aturdimiento.

Calixto hizo un gesto de despecho, y soltó las manos de la joven.

Al mismo tiempo entraron por uno de los senderos laterales la nodriza con el niño, y Rosalía, que jugaba y reía con él.

—Al pasar por la glorietta, Rosalía saludó con la cabeza a Calixto, y siguió andando al lado de la nodriza, que tomó otro sendero.

—Elodia (dijo Moncada), señáleme V. un sitio donde pueda verla mañana á solas.

—Aquí podrá V. verme, — repuso la joven, que se hallaba en extremo conmovida.

—¡ Aquí! ¡ No, no! Quiero hablar con V.; lo necesito.

Rosalía volvía cantando, y ya se descubría de nuevo su blanco traje.

—¡ Pronto! (insistió Calixto.) ¡ Hable V. !

—Mañana.... á las seis de la tarde.... estaré en el pabellón de la derecha del jardín, — dijo Elodia, sin saber casi lo que contestaba.

Calixto le dió gracias con una mirada, y entró en el sendero por donde salían Rosalía y la nodriza con el niño en los brazos.

—Ya se va V., y de fijo que sé adónde (exclamó Rosalía.) ¿ Acaso le espanto yo?

—¿ Por qué dice V. eso? — preguntó Calixto.

—Y no puede ser otra cosa, porque, en cuanto yo llego, se va V. á ver á mi hermana. Yo creo que el enviarme Yolanda aquí es la señal para llamar á V., porque antes nunca me dejaba venir.

Calixto, pálido, confuso, tembloroso, trató de pronunciar algunas palabras de broma: luego dejó oír un sonido que parecía una carcajada, y se apresuró á desaparecer.

—¡ Cómo va!.... (exclamó Rosalía) ; ya se conoce que he dado en la verdad : apenas sabía qué decir. ¿ Creerás, Elodia, que me ha dicho el ama de llaves que se quiere casar con Yolanda?

—¡ Con Yolanda! — repitió Elodia con voz sorda.

—Si. Con ella, porque es rica. El ama de llaves conoce á Calixto de haber estado de doncella con su madre, y dice que toda su vida ha estado devorado por la ambición, y que todo su afán es conseguir una mujer rica : yo no sé si mi hermana se quiere divertir con él ó si está enamorada de veras : ello es que le recibe á todas horas : mañana come con nosotras.

—¿ Con vosotras? (exclamó vivamente Elodia.) ¿ Á qué hora coméis?

—De seis y media á siete.

—Bien, está bien (murmuró la esposa de Medina); tráeme á Enrique, Rosalía.

La joven trajo al niño.

La madre le tomó en brazos, y exclamó :

—¡ Perdón, Dios mío! ¡ Yo iba, alucinada, á caer en el abismo de la culpa! ¡ Perdóname por haber vacilado, y bendito seas (añadió mirando con pasión á su hijo), por haberme dado el santo amor de los amores.

X.

Al día siguiente, por la tarde, Yolanda fué á la quinta.

Llevaba el semblante alegre, casi radiante.

Su traje estaba hecho según el último figurín: un rico vestido de seda gris, una manteleta de encaje y un lindo sombrero blanco, componían su atavío.

Rosalía se había quedado en casa, disponiendo las cosas para la mesa.

—Elodia (dijo la solterona); esta tarde os espero á tomar café á tu tío y á ti: pasaremos la noche juntos, y os hablaré de un proyecto que tengo.

Al decir estas palabras, Yolanda miró á Calixto, que, sentado á alguna distancia, hacía como que hojeaba un libro.

El joven correspondió á aquella mirada con otra muy tierna.

Ante la expresión de los ojos que tantas veces la habían mirado del mismo modo, Elodia sintió que toda su cólera, todo su dolor, todos sus celos, se convertían en un deseo tal de reír, que no dejaba lugar á otro alguno.

Se contuvo, sin embargo, y dió palabra á su cuñada de ir á tomar café con ella.

Un poco antes de levantarse, la vetusta señorita miró de cierto modo al Abogado, y éste se levantó y salió de la estancia.

—¿Qué te parece este joven?—preguntó Yolanda á Elodia, jugando mimosamente con su abanico.

—¿Á mí? Bien,—contestó Elodia.

—Sin embargo, ya sabrás que ha sido algo calavera....

—¡Él calavera! (exclamó Elodia.) Creo que no.

—¡Pues me ha confesado que sí! Me ha dicho que su viaje al extranjero fué persiguiendo á una joven que su familia alejaba para que no se casara con él.

—¿Y.... y era rica.... esa joven?—preguntó Elodia con una risita burlona y significativa.

—No lo sé (respondió Yolanda); no me he cuidado de preguntárselo; pero adiós, hermana; hasta la tarde; tengo bastantes cosas que hacer en casa, y son ya las cuatro.

—Hasta después,—dijo Elodia.

—¿Has reparado en el traje de Yolanda?—preguntó D. Anselmo á su sobrina, entrando en la habitación.

—Sí, tío mío,—contestó Elodia, que se hallaba de pie al lado de la ventana que daba á la calle de árboles, por donde había de pasar Yolanda para ir al castillo.

—¿Y qué querrá decir esa repentina metamorfosis?—preguntó de nuevo el anciano con curiosidad.

—Venga V. y lo verá,—dijo Elodia.

El anciano se acercó á la ventana, y vió á la solterona sentada ya en su carruaje. Calixto iba á subir á él, y ya tenía el pie en el estribo.

—Vea V. explicada la causa de la repentina elegancia de Yolanda,—añadió la joven.

—¡Cómo! (exclamó el cándido D. Anselmo.) ¿La amará?

—No (repuso Elodia); de lo que se ha enamorado es de su dinero; á quien amaba era á mí.

—¡Á ti!

—¡Á mí! Tío, demos gracias á Dios, porque me ha hecho ver á ese hombre tal como es, y me ha dado fuerzas para huir del abismo que se abría á mis pies.

—¡Habrás visto loco semejante!

—No es un loco; es un infame; es un hombre metalizado y vil, á quien desprecio.

Algunas lágrimas abrasadoras se escaparon aún de los bellos ojos de la joven; eran el último tributo que pagaban el amor propio ofendido y el orgullo lastimado.

—Hija mía (dijo el anciano); lo que ha hecho Calixto está muy mal hecho: yo soy el primero en culparle; pero casi todos los hombres hacen lo mismo.

— ¡Pues igualmente los desprecio! (exclamó Elodia con generoso ardor.) ¡Y ojalá todas las mujeres pudiesen hacer otro tanto y huir de los lazos que las tiendan! Mil veces prefiero lo que hace mi marido. Mil veces más noble me parece ser francamente calavera, que herir traidora y solapadamente á la vez el honor y el corazón de la mujer.

— ¡No me hables de tu marido! (repuso colérico el anciano.) ¡Pues me tiene contento! ¿Quién es la causa de lo que sucede? ¡Si él estuviera á tu lado!...

— Si él estuviera á mi lado, su ahijado de V. haría lo mismo: créame V.; con el instinto de mi corazón he adivinado en él á esa raza detestable conocida con el nombre de *seductores de oficio*; para esos seres la presencia del marido es un nuevo aliciente; no se amedrentan al verle; al contrario, se hacen su mejor amigo, y dicen que el amor es más sabroso cuanto está rodeado de mayores peligros; pero no es así. La verdad es que el amor para ellos es más agradable cuanto está rodeado de mayor traición y villanía. ¿Por qué no había de haber una ley que aplicara á esos ladrones de honras ajenas, á esos asesinos del corazón de la mujer?

XI.

La comida de Yolanda, á la que convidó á algunos vecinos, fué espléndida.

Puede suponerse que Calixto, ocupado en la mesa á las seis, faltó á la cita de Elodia, y que ésta tampoco pensó ni por un instante en asistir á ella.

— Pero ¿qué importa? (se decía el elegante): Elodia me ama, es una niña sencilla que no conoce el mundo: mañana la convenceré y me perdonará: mi casamiento con este vestiglo, si le enoja por ahora, más tarde le será indiferente; y yo, no por ser marido de la rancia Yolanda, abandonaré tan adorable conquista: si viene el ogro del marido, me haré su amigo, le adularé, y, como todos los maridos engañados, no sabrá pasarse sin mí.

De esta suerte discurría Calixto cuando entraron en el comedor Elodia y su tío.

Inmediatamente pasaron al salón, donde se hallaba servido el café.

Para aquel corto trayecto, Calixto ofreció el brazo á Elodia; ésta le tomó con serenidad.

— No hagas caso de nada de lo que oigas, amada mía (le dijo en voz baja); y perdóname si no he podido acudir á las seis al pabellón.

Elodia, al oír aquellas palabras casi grótescas por la ocasión en que se decían; al oír que la trataba de tú y que le hablaba con el acento más apasionado un hombre que iba á casarse con otra, lo halló tan ridículo, que volvió á ser atacada de una repentina hilaridad, del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mismo modo que cuando sorprendió la amorosa mirada que dirigió á Yolanda el Abogado.

Así que llegaron al salón, y cuando cada uno tenía su taza en la mano y se preparaba á sorber el aromático café, Yolanda dijo con voz sonora :

— Amigas y amigos míos : sin padres, ni hermanos que lo anuncien, tengo yo el placer de participar á Vds. que me caso.

Aquella noticia cayó como una bomba en la asamblea.

Yolanda paseó por ella una mirada de satisfacción, y prosiguió :

— Me caso con el Sr. Moncada, y mañana se lee la primera amonestación.

Calixto dirigió una mirada suplicante á Elodia ; pero ésta apenas podía contener la risa, lo que hizo poner rojo de cólera al futuro esposo.

— ¿ Qué te decía yo? (dijo Rosalía al oído de su amiga.) ¡ El avaro! ¡ No sabe lo que le espera con el genio de mi hermana!

— No es á él á quien debemos compadecer, sino á ella (repuso Elodia) : tú, hermana mía, te vendrás á mi lado así que se verifique la boda : no quiero que vivas al lado de ese hombre.

— ¿ Por qué? — preguntó Rosalía.

— No lo quieras saber (contestó Elodia) : aunque cuento pocos años más que tú, tengo ya una triste experiencia de lo que es : vivirás conmigo hasta que halles un esposo á quien ames y que sea digno de tí.

Elodia añadió sus plácemes á los de la reunión ; pero D. Anselmo, indignado, se acercó á su ahijado.

— ¿ Así te vendes? — exclamó.

— Creo, querido padrino, que no me estimo en poco (respondió Moncada) : ¡ millón y medio de renta!

— ¿ Y qué dice tu madre?

— Que se haga la boda cuanto antes, no sea que la novia se arrepienta.

— ¿ Luego la aprueba?

— Con la mayor alegría.

— ¡ Imposible me parece (dijo el buen anciano) ; ella, tan noble, tan digna, tan buena!

— V. vive aquí, padrino, como en un desierto (observó Calixto),

y ha olvidado las ideas que rigen en el mundo : en él, el alma de todo es el dinero : sin dinero, nada se hace. ¿ De qué modo lo puedo buscar más fácil y honradamente que casándome? Esto es lo que me dice mi madre.

— ¡ Anda, anda, vil mercader de vanidades! (exclamó airado el honrado anciano.) ¡ Anda con Dios con tu dinero, y en tu vida vuelvas á acordarte de mí!

y su afición al trabajo le hicieron excelente para esposo y jefe de familia.

Juntos vivieron y tranquilos Elodia, su esposo, su tío y su hermana Rosalia: pasaban los veranos en su hermosa quinta, y los inviernos en Madrid; y cuando alguna vez los modales bruscos de Julián disgustaban á Elodia, pensaba ésta en que quizá tenían muchos más defectos que su marido los hombres que la rodeaban con sus obsequios, y en que, al menos, el tener la honra ilesa y la frente levantada es una suprema felicidad: entonces iba á arrodillarse al lado de la cuna de su hijo, y exclamaba:

— ¡Este es el amor que no engaña ni envilece! ¡Esta es la dicha más positiva! ¡Este es, Dios mío, *El amor de los amores!*

FIN DE EL AMOR DE LOS AMORES.

CRUZ DE PAJA Y CRUZ DE PLOMO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y su afición al trabajo le hicieron excelente para esposo y jefe de familia.

Juntos vivieron y tranquilos Elodia, su esposo, su tío y su hermana Rosalia: pasaban los veranos en su hermosa quinta, y los inviernos en Madrid; y cuando alguna vez los modales bruscos de Julián disgustaban á Elodia, pensaba ésta en que quizá tenían muchos más defectos que su marido los hombres que la rodeaban con sus obsequios, y en que, al menos, el tener la honra ilesa y la frente levantada es una suprema felicidad: entonces iba á arrodillarse al lado de la cuna de su hijo, y exclamaba:

— ¡Este es el amor que no engaña ni envilece! ¡Esta es la dicha más positiva! ¡Este es, Dios mío, *El amor de los amores!*

FIN DE EL AMOR DE LOS AMORES.

CRUZ DE PAJA Y CRUZ DE PLOMO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CRUZ DE PAJA Y CRUZ DE PLOMO

El que me ame, tome su Cruz, y sígame.

(JESUCRISTO.)

I.

D. Francisco Benavente, rico propietario de Andalucía, caballero de ilustre y esclarecida familia, de noble y honrado carácter, tierno esposo y excelente padre, murió, joven aún, dejando á su esposa, más joven todavía, con dos hermosas niñas de doce y catorce años de edad respectivamente.

Lo que llevó al sepulcro á D. Francisco no fué una enfermedad enviada por el cielo; sino una amarga tristeza, ocasionada por la pérdida de un pleito, que antes de fallarse consumió la parte mejor y más florida de sus bienes, porque D. Francisco era terco, y mucho más cuando conocía, como entonces, que tenía toda la razón.

Sin embargo, la justicia humana, que suele ser algunas veces ineficaz y hasta torcida, no lo creyó así, y D. Francisco Benavente, después de haber gastado más de sesenta mil duros en sostener su razón, se vió despojado casi por completo de los inmensos bienes que aún le quedaban en casas, fincas y cortijos, en las cercanías de la bella ciudad de Andújar, de donde era él y toda su familia.

Su esposa, doña Ana, era una dulce y santa criatura, hija de Madrid y de un empleado del gobierno, que, aunque había desempeñado

buenos destinos, no pudo dar á su hija, según sucede á todos los empleados, más que algunos vestidos, dos ó tres cofres de ropa blanca, y un estuche con una docena de cubiertos.

Ana no llevó á casa de su esposo más que un corazón que le adoraba, y aquel modesto equipaje; y Benavente lo merecía, pues era lo que se llama un buen mozo y un hombre generoso, espléndido, tierno, y á su vez enamorado de su mujer hasta la ceguera.

En tanto que duró el malhadado pleito, que fueron diez años, la señora de Benavente se arriesgó alguna vez á hacer presente á su marido que sería mucho mejor doblegarse á una avenencia que seguir gastando; pero aquél, al oír el consejo, se ponía como fuera de sí, y exclamaba:

— ¡No me hables de eso! ¡Ceder mis derechos! ¡Antes me gasto la última peseta que haya en casa!

Como todas las pesetas eran de su marido, Ana callaba; y, en honor de su carácter, debemos decir que si hubieran sido suyas, hubiera callado del mismo modo, ó más, á ser posible.

Perdióse, en fin, el pleito, y con todas las costas. D. Francisco, que era de carácter vehemente y de exaltada imaginación, creyó volverse loco, y después cayó en una melancolía tan profunda, que nada bastaba á distraerle de ella.

— ¡Pobre Ana! (exclamaba muchas veces.) ¿Qué harás si yo falto, con estas niñas, si apenas te quedan para vivir unos doce mil reales de renta?

— ¡Tú no faltarás, Paco de mi alma! (respondía la esposa abrazándole tiernamente.) Tú serás nuestra compañía, nuestro amparo; tú te resignarás á la voluntad de Dios, que nos ha dejado, no en la pobreza, pero sí en una modesta medianía. ¿No hay muchos que viven con menos que nosotros, y son muy dichosos?

— ¡Yo, yo he traído la ruina á mi casa y á mi familia! (murmuraba Benavente.) Éramos ricos, y mi maldita obstinación me aconsejó no ceder ocho ó diez mil duros. ¡Ahora lo he perdido todo!... ¡Pero qué importa! ¡Veinte veces haría lo mismo! ¡La razón era mía, y lo es, aunque me la han quitado!...

— ¡Cálmate, por Dios, Paco! (suplicaba doña Ana.) Con salud, nos bastará lo que tenemos.

— ¿Y si la salud nos falta?

— Trabajaremos los que quedemos sanos; si te falta á ti, las niñas y yo hordaremos, y nos pagarán para ayudar á la casa... ¡Vamos, por Dios, no te desconsueles así!...

— ¡Mis hermosas casas! ¡Mis viñedos! ¡Mis cortijos! ¡Mis antiguos criados! ¡Todo perdido para nosotros!... ¡Todo! (seguía murmurando D. Francisco.) ¡Y ahora reducidos á la miseria! ¡Casi al pan del trabajo!... ¡Oh, hijas mías; esto es horrible!

Estos amargos pensamientos, estas continuas cavilaciones, abrieron la tumba á Benavente á los tres meses de perdido el pleito.

Su esposa quedó aterrada con aquel golpe fatal: todo le parecía bueno al lado de su marido: pobre había nacido, y la pobreza no la asustaba; pero jamás había pensado sobrevivirle, y para aquel dolor no hallaba consuelo.

No bien pudo darse cuenta de su situación, resolvió salir de Andújar, que estaba para ella lleno de punzantes recuerdos, y marcharse con sus hijas á Madrid, donde aún vivían sus ancianos padres.

En aquella ciudad pequeña, su triste situación la humillaba, á pesar de su modesto carácter; en Madrid, además, esperaba hallar mejor colocación para sus hijas, que eran dos ángeles de belleza.

Llamábanse las niñas, Lucila la mayor, y la menor Antonina.

Aquella había sido el ídolo de su padre, tanto por ser la primera, como por su admirable belleza, su naturaleza delicada y su aire enteramente aristocrático desde la edad más tierna.

En efecto: Lucila de Benavente, á la edad de catorce años, era más bien una sílfide que una joven mortal: daba lástima ver aquella suave hermosura, porque se adivinaba que debía ajarse y marchitarse bajo el soplo de los mil dolores corporales que afligen á la mujer; sin embargo, la vida y la salud brillaban en sus azules ojos tan transparentes y tan puros como el arroyo en una mañana de Mayo; sus ojos y sus pestañas eran de un castaño oscuro y opaco, y sus cabellos del más hermoso color de oro; tenía la boca pequeña y los labios delicados y del más encendido color de rosa, que no llegaba, sin embargo, al subido matiz del coral.

Su nariz era griega y de exquisita finura; su frente no muy grande, blanca y tersa como el marfil bruñido; su cuello, un poco largo, parecía sostener con dificultad su bella cabeza de virgen y su espléndida cabellera.

La estatura de Lucila era ya alta, y, aunque delgada, todas sus formas eran un modelo de exquisita y delicada perfección, asemejándose á los contornos que un hábil escultor pudiese ejecutar sobre el mármol.

Su padre, su madre, su misma hermana Antonina, se habían acostumbrado á adorar, á admirar á Lucila como á un ser perfecto, como al ideal de la belleza delicada.

La hermana menor era muy diferente de la mayor, sin dejar de ser también, por eso, una encantadora criatura.

De menos estatura que Lucila, era algo más corpulenta, sin llegar á ser gruesa: tenía el cabello más oscuro que aquélla y los ojos más claros; su tez blanca y pura era ligeramente sonrosada: reía y cantaba de continuo como el jilguero de los bosques; su frente, también pequeña como la de su hermana, estaba sombreada por los buclecillos naturales de sus cabellos casi negros, que algunas veces bajaban hasta cerca de sus sienes y arqueadas cejas.

Su pequeña nariz y su boquita encendida tenían una suavidad encantadora.

La alegría, la dulzura del carácter, y también un elevado y poco común talento, daban á los azules ojos de Antonina una irresistible expresión de belleza, de esplendor, de armonía, por decirlo así: de sus grandes ojos parecían brotar raudales de luz.

Antonina era más coqueta, pero á la vez más piadosa y más sufrida que su hermana: más dócil y á la vez más altiva; su actividad era tal, que ella se encargó, al llegar á Madrid, del repaso de la ropa y gobierno de la casa; pues sus haberes eran tan modestos, que no pasaban, como queda dicho, de una renta de doce mil reales, producto líquido sacado de lo poco que había quedado á la viuda de Benavente, después de vendidos los restos de la inmensa fortuna de su marido.

Los abuelos recibieron á su hija y nietas con lágrimas de alegría; se habló de vivir juntos; pero doña Ana, que sin ser una mujer de grandes alcances, tenía la razón muy clara, se dijo que era preciso llevar á sus hijas alguna vez á la sociedad; que la educación no era ya la misma que cuando ella era niña, y que á sus padres podía disgustarles el ver que se recogían algo tarde cuando iban al teatro ó á alguna tertulia.

Como, por otra parte, los ancianos tenían dos criados antiguos, que los cuidaban muy bien, doña Ana les persuadió de que estarían mejor cada uno en su casa, y buscó una muy cerca de la de sus padres, y una criada para su servicio.

Para amueblar su habitación tuvo que resignarse al sacrificio más doloroso: á vender las mejores joyas que su marido le había regalado, y que constituían un soberbio aderezo de brillantes y rubies.

Como el mueblaje se compró modesto, y ella había traído de Andújar los muebles mejores, los damascos y los espejos, aún sobró de la venta de las joyas para tomar á cada una de las niñas dos bonitos y elegantes trajes.

Ya arreglada la casa, doña Ana se trazó su plan de gastos y de vida, y, aunque perseguida por crueles recuerdos, — pues en Madrid había conocido y amado á su marido, — procuró mostrar á sus hijas un semblante alegre, ó, por lo menos, resignado.

Lucila, que si bien de carácter algo melancólico, era también de una dulzura angelical, se encargó de lo más primoroso en costura y del cuidado de la sala y gabinete, en los que quitaba el polvo esmeradamente con su plumero, aunque, para no echar á perder sus alabastrinas manos, se ponía unos guantes.

Antonina era la que repasaba la ropa, planchaba para todos, daba una vuelta á la cocina, peinaba á su madre y hermana, ayudaba á barrer á la criada, y, si ésta se iba, se encargaba del fogón, donde, si no lucía grandes habilidades, preparaba á la vista de su madre una limpia y sana comida.

— ¡Ay! ¡Qué pena da verte guisar! — decía su hermana.

— Pues, hija, preciso es comer, — respondía Antonina.

— Podríamos comer cualquiera cosa; aunque fuese queso y pan, antes que verte con ese vestido viejo y ese mandil de criada.

— La lavandera lava el vestido por seis cuartos y el delantal por dos; ¿no vale más de ocho cuartos el que comamos el cocido arreglado? Sobre todo por ti, que mamá y yo somos de fácil avenir; pero, mira; véte á la sala, porque si hueles mucho el almuerzo, no le vas á comer: yo te llamaré para que vengas así que esté.

Cuando Lucila y su madre no tenían cuellos y puños limpios, Antonina, que era la que andaba en todo, se iba á la cocina, llenaba un barreño de agua, y se ponía á lavarlos.

—¿Por qué no dejas que haga eso la criada?— preguntaba Lucila.
—Porque tiene otro quehacer; y, además, los rompe: yo también lo hago mejor; verás qué blanquitos los dejo.

—¡Pero se te echan á perder las manos de un modo!....

—¡Ca! Luego se lavan con un poquito de pasta de almendra.

—¡Qué cruz llevamos con ser pobres!— exclamaba Lucila.

—Cada uno lleva su cruz en el mundo, como dice abuelita (repuso Antonina sin dejar de lavar); pero, mira, eso va en genios, y, según es cada uno, se hace más ó menos pesada; tú llevas la cruz de plomo, porque todo te aflige y angustia: yo la llevo de paja, porque siempre estoy alegre, y siempre espero otro tiempo mejor.

II.

Pasaron cuatro años uniformes y apacibles para doña Ana y para sus hijas; la vida era igual cada día, y los doce mil reales de renta, unidos á algún regalito de los abuelos, bastaban, á pesar de la carestía de Madrid, para las modestas aspiraciones de aquella buena madre y de su hija menor.

En cuanto á Lucila, no se hallaba tan bien avenida con su suerte; amaba con pasión el lujo, y además parecía hecha únicamente para vestir galas costosas.

Aquellos cuatro años habian aumentado de un modo prodigioso la delicada y sentimental belleza de la joven; su estatura era alta y esbelta como una palma, y su talle de una suprema elegancia. Su madre, apasionada por ella, aunque también adoraba á Antonina, la vestía siempre del modo más á propósito para realzar su exquisita belleza; los abuelos, encantados del mismo modo, la hacían mil regalitos siempre que les era posible.

Aquellos regalos no eran de subido precio, pero estaban dirigidos por la abuela con exquisito buen gusto; ya eran dos rosas blancas, de excesiva finura, para los rubios cabellos de Lucila, ya un lindo traje de glase azul, ya una caja de los mejores guantes que se cortaban en casa de Dubost.

Todo esto hacía que Lucila estuviera vestida siempre como un figurín, y además con un primor y buen gusto admirables.

Sus trajes tenían una cola mucho más larga que las que cortaban las mejores modistas en los que salían de sus talleres; sus sombreritos, un poco exagerados, parecían encantadores, no sólo á las jóvenes

de su edad, sino también á los elegantes del sexo fuerte, hoy ya muy inteligente en punto á elegancia.

La misma Antonina, que era la primera admiradora de su hermana, contribuía poderosamente á mimarla y á entontecerla: si sus abuelos le daban algunas cosas bonitas, decía:

—Esto para Lucila.

Si al pasar por los lujosos almacenes de la calle de Espoz y Mina se detenía su madre á mirar un precioso traje ó una costosa salida de baile, Antonina exclamaba infaliblemente:

—¡Qué bien le estaría esto á Lucila! Si tuviera yo dinero, te lo regalaría, hermana mía.

—Las jóvenes no deben llevar esas cosas tan caras, —observaba doña Ana, tan gravemente como lo permitía su dulce carácter.

—Si, cuando son casi pobres como nosotras; ¿verdad, mamá? —decía riéndose Antonina.

—Ni cuando son ricas tampoco; el excesivo lujo en las señoritas es de muy mal gusto.

Lucila suspiraba.

—Á bien (dijo un día Antonina), que á mí poco me importa el no llevar lujo; más me gustan las cosas bonitas que las cosas caras.

—¡Ay! ¡las hay tan lindas y tan baratas á la vez! (suspiró la rubia Lucila); ¡y no las podemos alcanzar!

—Tú siempre gimiendo (dijo Antonina): ¿qué adelantas con eso?

—¡Nada! Pero ¿tampoco debo sentir mis privaciones?

—Yo también las siento; mas no pongo esa cara tan alligida....

Vamos, disimula al menos por mamá, que se pone triste cuando lo estamos nosotras.

Doña Ana y sus hijas iban de tertulia, un día á la semana, á casa de un diputado por su provincia, rico propietario, y que había sido muy amigo de su esposo.

Las dos jóvenes deseaban con ansia que llegase la noche del martes, la cual, lejos de ser aciaga para ellas, era, por el contrario, la más feliz de la semana.

Lucila, vestida de un largo traje blanco, con cinturón azul, con sus hermosos cabellos rubios, sueltos en rizos, era la deidad del salón; todas las miradas, todos los obsequios eran para ella.

Apenas se ocupaban más que de Lucila los jóvenes de ambos

sexos; ellos para admirarla, ellas para descubrirle defectos que poder hacer notar.

Pero era en vano este cuidado de la envidia: Lucila era bella como un ángel, elegante, distinguida, delicada en todo hasta donde podía llegar la suprema perfección; y hasta la natural melancolía de su carácter prestaba nuevo encanto á sus facciones, y daba á sus miradas un indecible atractivo.

El marqués de Segura, rico, huérfano, y que venía de dar una vuelta por el extranjero, era otro de los concurrentes á la tertulia desde su llegada á Madrid.

Las primeras noches que él asistió, faltaron las señoras de Benavente, á causa de estar doña Ana muy constipada; pero el Marqués sólo oía hablar de ellas, y sobre todo de Lucila, que, cuando estaba ausente, era objeto de ardientes controversias.

El Marqués oía y callaba.

—Es encantadora, —dijo una noche cierto pollo con un fuego extraordinario.

—Es una muñeca muy bonita, de cera blanca, —añadió una señorita.

—Y se pinta, —agregó otra.

—¡Que si se pinta! ¡Ya lo creo! (afirmó una tercera.) No sólo la tez, sino también los labios y hasta las cejas. Así, cualquiera puede ser bonita.

—Marqués (dijo la señora de la casa, esposa del Diputado): estas muchachas son malignas; V. verá á Lucila, y quedará encantado.

—¡Deslumbrado! —añadió un gallardo Capitán de estado mayor.

—¿Por qué no se casa V. con ella? —preguntó una joven muy picada, y dirigiéndose al Capitán.

—Porque es demasiado bonita para mujer propia, —respondió aquél con franqueza.

—Ya deseo ver esa maravilla, —dijo riéndose el Marqués.

—Es una lástima que sea tan pobre, —observó uno de los jóvenes caballeros de la concurrencia.

—Para mí es un nuevo mérito (repuso el Marqués); la mujer pobre tiene muchas ventajas sobre la rica: es más tierna y menos amiga del bullicio y del excesivo lujo: yo, que por el lujo he perdido la mitad de mi fortuna, me casaré con una pobre.

— ¿Á que vemos á la empalagosa de Lucila marquesa de Segura? — dijo una joven morena al oido de su vecina.

— No tengo ninguna dificultad en creerlo (respondió ésta); el que se empeña en colocarse alto, al fin lo llega á estar; á esa, su madre y sus abuelos la han educado para marquesa.

Al martes siguiente, y ya un poco tarde, fueron á la tertulia Lucila y su abuela: Antonina se habia quedado con su madre, que no se habia atrevido á salir por la crudeza de la noche, hallándose aún delicada.

El Marqués, que era hombre de talento y de buen gusto, se creyó transportado al país de los sueños ante la aparición de la anciana y de su nieta.

Llevaba aquélla un traje de rica seda negra que realzaba su majestuosa figura, y que hacia parecer más blancos sus nevados cabellos: un cuello de encaje, prendido con un alfiler de oro y perlas, completaba su severo atavío.

Lucila le daba la derecha, y ofrecia con su abuela el contraste que podria presentar una blanca rosa con la vetusta encina.

Un vestido de tafetán á rayas azules y blancas y hecho de forma *princesa*, muy largo de cola y muy corto de talle, daba á la esbelta figura de la joven una gracia artistica y llena de suprema distinción.

El vestido se entreabria ligeramente en el pecho, y dejaba ver una camiseta de gasa blanca; una cruz de oro pendiente de un terciopelo negro enlazado por detrás, y que dejaba flotar largos cabos sobre la espalda, llamaba la atención sobre su garganta de marfil, de la que partía, con una delicadeza llena de gracia, la tabla del pecho alta y llena de gallardía.

Los cabellos de Lucila, ligeramente empolvados, se rizaban sobre su frente en aguas gruesas y pequeños rizos, terminando por detrás en una castaña á la antigua, cogida por la mitad con un lazo de terciopelo.

Al entrar, recogió graciosamente su vestido, y dejó ver una botita de raso azul y una enagua primorosamente encañonada.

El Marqués quedó deslumbrado y sin poder separar los ojos de aquel divino semblante.

— ¿No es verdad que es muy linda? — preguntó á su oido una voz varonil.

— Es un ángel (repuso el Marqués); nunca la hubiera creído tan bonita.

Dicho esto con una distracción que probaba la profunda impresión que Lucila le habia causado más que el mayor entusiasmo, se levantó, procurando una ocasión de acercarse á la joven.

No tardó en presentarse ésta: el Marqués se sentó á su lado, y empezó á dirigirle galanterias, á las que ella contestó con mucha finura, pero con la altivez un poco triste que le era natural.

El Marqués salió loco de la tertulia, y anhelando que llegase el siguiente martes, con más avidez que en su vida habia anhelado cosa alguna.

Otra persona participaba de su impaciencia: era el joven que le habia interrogado acerca de la belleza de Lucila, y que, sobrino del Diputado, se hallaba empleado en un ministerio con un corto sueldo.

Este joven, cuyo nombre era Pablo Rodas, tenia un talento distinguido y una figura llena de belleza; pero su escasa fortuna y algunos desengaños que, á pesar de su corta edad, le habian herido, habian dado á su carácter una melancolia que pocas cosas podian disipar.

No obstante, la aparición de Antonina habia sido para su existencia como un hermoso rayo de sol; mantenía á su madre viuda, y vivía con ella, lo que le hacia desgraciado más bien que feliz, pues la anciana tenia un carácter displicente y regañón, que, en vez de allanarle y hacerle suave el camino de la vida, se lo volvía más negro y más sombrío con sus quejas y su continuo mal humor.

Pablo deseaba ver á Antonina, como tras una larga noche desea ver un pobre enfermo el primer rayo de la blanca y risueña aurora que le anuncia la luz del nuevo día.

Felipe, marqués de Segura, y Pablo Rodas eran dos de esos hombres honra de su sexo, y de los que no se hallan en el mundo muchos ejemplares.

El Marqués tenía un carácter tanto más generoso y tierno con las mujeres y los débiles, cuanto más valeroso con los hombres y en los lances de honor.

Espléndido, generoso, de corazón sensible y hombre de mundo, á la edad de veinte y ocho años tenía juicio y experiencia de las cosas, lo que, unido á un claro talento y á un gusto exquisito por las artes, le daba cierto aplomo y una seguridad extraordinaria.

Pablo tenía el carácter mucho más irascible: su color pálido le acusaba de bilioso, y lo era, aunque era también modelo de delicadeza y generosidad.

Su natural predisposición á la melancolía se habia aumentado con lo escaso de su suerte, porque, siendo de rectos y elevados pensamientos y enemigo de toda adulación, ni aun á su tío el diputado, á cuya casa iba todas las noches, habia querido pedir nada jamás.

El Marqués se aficionó á él: extrañábase tanta gravedad en un joven de veinticinco años, y, conociendo su delicadeza, vió la necesidad de buscar algún medio indirecto para mejorar su suerte.

Entre tanto, el Marqués sólo pensaba en Lucila: anhelaba el martes como el supremo bien, y hubiera querido despertar de noche y ataviado ya para correr á la tertulia en busca de Lucila.

—Yo la amo á V., señorita (le dijo una noche). ¡Yo la adoro! Dígame con toda franqueza: ¿puedo tener esperanzas? ¿Puedo aspirar á ser correspondido?

—Marqués (respondió Lucila con su voz débil y dulce): V. es la primera persona que me habla de amor, y, lo confieso, estoy algo turbada para responderle.

—¡Es posible que nadie le haya dicho que la ama!

—Nadie: hemos vivido retiradas, somos pobres, y yo muy joven: así, no debe sorprenderse, y le ruego me perdone si le hablo de un modo que le parezca algo extraño.

—¡Oh! Hable V., hable V.

—Pues bien, Marqués; yo siento hacia V. una viva simpatía, y quisiera que tuviera una posición más modesta.

—¿Por qué?

—Porque así V. tal vez sólo querrá pasar el tiempo conmigo; y, dado caso de que nos casáramos, se me llamaría ambiciosa y astuta.

—¿Y qué le importa á V. de lo que puedan decir, Lucila? Pensemos sólo en nosotros..., en mi amor....: yo la amo á V. porque, aunque sin bienes de fortuna, es buena, tiene una educación distinguida y es un ángel de belleza....: si V. me ama, permítame que me acerque á su madre y se lo diga....: ya tengo pensado el modo

—¿Y cuál es?—preguntó Lucila, quien, al hacer esta pregunta, envió una dulce mirada al Marqués por entre sus largas pestañas.

—¿Cuál es? El siguiente: esta noche acompañaré á Vds.; su madre me ofrecerá la casa; pasado mañana iré á visitarlas; el martes nos veremos aquí, y el jueves volveré á pedir su mano.

—Convenidos,—contestó Lucila con una sonrisa que enloqueció al Marqués.

Todo se verificó del mismo modo que se habia pensado: y doña Ana dió gracias al Marqués, con las lágrimas en los ojos, por la merced que hacia á su hija, pobre y desvalida.

¡Lucila marquesa de Segura; es decir, una de las damas más opulentas y más elevadas de España! La noche del jueves, que fué el día en que quedó hecha y acordada la petición, ni los viejos abuelos ni la amorosa madre cerraron los ojos.

En cuanto á sus dos niñas, tampoco durmieron: Antonina dijo á su hermana al entrar en la alcoba, que dividían entre las dos, y que estaba ocupada con sus blancos y pequeños lechos:

—Lucila, ¿vamos á rezar una parte del rosario para dar gracias á la Virgen por la buena suerte que te da?

—Vamos,—respondió la joven, que era tan piadosa como su hermana : y rezando las sorprendió la aurora.

Los preparativos de la boda se hicieron en muy poco tiempo : la modesta casa, de la vinda de Benavente se llenó de regalos del novio, y al mismo tiempo se alhajaba suntuosamente el palacio de aquél para recibir á su mujer.

El día antes del de la boda, el Marqués fué á casa de Pablo Rodas, que se sorprendió mucho con esta visita.

—Amigo mío (le dijo Felipe) : hasta hace poco tuve un administrador, que era el mismo que tenia mi padre; pero ha muerto : ¿quiere V. serlo ahora?

Pablo vaciló algunos instantes, y luego respondió :

—Doy á V. mil gracias, Marqués, por el favor que quiere hacerme ; pero no lo puedo aceptar.

—¿Por qué? (exclamó el Marqués.) ¿Qué lo impide?

—Dos cosas : la primera, que el destino que tengo, aunque modesto, me lo buscó mi padre, y eso basta para que yo no lo deje.

—No lo deje V., pues (dijo el Marqués) ; puede ser compatible el que tiene con el que le ofrezco.

—Hay otro inconveniente, Marqués.

—Veamos.

—Yo amo á Antonina.

—Ya lo sé.

—Pues bien : me creería rebajado á sus ojos, si fuese un servidor de la casa de su hermana.

—Querido amigo (repuso el Marqués) : si yo deseo mejorar su suerte de V., es porque, además de serme simpático, trato de que pueda casarse con Antonina.

—Si aceptase lo que V. me ofrece, tendria que renunciar á casarme con ella; gracias, Marqués.... ; soy orgulloso...., pero no lo puedo remediar... Antonina es muy joven, y aún podemos esperar.

—¿Y ella le ama á V.?

—Sí, Marqués ; tengo esa feliz seguridad.

—¿Y lo sabe su madre?

—Lo sospecha.

—¿Conque rehusa V. lo que le ofrezco?

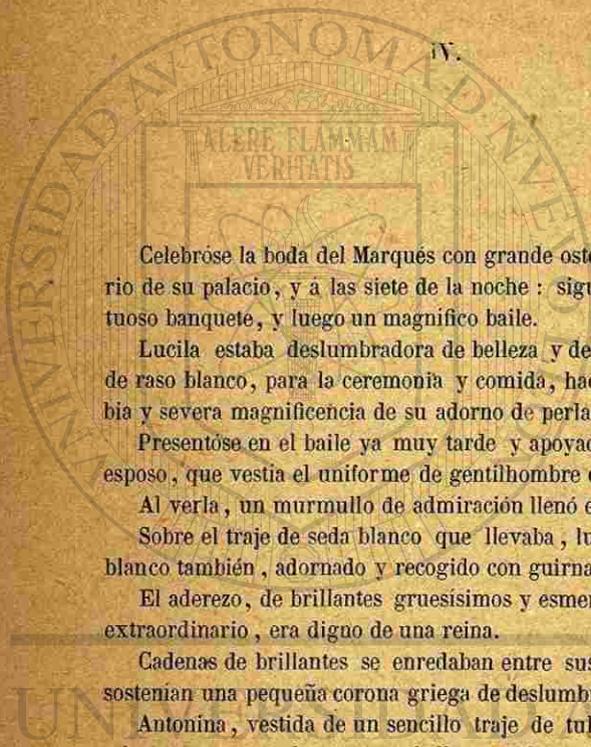
—Si no amase á la hermana de Lucila, aceptaria con gratitud; pero no por eso le quedo menos reconocido.

—¿Y no piensa V. en su madre?

—Doy á mi madre lo que debo : mi respeto, mi amor, la mejor parte de mi escaso pan ; pero no puedo ni debo darle mi dignidad, cuyo sacrificio tampoco me exige.

—Yo pensé (dijo el Marqués levantándose un poco picado), que el trabajo no rebajaba la dignidad de nadie.

—Yo pienso lo mismo (repuso Pablo) ; pero lo que V. me ofrece no es trabajar, y, aunque lo fuera, no quiero trabajar para individuos de mi propia familia, y prefiero trabajar para extraños.



IV.

Celebróse la boda del Marqués con grande ostentación en el oratorio de su palacio, y a las siete de la noche : siguió después un suntuoso banquete, y luego un magnífico baile.

Lucila estaba deslumbradora de belleza y de diamantes : su traje de raso blanco, para la ceremonia y comida, hacía resaltar la soberbia y severa magnificencia de su adorno de perlas.

Presentóse en el baile ya muy tarde y apoyada en el brazo de su esposo, que vestía el uniforme de gentilhombre de S. M.

Al verla, un murmullo de admiración llenó el salón.

Sobre el traje de seda blanco que llevaba, lucía otro de encaje blanco también, adornado y recogido con guirnaldas de hiedra.

El aderezo, de brillantes gruesísimos y esmeraldas de un tamaño extraordinario, era digno de una reina.

Cadenas de brillantes se enredaban entre sus rubios cabellos, y sostenían una pequeña corona griega de deslumbradora pedrería.

Antonina, vestida de un sencillo traje de tul blanco y con una sola rosa entre sus hermosos cabellos, estaba encantadora : acercóse á su hermana, le tomó la mano, y le dijo :

— ¡Dio mío! ¡Qué hermosa estás!

Lucila suspiró.

— ¿Qué tienes? (exclamó su madre.) ¿No estás contenta? Yo estoy loca de alegría por la suerte que el cielo te ha deparado : mira tus abuelos qué contento demuestran también en sus venerables semblantes. ¡Sola tú eres aquí la melancólica! ¡Habla, Lucila mía! ¿Qué te aflige?

—Me abruma el pensar que tendré yo que estar desde mañana al frente de toda esta casa (dijo la joven); creo que ha de ser cargo muy pesado.

— ¡Vaya!; lo dicho (exclamó Antonina); cuando no tienes pesares, te los buscas. ¿Qué quehaceres ni cuidados ha de dar una casa con mayordomo, ama de gobierno y treinta criados?

— Toda esa servidumbre aumenta el quehacer.

— No ofendas á Dios (dijo doña Ana); y antes bien agrádecele, hija mía, la brillante posición en que te coloca.

Antonina se volvió hacia Pablo, que se acercaba á ella.

— ¡Qué triste está V. ! (exclamó la niña.) ¿Qué le pasa?

— ¡Que envidio al Marqués!

— ¿Porque se casa con Lucila?

— No; porque puede casarse : ¡ ah, señorita! Si yo pudiera ofrecer á V., no riquezas, sino una posición desahogada....

— No es la riqueza la que da la felicidad (dijo Antonina); mire V. : mi papá y mi mamá han sido muy ricos y fueron dichosos, no por esto, sino porque se amaban mucho : si mi pobre papá hubiera vivido, hubieran sido siempre dichosos, aunque quedaron pobres; pero no pudo ser superior á la pobreza : vamos, Sr. Rodas; no sea V. como él, y resignese á ser dichoso.

— ¡No puedo serlo sin V. !

— Pues séalo V. conmigo.

— ¡Antonina! (exclamó Pablo) : tiene V. sólo diez y seis años, y habla como una niña. ¿Sabe V. cuál es mi haber anual?

— No.

— Sólo tengo diez mil reales.

— Eso es más de lo que yo creía (exclamó Antonina); casi con esa cantidad vivíamos mi mamá, mi hermana y yo; yo sé gobernar una casa con eso, y con menos.

— Es que tengo á mi madre....

— Lo sé también.

— Su carácter es áspero y algo regañón.

— Lo peor es para la pobre señora (dijo Antonina con adorable sencillez); pero yo le mejoraré el genio.

— ¿Luego, quiere V. casarse conmigo?—exclamó Pablo enajenado.

—¿Qué he de hacer (repuso sonriendo Antonina), si V. me ama y yo le amo á V.?

—¡Ah! ¡Dios la bendiga á V.! (exclamó Pablo.) Mi querida y buena Antonina, esta es la primera hora de alegría que he tenido hace muchos años. ¡He sido siempre tan infeliz! Una sola vez que la suerte ha querido favorecerme, no he podido aceptar sus favores; el Marqués quería hacerme su administrador, y yo rehusé....

—Lo sé, y me alegro que obrase V. así,—dijo la joven gravemente.

—¿Luego sabe V. por qué rehusé?

—Felipe nos lo dijo á mamá, á Lucila y á mí: mamá también aprueba su conducta....: ya ve V., Pablo, que los buenos nos entendemos.

—¿Y su madre de V. no reprueba nuestro amor?

—No por cierto.

—¿Y V. renunciara al porvenir que le puede abrir el brillante casamiento que ha hecho su hermana, para unirse á mí, tan pobre, tan sin esperanza de fortuna?

—Sí, porque le amo á V., y le amo á V. porque es desgraciado. Pablo, aquí en el palacio de mi hermana, en medio de esta concurrencia cubierta de diamantes y bordados, en este salón donde se encierra lo más elevado de la aristocracia, aseguro á V. que seré su esposa, tan pronto como mi madre lo disponga; dirijale V. su petición.

—¡Mañana!—exclamó Pablo con entusiasmo.

Y su hermoso semblante mostró de repente una expresión de inefable dicha, que nunca había aparecido en él desde los días de su infancia.

—Lucila, ¿qué es lo que tienes? (dijo el Marqués aproximándose á su esposa): ¡cualquiera diría que sufres! ¿Estás mala?

—No (repuso la Marquesa); pero tanto ruido y tanta gente me fatigan y me abruma, acostumbrada como estoy al silencio y á la tranquilidad.

—Ya te irás acostumbrando también al bullicio.

—¡Pues qué! ¿esto se ha de repetir con frecuencia?—exclamó Lucila como asustada, y señalando á la concurrencia.

—Por lo menos una vez á la semana, querida mía; á nuestra edad, y siendo tan bella, no nos hemos de encerrar en casa.

—¡Dios mío! ¡Qué martirio!

—¿No te agradan las fiestas?

—¡Lo que es ahora, no!

—Luego te gustarán, y eso no tardará, porque serás el más bello ornato de ellas.

—Lucila tiene cara de estar padeciendo,—observó Pablo, que sostenía con Antonina un tierno coloquio.

—Mi pobre hermana es muy delicada y muy nerviosa, y está llena de fatiga: su carácter, unido á su organismo especial, no le dejan nunca ser dichosa; todos llevamos nuestra cruz; pero la de ella es de plomo.

mi deber, no menos que mi escasa fortuna, no me permiten prescindir de ella: si pudiera señalarle una pensión, ella aceptaría quizá una vida independiente; pero, no pudiendo, tiene que vivir á mi lado.

—Mi hija ama y respeta á los ancianos (repuso doña Ana); su madre de V. será para ella objeto de cariño y veneración: yo la conozco, y se lo puedo asegurar.

—¿Podemos ya fijar la época de nuestra unión? — preguntó Pablo con voz trémula de emoción y de alegría.

—Sin duda (respondió doña Ana); de hoy en un año: este tiempo lo pasará Antonina haciendo alguna ropa para su casa: yo venderé algunas joyas que me quedan del tiempo en que fui la feliz esposa de su padre, y le ayudaré á formar un ajuar, si no rico, decente: aumentaremos algún tanto el menaje de la casa, y pondremos en él las comodidades posibles: en esto me ayudarán mi buena madre en lo poco que pueda, y mi hija Lucila, que idolatra á su hermana: valor, pues, y á esperar un año: al cabo de este tiempo, será V. el esposo de Antonina: desde hoy es V. su prometido y mi hijo.

Doña Ana tendió su pequeña y bonita mano á Rodas, que la besó con la pasión de la más tierna gratitud.

—¡Ah, madre mia! (exclamó); yo no puedo ayudar en nada al edificio de nuestra felicidad; no tengo ahorros, pues mi pobre madre es quien todo lo distribuía, y quien disponía de mi corto sueldo; sólo puedo en la ocasión presente recibir; y esto me es muy doloroso. ¡Ah! ¡ningún pobre puede tener buen carácter, pues está condenado á un perpetuo sufrimiento!

—No hables así, hijo mío (dijo doña Ana): en la ocasión presente, tú eres el que das, mi hija la que recibe.

—¿Y qué es lo que yo doy, señora? — exclamó el joven con tristeza.

—Le das un amparo, un apoyo honrado para su juventud, su belleza é inexperiencia: le das en ti mismo un fiel compañero en quien apoyarse para hacer el duro camino de la vida: le das un nombre honrado, un padre para sus hijos, tu honor y tu felicidad, que ella sabrá guardar: ven, hija mia (añadió la buena madre abriendo la puerta del cuarto de Antonina, que era un gabinetito inmediato): ven.

Salió la joven, toda ruborizada, y su madre la tomó por la mano y la condujo delante de Pablo.

—He aquí á tu esposo (dijo doña Ana): amale ya y respétale como

Al día siguiente, Pablo salió de su oficina á eso de las dos, y se dirigió á casa de doña Ana, que se estaba vistiendo, lo mismo que Antonina, para ir á comer á casa de los marqueses de Segura.

Pablo expresó su petición con voz trémula, porque esperaba alguna frialdad de parte de doña Ana.

Ésta se aseguró de que su hija había salido de la estancia antes de responder, y luego preguntó á Pablo:

—¿Está V. seguro del cariño de mi hija y de amarla siempre?

—Lo estoy, señora (respondió el joven): sólo siento que soy pobre, y no podré darle las comodidades que desearía.

—Eso es lo de menos (repuso doña Ana); yo vivía feliz al lado de mis padres en una modesta medianía: luego me casé con un hombre rico, y esto no aumentó el ciego y entusiasta cariño que yo le profesaba: lo mismo le hubiera amado siendo pobre: cuatro años he vivido con mis hijas casi en la pobreza: y, no obstante, hemos sido muy dichosas también: amigo mío, no soy yo de las que dicen *Contigo pan y cebolla*: pero toda mujer que ama y sabe sentir, puede decir muy bien *Contigo pan y garbanzos*: además, mi Antonina es lo que se llama un alhaja, económica, modesta, activa, alegre como un pájaro, cariñosa, tierna, llena de abnegación: con su modesta posición, querido Pablo, yo no le hubiera dado á V. á mi hija Lucila: esa es más delicada: porque necesita el calor de las alfombras y de los tapices: mi Antonina es un rayo de clara y brillante luz, que todo lo dora y lo alegra.

—Yo tengo una madre, señora (observó Pablo), y mi corazón y

á tal : de hoy en un año quedaréis unidos para siempre ; Pablo, abraza á tu prometida en presencia de su madre.

El joven estrechó á la hermosa niña contra su pecho, y depositó en su frente un tierno y casto beso, sello de aquel desposorio, grave y sencillo á la vez.

—Nos hablaremos de tú, ¿verdad, mamá? (preguntó cándidamente Antonina) : ya estamos casi casados.

—Si, hija mía (respondió doña Ana) : en familia, si.

—¿Y si se nos escapa delante de gentes, mamá?

—¿Qué remedio? (contestó doña Ana.) Dentro de poco os tutearéis con derecho: y así como así, desde mañana ya todos sabrán que vuestro casamiento es cosa segura, convenida é indisoluble. Pablo, cuando quieras, tráenos á tu buena madre.

Pablo salió loco de alegría, y las negras nubes de la tristeza jamás volvieron á envolver su bello y simpático semblante.

VI.

Lucila era bella como un ángel, sinceramente religiosa, tierna, caritativa, y sin embargo insoportable para la vida íntima.

Su carácter débil y la absoluta carencia de valor moral para soportar las pequeñas miserias de la vida y hacerles frente, la convertían en una especie de ser deplorable, cuyo aspecto lánguido y doliente causaba compasión, pero no inspiraba simpatía ni afecto.

Se ama lo que es digno, noble, fuerte, y también á quien sufre y se queja con razón; pero la marquesa de Segura era una de esas criaturas, por dicha raras en el mundo, que son desgraciadas porque quieren, y que están tristes *porque sí*.

Á los quince días de casada, fueron su madre y su hermana á verla, y se la encontraron anegada en llanto.

Doña Ana palideció.

—¡Dios mío! (exclamó); ¿qué te pasa, hija de mi alma?

Lucila escondió su rubia cabeza en el seno de su madre, y redobló su llanto.

—¡Habla, por Dios! (añadió Antonina.) Mira cómo tiembla, mamá: ¿qué tienes?

—Me fui, por no enojarla, riéndome á carejadas (dijo, entrando, el Marqués); ¿á que no sabéis lo que motiva su llanto? Pues llora porque la modista no ha concluido para hoy, que, según sabéis, tenemos comida, un vestido de terciopelo que le mandó hacer.

—¡Llorar así por eso! (exclamó Antonina); ¡pues si tienes vestidos de terciopelo de todos colores!

—Si; pero todos esos son inútiles, —gimió Lucila.

—Ponte uno de raso ; dos tienes sin estrenar.

—No me gustan para comida vestidos de raso.

—No se debe llorar por esas cosas (dijo doña Ana) ; ¿qué dejarás para las grandes desgracias? Eso es ridículo.

—¡Eso es, todos en contra mía! (exclamó Lucila, volviendo á su llanto.) ; Mi marido se ríe, mi madre me regaña!....

—Y tu hermana te consolará (dijo Antonina) ; vaya, enjuga esos ojos, que tendrás tu vestido ; ahora mismo me meto en el coche con tu doncella, traemos el traje según esté, hago venir dos oficiales, y entre las cuatro lo acabamos y te lo pones aunque sea hilvanado. Todo, menos que tú te aflijas.

Antonina salió corriendo, después de haber tomado con una mirada la venia de su madre, y el Marqués la siguió con una mirada de gratitud.

—No sabe Antonina de la que nos libra hoy (murmuró en voz baja el Marqués al lado de doña Ana) : los lloros me sacan de juicio.

—¡Hija, por Dios, ten valor, no llores más por esas cosas! (dijo doña Ana al oído de su hija, y al ver salir á Felipe.) ; Si podías ser la mujer más feliz de la tierra!

—¡Mamá, estoy llena de pesares!—exclamó la Marquesita.

—¿Y quién está sin ellos en la tierra, pobre hija mía?

—No puedo sufrir á los criados ; acostumbrada al orden y á la economía, he visto que robaban tanto, que los he despedido á todos.

—¡Cómo! ¡Estáis solos!

—Sin más que mis dos doncellas.

—¿Y tenéis comida hoy?

—Sí, mamá. ¡Tenéis, tenéis! ¿Acaso no venis mi hermana y tú?

—Pero, hija, ¿quién sirve? ¿Por qué no has hecho como que no veias hasta mañana á lo menos?

—Era imposible, mamá.

—Pero ¿quién sirve?

—¡Yo no sé!.... ¡Estoy afligida!.... ¡Desesperada!....

—Madre, ¿has visto hoy á Pablo?—preguntó el Marqués, volviendo á entrar.

—No (respondió doña Ana) : estará en el ministerio.

—¡Voy á ver si me ayuda, porque esta casa es una jaula de locos!—exclamó el Marqués con voz sorda, á pesar de sus esfuerzos.

—¡Claro! Antes era una jaula de cuervos que te robaban los ojos,—observó Lucila.

—Pero el día que daba una comida, habia quien la sirviera,—exclamó el Marqués.

—No darla,—repuso la Marquesa.

—Calla,—observó muy bajo su madre.

Y luego añadió, alzando la voz:

—Vamos, Felipe, no te incomodes, que el tiempo vuela ; ¿qué quieres que haga yo?

—Sacar las vajillas y los platos, porque esta niña, que no puede cuidar de nada, ha despedido también al mayordomo y al ama de llaves....: vamos, Lucila ; confiesa que anoche te volviste loca.... ¿Sabes cuánto tiempo llevaba á mi servicio el criado más moderno de casa? seis años : ahora tengo que ir á casa de Lhardy ó al Cisne, y traer criados á cualquier precio.... quizá pagándoles á ocho y diez duros cada uno.... ¿Qué te parece el ahorro que has hecho?

Lucila, convencida de su imprudencia, volvió á echarse á llorar.

—Vamos, ángel mío, no te aflijas (dijo el Marqués, abrazándola con una inmensa ternura) ; todo se arreglará ; ha sido una irreflexión, una niñería ; no llores ; no quiero verte con los ojos hundidos, porque harían muy mal contraste con esto, mira....

Y sacó del bolsillo de su bata un estuche que contenia un collar, unos brazaletes y una diadema de camafeos verdes engastados en diamantes.

Lucila arrojó un grito de sorpresa, y se colgó del cuello de su esposo, quien, después de besarla tiernamente, salió para buscar criados. Un cuarto de hora después volvió Antonina : una oficiala del taller de la modista traía el traje de Lucila, apenas hilvanado ; otra la seguía.

—Manos á la obra (dijo la joven). Mamá, ¿pueden venir á coser las dos doncellas?

—Sí (respondió doña Ana) ; ellas no han de hacer nada ni en la cocina ni en la repostería : yo voy ahora mismo á encargar criados estables para mañana, porque Felipe hará bastante con alquilarlos para hoy.

Doña Ana se puso la mantilla : Antonina, las dos modistas y las doncellas de la Marquesa se pusieron á coser con ardor.

El traje era de terciopelo verde, y, por fortuna, sin otro adorno que algunas pasamanerías, que ya habían sido compradas.

Lucila, recostada en un sofá, inclinada la cabeza en la palma de la mano, miraba con aire triste y resignado, y como si sufriese una profunda pena.

Su hermana la oyó suspirar, se levantó, y se acercó a ella.

—Ánimo (le dijo); sobra tiempo; ya está acabándose el traje; ¿por qué te afliges?

—¡Qué triste vida! (exclamó la Marquesa.) Mañana todos los criados nuevos: ¡qué de cuidados, qué de fatigas, hasta que entiendan los usos de la casa!

—¿Por qué has despedido á los que había?

—¡Oh, eran insoportables! ¡Las cuentas del mayordomo me asustaban!

—Si no eran fieles, hiciste bien en despedirlos, y ahora no lo debes sentir: haz como yo: antes de ejecutar una cosa, la pienso: después, á lo hecho pecho.

—Y ahora, ¿qué van á comer esas mujeres? Porque ello es preciso que coman.

—¿Qué mujeres?

—Las modistas.

—Calla, y no te apures por eso: mamá y yo les haremos algo en un instante: ya saben la situación, y se conformarán.

—¡Guisar vosotras!

—¡Toma!.... Cuando en casa se va la criada, ya sabes que lo hacemos.

—Que hagan la comida mis doncellas.

—No querrán.

—Se les obliga.

—Y dirán que se van.

—Que se vayan.

—No, hermana mía: ya sabes que á Felipe no le ha gustado que despidas á sus criados antiguos: si despides ahora á las doncellas, se incomodará de veras, porque ya está algo alterado; además, debes conservar, á lo menos, á estas dos muchachas que ya están acostumbradas á la casa, que hoy tienen que vestirme y peinarte: más adelante será otra cosa.

Lucila cedió, aunque de mala gana: su mal humor la impelia á chocar con todo y contra todos: por fin, la vista de su primoroso traje la hizo olvidarse de lo demás. Una de las doncellas le preparó el baño: la otra ayudó muy contenta á doña Ana á arreglar la comida, lo que quizá no hubiera hecho si se lo hubieran exigido: la gran ciencia de la vida consiste en contemporizar con las situaciones, y en ceder cuando no se las puede dominar.

Seis criados, enviados por el Marqués, se hicieron cargo, á las cinco de la tarde, de la cocina y del comedor.

Doña Ana y Antonina prepararon la plata, las vajillas y las flores: y á costa de la buena voluntad y de la fatiga de su madre y hermana, y de no poco dinero desembolsado por su marido, la joven marquesa de Segura consiguió dar un convite verdaderamente de buen tono.

Ella se presentó á las siete, radiante de belleza: su traje de terciopelo verde, y su aderezo, de camafeos verdes también, guarnecido de diamantes, eran de un efecto mágico; al verla tan linda, tan delicada, tan elegante, el Marqués lo olvidó todo, y la envolvió en una mirada de apasionada admiración.

VII.

Han pasado dos años, y la escena es en una modesta habitación, situada en la calle de Hortaleza y en un cuarto tercero.

Era una bella pero fría mañana de Febrero: acababan de dar las once; una cunita de caoba, con cortinas de muselina blanca, encerraba un niño de catorce meses; la mitad de la cuna estaba á la sombra; pero en los pies daba un hermoso y alegre rayo de sol, haciendo resaltar la blancura de las ropas de la cama en miniatura, y la colchita, hecha al crochet y forrada de tafetán de color de rosa.

La estancia era un lindo gabinete, arreglado con gusto y con un aseo exquisito; la sillería, de damasco de seda y lana, era azul; una linda mesa de palo santo sostenía un reloj y dos candelabros; encima de un velador se veía un cestillo con un bordado, un libro y un vaso que contenía un ramito de pálidas flores de estufa, que, sin embargo, debían haber costado bastante caras.

Un piano mostraba una pieza de música abierta en el atril; y sobre la chimenea se alzaba coquetamente un espejo ovalado, pendiente de un cordón de seda azul.

Una joven de muy pocos años, pues apenas contaría diez y nueve, daba vueltas por la habitación; era bonita, un poco gruesa, rosada y alegre; sus cabellos, negros, se partían graciosamente sobre su frente de nácar; dos ó tres mechones, separados de la gran masa que formaban, dejaban ver, semejando una sonrisa, la azulada blancura de la sien.

Sus ojos, muy grandes y muy rasgados, eran azules como el bello pedazo de cielo que se veía por el balcón abierto.

En el balcón había flores en macetas, que por la noche se resguardaban del relente; y, como contraste, se hallaba en la alcoba del gabinete una anciana enferma, y acostada en un bonito lecho de hierro maqueado inglés.

Una jofaina, puesta al sol, contenía pañuelos y gorritos de niño, empapados en jabón para que blanqueasen.

La joven, vestida de una bata de tartán, fué al balcón, y puso cañamones á dos tórtolas blancas que se picoteaban amorosamente en una jaula de madera verde colocada sobre las macetas; y luego, echando una tierna mirada al niño, se dirigió á la alcoba.

Entonces pudo verse que se hallaba al fin de un embarazo, aunque la agilidad de sus movimientos no estuviese coartada por nada.

—¿Qué tal, mamá?—preguntó á la anciana que se hallaba en el lecho, y cuya fisonomía era angulosa y dura.

—Hoy bien (repuso ésta): me voy á levantar.

—Está la mañana muy fría, mamá; estese V. ahí: ahora le traje su sopita y un huevo pasado por agua.

—¡Pero qué! ¿Se ha ido al fin esa tunanta?

—Sí, señora: ¡ya hace más de dos horas!

—¿Y tú estás sola para todo?

—¡Sola! La portera me trajo lo que hacia falta de la criada se empeñó en marcharse si no le daba cuatro duros, y se fué. ¡Ya ve V.! ¡Si aun para darle tres me veía apurada!

—Pero, hija, ¡qué harás así sólo con tanto trabajo, con el niño, y hallándote en ese estado!

—Pablo cuida del niño hasta la hora de irse al ministerio; vamos, mamá, no se apure V., que eso es lo peor.

—¡Hija mía, te digo que á la vejez me has educado! (exclamó la anciana); al verte siempre alegre y resignada, he conocido lo que ofendía á Dios con mi genio irascible, y creo que éste se ha mejorado.

—¡Querida mamá! ¡Si el genio de V. jamás fué malo!

—¡No! ¡Malo no! ¡Perverso! Y es que, como ya soy tan vieja, me fatigaba el cuidar de todo; ahora, hija mía, tú eres la mártir; tú atiendes á mi, á Pablo, al niño.... Mira, quiero levantarme para ayudarte en lo que pueda.

—Hoy no: hoy se levantara V. á las cuatro, porque entonces vendrá Pablo y encenderá la chimenea.... ¡Ah! ¿Sabe V. que el Du-

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Ago 24 1925 MONTEVIDEO, MEX

que de R... le ha dicho que quedaba altamente satisfecho de sus primeros trabajos en su archivo, y que le dará cada mes cincuenta duros?

— ¡Será posible! ¡Bendito sea Dios!

— ¡Le vamos á comprar á V. el reclinatorio que desea, y el sillón, y el colchón de muelles!

— ¡Bastante haréis con pagar las deudas de mi enfermedad!

— Eso lo primero.... Pero ¿ve V. cómo Dios oprime, mas no ahoga? Pablo está que salta de contento; esta mañana hemos bailado una polka los dos en acción de gracias.

— ¡Ah! ¿Por qué mi Pablo no ha nacido Marqués, como el marido de tu hermana? Esos sí que son dichosos, y tú merecias serlo también.

En aquel instante llamaron á la puerta.

— Es Lucila; he oido detenerse un carruaje á la puerta; — dijo la joven, que corrió á abrir.

Algunos instantes después entró con la Marquesa.

Ésta, sin mirar hacia la alcoba, se dejó caer con desaliento en un sillón.

— ¡Dios mio! ¿Qué tienes? (exclamó Antonina.) ¡Qué pálida estás! ¡Qué ojerosa! ¿Qué te sucede? ¡Habla, habla, por Dios!

Lucila echó los brazos al cuello de su hermana, y rompió á llorar con desconsuelo.

— ¡Soy muy desgraciada! — exclamó entre sollozos.

— Pero, ¿qué te sucede?

— ¡Felipe se ha vuelto de un carácter insoportable, casi feroz! ¡En mi casa no hay un instante de paz y de tranquilidad! En vano cambio los criados; ¡cada vez son peores! ¡peores los que entran que los que salen!.... ¡Estoy desesperada, aburrida! ¡Quisiera morirme! Y luego, ¡qué noches me da mi hija! ¡Sin callar ni sosegar hasta que amanece!

— Pero, hermana mia (observó Antonina), eso sucede en todas partes. Si tu marido no tiene las comidas á su hora, si no se ve la habitación bien ordenada, si no halla en su casa comodidad y sosiego, precisamente ha de tener mal humor.

— ¡Claro está! (dijo la anciana desde la alcoba.) Señora Marquesa, el mejor de los hombres deja de serlo cuando le falta lo que necesita

ó lo que apetece: mi hijo, antes de casarse, era una furia, y ahora se ha vuelto manso como un cordero.

— ¡Ay! ¡á mí me ha sucedido todo lo contrario! (gimió Lucila.) ¡Felipe, cuando me casé yo con él, era un prodigio de bondad, y ahora su carácter es insoportable!

— Pues, hija mia, eso debe ser obra de V.

— ¡Como, señora! ¿Qué quiere V. decir con eso?

— Que V. debe haber máleado su genio, así como Antonina ha mejorado el de Pablo.

— ¡Yo malear el genio de mi marido! (sollozó Lucila, en cuya indole débil no tenia acceso el enojo.) ¡Ah, señora! ¡Si le quiero tanto!

— Pero no es bastante quererle, sino demostrárselo con pruebas; cuidar de que las comidas estén á su tiempo y según su gusto; que halle dispuesta su ropa cuando la necesite; que cada cosa esté en su sitio....

— Señora, las amas de llaves no vigilan nada: cuatro llevo en tres meses, y cada una es peor y más descuidada.

Antonina, al ver que el mal de su hermana no era más grave que otras veces, salió un instante, y volvió con el almuerzo de la anciana; ésta respondió á Lucila:

— ¡Pero acaso piensa V. poder descansar del cuidado de la casa porque tiene una ama de llaves? ¡Tiene V. que empezar por vigilarla á ella!

— Y entonces, ¿para qué la tengo?

— Para que cuide de ciertos pormenores; para que obedezca, y no para que mande.

— ¿Y no se hallará una buena?

— Creo que ninguna, si la deja V. dueña y árbitra de todo: por lo tanto, es inútil que cambie, porque cada una será peor.

Antonina, después de dar el almuerzo á la madre de su marido, se puso á frotar los gorritos.

— ¡Qué veo! (exclamó Lucila); ¿lavas tú, hermana?

— Ya lo ves; se marchó la criada....

— ¿También á ti?

— Ya sabes que la tenia desde que me casé; hoy me pidió aumento de salario: le dije que no se lo daba, porque en rigor no podemos, y se marchó. ¡Vaya bendita de Dios!

—Y la comida, ¿quién la hace?

—¡Yo!

—¡Tú! ¿Es posible que te avengas á eso?

—¿Pues no recuerdas qué bien guisaba cuando mamá despedía á la criada?

—Pero ahora....

—¿Qué más da? No nos vamos á quedar en ayunas: es muy caro el mandar traer la comida de la fonda, y precisamente hay que arreglarse y comer.

—Yo te enviaré una de mis criadas, — dijo Lucila.

—No, no (repuso su hermana); tus criadas no valen para mi casa.

—¿Por qué razón?

—Porque aquí hay mucha economía, y allí tiran demasiado.

—¿Qué desgraciada eres! — exclamó la Marquesa con bastante imprudencia, atendido á que hablaba delante de la madre de Pablo.

Antonina soltó la carcajada más franca y alegre que ha salido de la boca de una jover de diez y nueve años.

—¡Yo desgraciada! (exclamó.) ¡Cuánto te engañas! Mi querida hermana, cree que no cambiaría mi suerte por ninguna.

—Más desgraciada es V. (repuso con un poco de aspereza doña Paula, la madre de Pablo); aquí sólo hay dicha: y si es cierto que cada uno lleva su cruz, la de la pobreza es bien ligera comparada con otras.

Lucila, que era de indole blanda y cariñosa, no osó contrariar á la anciana; pero se volvió á Antonina, y le preguntó:

—¿Y quién te desempeña el aseo de la casa?

—Yo (contestó la joven); madrugando, se arregla todo.

—¿Quién planchará esa ropa que tienes en jabón?

—¡Yo!

—Hermana mía, llevo la amarga pena de ver que abusas mucho de tus fuerzas, y temo que, atendido tu estado, pagues demasiado caras tu abnegación y laboriosidad.

—Si me hallase muy fatigada, Pablo iría á llamar á mamá; no temas por mí.

—Pero habiendo en mi casa tantos servidores que pasan su vida en la más completa ociosidad, ¿por qué no aceptas dos á lo menos?

—Perdona que no lo haga, hermana mía; en mi casa todo lo ha-

llarian pobre, mezquino, y tal vez indigno de ellos; cada una de nosotras tiene su círculo y su sitio; no salgamos de él. Si quieres verme dichosa, ven á la hora de nuestra comida ó por la noche.

Lucila suspiró; y después de besar tiernamente al niño que se hallaba en la cuna, de abrazar á Antonina y de saludar á doña Paula, salió, para tomar su coche y volver á su casa, con el semblante tan lleno de tristeza como le tenía al entrar en la de su hermana.

—He ahí una criatura desgraciada sólo porque quiere serlo (dijo la anciana empezando á vestirse); conozco algunas como la Marquesa, porque yo he vivido en el mundo, y le he observado bastante; con un marido excelente, con una gran posición, rica, encantadora.... ¿Qué le falta? Un poco de conformidad y de fortaleza para las pequeñas contrariedades de la vida. ¡Quiera Dios que el no saber afrontar éstas no le traiga otras mayores!

Antonina dejó al niño al cuidado de su abuela, y se fué á la cocina para aclarar y tender los gorritos y los pañuelos de Pablo; aderezó la comida, y puso la mesa; luego encendió la chimenea y cerró el balcón, porque ya el sol se había retirado.

—¿Por qué enciendes tan pronto? (preguntó doña Paula.) Mira que hasta las once van muchas horas, y se gastará mucha leña.

—Preciso es que Pablo halle caliente el gabinete, mamá (repuso Antonina); ahora voy á quemar la consabida pastilla de lirio y verbena....; así....; ya sabe V. que es un poco sibarita para la casa, y que le gustan la elegancia y los perfumes.

En aquel instante llamaron á la puerta: Antonina tomó al niño de los brazos de su abuela, y fué á abrir, diciendo:

—Vamos á ver á papa.

Pablo, pues él era en efecto, abrazó de una vez á la madre y al hijo, y luego tomó á éste en los brazos, y entró con él en el gabinete.

El niño se reía, gritaba y daba palmaditas en las mejillas de su padre, manifestando alegría de volverle á ver.

—¿Cómo va, mamá? (preguntó el joven besando á su madre en la frente); ¿ha tosido V. mucho?

—Ni una vez, hijo mío: el constipado se acabó, gracias á lo bien que me ha administrado Antonina la flor de malva con naranja.

Pablo se volvió á su mujer, y ciñó cariñosamente su talle con el brazo derecho, pues en el izquierdo tenía el niño: cualquiera hu-

biera adivinado en él, á la primera mirada, al padre y al esposo feliz: su bella figura era mucho más bella que cuando le conocimos, porque la dicha había esparcido sobre ella sus brillantes reflejos: su traje era, no sólo limpio, sino esmerado y elegante: sus facciones, llenas de regularidad y de armonía, parecían también iluminadas por la doble luz de la inteligencia y del amor.

—Ten un poco al niño, Pablo (dijo Antonina); voy á traer la sopa.

—¿Y la criada? — preguntó Pablo.

—Se marchó.

—¿Por qué?

—Me dijo que le había de dar un duro más cada mes, ó que se iba á otra casa en donde se lo daban, y resolví que se marchase.

—Pero, mujer, ¿por qué no has accedido á su petición?

—Porque no podemos.

—Eso es otra cosa: tú sabes cómo dispones, pues yo en nada me meto: si no da más la paga, has hecho bien; pero busca otra al instante: yo, mañana, así que me levante, iré á encargarla á cuatro ó seis memorialistas, y no voy ahora, porque ya habrán cerrado.

—Ahora á comer (dijo la madre). Pablo, dame el niño, y ayuda á tu mujer.

—Vamos allá (repuso el joven, dando el niño á su madre); me quito el gabán, tomo la bata y me la levanto con dos alfileritos....; así....: ahora, al avío.

Pablo y Antonina trajeron todo cuanto hacía falta; arrimóse á la brasa de la chimeuea la cafetera; Antonina dijo á su marido que encendiese la lámpara; se colocó cada uno en su sitio; y, puesta en la mesa la sana y humeante sopa, empezó la comida.

No era muy larga; se componía del vulgar pero sabroso cocido, y de algunos postres.

Al acabar, la anciana dió gracias al cielo por el pan de aquel día, y los jóvenes contestaron fervorosamente.

—Ahora (dijo doña Paula), Pablo y yo quitaremos la mesa: tú, hija mía, arregla al niño, pues ya sabes que se desespera si no se le acuesta pronto.

Antonina desnudó á su hijo, le envolvió en sus mantillas de dormir, colocó la cunita cerca del fuego y le sentó en ella, poniéndole delante algunos juguetes para que se entretuviera.

En seguida abrió las puertas para que desapareciese todo olor á comida, volvió á quemar una pastilla perfumada, cubrió la mesa, despojada ya de los manteles por la diligente mano de Pablo, con un lindo tapete, y preparó sobre ella cuatro tazas para tomar café, de blanca loza inglesa con un filete de color de rosa.

Las cucharillas y las tenazas para tomar el azúcar eran de plata.

Acababa de prepararlo todo cuando sonó la campanilla. Pablo abrió, y un instante después se le oyó exclamar:

—Bien venido, D. José; buenas noches, Anita.

Los recién llegados, que eran vecinos del cuarto segundo, entraron con Pablo.

D. José era una grave persona, de sesenta años, coronel retirado, y que poseía en un pueblo inmediato una pequeña hacienda: con el producto de esta y con su retiro, vivía en compañía de Anita, su hija, graciosa joven de diez y ocho años, que estaba próxima á casarse con un compañero de ministerio de Pablo.

Anita era amiga íntima de Antonina, y su novio le decía:

—No deseo más dicha, para cuando nos casemos, que vivir como Pablo y su mujer.

—Buenas noches, señores (dijo Antonina al ver entrar al padre y á la hija): ya está dispuesto el café: mamá se está arreglando un poco, y vendrá en seguida; mi madre no tardará en llegar.

Un instante después, sentados alrededor de la mesa, tomaban el humeante café doña Paula, su hijo, D. José y Anita.

Antonina, á la que entonces hacía daño esta deliciosa bebida, les miraba saborearla con complacencia, al mismo tiempo que movía ligeramente con el pie la cuna de su hijo, que, soñoliento ya, había reclinado en la almohada su rubia cabecita.

Al terminar el café, sonó la campanilla, y Pablo abrió la puerta, entrando un instante después con doña Ana.

Ésta saludó á la concurrencia, y luego preguntó á su hija:

—¿Sabes algo de tu hermana?

—Esta mañana estuvo aquí (respondió Antonina). ¿Ocurre algo de nuevo?

—Sí.... Esta tarde ha tenido un grave disgusto con Felipe.

—¡Dios mío!

—Es evidente que él no trata ya como debe á nuestra pobre Lu-

cila. Á fuerza de oirla quejarse, no le hace caso cuando se queja con razón...., y luego ella se aflige demasiado por todo....: en fin, hija mía; tu hermana, no es sólo desgraciada porque ella lo cree así.... ¡Es desgraciada realmente!

—¿Jugamos, doña Ana? (preguntó D. José.) Ya está aquí el tresillo que mi hija ha traído, deseando emprender su conversación con Antonina.

—Vamos allá,—dijo la señora, dominando la penosa preocupación que la embargaba.

El juego empezó; Pablo tomó un libro y se puso á leer al lado de su mujer; ésta y Anita tomaron su labor.

Era tal la preocupación de Antonina después de lo que su madre le había dicho, que no pudo menos de advertirla su marido.

—¿Qué tienes? (le dijo á media voz.) ¿Te ha dado mamá alguna mala noticia?

—Sí (respondió Antonina suspirando): Lucila....

—¿Qué le sucede?

—¡Ha tenido hoy un disgusto muy grave con su marido!

—Pero ¿por qué ha sido?

—¡Yo no sé!.... ¡Pobre hermana mía!

—¡Y pobre Felipe, y pobre hija de los dos! (añadió Pablo.) Vamos, ¿quieres que vaya á ver lo que ocurre?

—Yo no me atreva á pedírtelo; pero si quieres tú ir....

—Ahora mismo.

Pablo se levantó; al mismo tiempo sonó un campanillazo violento, que le obligó á ir á la puerta.

Oyóse una voz débil y ahogada; luego el roce de un largo traje de seda, y la marquesa de Segura, pálida y con el rostro bañado en lágrimas, se precipitó en la estancia, llevando una niña en los brazos.

Al verla su madre y su hermana, lo mismo que doña Paula, se lanzaron hacia ella.

—¡Hija mía! (exclamó doña Ana.) Ven, ven conmigo allá fuera: ¡sigueme, Pablo!

—Querida Antonina (dijo á su vez Anita), tu hermana tiene algún disgusto grave; ve á su lado: nosotros somos de confianza, y además queda con nosotros doña Paula.

La joven se aprovechó del permiso, y corrió al lado de la Mar-

quesa, que lloraba con desconsuelo, reclinando la cabeza en el pecho de su madre.

Pablo tomó á la niña, y fué á acostarla, dormida como se hallaba, en la misma cuna en que dormía su hijo.

—Pero ¿qué sucede, Dios mío; qué sucede? (exclamó Antonina); habla, Lucila: ¿qué te ha pasado? ¿Has tenido alguna incomodidad con tu marido?

—¡La última! (exclamó sordamente la Marquesa.) ¡No volveré jamás á su lado!

Veamos lo que había sucedido entre Lucila y su marido.

No era Felipe, á pesar de su natural bondad, un hombre frívolo ni de pocos alcances: por una feliz combinación de la naturaleza y de la educación, habíase reunido en él la difícil mezcla de la gravedad en el talento, y de la suavidad en las formas de todas las cosas de la vida.

Pero este organismo superior debía chocar á cada instante con la debilidad despótica de Lucila, con su romántica melancolía, con su continuo estado de inmotivado disgusto.

En vano el buen esposo probó todos los medios de atenuar el constante malestar de aquella joven, á quien él reconocía llena de bondad y de ternura, pero cuyo carácter, mimado por su padre desde la cuna, y por sus abuelos, madre y hermana en la adolescencia, se había torcido, como el joven y tierno arbolito que toma un vicio malo y nadie se cuida de corregirle este defecto. Lucila, durante su embarazo, llegó á hacerse casi odiosa; pues, además de padecer realmente frecuentes convulsiones nerviosas, pasaba el día gimiendo, quejándose de todos, y diciendo que nadie, incluso su marido, se interesaba por ella.

Más de una vez Felipe, joven, rico, dotado de talento y de bella figura, se arrepintió de haberse casado con Lucila, y, no por él, sino por ella misma.

—; Yo no sé hacerla feliz! (se decía con desesperación.) ; Soy yo el que tiene la culpa de sus penas! Yo, que no he estudiado ni sabido comprender su carácter.

Pero ;ay! que hay caracteres incomprensibles, y el de Lucila era uno de esos.

¡En vano es buscar lo que les agrada ó les alegra! Sufren siempre sinceramente martirios soñados, y hacen sufrir á los que les rodean el martirio positivo de sus quejas y de sus exigencias.

Más de una vez también Felipe, que á pesar de su buen corazón no podía engañarse largo tiempo, exclamaba, al salir aburrido de ver llorar á Lucila:

—; Dios mío! ; Qué cruz me habéis dado en esta mujer!

Las dolencias físicas, pues su embarazo arruinó la delicada salud de la Marquesa, y una especie de sensibilidad enfermiza, que á veces tocaba en lo ridículo, marchitaron la suave, la celestial belleza de Lucila: sobrecogióle un profundo hastio, y no sólo no se ponía más que una bata muy holgada al salir de la cama á las doce ó á la una del día, sino que, para evitarse la molestia de dejarse peinar, se hizo cortar su magnífico cabello.

Es imposible pintar el dolor, la pena del Marqués, al ver á su mujer sin cabello; sin aquel cabello que él adoraba y que había acariciado con tanto placer.

—; Para el caso que hacías de mi pelo! — exclamó lánguidamente la Marquesa.

— Tú te has propuesto incomodarme, herirme en todo, ¿no es verdad? (gritó Felipe furioso.) Te advierto, pues, que me voy cansando.

—; Pronto te dejaré en paz! — repuso Lucila.

El cabello de la Marquesa había quedado en poder de su doncella: el Marqués recogió las rubias trenzas, que semejaban dos colosales cadenas de oro; mandó hacer un rico marco de oro verdadero que se abría y cerraba con llave, y después de colocarlas en él, lo colgó por su mano en su alcoba.

Era un dulce recuerdo de la Lucila á quien había amado con tan ciega pasión, con la primera y última pasión de su vida; porque su mujer ya no se parecía en nada á la Lucila aquella que él conoció dulce y tierna, y que ahora era sólo una sombra quejumbrosa, angustiada, casi agonizante, pero dotada de un maravilloso poder para mortificarle y amargarle la vida.

El Marqués no tenía en Lucila ni una amante, ni una esposa, ni siquiera una amiga: cuando nació su hija, pensó tener algún consuelo; pero Lucila no se la dejaba ni ver ni besar; decía que le hacía daño con los bigotes, que la estrujaba con sus manos tan grandes y

tan fuertes. Sin embargo, Felipe tenía una preciosa y blanca mano, digna de una mujer; pero á Lucila todo le parecía feo, no sólo en su marido, sino también en los demás.

Cansado el Marqués de pasarse las noches leyendo, solo, porque su mujer se acostaba, empezó á salir, á ir al teatro, y después á frecuentar alguna vez la alta sociedad, á la que la Marquesa, dando lugar á la crítica, había tomado horror; allí volvió á hallar á sus amigas y amigos; allí se vió acariciado, dulcemente reconvenido, *consolado*, en una palabra.

Lucila, entre tanto, dormía entre sus sabanas de Holanda, y cuando se cansaba de dormir, leía alguna linda novela francesa, de esas en las cuales todos los hombres casados tienen amores con mujeres que no son la suya.

Lucila recordó un día que su marido había pasado casi toda su vida en París, y pensó que no sería extraño que supiera lo que hacían los protagonistas de las novelas; el día que le ocurrió esta idea, pensó también, no sin profundo sobresalto, que ya hacía tiempo que pasaba las veladas fuera de casa, que volvía muy tarde, y que casi ningún día comía con ella.

—¡Qué culpable indiferencia la mía! (se dijo la Marquesa.) Y él, ¡qué culpable debe ser también! ¡Oh, sí; es indudable; él me es infiel; y yo le amo tanto, Dios mío!

Lucila pasó la noche llorando; su marido llegó cerca del amanecer.

Ella saltó del lecho; se envolvió en un peinador, y se asomó á la puerta de su cuarto para ver pasar al Marqués.

—¡Felipe!—le dijo con voz débil.

Él se volvió.

—¿Qué haces aquí? (exclamó admirado.) ¿Sabes que está helando?

—No importa.... Deseaba verte.... ven....

Felipe, muy admirado, la siguió.

Ella se sentó en su lecho; asió las manos de su marido, y exclamó:

—¡Felipe, soy muy desgraciada!

Las lágrimas ahogaron su voz; pero ésta ya no hallaba el eco que antes en el corazón de su marido....: aquel corazón se había cerrado para ella; el hastío, el cansancio, le habían helado durante largo tiempo; ahora le había reanimado un nuevo amor.

El amor de una de esas damas del gran mundo, que no podía

competir con Lucila, ni en juventud, ni en belleza, ni en bondad, ni en virtud, pero que le llevaba la ventaja de tener muchos méritos: el de ser muy maestra en el arte de agradar, el de ser muy amable, y el de ser mujer de gran talento.

—Ya estás con tu eterna canción (repuso Felipe con frialdad): siempre te llamas desgraciada. ¿Y qué te pasa ahora? ¿hay algo de nuevo?

—¡Felipe, tú no me amas ya! (exclamó Lucila deshecha en lágrimas.) ¡Tú te has cansado de mí!

El Marqués se encogió de hombros; era la fábula de los pastores puesta en acción; á fuerza de gritar uno «¡al lobo, al lobo!» para engañarles, cuando llegó el lobo no se quisieron mover, pensando que eran también chanza sus gritos y sus gemidos.

Lo que decía entonces Lucila con el corazón desgarrado, lo había dicho tantas veces sin razón, que su marido la oyó como si oyese llover.

Se despidió de ella friamente, y se fué á acostar.

Lucila se levantó con fiebre; pero generosa y delicada como siempre, nada dijo acerca de sus sospechas, ni á su madre ni á su hermana.

Espió, y no tardó en hallar la certidumbre de su desgracia.

Un día, Felipe, que era bastante descuidado, se dejó un retrato en el bolsillo de una levita que se había quitado al vestirse para un baile.

Hallábase encerrado en un estuche pequeño de terciopelo, y era una fotografía iluminada, que representaba á una joven de singular belleza.

Lucila la reconoció al instante: era la duquesita de X...., que un año antes la visitaba, la convidaba á sus *soirées*, y se llamaba amiga suya.

Registró los bolsillos de la levita, y se halló dos cartas de la Duquesa, escritas con esa imprudencia de buen tono, que en nada compromete á una viuda de treinta años, adorable y adorada en la alta sociedad en que vive.

Lucila asió las cartas y el retrato con mano convulsa; no lloraba; sus ojos secos resplandecían con un fuego sombrío; eran las doce, y esperó á su marido hasta las cuatro de la mañana.

Cuando llegó, le llamó, como había hecho algunos meses antes; le hizo entrar en su cuarto, y le enseñó las cartas y el retrato.

Felipe quedó mudo y pálido; pero se recobró en breve, y dijo á su mujer:

—Es cierto: existen relaciones entre la Duquesa y yo.

—¿Conque no lo niegas?

—No sé mentir.

—¡Dios mío! ¡Y no hallas una palabra de excusa!....

—Mi excusa está en tu culpa, y no te quiero reconvénir.... Lucila, yo te amaba como un loco; tú has hecho todo lo posible para matar mi amor.... ¡No me preguntes nada más!

Felipe salió de la habitación de Lucila despechado, y casi pudiera decirse que avergonzado, al ver descubierta su debilidad, al reconocerse inferior á su mujer, que en nada había faltado á la fe conyugal, no obstante haberse visto rodeada durante mucho tiempo de lisonjas y aduladores: la honrada buena fe de aquel hombre de mundo era tal, que pensaba tener iguales deberes que cumplir que los que tenía su mujer.

Lucila pasó el día en una muda desesperación; su marido lo pasó fuera de casa: al anoecer volvió, y se encerró en su cuarto.

La Marquesa fué á llamar á aquella puerta cerrada, que se abrió al instante.

—¿Qué quieres? (le preguntó el Marqués); si vienes á hacerme reconvenções, suprimelas, porque no quiero escucharlas.

—¿Conque ya no quieres que te hable? (exclamó Lucila.) Pero no temas...., no....; nada vengo á decirte.... que te pueda desagradar....; nada más que una cosa: que me separo desde este instante de ti.... ¡Adiós!....

La joven, ahogada por el llanto, dió dos pasos hacia la puerta: el Marqués se levantó, y exclamó:

—¡Lucila, piensa en nuestra hija!

—Me la llevo (dijo la joven); á ti te estorbaria....

—Mira lo que haces.... (murmuró el Marqués, que temblaba á la idea de un escándalo); mi hija quedará para mi....; te la quitaré, y la pena te matará....; lo sé.

—¡Dices bien....; me matará la pena, porque yo, desgraciadamente, soy una de esas pobres jóvenes de la clase media, que no

comprenden el escándalo, ni sobreviven á él! El escándalo es el elemento de vosotros los grandes.... ¿Por qué viniste á buscarme y me sacaste de mi pura y serena atmósfera, para arrojarme en la tuya venenosa?

—¡Porque te amaba!.... (exclamó dolorosamente el Marqués.)

¡Ah! ¡te amaba tanto!

—¡Adiós!—repitió Lucila.

Y, lanzándose fuera de la estancia, entró en la suya, se echó un pañolón sobre los hombros, se puso una mantilla, tomó á la niña, que dormía, entre los brazos, y á pie se fué á casa de su hermana, donde llegó pálida, desfallecida y bañada en el llanto del desaliento y de la desesperación.

¡Pobre Lucila! Su hermana tenía razón; cada uno tiene su cruz en este mundo, y se la puede hacer más ó menos ligera. Lucila había hecho de plomo la suya.

IX.

Todo lo que nosotros acabamos de referir, lo refirió Lucila, entre sollozos, á su madre y hermana.

— ¡Qué has hecho! (exclamó su madre.) Has abandonado tu casa, imprudente niña, y eso no debe hacerlo jamás una mujer.

— ¡Eh, no hay que apurarse, mamá! (repuso Antonina.) Todo se arreglará: ¿tu amas á tu marido?

— ¡Con pasión! (exclamó la pobre Lucila llorando.) Ahora que le he perdido, creo que le quiero más.

— Le has querido siempre; pero tu carácter mimado, apocado, injusto y quejumbroso, es lo que te ha hecho sufrir, y lo que te ha enajenado su cariño: procura recobrarle, y lo conseguirás.

— ¿Cómo? ¡Si ya ama á otra!

— ¡Qué ha de amar! Tienes dos años más que yo; pero eres mil veces más cándida: tu marido se aburría, y ha buscado distracción: he ahí todo.

— Pero yo no puedo volver á mi casa.... Hacerlo, después del paso que he dado, sería rebajarme mucho.

— ¿Amas á Felipe, sí ó no?

— ¡Si, mil veces si!

— Entonces, ¿dónde está la humillación?

— Yo voy á hacer algo por la pobre Lucila (dijo Pablo); voy á buscar á Felipe; le traeré aqui, y ambos volverán juntos á casa.

— ¡Ah! (murmuró la Marquesa.) ¡Felipe no vendrá! ¡Estará en casa de la Duquesa!

— ¡Mal pensada! Estará en su casa y en la tuya, solo, dado al

diablo, y sin saber qué hacer. ¡Eh! Yo voy á buscarle. Mamá, Antonina, entre tanto, regañad bien á esa niña fastidiosa, y decidle lo que debe hacer para lo sucesivo: educadla, como me habéis educado á mí, que era un torito bravo.

Pablo salió: Antonina tomó la mano de su hermana, y le dijo con ternura:

— Cada uno tenemos destinada nuestra cruz al venir á la vida: hay quien la sabe hacer ligera, como mamá y como yo: tú, pobrecita, desde que tienes uso de razón te la has hecho de plomo.

— Ya lo sé (repuso Lucila). ¡Cuántas veces me lo has dicho cuando éramos niñas! ¡Ahora veo que tenias razón!

— Jesucristo ha dicho: «*El que me ame, tome su cruz y sigame*» (observó doña Ana). Esto quiere decir que, aunque la cruz nos parezca pesada, debe llevarse con resignación; y la resignación, hija mía, aligera su peso: ya lo ves: tú, desde que has venido al mundo, has sido más feliz que tu hermana, más mimada, más halagada, y después rica y opulenta dama; en tanto que ella se casó con un joven sin fortuna y dotado de un carácter violento: sin embargo, ella ha sabido hacer de su casa un paraíso, en el que imperan el amor y la paz, y tú te hallas fuera de la tuya, que has abandonado para no volver á ella: has roto por tu mano el lazo que Dios había atado, y que, según su santo precepto al hacer del matrimonio un sacramento, sólo la muerte debe romper.

— ¡Perdón, madre mía! (exclamó Lucila, aterrada de oír la palabra severa de su madre, de aquella madre que durante toda su vida sólo había tenido para ella halagos y sonrisas); si, he sido ingrata para todos los míos, y sobre todo para Dios, que tan buena suerte me había deparado.

— Vamos, no hay que llorar, hermana (dijo Antonina, enjugándose ella misma los ojos); yo te diré lo que debes hacer, y lo que haría yo en tu lugar.

— ¡Habla, habla (exclamó Lucila); y bendita seas por tus consejos, mi querida hermana!

— Lo que yo haría, lo que yo hago, es muy sencillo, y se reduce á una sola cosa: contemplo con alegre semblante todas las pequeñas miserias de la vida, y las recibo con valor; á eso se reduce todo: en cuanto á mi marido, le llevo *por la buena*, como se suele decir,

adonde quiero : el hombre , cuanto más ama á su mujer , más se desespera al verla abatida y triste ; porque el hombre , hermana mía , es el ser débil , y no el fuerte , en el matrimonio , y la mujer debe tener fortaleza por los dos .

No agraves nunca tus males pensando demasiado en ellos , porque la soledad y la cavilación los abultan : piensa en los que son más desgraciados que tú ; piensa en mí , que voy á tener dos hijos ; que tengo que hacer dichosos á un esposo y á su anciana madre , y las penas domésticas consiguientes á los pocos medios y á la mucha dignidad .

No te niegues nunca á ir con tu esposo á una diversión , porque , ya lo has visto , el hombre se aburre de estar siempre en casa ; se va solo si su mujer no le quiere acompañar , y no deja de hallar quien le acaricie y le consuele del desvío , del mal humor y de la indiferencia de su mujer .

Lucila , así como los deberes del cristiano se resumen en dos preceptos , que son *amar á Dios sobre todas las cosas , y al prójimo como á si mismo* , los deberes de la casada se reducen á uno sólo : *ser agradable á su marido* .

Para serlo , vistete bien , está alegre , y no te quejes por lo que vale poco ó no vale nada ; sé , á la par que buena , bonita ; á la vez que franca , astuta para buscar artificiosamente el lado por donde puedes ganar su corazón ; sé , en fin , *la amante y la amiga* de tu marido : si hubiera muchas mujeres así , no habria tantos maridos infieles y extraviados , y tantos hijos que carecen del amor de sus padres .

— ¡ Gracias , hija mía , gracias por ella y por mí ! (exclamó doña Ana , abrazando tiernamente á Antonina) ; aconseja á tu hermana , sostenla con tu ejemplo ; tú , cuyo talento es tan superior al suyo y al mio , serás su ángel salvador , y yo te bendeciré , lo mismo que tu buen padre te bendecirá desde el cielo ; y ahora , Lucila , voy á buscar á tu hija ; es preciso que recibas á tu marido con ella en los brazos .

— Y , además , con una bella sonrisa , que deje ver tus dientecitos de nácar (añadió Antonina) ; teniendo esa boca , es un delito horrible el ser seria y huraña He visto en tu casa á la duquesa de X , y tiene los dientes desiguales y torcidos ; además , te lleva nueve años ; pero ¡ qué quieres ! : tú tienes más belleza que ella ; pero ella te

aventaja en amabilidad y en talento . Ya está aquí mamá con Julieta en los brazos ; pero la niña duerme . . . : siéntate , mamá , y tenla un rato , en tanto que compongo un poco á nuestra Marquesita .

Y esto diciendo , la vivaz niña puso á calentar en la lumbre del modesto brasero un hierro de hacer tirabuzones .

— ¿ Qué vas á hacer ? — exclamó Lucila asombrada .

— Á rizarte el cabello ; desde el día que te lo cortaste empezó el mal humor de tu marido . . . ; te pondrás todos los días como hoy , para indemnizarle en algo : ahora ven .

Lucila se levantó ; llevaba un traje oscuro de rica seda y un gran pañolón ; su hermana la despojó de este último , sacó un cuello y unos puños de tela lisa , y se los puso á su hermana ; abrochó los corchetes del talle , que estaban sueltos , y le ciñó con un cinturón negro con una linda y sencilla hebilla de acero .

Luego sacó el hierro , partió los cabellos de la Marquesa , que estaban lacios y enmarañados , con una raya de la frente á la nuca , y formó á cada lado tres gruesos y hermosos tirabuzones con el hierro caliente .

— Ahora (dijo Antonina) , ensaya una sonrisa , mirate al espejo , y dime si puede competir contigo la coqueta y arrebolada Duquesa . ¡ Y con qué medios ! Con mi humilde *parure* de tela lisa y con mi pobrecito cinturón , que con hebilla y todo me ha costado veinte reales , ¿ cómo estarás con tus ricas galas ?

— ¡ Ha parado un coche ! . . . (exclamó doña Ana .) ¡ Ellos son !

— No tiembles así , Lucila (dijo gravemente Antonina) ; toma á Julieta , y en pie , con la sonrisa en la boca . . . : nada de reconvencciones : piensa en que se trata de que tu hija tenga padre ó no .

La puerta se abrió , y la Marquesa se halló delante de su marido : detrás se veía la bella cabeza de Pablo .

— Felipe . . . (dijo la esposa) ; sali de casa enojada contigo . . . ; pero veo que hice mal . . . ; volveré con nuestra hija . . .

— No me atrevo á reconvenirte (dijo el Marqués , que miraba asombrado la metamorfosis de su esposa , que se le aparecía tan bella como cuando la conoció) ; yo he sido culpable contigo .

— No (replicó Lucila abrazando á su marido , porque ya habia recobrado el valor con su generosidad) ; mi madre y mi hermana me han hecho ver que toda la culpa de nuestros disgustos ha sido mía :

yo he ido aflojando, sin saberlo, créelo, el dulce lazo que nos unía, y hoy he querido romperlo para siempre. ¡Bendito Dios, que le vuelve á atar!

Felipe, por toda respuesta, tomó á la pequeña Julieta, y cubrió de besos su carita rosada.

—¡La madre ha intercedido por la esposa! (exclamó Lucila.) ¡He aquí una de las muchas venturas que debemos á los hijos!

—Esta noche debemos cenar juntos,—dijo Pablo.

—Vamos á mi casa (respondió alegremente Lucila); cenaremos allí.

—Pero si hay que llevar á mi Pablito,—dijo Antonina.

—Le llevaremos.

—Y están ahí D. José y Anita.

—Que vengan también, y sacaré yo la vajilla y la plata, y comeré como una persona y no como un pajarito, como antes hacia, y beberé Champagne....

—¿Es esta mi mujer?—preguntó el Marqués asombrado.

—Esta es tu mujer (respondió Lucila estrechándole la mano); tu mujer, que te ha amado siempre, pero que antes no sabía hacerte feliz: la Duquesa me ha enseñado lo que sabes, y no olvidaré esa lección.

—No pienso ya en esa mujer, ni pensaré jamás en ninguna otra si te veo bonita y alegre, Lucila (dijo el Marqués). ¡Si supieras cuán bella te hace la dicha, y cuán desesperado estaba de verte siempre infeliz!

—Pablo, toma en brazos á tu hijo (dijo Lucila): tú, Felipe, toma á Julieta, y meteos en el coche vosotros dos con los niños, doña Paula y mamá: os seguiremos á pie, D. José, Anita y yo.

—Andando (dijo el Marqués): no tardéis, que tengo hambre, porque no he comido hoy.

El coche partió: los demás, incluso el novio de Anita, que había llegado, tardaron poco en llamar á la puerta del palacio de los marqueses de Segura.

—¡Oh santo banquete de la familia, celebrado en honor de la reconciliación de dos esposos! ¡Cuál puede compararse á ti! ¡Qué alegría reinó en aquella mesa, cubierta con ricos manteles adamsados, alumbrada con suntuosos candelabros, perfumada con enormes ramos de flores! ¡Ah! La alegría del corazón y la satisfacción de la virtud son de todos los estados de la vida.

—Á las cuatro de la mañana, los convidados se acostaron un rato. Lucila quedó sola con su marido, y exclamó abrazándole:

—Ya eres viudo dos veces: tu primera esposa era una niña bella, displicente, mal educada....: murió, y vino en su lugar una mujer melancólica, descuidada y que se volvía ya regañona y mala: ahora he llegado yo, la mujer que te ama, que tendrá juicio, que desea hacerte dichoso, y olvidar.... lo que han sido las dos anteriores.

—No (repuso tiernamente el Marqués); yo quiero acordarme siempre de mis dos Lucilas anteriores, para compararlas con la de ahora y adorarla; sólo te pido dos cosas, muy fáciles de cumplir: que seas bella y alegre; ¿quién puede impedirte serlo? Tu posición, tu caudal, pues lo mío es tuyo, tu juventud, tus virtudes, todo te ayuda para ser dichosa, todo; si Dios te ha señalado cruz en la tierra, contribuye para que sea muy ligera....: no hagas, pues, como tantas otras, que se la hacen de plomo, y que ni siquiera logran inspirar la simpatía cuando son infelices, porque ellas mismas se han labrado su desgracia.

X.

Han pasado tres años.

Es una bella tarde de Mayo, una de esas tardes en que el parterre del Retiro se llena de hermosos niños, sonrosados y juguetones.

La marquesa de Segura se halla en su habitación; el balcón está abierto, y deja penetrar la apacible brisa de la tarde, perfumada de ese olor á primavera que reanima á la vez el corazón y los pulmones.

Dentro del cuarto de la Marquesa hay otro, y, á través de la puerta de entrada, se oyen gritos y risas infantiles.

Lucila, sentada al lado del balcón, borda un gorrito de niño, y de cuando en cuando dirige la bella mirada de sus rasgados ojos azules á la estancia inmediata.

Viste un lindo traje de medio color, de talle alto y holgado, porque se halla en los últimos meses de su embarazo; pero su *toilette* no puede ser más elegante, y sus hermosos cabellos descenden en largos y flotantes rizos á la inglesa por sus hombros y espaldas como una rica cascada de oro.

Ya es de nuevo aquella Lucila que tenía más de hada que de mujer; aquella gentil aparición tan bella, tan delicada, tan encantadora.

Su marido, sentado á pocos pasos de ella, lee un periódico.

—¿No vamos nosotros á paseo?—preguntó el Marqués á su mujer.

—Si hemos de ir después á la ópera, quisiera mejor no salir (respondió Lucila con su voz armoniosa y dulce): ya sabes que me fatigo bastante; pero vete tú, y te esperaré vestida.

—¿Salir yo sin ti? Eso sí que sería raro. ¿Lo hago alguna vez desde que cuento con tu dulce compañía?

—Pero ahora no puedes contar con ella.

—Pues no saldré; no debía yo proponerte el paseo, habiendo de ir luego á la ópera, porque sé que haces demasiado con tenerte de pie en el estado en que te hallas.

—Saldremos los dos (dijo la Marquesa levantándose); lo que haremos será no bajar del coche ni pasear á pie.

—¿Vas á violentarte por mí?

—No, mejor lo pasaremos dando una vuelta por la Castellana que aquí: la tarde está hermosa, me pondré un abrigo y un sombrero, y saldremos.

—¿Pero si estamos aquí perfectamente bien!

—Tú deseabas salir, y yo también lo deseo.

En aquel momento una niña de cuatro años y un niño de tres salieron de la estancia inmediata, corriendo y gritando con su gorjeo infantil:

—¡Mamá, mamá, la última mano para ir á paseo!

—Aquí está el peine, señora,—dijo una doncella que los seguía.

La Marquesa sentó á la niña en su falda, y arregló los anillos de su hermosa cabellera rubia, poniéndole después un precioso sombrero de fieltro blanco.

Ajustó el lazo de su cinturón, y pasó revista á todo su traje, desde los corchetes del vestido hasta las cintas de sus botitas de raso.

Luego la besó, y dijo:

—Ya estás, Julieta mia: ahora ven tú, Alfredo.

La Marquesa puso á la niña en el suelo: tomó al niño en la falda, y pasó la misma revista á su traje y cabellos.

—Ahora, idos á jugar (añadió): dentro de un rato iremos papá y yo, y os traeremos en el coche á casa.

Los dos niños salieron saltando, asidos cada uno á la mano de la doncella: Lucila fué al balcón para verlos en tanto que atravesaban la calle.

Luego volvió á entrar; se puso al espejo una manteleta y un sombrero que ella misma sacó de un cajón, y dijo á su marido:

—Vamos cuando quieras.

—Puesto que ya hemos comido, que nos lleven al teatro desde paseo,—dijo Felipe.

—¿Y los niños?

— Ya los acostarán.

— Les he ofrecido ir á buscarlos.

— Que vayan á avisarles, para que se vengan á casa sin esperarnos.

— ¿Y quién los acostará? No, no; están acostumbrados á que sea yo, y no podría estar tranquila sin verles; volveremos, y me vestiré de otro modo.

— Mira, ya se ha hecho tarde para ir á paseo (dijo el Marqués); ¿no decías que tenías cuidado por el estado de Antonina? Pues vamos á verla, y luego iremos á buscar á los niños; el coche está puesto.

— No me atrevia á proponerte que fuéramos allá (dijo la joven); porque pensaba que deseabas mucho ir á paseo; pero me alegro que se te haya ocurrido.

Lucila y Felipe bajaron y se metieron en el carruaje, que los condujo en breve á casa de Antonina.

Vivia ésta en la misma casa en que la vimos hace poco tiempo; pero, ¡cuán tristemente había variado aquel interior!

La anciana madre de Pablo, atacada de un asma agudo, no salía ya de la cama; dos niños, de la edad de los de la Marquesa, dormían en una sola cuna, y Antonina, sentada en una silla baja, mecía á otro, de unos dos meses, en su regazo.

Antonina estaba pálida y delgada; sin embargo, la calma y la dulzura de su semblante eran inalterables, y se conservaban lo mismo que en otro tiempo.

— Yo te creía aún mala (dijo la Marquesa); y he tenido mucho cuidado por ti: ¿se pasó ya la fiebre?

— Sí (respondió la joven sonriendo); yo no puedo estar mala: ¿qué sería sin mí esta casa? No puedo, ni quiero estar mala, y no lo estoy.

— ¿Y Pablo? ¿Dónde está? —preguntó el Marqués.

— En su cuarto, trabajando (respondió Antonina); los mayores gritaban tanto, que no le dejaban escribir una letra, y se fué allá: así que se duerma éste, vendrá aquí otra vez al lado de la chimenea; ve á fumar con él un cigarro.

El Marqués salió, y las dos hermanas quedaron solas.

— Mamá está en la cocina disponiendo con las criadas el festín de mañana (dijo Antonina); ya sabes que es el aniversario de nuestras bodas, y que os esperamos á comer con los niños.

— ¡Dios mío, hermana! (exclamó la Marquesa.) ¿Cómo puedes pensar en eso, estando tú tan delicada de salud, la madre de tu marido enferma, y Pablo trabajando día y noche? Yo, que os compadezco tanto, no puedo comprender tu conformidad, y casi esto por decir indiferencia.

— ¡Compadecerme! (exclamó la joven.) ¿Y por qué, si yo me creo tan dichosa? Es verdad que, desde que nació mi último hijo, mi salud está algo alterada, pero eso pasa; y luego tengo á mi lado á tres ángeles que me acompañan, á mi marido que trabaja día y noche para que nada nos falte; á mi madre que se ha venido á vivir conmigo; á la suya, sombra venerable, que desde su lecho nos alienta con sus consejos y mezcla su voz con nuestras oraciones. ¡No, hermana mía; no puedo, ni debo, ni sabría llamarme desgraciada, porque no lo soy! Y tú tampoco lo eres, porque has aprendido de mí á resignarte con los trabajos de la vida, á tener conformidad, paciencia y valor cuando algún dolor te aflige; mañana tendremos, pues, nuestro banquete de familia, y tú estarás en él alegre, porque ya has arrojado tu *cruz de plomo*, y, como yo, la llevas *de paja*.



MARTIRIO SIN GLORIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



MARTIRIO SIN GLORIA

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los mansos de corazón, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

(BIENAVENTURANZAS.)

Amanecía una fría mañana de Febrero, y el sol iluminaba perezoso la nevada sierra del Guadarrama, cuando una joven apareció en la puertecilla falsa de una quinta muy hermosa, situada á una legua de Madrid, en el camino de Francia, ó sea al Norte de la coronada villa.

La puertecilla se abría en la tapia, llena de telarañas por la parte exterior; gracias al aceite que se había extendido en sus goznes, no chirriaba, á pesar de lo enmohecidos que éstos se hallaban, y la joven mencionada pudo adelantar medio cuerpo para mirar á la carretera.

El frío era tan penetrante, que sus ojos se llenaron de lágrimas por la punzante impresión que recibieron.

Miró á lo largo del camino, y no vió sin duda á la persona que buscaba; sólo un carretero guiaba penosamente sus mulas, cantando del modo ronco, desapacible y destemplado con que suele hacerlo esa clase de gentes.

La joven entró en el jardín, que era donde se hallaba, entornó la puertecilla falsa, y se dejó caer en un banco, llena de abatimiento, y temblando de frío, y quizá de emoción.

El jardín era grande, extenso, hermosísimo; conociase que, en la época del verdor y de las flores, debía ser una maravilla; entonces los árboles apenas tenían algunas yemecitas verdes, que anunciaban habían de tener hojas; las flores y las plantas delicadas se hallaban cubiertas con tapaderas de esparto y de cristal.

Poco á poco el sol se fué levantando majestuoso, disipando la niebla de la mañana, que semejaba una densa masa de humo blanco, y sus rayos deslumbradores empezaron á dorar las altas copas de los árboles.

La joven alzó la cabeza con sobresalto, como si la luz fuese para ella un enemigo peligroso: entonces pudo verse su rostro, más gracioso que bello, más simpático que hermoso, y que, si hubiera estado animado por la expresión de la dicha, hubiera sido encantador y lleno de atractivos.

Era, más bien que una mujer, una niña, pues no pasaba de quince años: su estatura, bastante alta para su edad, no tenía aún formas distintas; pero ya se advertía en aquella figura infantil una gracia suprema.

Su cabello, casi negro, pues era de un castaño muy oscuro, espeso y brillante, se reunía en gruesas trenzas, que servían como de marco á su carita trigueña, algo pálida y espléndidamente iluminada por dos hermosos ojos negros, rasgados, y guarnecidos de largas y convexas pestañas negras: contra lo que generalmente su cede en los ojos oscuros, las cejas de aquellos eran finas, delicadas, y formaban un arco tendido y perfecto: así es que, lejos de haber dureza en ellos, tenían una dulzura infinita y encantadora.

A causa de la delgadez de la cara y del tipo especial de aquella niña, su boca era tal vez algo grande; pero el hermoso esmalte de sus dientes, iguales y pequeños como una sarta de perlas de Oriente, sobresalía al reírse, semejante á una línea de nacar, en el color rosado de sus labios.

Todo armonizaba en aquella gentil figura para que fuese el complemento de la candidez, de la gracia, de la más perfecta inocencia, y, en particular, de la más rara dulzura, de la más exquisita sensibilidad.

Llevaba un peinador de merino blanco, y sobre él una capa de paño de color claro: una toquilla de tul blanco se anudaba bajo su barbilla

fina y adornada de un precioso hoyuelo, y dejaba escapar la rica profusión de sus cabellos.

Cuando alzó la cabeza, miró como asustada al horizonte, y murmuró en voz baja:

— ¡Cuánto tarda, Dios mío! ¿No vendrá?

El galope de un caballo le respondió: levantóse, y fué corriendo á la puerta falsa; pero su emoción fué tal, que á su natural rosada palidez sucedió otra casi livida, y bajo el merino de su bata se hubiera podido ver latir su corazón como el ala de una paloma herida.

El caballo que llegaba se detuvo á la puerta, y de él se apeó un joven de gallarda y elegante figura.

Un criado venia con él: desmontó igualmente, y se quedó guardando el suyo y el de su amo.

— ¡Fernanda! — exclamó el recién llegado, asiendo la mano de la joven, y entrando con ella en el jardín.

— ¡Yo pensé que no venias hoy! — murmuró Fernanda.

— ¡No venir hoy! (repuso él, sentándose al lado de la joven en el mismo banco en que ésta se hallaba poco antes.) ¡Hoy, hoy que vas á ser de otro! ¡Pero no; aún tengo la esperanza de disuadirte de esa fatal obediencia....; aún espero que te decidirás á ser libre y un día dichosa conmigo!

Fernanda sacudió tristemente la cabeza con un ademán negativo.

— Jorge (observó): ya sabes que no sé resistir á mi padre: hoy me casaré con el Barón.

— ¡Entonces no me amas! ¡Entonces hace un año que me estás engañando! — exclamó impetuosamente Jorge.

— Te amo (repuso la joven con más firmeza de la que hubiera podido esperarse de su tierna edad); pero no puedo abandonar á mi padre, que me pide mi auxilio con las lágrimas en los ojos....; le amenaza una quiebra...., es decir, la vergüenza, el deshonor, y el Barón ha ofrecido salvarle.

— ¡Á costa de tu dicha!

— No importa el precio....; no seré feliz, porque no le amo; pero siempre está la conciencia tranquila cuando se cumple un deber.

Jorge ocultó su semblante entre las manos, y dejó escapar un sollozo: la joven le miró con expresión desgarradora: luego separó aquellas manos del rostro del que amaba, y las guardó entre las suyas.

—Jorge (le dijo con voz palpitante y alterada); no te aflijas así, porque me matas....; alíentame, si es que me amas, á cumplir con este sagrado pero duro deber....; dime que debo salvar á mi padre, porque necesito oírlo para hacer el sacrificio de mi misma; escucha....: anoche dormía yo, después de muchas horas de insomnio y de aflicción....; era mi sueño tan agitado por el dolor, que no pudo durar largo rato, y desperté....; sentí una mano humedecida, y en ella como el calor de unos labios....; creí soñar...., pero entreabrí los ojos, y, á la débil luz de mi lamparilla, vi á mi padre arrodillado junto á mi lecho, que apoyaba sus labios en mi mano, que lloraba, que exclamaba entre sollozos.... ¡Perdón, hija mía, perdón! ¡Oh, Jorge! Tú no sabes lo que es ver llorar á un padre que tiene ya la cabeza blanca! Me incorporé, y le abracé consolándole.

—Hija mía (exclamó); mi querida Fernanda, te sacrificas por mí...., pobre víctima de las calamitosas circunstancias por las que los negocios atraviesan; tú vas á pagar más que nadie mi ruina....; tú, infeliz niña, que aún no has visto el mundo, enlazada á ese hombre depravado, que te compra como se compra una joya.... ¡No, no! Yo moriré....; pero tú te casarás con Jorge, con el que amas.... ¿qué importa que sea pobre? Su carrera de medicina le dará en breve para proporcionarte, no sólo la subsistencia, sino la dicha, que es el pan del alma.... ¡Venga el deshonor...., venga la muerte, antes que tu sacrificio!

—¡Padre mio (le dije): esos pensamientos son culpables: ¡la muerte! ¿Qué hay detrás del suicidio? Yo creo que mucho más deshonor que en sobrellevar la vida con todos sus dolores, con todas sus humillaciones: y luego, ¿piensas que yo podría ser dichosa con Jorge, sabiendo que podía salvarte, y no haciéndolo? El Barón me compra, es verdad; ¡bendito sea Dios que me da valor á sus ojos!.... No quiero que te aflijas más....: por mi parte, heme aquí serena, resignada, feliz por salvarte.... Mañana seré la baronesa de Valde mar.

Fuerza me es decirlo: mi padre se retiró consolado, y casi tranquilo acerca de mi suerte: tal convicción supe dar á mi acento, tal seguridad á mi mirada.

Esta noche, pues, Jorge, me casaré con el barón de Valdemar: esta es nuestra última despedida.

—¡La última! (repuso Jorge sombríamente.) Esta noche salgo para Cádiz, donde me embarcaré para América.

Fernanda iba á responder: su agitación la hizo palidecer de nuevo densamente, y la voz se apagó en sus labios: era una naturaleza delicada, sacudida por el dolor con mortal violencia.

Oyóse de repente un paso rápido, y una mujer apareció en la calle de árboles á cuyo fin se hallaban sentados los dos jóvenes.

—¡Ah, señorito Jorge! (exclamó.) ¿Ha convencido V. ya á mi niña de que va á hacer una locura?

—No (respondió con desesperación el joven): es imposible vencerla, Marta; Fernanda se empeña en sacrificarse, y lo hará: ¡qué rara perseverancia en querer darse la muerte!

—¡Qué gran fortaleza necesito para cumplir ese gran deber! (exclamó la pobre joven, con voz profundamente triste.) ¡Y qué crueles sois vosotros en quitármela en vez de darme aliento! Morir.... ¿Y qué es morir, cuando, para evitar la muerte, tengo que ver la deshonra de mi padre, que mañana se declararía en quiebra? ¡No, no temas por mí; mi conciencia me librará de la muerte; pero, si Dios me llama, mi madre, que está en el cielo, me espera y me bendecirá!

Al hablar así, los negros ojos de la joven despedían una luz sublime, y se elevaron al cielo con tanto fervor, que Jorge la contempló como arrobado y mudo de respeto y de admiración.

—Es que (dijo Marta) yo he ido á Madrid expresamente á tomar informes del señor Barón, y he sabido cosas que....

—¡Cállalas! (exclamó Fernanda): calla, nodriza, porque ya debes respetarle como á mi marido.

—¡Pues yo quiero decir á V., señorita, para ver si cambia de parecer, que el señor Barón es eterno perseguidor de mujeres: que pasa las noches jugando y arruinándose en el Casino: que se emborracha cada día como un lacayo: que á su esposa primera la mató á pesadumbres!.... ¡Vaya! ¡Pues no faltaba más, sino que yo callase esas cosas!

—Pero, desdichada, ¿qué haces con saberlas y decírmelas, si yo no puedo ni quiero retroceder! (dijo Fernanda.) Lo mismo me casaría con él, aunque fuera un bandido!.... ¡aunque fuera un asesino! ¿Lo entiendes? ¡Si salvase á mi padre, lo mismo, lo mismo, lo mismo!

Fernanda, presa de su exaltación dolorosa, y agotadas sus fuer-

zas con la lucha que seguía sosteniendo entre su amor y su deber, se desplomó en los brazos de Jorge, sin voz y sin color.

La nodriza, desesperada, se arrojó llorando sobre la inanimada joven, y la estrechó en sus brazos: Jorge la contemplaba lleno de admiración y de dolor.

El desmayo duró sólo algunos segundos. Fernanda se levantó, apoyándose en el brazo de su nodriza, y dijo á Jorge con voz alterada y trémula:

—¡Adiós!

—¡Adiós, y ojalá halles en tu conciencia toda la dicha que mereces, mi pobre y querida Fernanda! (exclamó el joven.) Á lo menos, sírvate de consuelo que hay en la tierra un corazón todo tuyo: ¡un corazón que no amará jamás á nadie más que á ti!.... ¡Si alguna vez necesitas de un amigo, de un apoyo, de un consejo, acude á mí! Escribiré á Marta, que sabrá siempre dónde me hallo.

Besó, dicho esto, la mano helada de Fernanda, y se dirigió á la puertecilla; ya allí, volvió y estrechó convulsivamente á la joven contra su pecho, que levantaba profundos sollozos; salió después con paso atropellado y vacilante, y bien pronto el galope de dos caballos dió á conocer que se alejaba.

—¡Dios mío! ¡Id con él! (exclamó la joven.) ¡No le abandonéis... ni á mí tampoco!

Y apoyándose en el brazo de Marta, atravesó con trabajo el jardín, y entró en la quinta.

II.

Fernanda llegó con penoso paso hasta su cuarto, y se dejó caer en uno de los silloncitos que había en él.

Era aquella una habitación de niña, primorosa y sencilla, como el carácter, como el alma de la que la habitaba.

En ella se veía la camita blanca, cubierta con cortinas de muselina estampada; en el balcón había muchas macetas, que la mano robusta de Marta había sacado para que tomasen los rayos del sol de Febrero, y que por la noche entraba para preservarlas de la helada; gracias á este cuidado, conservaban su verdor y su fragancia, y ostentaban ya tiernos pimpollos próximos á abrirse.

El mueblaje era azul y blanco; una mesa de tocador sostenía un espejo velado por cortinas de muselina con transparente azul.

Fernanda, como ya hemos dicho, se dejó caer con desaliento y fatiga en un sillón, y su capa de abrigo se desprendió, dejando al descubierto su lindo talle, que lucía toda su gracia aun entre los pliegues de su bata de cachemira blanca.

Apenas se había sentado, asomó por la puerta una bella y risueña cabeza de muchacha, tan sonrosada y tan fresca como era sentimental é interesante la de Fernanda.

Ésta no la vió; había doblado la frente sobre el pecho, y permanecía entregada á un abatimiento profundo.

La que había asomado se adelantó de puntillas, se arrodilló en el almohadón que Marta había colocado á los pies de la joven, tomó sus manos cariñosamente, y murmuró:

—¡Valor, Fernanda!

— ¡Ah, Leticia! ¡Todo acabó para mí! — gimió la pobre niña, apoyando su frente en la rubia cabeza de la joven arrodillada á sus pies, y derramando un torrente de lágrimas.

— ¿Le has visto? — preguntó Leticia.

— Sí, prima mía, sí: ¡le he visto, y me he despedido para siempre de él!

— ¡Desgraciada niña! — exclamó Leticia, llevando á sus ojos azules su mano para enjugar una lágrima, próxima á deslizarse por su rosada mejilla.

— Valor (se dijo á sí misma Fernanda, alzando la cabeza); lo hecho, hecho está, y no me arrepiento: Dios me dará fuerzas para olvidar á Jorge.

— Así lo espero (repuso Leticia): el mundo, además, se encargará de hacértelo olvidar; el mundo en el cual vas á ser una gran señora: casi es una ventaja para tí, Fernanda mía, el que, á causa del estado débil de tu salud, te hayan confinado los médicos en esta quinta con Marta y conmigo, porque así, como nada has visto todavía, todo te sorprenderá; y luego á los quince años, ¿qué no parece hermoso en el mundo? Á mí me encantó lo poco que ví cuando mi tío me llevaba á Madrid.

— Puede encantar á una el mundo cuando es feliz (exclamó Fernanda suspirando), y tú lo eres, prima mía. ¡Ah! ¡Qué distinta es nuestra suerte! Tu padre murió en una modesta medianía vecina de la pobreza, y te dejó encargada al mío: nada tenías que salvar en tu buen padre, y tus deberes para con él se reducen á rezar sobre su tumba: el mío se enriqueció....; fué uno de los primeros banqueros de Madrid....; luego la desgracia ha amenazado sus intereses, su honor mismo, y se ha hallado, no sé si por fortuna ó por desgracia, un hombre que me compra y da por mi dinero bastante para salvarle de la ruina: tú amabas á un joven que seguía la carrera de medicina, y le amabas sin contrariedad: un compañero suyo me amó, y mi padre no se oponía á esta afección; pero ahora todo ha cambiado: tú eres libre, porque eres pobre y porque puedes casarte con el que amas: yo no; ¡ah! ¡Qué distinto destino el nuestro!

— ¡La mitad de mi vida daría porque te pudieras casar con Jorge como yo con Gustavo! (exclamó Leticia, estrechando á su prima entre sus brazos.) ¡Pobre niña mía, á la que amo y he amado siempre como

á mi hermana menor! No pensaba en verte tan profundamente desgraciada cuando te mecía en mis brazos, cuando jugaba contigo al volante, cuando vestía tus muñecas; yo soñaba para tí todas las venturas de la tierra; el amor, la riqueza, la dicha en el matrimonio, y á disfrutarlas todas parecías destinada; y, sin embargo, hoy te veo marchita, abatida por la pena, como una flor trinchada por el viento, y eso cuando aún no has dejado del todo los juegos de la infancia: ¿por qué no puedes casarte con el pobre joven á quien amas, como me casaré yo, ó por qué no soy yo la destinada al sacrificio?

Hablando así, Leticia cubría de besos la frente y las mejillas de su prima con una ternura que explicaba claramente cuánto la amaba.

— Vamos (dijo Fernanda, levantándose); valor: me consuela la idea de que voy á librar á mi padre de la ruina y del deshonor, y de que mi buena madre, á la que no he conocido, me bendecirá desde el cielo: ¿se ha levantado mi padre ya?

— No se ha acostado (respondió Marta); he visto luz en su cuarto, y le he oído andar toda la noche.

Arregladme un poco el cabello; luego mandad que se sirva el desayuno, y llamadle.

Marta recogió los hermosos cabellos de Fernanda, y después fué á avisar á su señor, reuniéndose en el comedor las dos primas con el anciano.

Imposible hubiera sido conocer, al verla sentada á la mesa, á aquella niña sumergida poco antes en la más honda desesperación: su semblante estaba animado de una plácida sonrisa: su frente, al parecer, tranquila: su prima y la nodriza la miraban estupefactas y sin poder comprender tal fortaleza.

Leticia sirvió, según costumbre, á su tío y á su prima: era aquel un hombre de grave y noble figura, que no pasaba de cincuenta años, pero cuyos cabellos habían blanqueado ya completamente por los cuidados y las fatigas de una existencia laboriosa: padre de seis hijos, la última era Fernanda, que había perdido á su madre cuando apenas contaba un año de edad, y que se creía hubiera heredado la afección al corazón que llevó á aquella al sepulcro á la edad de treinta años.

Por esta causa los médicos aconsejaron al banquero que la tuviese constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando á la idea

de perder á su última hija, como había perdido á los demás, se había apresurado á comprar aquella quinta cercana á Madrid.

Fernanda iba lo más tres veces al año á la corte para comprar algún traje, ó para ver alguna ópera ó comedia nueva.

Su prima Leticia, dos años mayor que ella, é hija de un hermano de su padre, era su compañera y su amiga; además, se hallaba al lado de Fernanda, Marta su buena nodriza, una doncella y un criado, y su padre se podía estar en su casa de Madrid, montada con gran fausto y riqueza, sin cuidado alguno por la suerte de su hija, á la que, sin embargo, iba á ver todos los domingos.

—Papá (decía Fernanda): ¿por qué no vives conmigo?

—Hija mía, porque necesito estar en Madrid para trabajar.

—¿Y por qué trabajas aún?

—Para que tú seas rica y dichosa, hija mía.

—¿Yo no deseo ser rica, papá!

—Yo deseo que lo seas; si la riqueza no es la felicidad, es, á lo menos, una gran parte de ella.

Una señora viuda, que vivía en una quinta inmediata, pasaba algunos ratos con las dos niñas, Leticia y Fernanda: esta señora poseía una modesta fortuna, con la que sufragaba la carrera de medicina de su hijo Gustavo: este vió crecer, como suele decirse, á la linda Leticia, y la amó: ella le correspondió con tanta alegría como ingenuidad: era su primer amor, y Gustavo era gallardo y elegante, á la par que buen hijo, y estudiante aprovechado.

La buena señora avisó al banquero de aquella pasión naciente, temiendo que se la tachase de interesada.

—Déjeles V. que se amen, señora (contestó aquél); mi sobrina no es rica, porque mi hermano, que era su padre, y yo hemos vivido pobres largos años; pobre murió él, y mi trabajo y mi buena estrella me han dado después alguna fortuna. Pues bien: ya que esta fortuna no la he podido partir con mi hermano, daré una parte de ella á su hija, á la cual miro como mía. Leticia llevará doce mil duros de dote, lo que, si no es una gran cosa, les ayudará á vivir; siga Gustavo estudiando como hasta aquí; acabe su carrera, y que se casen y sean felices.

De esta suerte nació y creció aquel puro, alegre, feliz y confiado amor. Leticia amaba con pasión, con felicidad, á Gustavo; y éste la

amó con un entusiasmo que le libertó de todos los peligros de su edad, y le animó en la senda del trabajo y del deber.

El último verano, y durante las vacaciones, llevó Gustavo á casa de su madre á uno de sus amigos, que contaba tres años más que él, é iba ya á terminar la carrera; era un joven de veinticinco años, grave, reflexivo, algo melancólico, y de una figura más bella y elegante que la de su amigo; vió á Fernanda, y la adoró: hallaba en aquella niña enfermiza y débil algo superior á las demás mujeres, algo que en ninguna otra había encontrado.

Y era que Fernanda unía al talento más profundo, el alma más bella y la más angelical inocencia; era un espíritu bajo la apariencia de una niña encantadora, un espíritu revestido con la forma más seductora que puede tomar la adolescencia.

Un hombre vulgar no podía comprender lo que valía Fernanda.

Un hombre superior como Jorge debía adorarla, y no podía ya pensar en ninguna otra mujer del mundo.

—Amaos (les dijo el banquero); sólo deseo que mi hija sea dichosa, y que se case con el hombre á quien elija su corazón.

Pero de repente, y á entradas del invierno, los asuntos del banquero empezaron á tomar el más amenazador aspecto; la crisis comercial que agobiaba á la nación, alcanzaba también á su casa; los negocios, completamente paralizados, no rendían provechos; la opulenta casa del Sr. B.... estaba amenazada de suspender sus pagos, y el cabello del banquero se volvió del todo blanco en una semana.

Una mañana recibió una carta, sellada con unas armas que conocía: eran las del barón de Valdemar, opulento señor, joven elegante, y que había viajado por toda Europa durante diez años.

La carta contenía estas palabras:

«Seis millones por la mano de Fernanda: es más de lo que el señor B.... necesita para salir de sus apuros comerciales; la respuesta lo antes posible al palacio de Valdemar, en Recoletos.»

»EL BARÓN DE VALDEMAR.»

El banquero quedó mudo de asombro: ¿dónde había visto el Barón á su hija? Lo ignoraba; pero él le ofrecía un medio de salvación,

cuando ya la idea del suicidio había pasado dos ó tres veces por su cabeza : mandó poner el coche , y salió al instante para su quinta.

Lo que pasó entre el padre y la hija en una hora que estuvieron encerrados , es fácil de suponer : ella se obstinó en casarse con el Barón , y aseguró á su padre que sería muy dichosa.

Casi convencido éste , y sobre todo obligado por una cruel necesidad , volvió á Madrid , y escribió esta respuesta :

«Fernanda consiente en ser la baronesa de Valdemar ; su padre admite el préstamo de seis millones , á reembolsar en pagarés en el término de dos años : se espera al señor Barón.

»B....., BANQUERO.»

Al día siguiente , el Barón y su futuro suegro fueron á la quinta ; la joven halló al que iba á ser su esposo de bella figura , de modales llenos de distinción , y dotado además de una elegancia perfecta.

— ¡ Pero qué diferencia va del Barón á Jorge ! (se decía ella , como arrepentida de hallarle agradable .) ¡ Cuánto más vale mi Jorge !

El Barón se volvió á Madrid sin haberle dicho una sola palabra de amor , aunque , con la maestría consumada de un hombre de mundo , hizo resonar en su oído algunas galanterías : el Sr. B..... se quedó en la quinta.

Después de la comida , llamó á su hija al gabinete que él se reservaba , y le dijo que el matrimonio debía celebrarse al instante , y que era forzoso se lo escribiese á Jorge , y se preparase á dar su mano al Barón al fin de la semana.

La tímida é ingenua Fernanda quedó como herida de un rayo ; cubrió su rostro infantil una densa palidez , y temblaron sus labios ; pero al ver á su padre , que esperaba su decisión con la cabeza inclinada como el reo ante el juez , hizo un esfuerzo heroico , atendida su edad y su absoluta ignorancia de los dolores de la vida , y le preguntó :

— Padre mio , ¿ te da el Barón seguridades de salvación ?

— Sí , hija mía , — respondió el Banquero .

— Suya es mi mano ; pues , según ya te he dicho..... , sólo siento no poder disponer de algún tiempo más para pedir á Dios que me diera su ayuda y me concediese el valor necesario .

— ¡ No te cases , hija mia ! (exclamó el Banquero .) ¡ Venga antes la ruina , la muerte , el deshonor !

— Disponlo todo para la boda , padre mio (dijo la niña .) ¡ Ahora mismo escribiré á Jorge mi decisión !

Fernanda , dicho esto , se dirigió á su cuarto , é intentó en vano trazar algunas líneas para Jorge : su mano temblorosa se negaba á formar aquellos caracteres , que debían encerrar la sentencia de su amor .

Dos días pasó llorando , y constantemente acompañada de la nodriza y de su prima , que lloraban con ella y no la abandonaban un solo instante ; por fin , al tercero escribió á Jorge la noticia fatal , rogándole que fuese á verla al día siguiente por la mañana , para despedirse de él .

Jorge había sabido la noticia antes por su madre ; ya se sabe lo que sucedió en aquella entrevista , y cómo en vano intentaron el amante y la nodriza disuadir á la joven de su empeño .

Ya hemos dicho también que en el desayuno se presentó tranquila al parecer , y con la sonrisa en los labios .

Sin embargo , ni ella ni su padre podían tomar alimento alguno , y los dos procuraron engañarse mutuamente .

— Fernanda (dijo el Banquero) : nos iremos ahora mismo á Madrid : iremos en el coche , tú , Leticia , Marta y yo ; aquí quedarán los criados arreglando las cosas , y mañana dejarán cerrado y marcharán también ; esta casa , hija mía , la reservo para venir á pensar en ti , y pedir á Dios que te recompense .

Fernanda no pudo contestar ; el exceso de su emoción , y , digámoslo , de su dolor , la ahogaba ; salió con su prima , cambió de traje , y luego , arrodillándose en medio de su aposento , dió un tierno y doloroso ; *adiós!* á su tranquilo nido de niña , á aquella habitación en la que cada noche escribía á Jorge , y que aún estaba perfumada con las flores que éste había cortado para ella .

Enjugó sus ojos : dejó caer delante del rostro el velo de su sombrero para ocultar á su padre las huellas de su llanto , y bajó para tomar el coche , apoyada en el brazo de su prima , que la consolaba á media voz , sin poder reprimir sus lágrimas .

Ni una palabra se habló durante el trayecto : el Sr. B.... tenía la frente apoyada en sus manos ; Fernanda y Leticia , asidas de la mano ,

callaban también : sólo Marta, menos sujeta á las fórmulas del mundo, dejaba escapar de cuando en cuando algún doloroso suspiro.

Á la una llegaron á la casa del Sr. B... en Madrid : desde que se entraba en el patio se notaba un movimiento inusitado : dos criados limpiaban los reverberos y los bronces de la escalera : en el vestíbulo había otros frotando las puertas : se colocaban en los salones colgadas de seda, arañas y lámparas, y en el comedor se cubría la suntuosa mesa de la cena, cargándola de flores y de candelabros que ostentaban bujías de rosada esperma, delicada y transparente como el cristal.

Por todas partes se quemaban perfumes en copitas de plata, semejantes á los braserillos orientales, y se encendían las chimeneas y las estufas, se extendían alfombras, y se colocaban macetas de porcelana cargadas de arbustos odoríficos.

Fernanda miraba asombrada aquel fausto, que tal contraste formaba con la sencillez en que había pasado su vida ; aunque dotada de gran profundidad y elevación de ideas, tenía quince años, y su dolor dejó lugar muy en breve á la admiración de lo que veía.

Un rayo de gozo iluminó á la vez el rostro de su padre, de su prima y de su nodriza, al verla mirar con atención los preparativos de su boda, porque aquellos tres seres la adoraban, y hubieran dado la mitad de su vida por verla feliz.

—¡Esto no es nada comparado con tu magnífico palacio de Recoletos! (exclamó el Banquero.) Allí verás fausto, riqueza, delicias de toda clase, cuanto el gusto más exquisito puede inventar ; pero no, no lo verás, porque esta misma noche salis para París.

—¡Á París! (exclamó Leticia.) ¿ Nos deja Fernanda?

—Eso es lo que hace toda la gente de buen tono, hija mia ; pero volverá dentro de dos ó tres meses.

Un carruaje, que se detuvo á la puerta, cortó aquí la conversación.

Oyóse al portero anunciar una visita, y el Barón entró en la estancia en que se hallaban, vestido con un elegante traje de mañana.

Era un hombre que podía tener treinta y cuatro á treinta y seis años, alto, rubio, de hermosos ojos oscuros y semblante lleno de distinción, pero profundamente marchito ; exhalaba ese perfume vago, pero propio de las personas de gran tono ; sus cabellos perfumados guarnecían su frente noble y que empezaba á ser calva en las entradas : la edad no le había hecho perder nada de su esbeltez y ele-

gancia ; tenía el talle fino, el pie pequeño, y la mano blanca y delicada.

Su traje era del mejor gusto por su sencillez, y sólo era magnífica su camisa, que, á pesar de no desear lucirse, ostentaba su rica batista y su azulada blancura.

Acercóse á Fernanda, y le besó la mano : ésta le miró tímidamente, y se dijo que no era feo, y que llevaba unas elegantes patillas rubias á la inglesa.

El Barón dió la mano á Leticia, y luego al Banquero, yendo á sentarse después al lado de Fernanda, en el mismo pequeño sofá que ésta ocupaba.

—Mi querida niña (le dijo) ; apenas la he visto, y V. me ha visto menos á mi ; pues yo la conocía desde un día que la vi con su padre en el teatro, y estoy seguro de que V. no reparó en mí entonces ; dígame V. ahora lo que le parezco, y si podrá amarme.

—Sí, señor (respondió Fernanda) ; si no creyese que podría amarle, no me casaría con V. ; ya le amo, al pensar lo que ha hecho por mi buen padre.

—La posesión de V. la hubiera yo pagado con todos los tesoros de la tierra (dijo el Barón) ; yo la idolatro á V. ; su juventud, su belleza, su aspecto á la par débil é inteligente, y por lo mismo tan interesante, me cautivaron de un modo indecible.

—Sin embargo, creo que es V. viudo, — observó la joven.

—Sí, y me casé enamorado de mi esposa, pero no como lo estoy de V. ; tenía entonces veinte años, y aquel amor en nada se parecía á éste. Á pesar de eso, no fui infeliz, y hubiera sido completamente dichoso, si Dios me hubiera concedido la dicha de darme siquiera un hijo ; luego he permanecido viudo seis años, deseando volver á casarme, y sin hallar una mujer que me agradase lo bastante para hacerla mia, hasta que la hallé á V. en mi camino.

La voz del Barón era dulce y sonora ; Fernanda, á pesar de su tristeza, le escuchaba, no sólo sin molestia, sino casi con placer ; sin embargo, su palabra era vacía y helada, y en nada se parecía al lenguaje del verdadero amor.

El barón de Valdemar tenía por Fernanda un capricho, pero no una pasión de esas que echan raíces tan hondas, que sólo se las puede arrancar con la vida.

Dijo después á la joven mil dulces palabras, mil tiernas galante-
rias, de esas que el mundo enseña y que en el mundo son moneda
corriente; hasta que, oyendo dar las cuatro en el reloj del salón, y
mirando el suyo para convencerse de que era efectivamente aquella
hora, dijo:

—No tengo tiempo que perder: voy á comer y á vestirme, pues
la ceremonia es á las siete.

Besó de nuevo la mano de su novia, saludó al Banquero y á Leti-
cia, y salió.

—¿Qué te parece?—preguntó á Fernanda su prima.

—Mejor que antes (repuso Fernanda); creo que es fácil acostum-
brarse á la compañía de un hombre tan distinguido.

Se sirvió la comida, y después las dos primas entraron en su
tocador para vestirse; el traje de Fernanda era espléndido, el de
su prima muy sencillo, de tul blanco, adornado de rosas blancas
también.

La ceremonia tuvo lugar en el oratorio de la casa; después empe-
zó el baile, al que estaba invitado todo lo más distinguido de la no-
bleza y de la banca, pues Fernanda pertenecía por su madre á la aris-
tocracia, y el Barón formaba parte de ella.

Á las dos pasaron al comedor, y, al levantarse de la mesa, los
novios entraron cada uno en su cuarto para cambiar el traje de baile
por el de camino.

Oyéronse de súbito los cascabeles del tiro de una silla de posta,
y, pasados algunos instantes, aparecieron los recién casados.

Fernanda vestía un traje de camino, de merino lila con bordados
negros y paletot igual, y un sombrerito húngaro de terciopelo negro,
muy pequeño, que hacía resaltar las gracias de su lindo rostro, á la
sazón pálido y lleno de lágrimas, que le arrancaba el dolor de separ-
rarse de su padre.

Éste le abrió los brazos, y no pudo reprimir algunos sollozos.

—¡Ahora es cuando conozco la enormidad de tu sacrificio, hija
mía! (murmuró al oído de la joven): sé dichosa, y escríbeme: si eres
infeliz, la misma mano que te ha entregado á tu marido te separará
de él, y volverá á darte amparo.

La joven Baronesa abrazó á su padre y luego á Leticia, á cuyo oído
murmuró:

—¡Cuida de mi padre, y sé más dichosa que yo!

Marta siguió á su joven señora, y después de estrechar el Barón la
mano de su suegro y de sus amigos, salieron los tres, bajaron la esca-
lera, y subieron á la silla de posta, que arrancó con velocidad.

¡Pobre padre! ¡Qué era ya para él la continuación del festín! ¡Qué
la risa y la alegría de los convidados! Nada mas que un nuevo
martirio.

Así lo comprendió la concurrencia, que se dispersó poco á poco.

—¡Leticia! ¡Qué será de tu pobre prima! (exclamó el Sr. B....
abrazando á su sobrina.) ¡Ah, Fernanda mía! ¡Por qué he consen-
tido en que te separes de mí! ¡Cuál será tu suerte! ¡Cuándo te vol-
veré á ver!

—Será dichosa, tío mío (respondió la joven): ya lo es, con la idea
de haber hecho su deber para salvar á V. de la desgracia que le ame-
nazaba: las almas como la de Fernanda caminan siempre por encima
de todas las miserias humanas.

Separáronse el anciano y la joven; al día siguiente se volvieron
á la quinta, porque la estancia en Madrid les era insoportable.

Allí todo estaba aún lleno de la imagen querida Fernanda; y
Marzo llegaba ya con sus tibias brisas, con sus promesas de verdor,
de follaje y de canciones de los pájaros: ya las orillas de los arroyos
se esmaltaban de florecillas, y ya se abrían las de las macetas que adorna-
ban el balcón de Fernanda, y que ésta cuidaba con tanto cariño.

Siete meses después, el barón y la baronesa de Valdemar se hallaban en su palacio de Recoletos, de vuelta de su viaje á París, en donde habían permanecido cerca de cinco.

Fernanda había vuelto alegre y sonrosada, mucho más linda que se fué, y completamente dichosa de su viaje al extranjero.

Era cierto, no obstante, que su marido, de vez en cuando, y en verdad con bastante frecuencia, había pasado en París noches enteras sin ir á su casa, y que su esposa le había estado esperando toda la noche, además de su ayuda de cámara; pero al volver, al amanecer, había pretextado un negocio, una cita en el club, el compromiso de una cena de amigos, y los quince años inexpertos de Fernanda no podían poner en duda la veraz gravedad de estos motivos.

Su esposo no la llevó al gran mundo en que él vivía y devoraba su crecida fortuna.

La llevaba á los teatros y al Bosque en carruaje abierto, lo que era para la pobre é inocente niña el más grande de los placeres.

Recibían á muy poca gente, y apenas visitaban más que á dos ó tres familias españolas.

Á pesar de su vida sencilla y retirada, Fernanda, que, aunque muy candida, tenía gran talento, había notado una cosa, que no había dejado de llamarle la atención: era que las gentes la miraban con aire de lástima y de profunda conmiseración.

Habitan una elegante habitación amueblada en el gran hotel del Louvre, y Fernanda, además de Marta, tenía para su servicio una doncella.

La nodriza creía, lo mismo que su señora, en los deberes que retenían al Barón muchas veces fuera de su casa toda la noche; y en cuanto á la camarera, aunque á sus solas se reía de las dos pobres y crédulas mujeres, se guardaba bien de decir nada; porque sabía por el Barón que sería despedida si intentaba separar la venda de los ojos de Fernanda ó de su nodriza, y se callaba siempre.

Una noche llegó á la puerta del hotel un coche, del que descendió una linda mujer, lujosa y coquetamente vestida, que subió sin detenerse al piso segundo.

Llegada al vestibulo, preguntó á uno de los lacayos por la habitación del barón de Valdemar.

—Aquella es (respondió uno de ellos, señalándola con bastante poco respeto); allí está la señora Baronesa.

—¡Qué! ¿Está aquí su mujer? (exclamó la joven); él me había dicho que la dejó en Madrid.

—Pues la ha traído.

—¡El monstruo, el pérfido!

—No obstante, si la señorita quiere evitar el verla, puede entrar en la antecámara, y llamaré á Luisa, que podrá darle razón del señor Barón.

—¿Quién es Luisa?

—La camarera del señor Barón.

—¿Será acaso una que yo tuve?

—Ciertamente; ella me lo ha dicho.

—¡Pues qué! ¿me conoce V.?

—¿Quién no conoce á la señorita en París, por poco que haya servido á gente de buen tono? Yo fui ayuda de cámara del duque D....

—¡Ya! (interrumpió la joven con aire de inteligencia.) No es extraño que V. me conozca entonces....; ya troné con él....

—Lo sé....; y él se pegó un tiro.

—De resultas de eso, si....; se había arruinado...., y me cansaba....; pero vaya V., amigo mío, y diga á Luisa que deseo hablarle.

—Puso, al decir esto, cuatro napoleones en la mano del lacayo, que se inclinó profundamente; y, después de hacerla entrar en la antecámara, desapareció.

Luisa se presentó casi al instante; pero detrás de la *portière* que la había dado paso quedó la cabeza gris y curiosa de Marta.

—Señorita (dijo Luisa): ¡qué dicha para mí la de volver a ver á V.!

—No debías esperarlo, después de haberme abandonado por servir al Barón....; pero olvidemos lo pasado....; ¿está en casa?

—Volvió hará dos horas.

—Toda la noche le he estado esperando, pues me ofreció venir á cenar conmigo.

—Creo que habrá cenado con la señorita Celina.

—¡Cómo! ¿Ha vuelto á las redes de esa mujer?

—Más preso está ahora que antes.

Marta, al ver que no entendía una palabra, pues hablaban en francés, tomó el partido de retirarse, y fué á decir á Fernanda que una señora joven y muy bonita estaba hablando con Luisa, pero que hablaban *en la lengua de la tierra*, y que ella no las entendía.

Fernanda, curiosa por ver á la visita, y pensando que podría querer verla á ella, salió, y rogó en buen francés á Ernestina, que este era el nombre de la joven, que pasara adelante.

La cortesana tenía demasiada serenidad para cortarse, y siguió á la Baronesa, que fué juguete de la más indigna burla.

—Señora (le dijo Ernestina): yo venía á poner por empeño al señor Barón, á fin de conseguir un destino para un hermano mío: ¿no podría verle?

—Acaba de acostarse, señorita (dijo la pobre Fernanda con verdadero sentimiento): ha pasado la noche velando á un amigo enfermo.

Ernestina tuvo que fingir una tos y llevar el pañuelo á la boca para no soltar la carcajada.

—Sin embargo (añadió la Baronesa), yo le diré lo que V. me deje encargado así que se despierte.

—Pues bien, señora Baronesa; dígame V. que ha estado á verle la señorita Ernestina, y que le espera en su casa.

—¿Nada más?

—Nada más: ya lo entenderá. Adiós, señora; y mil gracias.

—Adiós, señorita.

Ernestina salió. Fernanda no sospechó nada; había en aquella alma de ángel tal inocencia, que era necesario, para desgarrar el tupido velo que la envolvía, el huracán de un gran dolor.

—¡Qué cara tan desvergonzada tenía esa damisela! (dijo Marta, que desde un rincón había asistido á la entrevista.) No me parece cosa buena: ¿qué quería?

—Que el Barón le consiga un destino para su hermano.

—¿Y está bien que se venga á poner por empeño una joven de veinte años, y vestida de un modo tan vistoso?

—Sabe que es casado.... ¿Qué tiene eso de particular?

—Nada, nada; yo me entiendo (dijo Marta). ¡Así es ella buena como ahora llueven doblones!

Cuando el Barón se levantó, á fin de vestirse para comer, Fernanda le enteró de lo que le había dejado dicho Ernestina.

Éste la miró, estupefacto de que no adivinase nada, de que no le hiciese ninguna reconvección; pero luego, admirando aquel santo candor, é indignado contra la cortesana, exclamó:

—¡Está bien! ¡Esa mujer es una loca!

—¡Ella! ¡Si parece tan buena, tan dulce, tan simpática! (exclamó la Baronesa.) ¿Por qué dices que es una loca?

—Porque...., porque se atreve á cosas que no debiera.

—¿Acaso dices eso por el destino que solicita para su hermano?

—Justo: por eso mismo.

—¿Y no se lo darán?

—¡No! Y si vuelve, no la recibas por ningún motivo.

—¡Pobre joven!

—Te digo que es una intrigante.

Fernanda se olvidó bien presto de aquel incidente; pero Marta se acordaba con frecuencia de él, y sospechaba con razón de la vida de desorden y escándalo que el Barón llevaba en París.

Las sospechas de la nodriza no podían ser más fundadas: el Barón, según había hecho durante su vida, tiraba el dinero á manos llenas.

Hijo único de una noble y opulenta familia, había devorado ya la fortuna de su abuelo y la de su padre: la actriz más á la moda, la bailarina más en boga, la cortesana más célebre por sus desórdenes, corrían siempre por cuenta suya, y le ayudaban á tirar montones de oro: el juego, los caballos, las apuestas, acababan de disipar su crecido patrimonio.

Fernanda había sido uno de sus mil caprichos; para conseguirla,

puso á disposición de su padre todo el dinero que poseía, y ordenó á sus apoderados y administradores que vendiesen algunas fincas.

Cansado ya de la vida de París, donde le amenazaba la venganza de una familia opulenta, á cuya hija había engañado del modo más miserable, decidió volverse á Madrid con Fernanda, que aceptó llena de alegría, al saber que se iba á ver otra vez en su querida patria, que iba á abrazar á su padre y á la buena y cariñosa Leticia.

Por eso, pues, volvemos á hallarla alegre, risueña, rosada, más bella que lo estaba al casarse, porque entonces llevaba aún grabada en el alma la imagen de Jorge.

Aquella imagen se había borrado casi en su mayor parte, porque Fernanda había llegado á amar á su marido: su afición á Jorge había sido el sueño de su adolescencia: su amor al Barón era su primer amor, y este amor grave, basado en el deber, había echado, é iba echando, hondas raíces en su alma generosa.

Á la hora en que volvemos á encontrar á Fernanda, se hallaba ésta con su prima, y las dos jóvenes hablaban de proyectos de dicha entre alegres carcajadas.

El Barón no estaba allí: se hallaba aún acostado, pues eran sólo las doce de la mañana.

Era Setiembre: la mañana estaba hermosa, limpia la atmósfera, radioso el sol.

—Vamos á almorzar juntas (dijo la Baronesa), y luego iremos á dar un paseo.

—¿Y tu padre almorzará solo? (observó Leticia.) Ya sabes que eso no le gusta, querida Fernanda.

—Su padre almorzará con ella y contigo (dijo el Sr. B..., entrando); se convida.

—¡Ah! Tanto mejor, querido papá (exclamó la joven, saltando al cuello de su padre): ¿te convidas también á venir á paseo?

—No, á eso no, hija mía (respondió el anciano); tengo que hablar á tu marido, y esperaré á que despierte.

—Que le llamen, — dijo la joven.

—Ahora no....; ¿para qué? (repuso el Sr. B..., cuyo rostro se contrajo con una expresión de profunda pena.) Según me ha dicho su ayuda de cámara, ha encargado que le llamen á las dos.

—Ayer se levantó á las cuatro. ¡Ah, papá! ¡qué triste y fastidiosa

vida es la de gran señor! Alejandro, cuando se levanta, sólo tiene tiempo de vestirse para comer, y siempre come sin gana.

Ahora tendrá algunos quehaceres, supuesto que se vuelve á marchar, — observó el banquero.

—¿Que se marcha! (repitió Fernanda, asombrada.) ¿Y á dónde?

—¿No te lo ha dicho?

—¡No, papá!

—Se va á Baden.

—¿Pues si he de ir con él, debo disponerlo todo! (exclamó la Baronesa.) Querrá aprovechar esta última estación de baños....

—Se va solo, — dijo el padre.

—¡Solo! ¡No puede ser!

—Esa es, á lo menos, su intención.

—¡Solo! ¡Á los siete meses de casados! ¡Qué dirán, y en qué tristeza quedaré yo!

—Y tanto más, hija mía, cuanto que yo no puedo acompañarte, porque salgo mañana para Londres, á fin de arreglar un asunto comercial: sólo te quedará Leticia....; pero no....; yo confío en que tu marido te llevará, y no sólo á ti, sino también á tu prima: en fin, ya hablaremos de eso.... Ahora vamos á almorzar, y luego que os pongan el coche y os vais á paseo; aprovechad la tarde, que está hermosa; yo me quedaré, pues ya os he dicho que tengo que hablar á Alejandro.

—¿Y le disuadirás de la idea de marcharse solo?

—¡De eso trato!

Fernanda agitó el cordón de la campanilla, y dijo al criado que se presentó:

—Que sirvan el almuerzo.

Un instante después se anunció que estaba en la mesa.

Ni el padre ni la hija hicieron alarde alguno de apetito: no podía comprender la joven que su marido pensase en marcharse sin ella, sobre todo tratándose de una excursión de placer, como es la estación en Baden: su padre parecía abrumado por tristes pensamientos.

Leticia no pudo disipar la nube de tristeza que envolvía aquella atmósfera caliente y perfumada.

—Nos iremos á la quinta (dijo Fernanda): ¡deseo tanto volver á verla! Vente tú también, Marta (añadió, dirigiéndose á la nodriza, que

los servia); prefiero ir allí, á ir á la Fuente Castellana; ¡cuántas veces me he acordado en París de nuestra bella casita!

Las dos jóvenes subieron al coche, y salieron con Marta, que las acompañaba, al trote del brioso tronco.

El Sr. B.... esperó á que su yerno se despertase, y, para divertir la espera, trató de leer, de pasearse por el jardín, y de contemplar las hermosas pinturas de la galería; pero en vano: era tal su zozobra, que nada alcanzaba á hacérsela olvidar.

Dijéronle, por fin, que el Barón se había levantado, y le anunció que deseaba verle.

Algunos minutos después, Alejandro apareció en el salón, é invitó á su suegro á pasar al comedor, diciéndole que podrían hablar en tanto que tenía lugar su desayuno.

IV.

El padre de Fernanda rehusó desde luego pasar al comedor.

—Lo que tenemos que hablar, querido Alejandro, no pueden oírlo los criados (respondió severamente); y debe quedar entre los dos.

Al hablar así, miraba el Banquero con una mezcla de terror y de aversión el estrago que los excesos de una vida disipada habían hecho en el Barón.

Fernanda le había visto constantemente bien vestido y elegante: aquella mañana, habiendo sabido por su ayuda de cámara que había salido, no se cuidó de hacer ningún preparativo en su persona, y recibió á su suegro con la bata que se había puesto al levantarse.

Sus ojos hundidos y apagados, la lividez de su semblante y el color blanquecino de sus labios, le daban un aspecto repugnante.

—Querido suegro (repuso á la observación del Banquero): yo acostumbro á desayunarme así que me levanto, porque si no, no tengo á la hora de la comida apetito alguno: vamos al comedor, y si lo que V. tiene que decirme es tan reservado, me servirán el almuerzo, y despediré á todos los criados, porque para comer no los necesito.

—¡Sea! (dijo el Sr. B....) Es preciso que yo te hable, y pues no hay otro medio, me avendré á ese.

El padre de Fernanda y su yerno pasaron al comedor; y después de servida la suntuosa mesa, que se cubrió casi toda de fiambres, preparados con picantes para excitar el muerto apetito y destruido estómago del Barón, éste despidió á los criados que le servían.

—Ya puede V. hablar (dijo volviéndose al Sr. B....). ¿Qué es lo que tiene V. que decirme de tan alta importancia? ¿Viene V. á darme algún dinero? Muy bien me vendría, porque estoy sin un cuarto.

—Yo pensé que, marchandote á Baden, como, según he oído, vas á hacerlo, tendrías dinero de sobra,—observó el Banquero.

—¿Qué disparate! Justamente me voy porque no tengo un cuarto.

—Yo te he dado tres millones en cinco meses,—dijo el Sr. B....

—¿Y ojalá me diera V. los otros tres que me debe!

—¿Pero has gastado ya los tres?

—Le repito á V. que no tengo un cuarto.

—Pero ¿en qué, en qué se gasta así el dinero? ¿Lo tiras acaso por el balcón?

El Barón tragó lo que tenía en la boca, y masticaba con gran hastio y dificultad: cruzóse de brazos, y mirando al padre de su esposa con la más cinica insolencia, repuso:

—¿Sabe V., caballero, que es muy extraño que se permita preguntarme en qué gasto mi dinero?

—¿Es verdad! (repuso el Banquero, rojo de cólerica confusión.) V. es dueño de hacer lo que le dé la gana de él, y no obstante....

—Y no obstante, yo soy tan bonachón, que voy á dar á V. gusto, diciéndole en qué lo he gastado. Allá va: primero en jugar, y este año con mala fortuna; luego, en París, una joven llamada Ernestina, y aquí otra llamada Sofía, á la que tal vez conocerá V. de oídas, me han derrochado sumas enormes; á las dos les he regalado tiros para los carruajes y caballos de montar, amén de renovarles todo el mueblaje de su casa, y de regalarles algunos brillantes.

—¡Miserable!—exclamó el anciano, alzando convulsivamente su puño sobre la cabeza casi calva de su yerno.

Pero éste se levantó con una terrible sangre fría, y cogiendo aquel puño con una mano de hierro, hizo caer de nuevo sobre su silla al Banquero.

—¡Oh, Dios! ¡Á qué hombre he entregado yo mi hija!—exclamó.

—¡Á un hombre que le libró á V. de pegarse un tiro, viejo loco! (repuso el Barón.) ¡Á un hombre que la mimaba, que la mira como á una bonita muñeca, que es á lo más que ella y V. podían aspirar! ¡Á un hombre que pagó con seis millones su capricho, y que quiere cobrar al instante, ¿lo oye V.?, al instante, los tres que V. le debe!

¡Á un hombre que se iba á Baden á jugar y á ganar por no pedir á V. dinero, y que ahora, además de irse, se lo exige!

—Se irá V. (balbuceó el banquero); se irá V.; ¡pero sin mi hija!

—¡V. está loco! (exclamó el Barón); para nada necesito á mi mujer; para nada me hace falta su compañía: pero ahora, aseguro á V. que me seguirá!

El Barón sorbió una taza de café muy cargado, y mezclado con una buena parte de ron: luego salió del comedor, y se entró en su cuarto, cantando una arieta, con tanta frescura y sangre fría como si acabara de tener con su suegro la más amigable conversación.

El desgraciado padre salió del palacio del Barón con paso vacilante, y se dirigió á su casa.

Su cabeza estallaba; se volvía loco; pensaba con horror en quién era el hombre á quien había entregado su hija, su Fernanda, tan linda, tan inocente, tan pura, y se acusaba amargamente por no haber tomado antes mejores informes, á pesar de la angustia en que le tenía sumergido su próxima é inevitable quiebra.

Entre tanto, Alejandro se vestía sin dejar de cantar: con un arte infinito, y con la hábil cooperación de su ayuda de cámara, restauró los restos de su belleza, que había sido muy notable: rizo sus cabellos, se puso dos dientes que llevaba postizos, después de limpiar cuidadosamente los que le quedaban, y lavó sus manos con una pasta perfumada.

Hecho esto, y sabiendo que Fernanda se había ido á la quinta, se fué al Casino hasta la hora de comer.

Cuando volvió á casa, ya estaba en ella la joven, que le esperaba leyendo.

Así que le vió, corrió á él, y le preguntó, asiéndole las manos:

—¿Conque te vas?

—Nos vamos á Baden; ve preparándote, querida mía,—respondió el Barón, besándola en la frente.

—¿Qué! ¿Voy yo también?—exclamó gozosa Fernanda.

—¿Querías que me fuese sin ti? Pero te advierto que allí hay mucho lujo, y, más que lujo todavía, elegancia.

—¡Yo tengo bastantes vestidos!—dijo la niña con una bella sonrisa.

—Hazte alguno más: cuatro ó seis, por ejemplo.

—¿Me darás dinero?

—No: ahora me es imposible: pagaremos tu cuenta al volver.

—Prefiero pedirle á mi padre (observó Fernanda). Deber eso es muy feo, amigo mío.

—Tu padre me habló esta mañana, y me dijo que se hallaba también ahora con pocos recursos: así, pues, no le pidas.

—Entonces pasaré con los trajes que tengo,—dijo la joven.

—No sirven para allá, niña mia; en las estaciones de baños se viste de un modo totalmente distinto que en la ciudad: ve á la mejor modista: que te enseñe figurines de los trajes de baños, y que te haga seis: no puedes llevar menos.

—¡Pero deber á la modista! Mi mamá, según dicen, jamás debió un cuarto á nadie.

—Tu mamá pensaba á la antigua, y tú piensas del mismo modo: ¿hay algo más elegante que deber?

—¡Sí! ¡el no deber! El que debe es porque gasta más de lo que tiene, y eso es mal hecho.

Un criado que entró presentó al Barón una carta en una bandejita de plata.

Dentro de la carta, que era muy abultada, venían billetes de Banco en gran cantidad.

El Barón recogió éstos, dejando caer la carta, y salió con precipitación.

Fernanda, asombrada, le vió alejarse, y luego, inclinándose maquinalmente, cogió la carta.

Reconoció la letra de su padre, y sin saber la causa, tembló.

El fatal escrito decía así:

«Envío á V. sus tres millones, y me mato, como debí haberlo hecho antes de dar á V. á mi hija; entonces, si hubiera muerto, hubiera sido con la convicción de dejarla libre, y ahora muero con el nuevo dolor de dejarla entregada á un miserable como V. Dios, que nos juzgará, dará á V. el castigo que merece por los insultos que me dirigió esta mañana, y por la reclamación de su dinero, que me causó la muerte.»

Fernanda quiso gritar, y no pudo: trató de salir, y sus piernas se negaron á sostenerla: la voz se le anudó en la garganta, y cayó sin sentido sobre la alfombra.

Cuando volvió de su letargo, al percibir sobre su rostro el frío de la noche, se vió en un carruaje, y al lado de su marido.

—¿Dónde estoy?—exclamó la pobre niña.

—Conmigo,—respondió la voz de su marido.

—¿Y mi padre?

El Barón guardó silencio.

—¿Ha muerto?

—Si (repuso el Barón); ¿para qué te lo he de negar?

—Pero.... (balbuceó Fernanda), ¡en una carta que yo vi en el suelo...., que recogí y que leí, te decía que tú eras la causa de su muerte!....

—Vamos, mi querida niña (dijo el Barón); no pienses en eso....; tu padre hizo por fin bancarrota, y perdió la cabeza....; no pienses en eso, y piensa en que aún te quedo yo.

—¡Dios mío! ¡Suicidado! ¡Qué poco pensó en mí! (exclamó la desdichada niña.) ¡Y ahora el infierno por toda una eternidad! ¡Y no habrá hallado á mi madre, que era tan buena! ¡Ah! ¡Si ella hubiera vivido, mi padre no hubiera muerto!

Fernanda lloró largo rato: su marido dejó que su dolor se desahogase; al fin, el cansancio pudo más que la aflicción, y la pobre niña se durmió, no sin que su sueño fuese interrumpido por fantásticas y tristes visiones.

Pocos días después, los periódicos de Madrid insertaban el siguiente suelto:

«Una desgracia lamentable ha venido á afligir á una familia muy conocida en la corte.

«El Sr. B...., opulento banquero, herido tal vez en sus intereses por la crisis comercial que nos aflige, ha puesto fin á sus días, suicidándose con una pistola, en la noche del día 11 de....

«Por fortuna, su hija única se había casado hace pocos meses con el señor barón de V...., y hallará en su matrimonio el consuelo de tan amarga pena.»

dice, que pasa allí la pena negra. ¡Ay, amo mio, amo mio! ¡Qué cuenta habrá tenido que rendir á Dios por dar á su hija semejante marido!

Y al hablar así, con el acento de la desesperación, se desprendían amargas lágrimas de los ojos de Marta.

Por la noche, cuando Leticia y la nodriza pasaron á la quinta donde habitaban Gustavo y su madre, ésta le dió la carta que el joven había recibido; Leticia miró la firma, y exclamó:

—¡Jorge! ¿Es Jorge el que escribe?

—¡Si, hija mía, y bien tristemente! (repuso la madre de Gustavo). Lee:

«Aqui estoy, amigo mio, buscando alivio á una dolencia que me aqueja desde hace algún tiempo, y que no sé si tendrá remedio; y aqui ha venido ella también con su marido, como si el cielo deseara negarme el bien del olvido.

«¡Pobre Fernanda, qué cambiada la he hallado! Ya ha desaparecido la niña alegre y llena de gracias, y sólo hay en su lugar una triste mujer, pálida y abatida.

«He sabido el trágico fin de su padre, no por ella, con quien ni una sola palabra he cambiado, sino porque aqui hay una crónica que se ocupa y publica la historia de todos los viajeros que llegan, y escudriña si vienen por motivos de salud, de especulación ó por otra cualquiera causa que sea: es decir, que al instante que llega una persona, se averigua su vida privada, lo que ha sido, lo que es, y hasta lo que espera ser.

«Envuelta, pues, en vapor de la sangre del hombre desgraciado á quien esperé llamar padre un dia; envuelta en la muerte del padre de Fernanda, ha llegado la historia de su marido; historia repugnante, llena de desórdenes como tantas otras. Se ha dicho que él ha ocasionado la muerte de su suegro, pidiéndole con premura, y para vengarse de sus reconvenções, tres millones que le debía, y que el infeliz se dió la muerte al enviárselos, porque esto le arruinaba tan por completo como iba á quedarse el dia que se los prestó.

«Y todo esto debe saberlo esta desventurada criatura, porque, aunque estuviera iguorante de ello, aqui se habla del asunto, y se comenta sin miramiento alguno.

Leticia corrió á refugiarse con Marta en la quinta, donde tan felices dias había pasado al lado de su prima, y que era en la actualidad el único asilo que le quedaba.

Lo mismo la joven que la nodriza, se hallaban inconsolables.

Aquella lloraba la muerte de su tío y la ausencia de su prima, y ésta, sobre todo, el no haber podido consolar y acompañar á su Fernanda, de la que jamás se había separado.

La salida de Madrid del Barón y de su mujer se parecía más á una huida que á un viaje dispuesto y llevado á cabo con tranquilidad.

La madre de Gustavo fué el gran consuelo de las dos pobres mujeres en su dolor; y habiéndoseles notado que la quinta se iba á vender para pago de acreedores, la viuda aconsejó á su hijo que se casase con Leticia al instante, á fin de darle el amparo que le faltaba.

Un dia llegó una carta para Leticia; ésta la abrió, y dió á la madre de Gustavo otra que había llegado para él.

Ambas tenían el sello de Baden. La de Leticia era de su prima, y respiraba una gran tristeza; pero de nada se quejaba, sino de no hallar consuelo por la muerte de su buen padre.

Decía que se hallaba delicada de salud, y que deseaba mucho volver á España.

Apenas hablaba de su marido, y se limitaba á dar afectos suyos para Leticia y Marta.

—Lo que es á mi (dijo la nodriza), eso no me cuela: el señor Barón no me puede ver ni en pintura; en cuanto á que mi pobre niña esté bien y contenta, lo creo menos; la conozco, y veo, por lo que

«Además, la vida que lleva su marido es el escándalo de esta gente, que se escandaliza de muy pocas cosas: el Barón pasa las noches jugando, y aunque se le dejaba cuando llegó ganar alguna vez, ahora pierde siempre; y la crónica de que te hablé dice que se halla completamente arruinado.

«La desgracia ha caído, pues, formidable, inmensa, sobre Fernanda, antes de haber cumplido los diez y seis años de su vida: ¡pobre niña, a la que quería, a la que podía yo haber hecho tan feliz! ¡De qué le ha servido dar su libertad y la dicha de toda su vida para salvar a su padre de la ruina, si esta ruina se ha consumado con tan horribles circunstancias! ¡si este padre ha muerto de tan desastrosa manera!

«Ella vive muy retirada: apenas sale de su habitación de la fonda: no obstante, cuando se dispone alguna partida de placer, alguna diversión general, en la que sería nota de él no tomar parte, allí está la baronesa de Valdemar, silenciosa y triste, pero con una plácida sonrisa y una dulce palabra en los labios para todo el que le habla: a pesar de su profunda melancolía y de su débil salud, su belleza y su exquisita y delicada elegancia la hacen sobresalir entre todas estas grandes señoras que se presentan cubiertas de encajes y de brillantes: más que un cuerpo, es un alma; ó, más bien, diré de ella lo que Lamartine decía de Julia: es una enfermedad contagiosa del alma bajo las formas más seductoras que puede tomar la mujer.

«Por todas partes halla afecto y simpatía: porque esta criatura, inocente, modesta, silenciosa, llena de bondad para todos, no excita más que la simpatía, sin despertar la emulación.

«Aquí estoy encadenado a sus pasos con una fuerza que no puede mi razón contrarrestar: desde que ha llegado, creo que respiro mejor: su marido no me conoce; con ella me he encontrado dos ó tres veces en el paseo solitario que doy cada mañana: me ha visto, y me ha sonreído con afecto, como a un amigo antiguo; yo no me he atrevido a hablarla, porque su inocencia y su desgracia han atado mi lengua con lazos que no podía ni quería romper.

«Adiós, amigo mío: soy muy desgraciado, pero no tanto como antes, desde que la veo: cuando ella se vaya de aquí, no la seguiré, pero tampoco me quedará en estos sitios.

«Dime si te has casado ya con la bella y simpática Leticia, que

será, estoy seguro de ello, una tierna compañera para ti, y una hija muy buena para tu madre.

«¡Dichoso tú, y ojalá Dios te conserve la felicidad que a mí me niega!

«Te abraza tu amigo invariable

«JORGE.»

— ¡Oh, mi pobre Fernanda! (exclamó Leticia.) ¡Tu martirio es horrible, y tan silencioso, que no alcanza ni alcanzará ninguna gloria!

— Dios ha dicho: *Los que lloran serán consolados* (repuso la madre de Gustavo); y Él da la recompensa en el cielo á esos mártires que el mundo no conoce.

— ¡Qué distinta es mi suerte! (repuso la joven.) ¡Yo, por pobre, podré unirme al hombre á quien amo: el trabajo nos dará su sabroso pan y su tranquilo sueño, y seremos ambos dichosos; y ella...

— Ella ha tenido que inmolarse como víctima de las riquezas de su padre. ¡Ah! ¡cuando nos quejamos de la suerte, ofendemos á Dios, y no sabemos lo que pedimos! Pero, mi querida Leticia, dispón lo que tengas que arreglar, porque Gustavo y yo deseamos que vuestra boda se verifique el próximo domingo: el invierno llega, y es preciso irse ya á Madrid, después de haber pasado aquí los primeros días.

A entradas del invierno, el barón y la baronesa de Valdemar llegaron á Madrid.

Leticia, que hacia poco más de un mes que se habia casado, fué la encargada por Fernanda de prepararles su soberbio palacio de Recoletos, que se hallaba cerrado desde su salida, pues los criados habian sido despedidos.

Leticia, que vivia en una modesta pero alegre casa con su marido y la madre de éste, sintió que su corazón se oprimia al entrar en aquella suntuosa á la par que triste morada.

Invadialo todo el polvo, y las cortinas corridas, de seda muy espesa, no dejaban paso á la luz.

Á las cuatro de una nebulosa tarde de Octubre se detuvo á la puerta el coche que traia desde la estación del ferrocarril á Fernanda y á su marido.

Leticia y el suyo se hallaban allí para recibirlos: las dos primas se abrazaron con ternura, y la joven esposa del Doctor colmó de besos y de caricias á la baronesa de Valdemar.

Pero de repente detuvo sus transportes, y miró á Fernanda con terror.

Ésta se hallaba espantosamente cambiada.

La palidez de sus mejillas ya no era aquella fresca y rosada que tan interesante la hacia en otro tiempo; hallábase su semblante cubierto de un color plomizo y casi livido, producto de largas noches de llanto y de insomnio.

Sus grandes y hermosos ojos negros estaban como agobiados por

la tristeza de la frente y por las cóncavas y oscuras ojeras que los rodeaban.

Ya no eran sonrosados sus labios, y la sonrisa que los entreabria con frecuencia era tan triste, que, al verla, se sentían deseos de llorar.

—¿Me halláis muy cambiada, verdad, amigos míos? (preguntó la Baronesa al Doctor y á Leticia.) He sufrido mucho moral y físicamente, y no es extraño: mi pobre padre.... ¡Ah! ¡Esta casa está aún llena de su memoria, pues aquí estuvo el día antes de morir!

Fernanda dejó escapar de sus abatidos ojos algunas lágrimas; su marido la miró enojado, y dijo con dureza:

—¡Á la verdad, querida, que ya es ridiculo tan largo dolor! ¡Si todos los que pierden á sus padres se pasaran la vida llorando, estaría bueno el mundo!

Fernanda alzó sobre su marido una mirada, llena á la vez de tal amargura y de tanta admiración, que éste tuvo que bajar los ojos, y después de contemplar con enojo y frialdad á Leticia y al Doctor, se retiró á su habitación, sin dirigirles una palabra de cumplimento ó despedida.

Gustavo, ofendido, hizo una seña á su mujer para marcharse; pero Fernanda, asiendo una mano de su prima y otra del Doctor, exclamó:

—¡Oh, no; no os vayáis todavía; deseaba tanto veros!

—Parece que nuestra presencia no es de ningún modo agradable al Barón (dijo Gustavo); y, por mi parte, deseo no serle molesto.

—¡Molesto! ¡No, no lo temas, querido primo! (exclamó la Baronesa): no, él es así...., algo brusco, pero ama todo lo que me pertenece....; no le hagáis caso ni tú ni Leticia: los hombres de negocios son todos ásperos....; ya se sabe.... Mi pobre padre lo era también algunas veces.... ¡Ah, perdonad! El nombre de mi padre viene sin cesar á mis labios, y su memoria no se separa un instante de mí; pero hablemos de vosotros.... ¿Sois dichosos? Así lo creo, y no sabéis con cuánto gusto pasaré algunos ratos en vuestra casita, que debe ser un cielo de alegría y de felicidad.

—Si, soy dichosa, prima mia (respondió Leticia): más dichosa sin duda que tú, que estás en extremo alterada y triste.

Fernanda fué á hablar: su corazón subia á sus labios: su alma necesitaba expansión....; pero la pobre mártir tenia, para mostrar sus

dolores, que culpar á su marido, á su marido á quien amaba, y se detuvo.

Al cabo de algunos instantes de silencio, repuso:

—No te ocultaré que sufro algunas veces, prima mía. ¡Si, sufro, porque me acuerdo de mi padre!

Sonó en esto la campanilla de la escalera: se oyó abrir la puerta, y después un altercado, en el que se mezclaban la voz de tiple de una mujer y la voz gruesa del lacayo de la antesala.

Leticia escuchó admirada: el ruido de la contienda se iba acercando, y la Baronesa se acercó también á la puerta: ya iba á abrirla, cuando se abrió por sí misma, y una mujer gritó, al penetrar con tanto ímpetu, que casi hizo caer á la Baronesa:

—He dicho que entraría, y entraré.

Era una joven de lindas y graciosas facciones y de aire atrevido: era la misma Ernestina, á quien conocimos en el hôtel de París.

Venia elegantemente vestida, con un traje de seda azul y un abrigo de terciopelo, pues la tarde estaba fría; un sombrero azul, mitad de raso y mitad de blonda, cubría sus cabellos negros y brillantes, ligeros y naturalmente ondulados.

El criado de la antesala entró tras ella, y dijo á Fernanda:

—Señora Baronesa, la señora se ha empeñado en ver al señor Barón; y como no tenía orden suya de dejarla pasar, yo no quería....

—¡V. es un insolente! (gritó Ernestina.) El Barón me escribió ayer que llegaba, y he querido verle: si él supiera que V. se ha atrevido á impedirme....

—Retírese V., —dijo Fernanda al doméstico con su dulzura acostumbrada.

Y volviéndose á la joven, añadió:

—En cuanto á V., señorita, puede esperarle, si quiere: ahora se le avisará.

Ernestina miró asombrada á Fernanda: luego se vieron humedecer de lágrimas sus bellos y atrevidos ojos: por último, como si no pudiera resistir al impulso secreto de su alma, se lanzó hacia la Baronesa, y le preguntó:

—¿Cómo, señora! ¿No le importa á V. que vea á su marido? ¿No sabe V. quién soy yo? ¿No recuerda V. haberme visto en París, cuando fui á buscarle también al Gran Hôtel?

—Si (dijo la Baronesa); recuerdo haber visto á V.

—¿Y no adivina V. nada?

—Entonces nada pude adivinar, porque era muy niña y muy inocente: ahora que el dolor ha abierto algún tanto mis ojos, creo adivinar algo triste para mí, pero aún más triste para V.

—¿Y no me hace V. arrojar de su casa?

—¡No! Es V. mujer, y desgraciada, porque camina por una senda torcida.... Además, ¿qué adelantaría yo con dar un escándalo? Hacer á V. un nuevo daño, pobre joven.

—¡Oh, señora! (exclamó Ernestina, tomando la mano de Fernanda, y cubriéndola de besos y de lágrimas.) ¿Cómo es posible que haya un hombre capaz de preferirme á V.! ¡Perdón, ángel del cielo! Yo soy una de las que consuman la ruina del Barón, pero no la única....; he sabido lo que ha hecho en Baden, y apenas he tenido noticia de que se hallaba aquí por una carta suya, he venido á decirle que es un infame. ¡Oh! ¡Si V. supiera!....

—Nada quiero saber de lo que no hace favor á mi marido (repuso Fernanda con dulce dignidad); en cuanto á V., la compadezco, pobre joven; es seguro que ni ha conocido á sus padres, ni tiene tampoco un esposo, quien, por extravíos que tenga, es siempre el aparato más seguro y más legítimo.

—¡Ah, señora! ¿Qué triste verdad hay en lo que V. piensa! (exclamó Ernestina, volviendo á su llanto.) Yo soy una de tantas desdichadas que no tienen familia, ni cariño, ni afecciones en el mundo; fui hija única, y mis padres me adoraban: nada aprendí del gobierno de una casa, ni de las labores propias de mi sexo, ni de nada de lo que ilustra el entendimiento y eleva la inteligencia: murieron, y el desamparo, la pobreza, mi completa ignorancia, me condujeron á la vida del galanteo, de la disipación: creyéndome amada, viéndome cubierta de galas y joyas, nada más pedía al porvenir, y así pasé la primavera de mi vida: mas poco á poco he ido viendo que todo era mentira, y que el amor verdadero ni se compra ni se vende.... Hoy que tengo ya veinticinco años, y la ruina de algunas familias pesando sobre mi conciencia, envidio á la pobre obrera, esposa y madre, á la que ama á un hombre honrado de su clase con un cariño honesto y correspondido.

—¡Adiós, señora! (prosiguió la joven); no seré yo la que contri-

buya más á la ruina consumada ya del Barón: venia á llenarle de improprios; pero prefiero alejarme sin decirle nada: ¡ojalá sea V. tan dichosa como merece y yo le deseo!

Salió Ernestina, y Fernanda, ruborizada de que Leticia y su marido hubieran sabido los crueles misterios de su vida doméstica, procuró recobrase y hablar de mil cosas que les distrajesen de lo que acababan de oír; pero el Doctor y su esposa conocieron la violencia que la pobre joven se estaba haciendo, y se despidieron de ella.

Así que salieron, el rostro de Fernanda se cubrió con la densa sombra del dolor, y dejando caer la frente en su mano, quedó por largo rato meditabunda y sumergida en amargas reflexiones.

VII.

El invierno se pasó, dando el barón de Valdemar cada día un nuevo escándalo, no sólo con sus ruidosos amores con todas las beldades de moda, sino también con algunos lances de honor en que se vió envuelto á causa de sus continuas conquistas.

Desde su vuelta de Baden, el dinero escaseaba cada vez más en el palacio de Valdemar: los criados se habian despedido en su mitad, y los que quedaban servian con ese ceño, con ese despego, propio de los sirvientes mal pagados.

Fernanda vió llegar un día, en compañía de su marido, á un hombre flaco, amarillo y vestido con un deteriorado traje negro; seguianles dos mozos de cordel, que conducian una enorme caja, y todos se dirigieron al comedor: el Barón mismo abrió los chineros, y toda la vajilla de plata labrada fué colocada en la caja y conducida fuera de su casa.

El Barón esperaba de su mujer reconvencciones, ó á lo menos preguntas; pero ésta no le dijo ni una sola palabra, ni su bello rostro perdió nada de su apacible serenidad.

Enternecido el esposo calavera, se acercó á ella, y la asió de las manos, mirándola con admiración.

—Fernanda (le dijo): estamos arruinados; no te lo quiero ocultar.

Fernanda le miró con sobresalto: el Barón añadió:

—He jugado y perdido mucho: todo lo mío, y hasta tu dote.

—Yo no tenia dote,— repuso la joven.

—Lo tenías, porque yo te lo habia señalado.

—Entonces era tuyo.

—Mañana, Fernanda, tendremos que abandonar esta casa, que se va a vender para pago de acreedores, y te habré de llevar a otra mucho más modesta.

—No te apures por eso (dijo la esposa); y para satisfacer al acreedor más exigente ó que tenga más razón, toma mis diamantes: ya sabes que me visto poco de noche.

—Pero esos diamantes son, en su mayor parte, de tu madre.

—Reservaré éste que siempre llevaba puesto (dijo Fernanda mostrando en el dedo anular de su preciosa mano una sortija pequeña: los demás te los ofrecería también mi buena madre, si viviera, y necesitaras de ellos.

—¡Ah! ¡Qué buena eres, Fernanda! (exclamó verdaderamente enternecido aquel hombre disipado y frívolo.) ¡Y yo qué poco te merezco! ¿No me aborreces?

Fernanda dejó escapar un triste suspiro: su marido se dejaba llevar por su afán de lujo, por sus inclinaciones disipadas; pero esto se sentía inclinada a perdonárselo, puesto que para ella siempre había sido comedido y casi galante: lo que no podía olvidar era que había contribuido a la muerte de su padre.

—Te compadezco (respondió la joven a la pregunta que su marido acababa de hacerle); te compadezco, porque no sabes ó no puedes huir de esa vida que te arruina.... Di, ¿no tienes una casa en una provincia adonde nos podamos retirar algunos años? Yo te prometo que, si me dejases la dirección de los negocios, pronto desempeñarías todos tus bienes, y nuestra casa volvería a estar floreciente y rica.

—¡Ah! Y entonces yo te juro que no volvería a disipar nuestros caudales tan locamente como ahora (dijo el Barón); ya conozco lo que el mundo da de sí, y deseo el retiro y el descanso.... Tengo, en efecto, una casa en un pueblecito de Extremadura.

—¿Se puede vivir en ella?—preguntó ansiosa Fernanda.

—Es muy vieja y muy fea, aunque grande.

—No importa; vámonos allá: justamente ahora llegará pronto la primavera.

—No, aún no.... (dijo el Barón); esperemos todavía algunos días; tengo aún algunas esperanzas....: si se defraudan, nos iremos, aunque por ahora no muy á gusto mio: la casa necesita reparos, sobre todo por ti, mi pobre Fernanda.

El Barón, para huir de las instancias de su mujer, salió de la habitación; hacia días que le preocupaba una loca afición a una dama joven y bella, que rechazaba sus pretensiones, y cuya aversión crecía á medida que se aumentaban los extremos del Barón, que eran ya el pábulo de todas las conversaciones.

¿Qué pensaba de Fernanda la sociedad en que vivía su marido? Lo más injusto, lo más absurdo, lo que se hallaba más distante de la verdad.

Que era una niña casi imbécil, indiferente á todo, vulgar y con sus puntas de beata.

La misma noche del día en que la Baronesa iustó á su marido para que consintiese en retirarse á la aldea, llegó éste en su coche, acompañado de dos amigos, y con una bala en el costado, que el esposo de la bella joven á quien perseguía le había alojado allí en un desafío.

Al día siguiente, y después de la primera cura, el barón y la baronesa de Valdemar salieron para el pueblo donde estaba la casa solariega del primero.

Su fortuna se hallaba del todo arruinada.

Su palacio, sus bienes, sus fincas, sus carruajes, sus caballos, y hasta sus muebles, estaban embargados por los acreedores.

Jamás toraaba el sol, ni respiraba la brisa del campo, ni salía de entre aquellas espesas paredes heladas y sombrías.

La palidez de la joven se había aumentado, ó más bien se conservaba la que se advertía en ella á su vuelta de las aguas de Baden, y que ya no volvió á desaparecer.

Se hallaba, además, en los últimos días de un embarazo que para ella había sido un continuo sufrimiento físico; pero ¡con qué paciencia, y hasta con qué alegría había soportado sus padecimientos! ¡Iba á tener un hijo, después de siete años de matrimonio, es decir, cuando ya había perdido toda esperanza de ser madre; iba á tener en su soledad, la más grata, la más bella, la más dulce compañía en su hijo!

Esta idea consoladora sostenía el valor de Fernanda: además, su economía, su continua aplicación al buen orden de la casa, la modestia de su mesa, y la absoluta carencia de gastos por su parte y por la de su marido, quien, á causa de su retiro y del estado de su salud, no podía tampoco gastar, iban mejorando su fortuna.

Fernanda había conseguido, con la venta del trigo, del vino y del aceite, desempeñar su casa de Madrid y la mayor parte de sus bienes embargados: podía, pues, dentro de uno ó dos años, á lo más, decir á su marido:

—¡Vuelve á Madrid, si ese es tu deseo! Yo me iré también para alentarte, y nuestro hijo te separará de la senda de los extravíos; ahora ya tienes por quién mirar; sé padre, ya que no sepas ser esposo.

Todas estas ideas, y la seguridad de una conciencia pura, el mayor bien que el cielo nos puede conceder, vestían el porvenir de aquella joven de veintidos años, de nubes rosadas, y la consolaban de las asperezas de su marido, quien, irritado contra sí mismo, pasaba el día y la noche en una continua y amarga queja.

¡Pobre Fernanda!

Allí, en aquella sombría casa, al lado de aquel esposo egoísta, injusto y cruel; al lado de aquel réprobo, arruinado por el mundo y á quien el mundo arrojaba de su seno, enfermo y envejecido, la desgraciada joven se parecía al ángel de la Guarda, á ese celeste mensajero que Dios coloca al lado de los miseros mortales para aliviar sus dolores y mostrarles el camino del cielo.

VIII.

Seis años después, y en una fría noche de Diciembre, los dos esposos se hallaban sentados al lado de una antigua chimenea, en la que ardía un abundante fuego.

El Barón se hallaba flaco, casi demacrado, y su aspecto indicaba que sufría.

En efecto: su herida le había dejado reliquias difíciles de curar, ó, por mejor decir, que debían acompañarle toda su vida.

Interesado el hígado, y gravemente lesionado, le producía padecimientos continuos, que ora se suavizaban á fuerza de calmantes, ora se exacerbaban, sin que nada fuera bastante á mitigar sus agudos dolores.

Ya no había en aquel hombre, que el mundo había devorado con sus espantosas fauces, rastro alguno de belleza: se hallaba calvo, sin dentadura, y su flaco cuerpo se movía dentro de una bata de raso oscuro entretelada, y ceñida á su angulosa cintura por un cordón de seda.

Fernanda no había hecho más que cambiar la forma de su martirio; pero el martirio existía, si bien más silencioso y más mudo que nunca.

Nadie iba á aquella casa, porque el Barón, de carácter altanero é intolerante, excitaba una universal antipatía, y la Baronesa, únicamente consagrada al cuidado de su marido y de su casa, á pesar de su extremada juventud, sólo salía de ella para ir á oír Misa á una iglesia cercana.

— ¡Qué odiosa soledad! (murmuró amargamente el Barón.) ¡Siempre aislados de todos! ¡Imbécil gente la de este pueblo!

Fernanda pasó la mano por la cabeza de un gran mastin sentado á sus pies, y que correspondió á su caricia con una mirada de amor, y guardó un melancólico silencio.

El Barón, irritado, dió un puntapié al perro, que se refugió gimiendo detrás de su ama.

Ésta se estremeció, como si ella misma hubiera recibido aquel castigo injusto y cruel: se conocia bien que no en vano vivia hacia siete años en una violencia continua, en un continuo padecimiento moral, y que sus nervios, doloridos y excitados, la tenian en un estado de sufrimiento y debilidad, que hubiera alarmado á cualquiera que se interesase por ella.

— ¡Habla! (gritó su marido irritado.) Cuando me quejo, jamás me respondes, y parece que tengo á mi lado una persona sorda y muda.

— ¿Qué quieres que te diga? (repuso la Baronesa.) Estamos solos, es verdad; pero ¿cómo ha de venir la gente del pueblo á vernos, si á nuestra llegada vinieron á visitarnos algunos vecinos, y á nadie quisiere recibir?

— ¡Porque son todos unos imbéciles, estúpidos y repugnantes!

La Baronesa volvió á guardar silencio.

— ¿Se ha avisado al médico nuevo? — volvió á preguntar el Barón.

— Sí (respondió Fernanda): pero como ha llegado esta mañana....

— ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Será quizá otro padre cómodo como el que, gracias á Dios, se ha muerto!

Nuevo silencio de Fernanda.

— ¿Cuándo se ha avisado al médico? — preguntó su marido.

— Esta tarde, — respondió Fernanda.

— ¿Pero á qué hora?

— Á las tres.

— ¡Me gusta la diligencia! (gruñó otra vez el Barón.) ¡Se le avisó á las tres, y aún no ha tenido por conveniente dejarse ver!

— Señora, el señor médico pide permiso para entrar, — dijo á la puerta una aldeana que servia á los dos esposos.

— ¡Qué gente más cerril! (exclamó el Barón.) ¡El señor médico! ¡Que pase al instante, animal!

Un instante después entró el Doctor: era joven, de gallarda figura, pero su aspecto revelaba profunda tristeza.

Fernanda volvió la cabeza para verle; la luz del quinqué dió de lleno en la cara del Doctor conforme se iba acercando; la Baronesa le miró, y dejó escapar un agudo grito: era Jorge.

En seguida cayó sobre su asiento, sin voz y sin color; cerró los ojos, y llevó la mano al corazón con una expresión de sumo sufrimiento.

El médico, sin hacer caso del Barón, sin pensar siquiera en que estaba allí, se lanzó hacia la joven, y gritó á su vez:

— ¡Fernanda!

Levantose el Barón pálido y sombrío, y se acercó al grupo encantador que formaban la inanimada joven y el médico.

— ¿Qué es esto? (murmuró con las mejillas cubiertas de un color de púrpura, que era casi violado.) ¿Quién es V.? ¿Á qué viene V. aquí?

Jorge no respondió: sostenia en su brazo la pálida cabeza de Fernanda, cuyos largos cabellos negros se habian desprendido del peine que los sujetaba, y caian por su espalda.

Hacia seis años que no veia á aquella mujer que no se separaba jamás de su pensamiento; desde Baden no habia vuelto á hallarla en el camino de la vida, ni se habia atrevido tampoco á buscarla.

¿Cómo la hallaba ahora! La profunda mirada de la ciencia descubria el martirio horrible, silencioso é ignorado de todos que habia sufrido Fernanda, y los estragos que aquel martirio habia hecho en su organismo tan débil, tan nervioso, tan delicado.

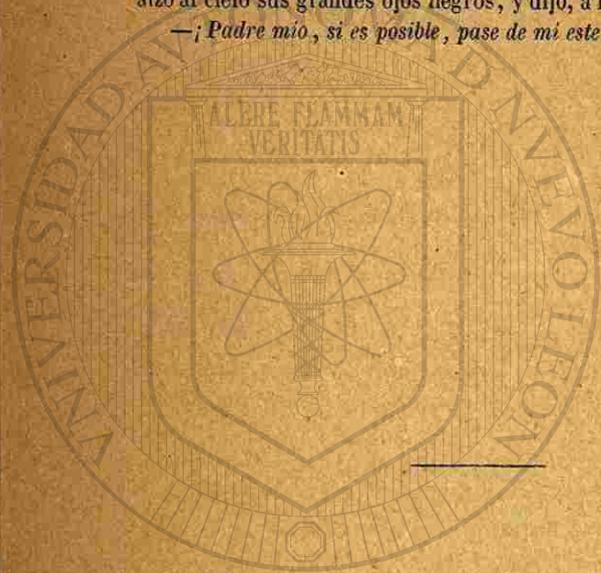
¿Fernanda se habia mecido en esperanzas engañosas! ¿Fernanda se habia ido quedando pálida, flaca como una sombra! ¿Fernanda iba á morir!

El alma era lo que enviaba al rostro reflejos de dicha y de esperanza; pero el continuo dolor moral que por espacio de siete años habia sufrido, sus noches sin sueño, sus largos días pasados en el llanto por las sinrazones de su marido y sin tomar alimento alguno, su eterna soledad, su excesivo trabajo material, á fin de que, sin más criados que una tosca aldeana, no faltase nada á las continuas y ridiculas exigencias de su esposo; sus cavilaciones, sus penas, el re-

cuerdo de su padre, de su prima y de Jorge; de todo aquello, en fin, que amaba y que se hallaba lejos de ella, todos estos dolores propios de la vida habían ido adelgazando y estaban próximos á romper el hilo de la suya.

Jorge leyó la terrible sentencia en la livida frente de Fernanda: alzó al cielo sus grandes ojos negros, y dijo, á imitación de Jesús:

—¡Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz!



IX.

Abrió los ojos por fin la Baronesa, y su mirada buscó con inefable alegría la mirada de Jorge.

¡Cuanto, en sus largas horas de soledad, cuanto había pensado en él y le había llamado! ¡Cuántas veces soñó que salía del templo asida de su brazo, coronada de azahar, vestida de blanco y unida á él para siempre! En aquella mirada se encendía el fuego de una fiebre mortal, y en medio de su extravío no vió al Barón, sino al único hombre á quien había amado.

—¡Jorge! (exclamó.) ¡Ya estás aquí! ¡Al fin te veo! ¡Yo creí que te habías muerto!.... ¡Cuánto he llorado por ti!....

—¡Ah! (balbuceó el Barón con acento concentrado.) ¿Conque éste es aquel Jorge que tú nombrabas soñando, y al que jamás nombrabas despierta?

—No puede responder á V., señor Barón (dijo el médico); su estado es muy grave....; es preciso acostarla....

—¡Ya! ¿Conque muy grave, eh?—repitió el esposo con acerba sonrisa.

—¡Muy grave...., lo repito!—afirmó Jorge con solemnidad terrible.

—Y V....., Jorge...., el amante con quien ella soñaba, viene á asistirla...., á cuidarla...., á estar á su lado.... ¡Vaya, vaya...., que es chistoso!

—Es una cosa muy triste, señor Barón, y muy terrible para mí, lo que va á suceder (dijo el joven Doctor, reclinando en el respaldo del sillón la cabeza de la Baronesa, cuyas mejillas se encendían ya

con el fuego de la fiebre); pero, ante todo, debo decir á V. que hace seis años que no veo á su esposa, y que desde que nuestro enlace, próximo ya á verificarse, se rompió hace siete años, no le he dirigido la palabra.

— ¡Bah, bah! ¿Si pensará V. que yo creo en esos amores de libretos románticos? (dijo el Barón.) ¿Sabe V. que conozco el mundo mucho más que V.?

— Á la verdad, yo le conozco muy poco (repuso Jorge, con una tristísima sonrisa); el estudio y Fernanda han sido las dos únicas cosas que en él han fijado mi atención; pero la baronesa de Valdemar no es ya Fernanda para mí, aunque debo confesar á V. que endulzaré todo lo posible su agonía.

— ¡Su agonía! — exclamó el Barón, levantándose de su asiento, lívido, con los ojos dilatados por el espanto.

— Su agonía, señor Barón.

— Pero... ¿esta enferma?....

— No verá el sol de mañana.

— ¡No, no; eso no puede ser! (gritó el Barón, recobrando de repente un vigor extraño, y arrojándose á los pies de su mujer.) ¡Morirse.... ella!.... ¡pero si le han llamado á V. para mí!

— Ya lo sé; y yo vine, porque no sabía quién era V., ni que ella habitaba aquí: sin embargo, señor Barón; V., aunque sufriendo algo de su dolencia, puede aún vivir largos años.... ¡pero ella morirá muy pronto!

— ¡Oh, no! (gimió el Barón, llevando á sus labios las manos de la joven.) ¡Dejarme ella, ahora que, gracias á sus esfuerzos, podíamos volver á Madrid! ¡Ahora que yo podría pagarle todo lo que le debo! ¡Dejarme ella, que es mi ángel tutelar, mi dulce compañera, mi todo en este mundo! ¡No, eso no puede ser! ¡V. no sabe, Doctor, cuánto la amaba yo, á pesar de mis extravíos, á pesar de mi carácter irascible, á pesar de mis modales bruscos!.... ¡Morirse! ¡Ahora que iba á ser mía otra vez...., ahora que iba á ser madre!.... Doctor (añadió, volviéndose á Jorge): lo que más he deseado toda mi vida ha sido un hijo.... Fernanda me iba á dar uno: pues bien; si el parto está cerca, y es necesario, sacrifíquese V. á la vida de su madre.... ¡Que viva ella, y todo es nada para mí!....

Jorge mecía la cabeza con melancolía.

— El hijo sacrificado no salvaría á la pobre madre, — dijo.

— ¿Por qué?

— Porque la herida de Fernanda está en el corazón.

— ¿De qué proviene, pues?

— ¡De haber sufrido mucho!

— Y esos pesares, ¿quién los ha ocasionado? ¡Yo! ¡Yo, sin duda! (exclamó el Barón.) ¡Oh, sí! Yo he sido para ella el más cruel, el más egoísta de los hombres.

— Ignoro cuál ha sido la vida de Fernanda en el largo espacio que yo no la veo (dijo Jorge); sólo si puedo asegurar que ha sufrido mucho...., ¡mucho! ¡El egoísmo de los hombres! ¡Ah! ¡Cuántas víctimas hace! (prosiguió el joven Doctor.) ¡Á cuántas mujeres he curado ó asistido heridas nada más que de melancolía ó desesperación! Sí, caballero; todas las faltas, todos los vicios de los hombres nacen del egoísmo: de pensar más en sus placeres que en la tranquilidad y en la dicha de sus esposas; pues si pensaran en ellas, procurarían no ofenderlas; vamos, señor Barón: conduzcamos á Fernanda á su cuarto, y si V. la ha hecho sufrir, bastante castigado estará con su recuerdo cuando ella haya volado al cielo.

El Barón no respondió; gruesas lágrimas caían de sus ojos; ayudó á Jorge á transportar á su cuarto el cuerpo de Fernanda, que había quedado de nuevo sumergida en una congoja profunda.

La aldeana la desnudó y la acostó, sin que ella hiciera el menor movimiento.

Jorge salió de la estancia y de la casa: necesitaba aire y espacio, porque se ahogaba: volver á ver á Fernanda después de seis años, y volverla á ver para asistir á su muerte, era una cosa superior á sus fuerzas: su cabeza estaba dolorida y abrasada: zumbaban sus sienes, y hubo algunos instantes en que tuvo que comprimirlas con ambas manos.

La noche estaba muy fría; el cielo blanco, y nevaba de una manera copiosa, lo que prestaba á la atmósfera una gran claridad.

Jorge, insensible á los rigores de la intemperie, se apoyó en el tronco de un árbol, alzó al cielo los ojos, y exclamó:

— ¡Oh, Señor, Padre y consolador de las criaturas; mi pobre ciencia es impotente para salvar á Fernanda! Sólo un milagro tuyo puede volverla á la vida. Hazlo, pues, ya que ahora, en el arrepenti-

miento de su marido, vislumbro para ella una esperanza de felicidad.

Detúvose aquí el Doctor: aquella generosa súplica agotaba sus fuerzas....: la vista de Fernanda había despertado su pasión hacia ella.

Apoyó la frente en el tronco del árbol, y quedó inmóvil.

Su dolorosa distracción no le dejó ver á dos mujeres que pasaban por la senda á cuya orilla se alzaba el árbol en que se hallaba apoyado.

—¿Conque vas á casa de esos señores forasteros tan ricos?— preguntó la una á la otra.

—Si (respondió): á asistir á la señora, que esta de parto: el mismo señor ha venido á buscarme, porque dicen que el médico nuevo, aunque ha ido, se ha vuelto á marchar sin decir una palabra, y no saben dónde se halla.

—¡Vaya una cosa rara! ¿Si estará loco? Pues si no hubiera comadre en el lugar, la pobre señora estaba bien.

Las dos mujeres se alejaron: el médico, de quien ellas hablaban, no las había visto ni oído.

Largo rato después levantó la cabeza; miró en torno suyo, y emprendió de nuevo el camino que conducía al viejo castillo señorial de Valdemar.

—¡Quién me hubiera dicho (murmuró), al elegir este pequeño pueblo para mi retiro, que iba á hallarla, y en qué estado! ¿Cómo he podido separarme de ella?

Apresuró el paso, entró en el castillo, y llegó á la habitación de Fernanda.

La primera cosa que hirió su oído fué el lloro de una criatura que acababa de venir al mundo: la Baronesa, acostada en su lecho, pálida é inmóvil, tenía los ojos cerrados: á su lado, en una cunita, estaba el niño que una hora antes había nacido, y la nodriza, que le miraba con esos ojos de impasible curiosidad de la mujer pagada para dar el alimento.

El Barón, sentado al lado del lecho, tenía el semblante oculto entre las manos.

Una lámpara alumbraba con una débil luz aquel cuadro.

La estancia, que era sencilla y casi pobre, demostraba lo que era Fernanda: al lado de la ventana, un velador sostenía un bordado de tapicería y un libro.

Mas allá, el piano abierto, tenía en el atril una romanza de Bellini.

En el fondo, un caballete dejaba ver un cuadro que representaba un canastillo de flores.

El ropero, entreabierto, mostraba unas chinelas pequeñas, como las de Cendrillon, y un peinador blanco.

Sobre la mesa, un ramo de flores inodoras, y cultivadas en macetas por la mano de Fernanda, lucían sus colores.

El médico recorrió con una mirada triste el aposento, y luego, acercándose al lecho, tomó la mano de la Baronesa, que pendía fuera del lecho, con languidez y desmayo.

Luego tocó su frente, hizo un gesto de triste resignación, y volviéndose á la nodriza, le dijo en voz baja:

—Vaya V. á buscar al señor cura.

—¡Qué!.... ¡Qué dice V.!— exclamó el Barón, levantando azoradamente la cabeza.

—Que ya está en la agonía,— respondió Jorge con sombría calma.

Y se inclinó sobre el lecho sin soltar la mano de la Baronesa, y mirando aquel rostro que el sepulcro iba á robarle bien pronto para siempre.

Cuando llegó el sacerdote, Fernanda abrió los ojos, y dijo con voz débil:

—¡Yo sé que voy á morir, Señor!.... Hay en mi alma una cosa oculta que me lo avisa.... ¡Ahora que iba yo á ser tan dichosa con mi hijo! Pero, ¡hágase en todo la voluntad de Dios!

—¡Perdón, Fernanda!— sollozó el Barón.

—¡Perdón! ¡De qué! Pues ¿qué me has hecho?

—¡Té he hecho sufrir mucho!

—¿Quién no sufre en la tierra? Aquí no venimos á gozar.... Muero dichosa, porque he hecho mi deber, y he contribuido á que recobres tu fortuna....: ¡Dame nuestro hijo, para que mis ojos se cierren para siempre contemplándolo!

El médico tomó al niño y le puso en los brazos de su madre.

—¡Gracias, Jorge, y adiós! (dijo la Baronesa.) Lleva á Leticia mi despedida, y dile que rece por mí.

Jorge y el Barón se retiraron á los pies de la alcoba, y la joven quedó sola con el sacerdote.

La aurora enviaba su primer rayo cuando Fernanda dejó escapar un leve suspiro : era el último.

Jorge partió al día siguiente para Roma , y tres años después se ordenó y puso en su cabeza la corona del sacerdocio.

El Barón no volvió más al gran mundo ni á la sociedad , de la que él y su mujer habian sido victimas ; ella inocente y resignada, él culpable y egoísta . Se quedó en su vieja casa solariega, y pudo ver llegar á su hijo á la adolescencia.

¡Cosa extraña! La tibia afición que habia sentido por su esposa cuando ésta vivia á su lado, se convirtió, después de haberla perdido, en una pasión profunda.

Cuando Fernando, que así se llamó su hijo, le preguntaba por su madre, el Barón respondia siempre :

—Tu madre, hijo mío, fué la más buena, la más dulce, la más noble, la más inocente de cuantas mujeres hallé en mi larga carrera; fué mártir sin saberlo, y el mundo no le concedió ninguna gloria por sus oscuros sufrimientos: pero Dios, sin duda, le ha dado la eterna entre sus elegidos.

FIN DE MARTIRIO SIN GLORIA.

EL CÁNCER DEL SIGLO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, NEXE

La aurora enviaba su primer rayo cuando Fernanda dejó escapar un leve suspiro : era el último.

Jorge partió al día siguiente para Roma , y tres años después se ordenó y puso en su cabeza la corona del sacerdocio.

El Barón no volvió más al gran mundo ni á la sociedad , de la que él y su mujer habian sido victimas ; ella inocente y resignada, él culpable y egoísta . Se quedó en su vieja casa solariega, y pudo ver llegar á su hijo á la adolescencia.

¡Cosa extraña! La tibia afición que habia sentido por su esposa cuando ésta vivia á su lado, se convirtió, después de haberla perdido, en una pasión profunda.

Cuando Fernando, que así se llamó su hijo, le preguntaba por su madre, el Barón respondia siempre :

—Tu madre, hijo mío, fué la más buena, la más dulce, la más noble, la más inocente de cuantas mujeres hallé en mi larga carrera; fué mártir sin saberlo, y el mundo no le concedió ninguna gloria por sus oscuros sufrimientos: pero Dios, sin duda, le ha dado la eterna entre sus elegidos.

FIN DE MARTIRIO SIN GLORIA.

EL CÁNCER DEL SIGLO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, NEXC.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL CÁNCER DEL SIGLO

«Sous l'écorce du travail le plus grossier, le plus ingrat, Dieu et la nature ont caché un fruit d'une saveur mystérieuse, que le pauvre connaît mieux que nous. C'est le sentiment vague et doux d'un instinct contenté et d'une loi accomplie. A part même toute application, l'activité pure nous calme et nous réjouit, parce qu'elle nous fait rentrer, si peu que ce soit, dans l'ordre véritable de notre destinée, dans l'harmonie des choses.»

«Bajo la corteza del trabajo más grosero, más ingrato, Dios y la naturaleza han ocultado un fruto de un sabor misterioso que el pobre conoce mejor que nosotros: es el sentimiento vago y dulce de un instinto satisfecho y de una ley cumplida. Hasta prescindiendo de toda aplicación, la actividad nos calma y nos alegra, porque nos hace entrar, por poco que sea, en el orden verdadero de nuestro destino, en la armonía de las cosas.»

(OCTAVIO FEUILLET.)

I.

— ¡Calle V., Martina, calle V.! ¡Por más que me predique, no me convencerá de que el señor Duque hace bien en casar á su nieta con el primero que llega! ¡Si tuviera muchas! Pero ella sola, poderosa, casi una niña, ¡y darla así á ese hombre!...

— ¿Y qué hay que decir de ese hombre? ¿No es un Conde?

— ¡Sí!

— ¿No es joven?

— Sí por cierto.

— ¿No tiene una bella figura?

—No lo niego.

—¿No es una persona de maneras distinguidas, de perfecta educación?

—Lo que es con nosotros....

—Es que los grandes señores de Madrid, amigo Nolasco, tratan a sus criados con despego.

—Según y cómo, Martina; que yo he estado en Madrid con el padre de la señorita muchos años, y no sólo él, sino todos sus amigos, me trataban muy bien.... ¡muy bien! ¡excesivamente bien!

—¡Ya! ¡Como que era V. el confidente de todas sus picardías! ¿Qué atenciones quiere V. que nos guarde el Conde, si para nada le hemos servido todavía?

—En fin; la boda será muy buena, muy conveniente, cuanto V. quiera decirme, Martina; pero a mí me parece muy mal.

—Pero, hombre, ¿se podrá saber por qué?

—¿Por qué? ¿No hay en Madrid muchos caballeros jóvenes, que se hubieran casado muy contentos con la señorita después de tratarla? ¿Por qué, pues, no la lleva allí su abuelo?

—¡Sí, a los ochenta años!

—Verdad es que está muy viejo: y como la pobrecita no tiene ni padres, ni hermanos, ni parientes....; pero, en fin, primero la dejo yo toda mi vida sin casar, que casarla así.

Tenia lugar esta conversación entre Nolasco, mayordomo del castillo del duque de Santa Clara, y Martina, que había sido nodriza de la hija única del mismo Duque, muerta hacia siete años a consecuencia del dolor que le causó la pérdida de su marido, ocasionada por la caída de un caballo.

Alicia, que así se llamaba la hija de aquellos esposos infortunados, muertos en la flor de su vida, quedó a la edad de diez años en poder de su abuelo materno, que ya contaba cerca de setenta y tres.

El Duque, gentilhombre de cámara del rey Fernando VII; y privado de aquel monarca espléndido, había sido durante largo tiempo ministro de Estado, y siempre el mejor amigo de S. M., que tenía en mucho su parecer y le consultaba en los negocios más arduos.

Acumuló el Rey sobre su cabeza los honores y las distinciones, y no habrá trabajo en creer que la hija única del Duque tuvo soberbios partidos en que elegir: no obstante, educada por una madre tierna y

cristiana y por un padre que la adoraba, no conoció la ambición ni el deseo de brillar.

—Hija mía (le decía su madre): la que ha de ser buena esposa y buena madre, se ha de casar enamorada; porque sólo el amor es buen Cirineo para ayudar a llevar la cruz del matrimonio: no te fijes en el hombre más rico y más brillante, sino en el más honrado y en el que posea mejores sentimientos y más noble carácter; la riqueza la llevarás tú.

Diez y ocho años contaba Imelda, que este era el nombre de la hija del Duque, cuando conoció a un joven coronel, segundo de una ilustre familia, y que fijó para siempre su corazón.

Celebróse la boda con la aprobación del Rey, siendo éste y la Reina los padrinos, y el esposo fué nombrado caballero de S. M. y agraciado con algunos honores.

Imelda dió a luz una niña hermosa como el día; y poco después sus padres se retiraron a un palacio campestre que poseían entre Valladolid y Burgos, y que bien merecía el nombre de castillo por su construcción y grandes proporciones.

Su hija y su yerno quedaron en la corte, y cada verano iban a pasar una temporada al lado de los abuelos, que recibían a su nieta como al rayo de sol que iba a alegrar los últimos días de su existencia.

Imelda no tuvo ya más hijos con vida; su naturaleza, débil y delicada, se inclinó a un lastimoso extremo; sus hijos se malograban todos, después de vivir en su seno cinco ó seis meses, y de esta suerte perdió siete sin llegar a nacer.

Pero Alicia crecía como una bella y delicada flor, y ya retrataba su semblante la pura y angelical belleza de su madre, y la firmeza de carácter de su padre.

Durante un invierno que los esposos pasaron en Madrid, y dando un paseo con uno de sus amigos, el caballo que montaba el Coronel dió un bote para saltar una zanja, y dejó caer al jinete, al que levantaron inanimado.

Aquella noche espiró.

La desdichada Imelda corrió con su hija al lado de sus padres; pero en breve empezó a languidecer, y dos meses sólo tardó en seguir al esposo a quien tanto había amado.

Su madre, que era ya muy anciana, no pudo sobrevivirla, y,

apenas pasado un año, no quedaba de toda la familia más que el Duque y su nieta.

Así, pues, Alicia creció sin conocer más amor que el de su abuelo. ¡Pero cuánto se acordaba ella de su madre, de su padre y de su abuela!

Conservaba de la primera el más vivo recuerdo, porque Imelda, en tanto que vivió, apenas la había separado de sus brazos; una afinidad misteriosa unía á la madre y á la hija, y cuando la blanca frente de Imelda se cubría con la sombra de algún pesar, su hija adivinaba la causa, y, no obstante su tierna edad, la consolaba con amorosas palabras y dulces caricias.

Cuando perdió á su madre, se temió también por la vida de la niña; pero tenía ésta al lado, además del espíritu benéfico é invisible al que llamamos Ángel de la Guarda, otro ángel de la guarda visible en Martina, la nodriza de Imelda, que adoraba á la hija de la que había alimentado á su seno.

Tanto veló Martina por la niña, que ésta se curó de aquella tristeza profunda, quedándole, sin embargo, una dulce melancolía como fondo de su carácter.

El Duque, á no ser por aquella pobre criatura, huérfana de todo afecto sobre la tierra, quizá hubiera sucumbido también; pero se dijo que debía ser fuerte por ella, y que, para alegrarla, debía aparentar conformidad y calma.

Pasaron siete años: el palacio campestre del Duque se hallaba situado á la salida de la pequeña aldea de Santa Clara, propiedad suya, y distante unas ocho leguas de Valladolid hacia el centro de Castilla: en Valladolid había estado Alicia algunas veces con su abuelo, y otras á hacer compras con Martina y Nolasco, ayuda de cámara que había sido de su padre, y, á la muerte de éste, nombrado mayordomo del castillo; pero en Madrid no había estado jamás.

En el humilde cementerio de Santa Clara se hallaba el panteón que contenía los restos de la Duquesa, de su hija y del esposo de ésta: el Duque tenía una llave de él, y no pocas veces la tomaba Alicia del cajón donde se hallaba, é iba á arrodillarse en aquellas tumbas para orar y llorar ante las venerandas cenizas que encerraban.

Llegó Alicia á los diez y siete años de su edad tan ignorante del mundo como si sólo hubiera tenido ocho: las pasiones no habían

aún marcado su sello en aquellas graciosas facciones tan adorables y tan puras.

Su abuelo, al cual rodeaba de cuidados y caricias; las tumbas de sus padres y de su abuela; sus antiguos sirvientes; los pobres de la aldea: he aquí los amores y los cuidados de Alicia, además de los que prodigaba á su pajarera y á su perro Tamorlán, grande como un borrico, y mastin de pura raza.

Una noche llamaron á una hora muy avanzada á la puerta: un criado abrió, y luego fué á la cámara del Duque, que ya se hallaba acostado.

El viejo ayuda de cámara, que dormía en la sala que precedía á la de su señor, abrió, y preguntó al criado lo que se ofrecía.

—Sr. Jerónimo (dijo el criado): diga V. al señor Duque que unos caballeros extraviados en la caza desde el anochecer, le piden asilo por esta noche: aquí están sus tarjetas.

El grave Jerónimo las tomó, cruzó su bata sobre el pecho, pues vestía como una persona de importancia, gracias á los regalos de su señor, y volvió al lado del Duque.

—El conde de Carrión, el barón de Fuentes, el coronel Sahagún, el vizconde de Mena, son personas de distinción y cuyos nombres conozco (dijo el anciano, después de haber leído las tarjetas). Jerónimo, que pasen adelante, y manda encender una buena lumbre en el salón; tú ve á recibirlos, y diles que ya me visto. Para ayudarme, envíame á Silvestre.

—¡Y qué, señor! (exclamó el fiel Jerónimo.) ¿Va V. E. á levantarse con una noche tan cruda? ¡Si es la una!

—No importa: ese es mi deber de amo de casa; haz llamar á Martina para que saque ropas y haga á las otras muchachas preparar las camas; pero mucho cuidado para no despertar á mi hija; á su edad es preciso un sueño muy tranquilo.

Jerónimo conocía, desde hacía muchos años, la firmeza de carácter del Duque, quien, aunque muy bondadoso, no cejaba nunca en su voluntad cuando conocía que lo que deseaba era justo; salió, pues, para ejecutar sus órdenes, y le envió á Silvestre, el segundo ayuda de cámara, para que le vistiese.

Los viajeros fueron introducidos en el gran salón, caldeado por una abundante lumbre, y en el comedor se cubrió la mesa con viandas fiambres, te, café y excelentes vinos.

En aquella opulenta casa, tales preparativos fueron la obra de un instante, pues la servidumbre era numerosísima é inteligente.

—Sentiríamos mucho que el señor Duque se incomodase por nosotros (dijo el conde de Carrión, tomando la palabra por él y por sus tres amigos, y dirigiéndose á Jerónimo); dígame V. que nos basta con la generosa hospitalidad que nos concede, y que de ninguna manera nos conformamos con que se moleste.

—Mi señor se está ya vistiendo (dijo Jerónimo, inclinándose profundamente), y no quiere dejar de tener el honor de saludar á vuestras señorías. Ya oigo sus pasos.

En efecto: un instante después apareció en la puerta la venerable figura del Duque.

Era éste de alta estatura y enjuto de carnes; á pesar de su edad avanzada, aún había belleza en sus facciones aguileñas, y el conjunto era tan noble como interesante; llevaba puesto un pantalón negro y un *surtout*, ó gran paletot, de paño de color de castaña, guarnecido de pieles de marta.

Al entrar en el salón, se quitó su gorro de terciopelo negro, y descubrió su cabeza blanca como la nieve y casi despojada de cabellos.

—¡Señor!— exclamaron los cuatro jóvenes, que se hallaban de pie delante de la chimenea, dando dos pasos para recibirle, é inclinándose con profundo respeto.

—Bien llegados sean Vds. á esta su casa, caballeros (dijo el amable anciano, presentando su mano á uno después de otro): sepan que, en vez de venir á causar molestia á ella, vienen á darme solaz en mi retiro, y que les recibo en él con alegría y gratitud, como un eco del mundo que dolores de mi corazón me han hecho dejar.

—No sabemos, señor Duque, de qué modo agradecer á V. el favor que le debemos,—dijo el Coronel.

—Yo di á su padre de V. sus entorchados de General, siendo ministro de Estado, hijo mio (respondió el Duque): así, pues, soy amigo de su familia desde antes de nacer V., y entre amigos los bienes son comunes: también conocí al tío que educó á V., señor barón de Fuentes, y á su buena madre, señor vizconde de Mena: cuando yo vine á este nido de águilas, eran Vds. muy niños; pero los recuerdo muy bien: sólo no me acuerdo del señor conde de Carrión, y eso que su bella figura, ni aun de adolescente, sería para olvidada.

—Yo, señor (dijo el Conde), nací en Italia, donde fué mi madre, agobiada de ese mal que devora á tantas jóvenes: de la tisis. Murió allí mismo, de donde mi padre no se atrevió á sacarla cuatro años después de dárme al mundo, y desde entonces he viajado en compañía de aquel, hasta hace tres años que le perdí, y me establecí en París, de donde he llegado hace dos meses.

—Los señores están servidos,—dijo Jerónimo apareciendo á la puerta.

—Vamos, señores, á cenar (dijo el Duque); y luego á dormir: mañana hablaremos; yo guiaré al comedor.

Dos criados tomaron, á una señal de Jerónimo, los dos candelabros que, cargados de bujías, se hallaban sobre la chimenea del salón, y alumbraron hasta el comedor, caminando á los lados del Duque, que iba delante para enseñar el camino á sus nobles huéspedes.

Iban estos vestidos de gaza: sus trajes de paño verde con botones de plata, sus botines de gamuza, y hasta sus cabellos, destilaban nieve derretida y se hallaban completamente mojados.

Todos eran de bella figura; pero el que la tenía más interesante era el Conde, que unía á la belleza física esa gracia animada que nace del talento y de la gran práctica del mundo.

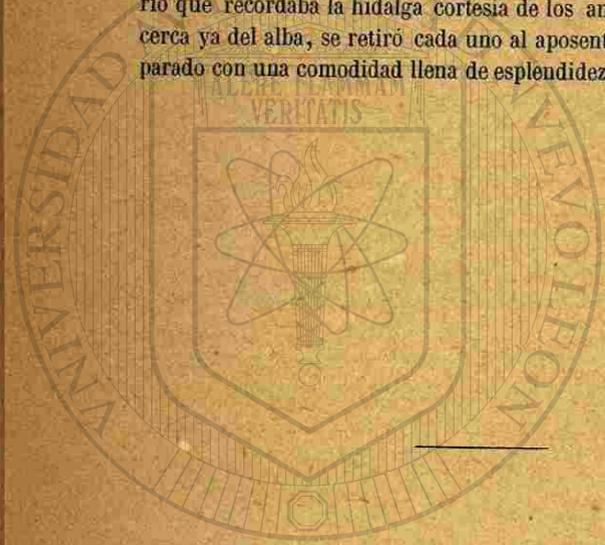
El estado deplorable de sus trajes no les impidió el hacer el honor á la cena, y en tanto que comían, contaron al Duque cómo se habían extraviado en un soto vecino, propiedad suya, persiguiendo liebres, y cómo se habían internado en el monte con la oscuridad de la noche, que era tempestuosa y fría.

—Á la verdad, señor Duque (dijo el vizconde de Mena), que no se comprende cómo V. tan opulento, y teniendo, según hemos oído, una preciosa joven, nieta suya, en su compañía, se resigna á vivir en esta soledad.

—Yo no conozco más mundo que este, señor Vizconde (respondió el anciano): esos aldeanos de ahí enfrente, colonos míos todos, me adoran y adoran á mi Alicia: nuestros criados son más bien amigos fieles, y Alicia es el rayo de hermoso sol que basta para alegrar mi vida: en el cementerio de la aldea duermen mi mujer y mi hija: la religión, la caridad, la esperanza del cielo, embellecen mi retiro: pero (añadió el anciano) veo que el apetito de Vds. se ha apagado ya, y me admira que, á su edad y con su fatiga, puedan ser tan frugales:

si ya no han de hacer más honor á las viandas, lo mejor será que se retiren á descansar, pues los lechos están preparados : sólo les suplico que, ya que mi país les ha tratado tan mal en el día de hoy, se queden en él seis ú ocho días honrando esta su casa, para que puedan reconciliarse con él admirando lo bueno que encierra.

Los jóvenes se inclinaron con gratitud ante aquel noble octogenario que recordaba la hidalga cortesía de los antiguos castellanos, y, cerca ya del alba, se retiró cada uno al aposento que se le había preparado con una comodidad llena de espléndidez.



II.

Tarde era ya cuando los cuatro amigos se reunieron en el cuarto del Conde al siguiente día para pasar al comedor, donde, según les dijeron los respectivos criados puestos á sus órdenes, les esperaban el Duque y su nieta.

Era ésta una jovencita de cerca de diez y siete años, que todavía aparentaba menos edad de la que tenía, y de una belleza verdaderamente encantadora : gruesos bucles de cabellos castaños se agrupaban en su frente, blanca como las hojas de una camelia, y sus ojos, de un azul que tiraba á gris como el de la pizarra, eran tan rasgados y puros, que parecían reflejar toda su alma. La estatura de Alicia era esbelta y bastante alta : un sencillo traje blanco, ceñido con una cinta azul y hecho enteramente liso, realzaba la gracia cándida y dulce de su figura.

El Duque se levantó para saludar á sus huéspedes, y cedió la cacería al Conde, que era el de más edad, aunque no pasaba de los treinta años.

Alicia se sentó al lado de su abuelo, é hizo los honores de la mesa con mucha gracia, perdiendo poco á poco la tímidez natural en una niña que se veía entre cuatro jóvenes por la primera vez de su vida.

Pasóse el día muy bien : la nieve no permitió salir al campo á los jóvenes ; pero fueron á la aldea para ver á sus perros, á sus caballos y enseres de caza que, al cuidado de algunos criados, se habían quedado en ella.

— ¡Niña encantadora es la Duquesita! (dijo el Coronel.) Y á no lamentar aún la pérdida de mi mujer, que me dejó demasiado pronto, me decidiría á hacerle la corte.

— ¡Y yo! (repuso el Barón.) Es tan rica, que su fortuna vendría muy bien á mi próxima ruina.

—Y á la mía (observó el Vizconde); pero tú, Raimundo, ¿no dices nada?

—¿Yo? Nada (respondió el Conde); ni estoy arruinado para desear esposa rica, ni pienso casarme por ahora.

— ¡Pues ya tienes treinta años!

—Cerca de treinta y uno; lo que no impide que os diga que lo más seguro será el no casarme nunca.

— ¡Será verdad que así pienses! (exclamó el Coronel, mirándole con aire de dolorosa reconvención.) ¿Y por qué?

—Tengo mala opinión de las mujeres.

—Te compadezco.

— ¡Malísima opinión! (repitió el Conde.) Á ninguna de las que he tratado le daría mi nombre.

—¿Y si la Duquesita te hace cambiar de opinión?

—No lo creo.

—¿Quién sabe?

—No me gusta.

—¿No la hallas bonita?

—Sí, pero no me gusta; demuestra su cara demasiado talento.

Esta salida hizo reír á los tres amigos.

—¿Acaso (preguntó el Vizconde) te gustan las mujeres tontas?

—Para mujer propia, la más tonta es la mejor.

—¿Piensas aún en ser calavera?

—¿Yo? No por cierto; pero, si he de decir la verdad, no puedo ni quiero mirar ya á la mujer como alma, sino como *cosa*; la he respetado mucho; le he rendido un culto casi fanático; pero he visto que la que tiene más talento está más llena de defectos, de altivez, de vanidad, de egoísmo; es la que tiene más pasiones; es, en fin, la más inútil para la casa, la peor para compañera.

—Verdad es (afirmó el Coronel): yo estuve casado con una mujer que sólo tenía buena razón natural: que era humilde, cristiana, modesta, sujeta en todo á mi voluntad, y con ella fui dichoso. ¡Ojalá Dios no me la hubiera llevado!

—Tenía todas esas cualidades, porque era pobre (observó el Conde). ¡Dios me libre de las mujeres ricas! ¡He visto ejemplos fatales!

Los cuatro amigos, después de ver sus equipajes y sus perros, volvieron al castillo, donde se entretuvieron en conversación hasta la hora de comer.

Pasaron así los seis días del convite; en la noche del último, y después de haber estado reunidos durante la velada en el salón, se retiró cada uno á su cuarto despidiéndose del Duque y de su nieta, pues debían marchar muy temprano á la mañana siguiente.

Alicia, al dar la mano al Conde, se puso pálida como la muerte, y, á pesar de sus esfuerzos, brotaron de sus ojos dos lágrimas.

Su abuelo la miró con profunda y dolorosa atención: el Conde observó con extrañeza aquella emoción profunda, y á su vez dirigió á Alicia una mirada de lástima.

Sus amigos en nada repararon.

Después de haberse retirado los jóvenes, Alicia iba á seguir á Martina, que había ido á buscarla con una bujía en la mano; pero su abuelo la detuvo, y le dijo:

—Quédate, hija mía; tenemos que hablar: y tú, Martina, retírate; te llamará Alicia cuando se vaya á recoger.

La joven miró á su abuelo, y luego, acercando un taburete, se sentó confiadamente á sus pies.

—Hija mía (le dijo el Duque): responde á lo que te voy á preguntar, con toda verdad; pero antes interroga y examina tu corazón: ¿amas al Conde?

Alicia quedó muda de espanto y de asombro: cubrióse su blanco rostro de un subido carmin, y poco después de una palidez mortal: luego, llena de rubor y de turbación, ocultó la cara entre sus dos manos.

— ¡Habla! (dijo su abuelo.) ¿Le amas? Deja á un lado una pueril confusión, y piensa en que se trata de tu dicha. ¡Habla, hija mía; habla!

—Pues bien, padre mío (repuso la joven): yo no sé si es amor lo que siento por él, pues ignoro el nombre de mis propios sentimientos: sólo sé que, al saber que se marchaba, me sentí tan triste..., que parecía se me quería salir el corazón del pecho!

—¿Has pensado alguna vez en que serías dichosa viviendo á su lado?

—He deseado muchas que el Conde no se marchase de aquí, padre mío.

Suspiró el anciano: sabía que el Conde tenía su casa en un pueblo de la Mancha, y consideraba que, casándose con su nieta, lo que no dudaba sucedería, querría llevársela y separarla de él.

No obstante, este pensamiento no le ocupó más que breves momentos; procuró sobreponerse á la pena que le causaba, y dijo á su nieta, ocultando todo lo posible la emoción de su voz:

—Ve á acostarte, hija mía, y descansa, que yo velo por tu felicidad.

Alicia, sin poderse apenas dar cuenta de la confesión que se le había exigido, trémula y conmovida en medio de su inocencia, besó la mano de su abuelo, según costumbre; éste la abrazó más tiernamente, y la despidió hasta el día siguiente.

Cuando el Duque se vió solo, apoyó su venerable cabeza en la palma de su mano, y quedó sumergido en profundas reflexiones durante media hora: pasado este tiempo, pareció tomar una resolución definitiva; levantóse, y tomando una bujía de la meseta de la chimenea, se dirigió con paso seguro á la habitación ocupada por el Conde.

III.

Hallábase éste leyendo en un grueso volumen que de la biblioteca había tomado por la mañana; pues estando habituado en Madrid á acostarse muy tarde, no podía resolverse á hacerlo á las once de la noche.

Cuando oyó llamar á la puerta de su cuarto, fué á abrir, alegrándose al pensar que tal vez alguno de sus amigos, desvelado como él, había tenido el buen pensamiento de ir á hacerle compañía.

Pero al ver al Duque, retrocedió un paso, admirado de su llegada.

—Perdón, señor Conde, si vengo á molestarle á estas horas (dijo el anciano). Cuando V. sepa el asunto que me trae, disculpara sin duda lo intempestivo de la visita.

Dijo esto el anciano con una gravedad que sorprendió á su huésped: éste no contestó una sola palabra, y, cerrada de nuevo la puerta, el Duque y el Conde se sentaron al lado de la chimenea.

—El asunto que me trae es grave, y tan difícil de exponer, que lo haré con la mayor brevedad posible, amigo mio (dijo el anciano): se trata de mi nieta.

El Conde miró al Duque fijamente, pero no con la extrañeza que éste esperaba.

—¡Qué! (murmuró.) ¿Habrá V. adivinado antes que yo?... ¿Sabe V. lo que pasa en el corazón de Alicia?

—El dar á V. cuenta de una observación que he hecho, podría encerrar mucha vanidad por parte mia, señor Duque (dijo el joven): hable V., y luego se la participaré.

—Pues bien, Conde: mi hija ama á V.

—Ahora debo decirle lo que antes callé (observó el Conde): esta noche, al despedirme de ella, la vi palidecer y llorar.

—Y yo también la vi....; la hice quedar á mi lado, la he interrogado, y su candor no ha sabido ocultarme la verdad: le ama á V.

El Conde guardó un severo silencio.

—¡Y qué! ¿No halaga á V. ese amor? (exclamó el anciano.) Mi hija es la única rama de una ilustre y opulenta familia....: es rica...., es bella, es buena...., ¡y tiene diez y siete años! ¿No le halaga á V. una conquista que muchos le envidiarán?

—No, señor Duque,— respondió el joven, con noble, pero ruda franqueza.

—¿Ama V. á otra?

—No, señor.

—¿La ha amado V. alguna vez, y se interpone su recuerdo entre el amor de mi hija?

—Tampoco; no guardo ningún recuerdo sagrado de ninguna mujer.

—¿Halla V. fea á mi nieta?

—La encuentro adorable.

—¿Y no quiere V. casarse con ella?

—No, señor.

Bajo el Duque la cabeza, agobiado de rubor y de pesar: el desaire era grande, y era, además, el primero que había devorado en su vida.

—Conde (dijo tras una breve pausa); yo le suplico á V. que me diga el motivo que tiene para rehusar la mano de mi hija.

—Solo uno (respondió el Conde); no tengo vocación al matrimonio, ni quiero casarme, á menos que algún día me enamore ciegamente.

—¿No hay otra razón?

—No, señor Duque.

—Pues bien, Conde: yo, el duque de Santa Clara, suplico á V. que haga el sacrificio de casarse con mi hija....; ella le ama á V., y sufrirá mucho si le pierde....; morirá aquí, en esta soledad, llorando el desdén de V., y yo no quiero que muera..... Conde, piense V. en que tengo ochenta años; en que de un instante á otro Dios puede llamarme á sí....; en que no puedo buscar á mi pobre nieta el esposo que le conviene, para que sea su apoyo y su protector....: si un día

se ha de casar V., Conde, haciéndolo ahora, hace también una buena obra.

—Á la verdad, señor Duque (repuso el Conde), que me sorprende la impensada honra que quiere hacerme: yo no soy quizá tan buen partido como V. supone, y como debe desear y puede exigir para su nieta: mi fortuna, que era muy grande, aunque estaba muy embrollada ya á la muerte de mi padre, ha quedado reducida á muy poco, gracias á los locos gastos de mi juventud: en los cuatro últimos años, he gastado la mayor parte de mi capital....

—No hablemos de eso (interrumpió el Duque); hablemos solo de si V. podrá casarse sin violencia con mi Alicia; de si V., una vez enlazado á ella, la estimará lo bastante para respetar su tranquilidad y su decoro....; para no causar penas á su corazón.

—Señor Duque (repuso el joven): yo respeto á las jóvenes de la alta clase, de la educación cristiana, de la inocencia de su hija de V., y, aunque no la ame como V. desearia, y como yo desearia también, ella podrá esperar de mí toda clase de miramientos y el más delicado respeto.

—¡Eso basta! (exclamó el Duque, en cuya frente brilló una alegre esperanza.) El amor vendrá después: ¡es imposible ver de cerca á mi nieta sin adorarla!

—¿Y si el amor no llega?

—¡Llegará! ¡Si, Dios es justo, y no querrá dar á mi pobre Alicia, tan inocente, tan buena, un martirio inmerecido....; ella se hará querer de V.!

El Conde guardó algunos instantes de silencio: su corazón se enternecía al ver suplicar á aquel anciano, y le parecía una inhumanidad el negarle lo que tantos otros le hubieran pedido como un señalado favor.

—Señor Duque (le dijo): no tengo el derecho de hacer á V. un desaire cuando en todo lo que de mi parte exige soy yo el favorecido: me casaré con la señorita Alicia, y V. podrá comparecer delante de Dios con el espíritu tranquilo; pues le dejará un buen guardador.

El anciano abrazó con efusión al joven, y éste sintió caer sobre su mano una lágrima. Era una lágrima que la alegría y la gratitud habían arrancado del corazón del Duque.

—¡Gracias, hijo mio! (exclamó éste.) ¡Ojalá Dios le recompense el bien que me hace! Y se lo recompensará, estoy seguro de ello: ahora debo decir otra cosa, á la que no sé si accederá, y en la que no insistiré si no se conviene á ello; deseo que mi nombre no se extinga, y que mi título se transmita á mi hija y á su marido. Á mi muerte se llamará V., pues, el duque de Santa Clara.

—¿Podré conservar también el de mi padre?

—Sin duda: puede V. llamarse duque de Santa Clara, conde de Carrión.

—Nada tengo que objetar: mañana, según quedó convenido con mis amigos, marcharé á Madrid para arreglar mis asuntos, y volveré dentro de un mes: entre tanto, dejo á V. mi palabra de honor de que seré el esposo de su nieta.

—Y yo le bendigo y le doy gracias de nuevo (repuso el Duque). ¡Ah, hijo mio! ¡Á mi edad ya no hay hora segura, y era tan amarga para mí la idea de abandonar el mundo dejando á mi Alicia en el desamparo!.... ¿Y dónde hallar para ella el esposo que le conviniera? La soledad y profundo retiro en que vivo; su extrema juventud; su falta absoluta de parientes; la imposibilidad, por lo mismo, de presentarla en la corte, me hacían casi desesperar de casarla, y algunas veces he estado inclinado á encerrarla en un convento, persuadiéndola á que profesase: ¿pero tenía yo el derecho de privar á esta pobre criatura del amor y de las santas afecciones de la familia? No; jamás me lo he reconocido, y he esperado en Dios que él abriera algún camino; él es, pues, quien, movido de mis ruegos, le envía á V., hijo mio.... ¡Bendito sea, y ojalá le haga tan dichoso como yo se lo pediré desde el fondo de mi corazón agradecido!

El Duque se levantó; volvió á estrechar la mano del Conde, y salió de la estancia, como si temiese que éste llegara á arrepentirse de su promesa.

IV.

A la mañana siguiente muy temprano, salieron del castillo los cuatro amigos con sus equipajes de caza.

El Conde dejó para el Duque una carta muy corta, en la que reiteraba su promesa de estar allí dentro de un mes, á contar desde el mismo día, y le rogaba previniese á Alicia como lo creyese más conveniente.

Cuando su abuelo habló á la joven de la concertada boda, ésta no se admiró de ello; jamás, en el retiro en que había vivido, había oído hablar de ningún otro matrimonio; así es que no le admiró la singularidad del suyo; solamente abrazó estrechamente á su abuelo, y luego se puso á saltar y bailar, batiendo palmas como una pensionista.

Aquel mes se pasó en una deliciosa embriaguez para la novia, que recibió, durante las tres primeras semanas, dos cartas del Conde, y en las que sólo se advertía el respeto y la adhesión, más bien amistosa que hija del amor.

Alicia respondió á ellas; pero la pobre niña escribió con cuanta reserva le fué posible, temerosa de cometer alguna inconveniencia con una persona de tan buen tono como el Conde.

¡Ah! ¡Qué falta hacia entonces para su hija la buena y dulce Imelda! Jamás, en vida de su madre, se hubiera tratado de semejante matrimonio para su hija, puesto que la opinión de aquella era que no hay felicidad posible sin amor recíproco.

La acción de esta historia empieza el día antes de cumplirse el mes; pero nosotros, siguiendo una mala propensión, hemos retro-

cedido algunos años para dar á conocer los personajes de ella; volveremos, pues, á encontrar á Nolasco y Martina, mayordomo del palacio aquél, y ésta aya de Alicia, que disputaban acerca de la conveniencia del matrimonio de la joven heredera.

La llegada de ésta al salón que se hallaban arreglando los dos vetustos servidores, interrumpió su conversaci6n.

Era Alicia, como ya hemos dicho, una encantadora niña, alegre y fresca por lo regular, aunque á veces la sobrecogian accesos de profunda melancolía.

Durante el mes que sabia se hallaba próxima á casarse, sus facciones habian adquirido un sello reflexivo y grave, como si conociese por intuici6n la gran mudanza que iba á haber en su vida.

—¡Venid! (dijo al entrar a Nolasco y Martina.) Venid, mis buenos amigos; quiero que sepáis que hoy estoy muy contenta; vosotros, que habéis estado al lado de mis queridos padres, sois las personas que más merecen mi amor y confianza.

—¿Conque la señorita está contenta? — dijo el grave Nolasco.

—¿Si lo estoy? ; Oh, no lo sabes bien! ; Él va á llegar mañana!

Este *él* fué pronunciado con un acento que no dejaba duda acerca de la pasi6n que alimentaba la joven por su futuro.

—Martina (prosiguió ésta): ¿te acuerdas que de un año aca me hallabas muchas veces sola y triste en el jardín? ¿Te acuerdas que había perdido el apetito y el sueño?

—; Y tanto como me acuerdo, señorita! (respondió el aya.) ; Como que he pasado muy malos ratos, y me he devanado mucho los sesos pensando en qué cosa podria ser la que ponía á V. triste!

—Yo tampoco adivinaba entonces la causa de mi melancolía; ahora sí...; mira, yo deseaba algo, y no sabia qué...; habia en mi alma una sed indefinible...; lo que antes me habia agradado, llegó á cansarme... Si tocaba en el piano algún bello trozo de música, sentía deseos de llorar...; si leía, el libro se me caía de las manos, y lo dejaba para escuchar yo no sé qué voz desconocida que parecia llamarme...; en fin, yo no sabia lo que me pasaba...; pero no me acomodaba en ninguna parte... Pues bien: al ver al Conde, me pareció que su imagen residía hacia ya mucho tiempo en el fondo de mi

alma...; que su voz era la que me llamaba y yo oía...; ; que le amaba desde hace largo tiempo!

—¿De modo que ahora será V. dichosa?

—; Con sólo que me ame un poco, seré completamente feliz!

—Pues la amará á V. mucho: porque siendo tan linda, tan rica, ¿qué más puede desear?

Alicia sacudió descontenta la cabeza: no entendía aquella gente tosca las puras expansiones de su primero y virginal amor.

Quedó un rato pensativa, y luego preguntó á Martina:

—¿Has visto los regalos de boda?

—¿Los que ha enviado el señor Conde?

—¡Justamente! Ha venido conduciéndolos su ayuda de cámara: ya los han sacado mis doncellas, y se hallan en mi cuarto... ; Qué magnificencia, Dios mio! Allí hay encajes, diamantes, costosísimos trajes. ; Qué sé yo! ; Todo lo que la riqueza y el buen gusto tienen de más precioso!

—No puede V. dudar del amor del señor Conde, señorita, — dijo Martina, echando una mirada de triunfo sobre Nolasco, su contentiente.

—No (dijo Alicia, sacudiendo su linda cabeza). ; Eso no significa amor, querida Martina!

—¿Que no, señorita?

—¡No! Eso lo que significa es que el Conde es espléndido, y tiene buen gusto y bastante vanidad. En cuanto al amor, se conoce en otras cosas... ; Veremos!

—¿Lo ve V.? (exclamó Nolasco, en la embriaguez de su triunfo.) ; Tiene más seso la señorita con ser una niña, que V., que es una vieja!

—¿Por qué dices eso, buen Nolasco? — preguntó Alicia sorprendida.

—Lo dice, señorita (repuso Martina), porque no cesa de deplorar su boda de V.... ; Como si á él le importara algo!

—¿Que no me importa? (gritó irritado el mayordomo.) ¿Pues quién ama á la niña más que yo? ; Quién la ha criado sobre sus rodillas sino yo? ; Quién ha servido á su padre con alma y vida? Por eso, si la viera desgraciada..., creo que me moriría de pena.

—¡Gracias, buen Nolasco! (dijo enternecida la joven, y tomando la mano del mayordomo.) Te agradezco mucho tu cariño, y lo pago

con todo mi corazón ; pero no temas. Espero que seré dichosa : vamos, Martina; ya han llegado de París mi traje blanco de boda y mi corona de azahar.

La joven y su aya salieron del salón, y Nolasco quedó dando la última mano á sus muebles y arreglando las espléndidas colgaduras.

—Yo, señorita (dijo Martina, en tanto que se encaminaban á la habitación de Alicia), estoy loca de alegría con esta boda.... ¡Qué bella pareja harán los dos! ¡Porque el señor Conde es todo un buen mozo!

—¿Verdad que sí? (exclamó la joven.) Y ¡qué cara tan bella! ¡Qué ojos tan expresivos!.... ¡Algunas veces demasiado tristes!

—¿Á qué hora supone V. que llegará mañana, señorita?

—Me parece que temprano.... : anuncia á mi abuelo que, para asistir á la boda, vendrá con él su mejor amigo, el coronel Sabagún.

—Y el señor Duque que ha convidado ya á los señores que trata en Valladolid.... ¡No faltará gente!.... ¿Y dónde se casarán Vds.: aquí, en la capilla, ó en la iglesia del pueblo?

—En la parroquia : mi abuelo quiere que se haga todo con la mayor solemnidad.

—Y tiene razón : y ¿quiénes son los padrinos?

—Los marqueses de las Bárcenas, de Valladolid ; la Marquesa era muy amiga de mi madre, y ya sabes que, aunque abuelo y yo no visitamos á nadie, ella ha venido á verme algunas veces.

—Por cierto que es una señora muy bella y muy elegante ; pero, señorita, después de casada, ¿se va V. de aquí?

—Sí, contigo y Nolasco, á la Mancha, donde el Conde tiene su casa.

—¿Y el señor Duque?

—Ya lo sabe, y está resignado á ello : mañana por la noche partimos : conque prepara mi equipaje y el tuyo ; yo lloraré mucho.... ¡Dios mio! La mitad de mi vida daría por no separarme de mi abuelo.... ; pero diga él mismo que mi deber es seguir á mi marido, y tiene razón.

—Pero ¿vendrá V. á verle?

—¡Oh, eso sí! ¡Siempre que me sea posible!

Alicia y Martina llegaron, al decir esto, á la habitación de la pri-

mera ; en medio de la estancia había una gran caja de madera : Martina se arrodilló en el suelo y desclavó la tapa con ayuda de un martillo.

Alicia se inclinó, y sacó de su fondo el mas adorable vestido de boda que una novia pudiera soñar.

Era de seda blanca : el prendido y ramo para el pecho, de azahar y rosas blancas : el aderezo, de perlas : el devocionario, de marfil y plata.

mi doncella sola, porque todo me lo revuelve y trastorna.... Sin embargo, pensándolo bien, me alegro que se hayan ido allí...., porque puedo verles sin que me vean, y oír lo que hablen, que será sin duda de mí....

—¡Pero, señorita, eso de escuchar es muy feo!

Una tinta rosada cubrió el blanco rostro de Alicia, que respondió:

—Ya sé que no está bien hecho; pero cree, Martina, que no me guía una mala intención.... Deseo saber la opinión que el Conde tiene de mí.... Si de mí se trata, me quedaré oyéndoles: pero si hablan de cosas suyas, me retiraré.

—Ese deseo me parece muy natural (dijo la bondadosa Martina): conque vamos allá; á vestirse, y vaya V., en tanto que yo me quedo aquí acabando de preparar lo que falta para el viaje.

El aya puso á Alicia una bata de merino azul, y le echó en los hombros una manteleta de felpa negra de gran abrigo; la joven salió corriendo como una cervatilla.

Llegó recatándose, y por un sendero de travesía, á uno de los dos pabellones que se alzaban en los costados del jardín, y penetró en él sin ruido.

El pabellón, que, como ya sabemos, era la habitación de estudio de Alicia, estaba caldeado por una estufa que Jerónimo había hecho encender.

Constaba aquel asilo encantador de una salita octógona, que tenía en sus dos ángulos laterales dos gabinetes, cuyas puertas se hallaban cubiertas con espesas cortinas: ambos gabinetes tenían salida á la escalera.

Alicia entró en el de la derecha, abrió la puerta, y quedó oculta tras el tapiz, y en disposición de oír cuanto hablasen los dos amigos.

Sentados éstos en el diván del centro de la sala, tenían delante un velador bastante grande, en el que se veían dos pocillos, ya vacíos, de chocolate, dos cestitos con pastas y bizcochos, y una bandeja de plata llena de hermosos cigarros habanos: todo se debía á la previsión de Jerónimo, que había deseado proporcionarles los medios de pasar lo mejor posible el rato de espera, al que se querían sujetar.

Veíase en un ángulo un piano abierto: en otro, un caballete con una pintura empezada; en otro, y sobre una mesita, algunos volúmenes; más lejos, una canastilla de labor con un bordado.

V.

Apenas enviaba la aurora su primero y perezoso rayo en aquella mañana de Febrero, cuando Martina entró en el cuarto de Alicia, y se acercó á su lecho.

Dormía la joven el sueño de los ángeles: en su noble frente se retrataba la seguridad de una dicha próxima y completa, y sus lindas facciones estaban iluminadas por una tranquila sonrisa.

Martina la tocó suavemente en el hombro, y ella abrió los ojos tan naturalmente y sin esfuerzo, como el pajarillo que se despierta sobre la rama de un árbol.

—Vamos, ¡arriba! (dijo el aya á media voz). ¡Ya ha llegado!

—¿Quién? ¿Raimundo?

—¡Claro está! ¿Quién ha de ser? Apenas se veía nada cuando han llegado él y el Coronel.

—Yo no quiero que me vea tan temprano (dijo Alicia); esto sería demostrar demasiada impaciencia por mi parte, y, además, mi abuelo no se ha levantado todavía.

—¿De modo que no se quiere V. levantar?

—Eso sí; ahora mismo: porque, aunque no quiero que él me vea, yo quiero verle: ¿dónde están?

—Han dicho á Jerónimo que, para no molestar á una hora tan temprana al señor Duque y á V., se quedarían en el pabellón del jardín, en el que V. dibuja, lee y borda.

—¡Dios mío! (exclamó Alicia.) ¡Si al menos hubieran elegido el otro, estaba mucho mejor arreglado!; pero el mío, ¿cómo estará? Estos días no he pensado en ir allá, y ya sabes que no consiento que vaya

Sin embargo, el Conde y el Coronel parecían hallarse muy bien: reclinados en el mullido diván, hablaban y chupaban sus cigarros con gran placer, con ese placer sibarita de los fumadores inteligentes.

Alicia se apoyó contra la pared: la puerta en que ella se hallaba daba casi al lado de la cabeza de Raimundo, y aunque éste podía oír su agitada respiración, como no tenía ningún antecedente de la presencia de la joven, no se apercibió de nada.

—No sé, á la verdad (dijo el Coronel, no bien Alicia se hubo acomodado en su escondite); no sé por qué no has de amar á esa adorable niña; ni sé, ya que no la amas, por qué te casas con ella; Raimundo, eso es cruel, y mucho más noble hallaría el que te hubieras negado á los ruegos de su abuelo.

—No tuve valor para tanto (repuso el Conde); un anciano que ruega es para mí una cosa sagrada; creí ver á mi propio padre que me pedía esta boda.

—¿Pero no consideras que es Alicia la víctima de tu condescendencia? ¿Ni sé yo tampoco hermanar la ternura que el abuelo te inspira, y la dura indiferencia con que miras la suerte de la nieta!

—¡Yo te lo diré! (repuso el Conde, avivando la lumbrera de su cigarro.) ¡Amo á los ancianos: detesto á las mujeres!

—¡Bah, bah, bah! ¿Las detestas, y les has sacrificado la mayor parte de tu fortuna? ¿Son un misterio acaso tus ruidosas aventuras galantes, la multitud de tus amores?

—¡Mucho he amado! (repuso el Conde, cuya frente se cubrió de pronto de honda tristeza.) ¡Mucho he amado, y con mucha nobleza, y he sido pagado con mucha indignidad! ¡Aquí, Miguel (prosiguió Raimundo, apoyando su mano sobre el corazón), aquí no hay nada ya....; nada más que silencio.... y vacío!

—¡Qué dices! (exclamó el Coronel.) ¿Ni cómo quieres engañarme así? Si tu corazón estuviera seco, yo renegaría de la humanidad entera. ¿Dónde hay un tesoro más rico que en él de abnegación, de nobleza y de ternura? Raimundo, te calumnias, y no quiero oírte....

—¡Ojalá fuera así! (murmuró con tristeza el Conde.) En este corazón sólo hay aún calor para ti....: para el amor, no se reanimará jamás.

—¿Pero qué te ha sucedido? ¿Qué gran desengaño sufriste, que

me has ocultado? Habla...., habla....; sepa yo lo que así te ha cambiado durante los dos años que he estado sin verte.

—Mi desgracia es mezquina, casi vergonzosa (dijo el Conde); ningún dolor grande ha habido en mi vida; pero oye los detalles de mi progresivo cambio, para que, á lo menos, sepas lo mismo que yo sé.

Acercóse Miguel á su amigo con muestras de vivísimo interés, y la desposada aplicó á sus labios el pañuelo para sofocar un sollozo que le arrancaban las horribles palabras que acababa de escuchar.

Raimundo prosiguió así:

—Ya sabes que nací muy rico: traje al mundo ya, al venir á él, como obligación, el cáncer del siglo, la ociosidad: la ociosidad forzosa del gran señor, y de la que mi padre era un ferviente adorador, á pesar de la nobleza de su carácter.

Me enseñaron algunas cosas de adorno, de esas que debe saber una persona bien educada, es decir, dos ó tres idiomas, á conocer el mio con perfección, á pintar un cuadro medianamente, y á acompañar al piano una romanza: aprendí también á tirar el florete por si me veía en algún desafío, lo que me ha sucedido con bastante frecuencia.

Lo poco más que sé, lo he aprendido yo en mis viajes y lecturas.

En completa libertad, y en un país tan bello en que el alma, sin quererlo y sin saberlo, se abre á las pasiones, inmensamente rico, ocupaba mi forzosa ociosidad en todo aquello que podía matar ó adormecer el alma, y corría por la rápida pendiente de los desórdenes, admirándome ahora yo mismo de cómo no fui á dar en la del crimen.

Pues bien, amigo mio; en mi larga peregrinación, no he hallado una sola mujer que mereciese mi amor y mi respeto: muchas me han amado por vanidad; otras por interés; y las que la fortuna y el nacimiento habían hecho iguales á mí, me han descubierto tantos defectos y tan malas cualidades para esposas, que he huído de ellas para conservar mi libertad.

Pero de esta perpetua lucha sólo he sacado el hielo en el corazón, y en el alma mil decepciones. ¡Ah! ¡Por qué, en vez de nacer opulento, no he nacido humilde obrero! ¡Por qué no he sido un sacerdote del trabajo, en vez de serlo de los placeres, de las fiestas y de la vanidad! Entonces mi corazón, preservado por el escudo santo

de una incesante laboriosidad del hastío mortal que hoy le aqueja y le consume, hubiera amado á alguna modesta y virtuosa hija del pueblo, porque sólo en esa clase es donde tal vez se ocultan algunas virtudes: ¡entonces hubiera sido buen esposo y padre feliz!

—Aún te queda esa última dicha (dijo el Coronel); aún puedes hallar en el amor paternal la felicidad y la alegría; pero dime: ¿crees poder respetar y estimar lo bastante á Alicia para no hacerla desgraciada? ¿Tu hastío no tomará formas dolorosas é hirientes para ella, en el retiro que solos vais á habitar?

—No, ó á lo menos llevo la firme intención de ocultarle mi aburrimento: pasaremos en ese retiro nada más que la cercana primavera, y luego iremos á Madrid: ella se entretendrá durante la bella estación visitando mis dominios, y en Madrid ya no temo por Alicia; hará lo que todas.

—¿Cómo!

—Irá á los bailes, á paseo, del tocador al salón, de la mesa al teatro...; tendrá amantes, adoradores lisonjeros que la rodearán; yo no le haré falta ya, y así pasará su romántica pasión hacia mí.

—¿Y si no pasa?

—Pasará: yo procuraré que suceda.

—¿De qué modo?

—Riéndome de sus románticas manifestaciones: no haciendo caso cuando me acuse de indiferencia.

—Pero, ¿y si realmente te ama?

—¡Tanto peor para ella! No concibo cosa más terrible que una esposa que, además de sus muchos defectos, esté enamorada.

—Pero, ¿tú que harás?

—Lo que hasta aquí: soportar los dolores del cáncer: no hacer nada: buscar amores fáciles, de los que, al terminarse, no dejan huella alguna: jugar, cazar y cenar con esos que se llaman mis amigos, y que viven á costa mía.

—¡Dios mío! ¡Qué horrible porvenir para ti y para Alicia! ¡Oh, Raimundo! ¿Quién ha hecho en tí tan horrible estrago en estos dos últimos años? ¡No; tú no eras así antes! ¿Quién ha consumado la obra de tu destrucción moral?

—Ha sido una mujer, después de otras muchas (respondió Raimundo con acento sordo, y pasando la mano por la frente); sí, la mu-

jer que he visto más hermosa, y la que creía más buena: la que he amado más en este mundo: la que me ha dominado más..., y también la más perversa de todas las que he conocido...: era una extranjera..., una francesa de alto rango...: no quieras saber más...: ya murió, y, á pesar de su perfidia, he llorado su muerte, y la recuerdo con una pavorosa mezcla de un sordo y concentrado dolor: cuando aquella mujer, que yo creí la única buena del mundo, la sola capaz de una gran pasión, descubrió el velo que caía delante de su maldad, me aterró de mi engaño, y huyeron los últimos restos de mi fe para no volver jamás; ya no puedo amar ni creer; lo más que podré hacer, será respetar á mi mujer, en tanto que ella lo merezca, y darle mi indiferencia después.

—El señor Duque ruega al señor Conde que pase á verle á su cuarto (dijo Jerónimo, apareciendo á la puerta de la estancia); se siente algo indispuerto, y por esta causa no viene.

—Vamos (dijo Raimundo); tú, Miguel, espérame aquí.

Al mismo tiempo de salir el Conde, se oyó detrás del Coronel el ruido sordo y pesado de un cuerpo que caía al suelo.

El Coronel se volvió, alzó la cortina, y vió ante sus ojos el inanimado cuerpo de Alicia.

—¡Desventurada! (exclamó.) ¡Todo lo ha oído! ¡Ya es esta boda imposible!... ¡Pobre niña... y pobre anciano!

Miguel sacó después en sus brazos á la joven, y la colocó sobre el diván, contemplándola con una conmiseración profunda.

se lo repito! ¡No es mi corazón de los que aman dos veces, y debo haberlo heredado de mi pobre madre, que sólo amó á su esposo, y no pudo sobrevivirle!

—¡Pero su casamiento de V. con Raimundo es ya imposible, señorita! ¿Tendría V. el triste valor de darle su mano, después de lo que ha oído?

—Y ¿qué he de hacer, caballero, si yo le amo? Y aunque no le amase, ¿cómo dar una negativa que tanto afligiría á mi abuelo? Yo debo casarme con él, y esto no será una mala acción, porque ningún vil interés me mueve á ello, y le amo.

—¡Dios mio! ¿Y qué felicidad puede V. esperar de tal enlace, señorita? ¿Sabe V. lo que es una unión para toda la vida? Yo he estado casado, y lo sé....; fui feliz en ella; y, sin embargo, comprendo lo que puede ser cuando el amor no endulza su peso, y, sobre todo, para una pobre niña sin valor y sin experiencia!

—Coronel (repuso Alicia): yo amo á Raimundo; mas no por eso le exigiré una correspondencia, que ¡ay de mí! sé, desde hace una hora, que no puede darme: me contentaré con su amistad y con que no me sujete á un trato duro, lo que no espero de él, porque, á pesar de todo, su carácter es noble.

—Y bien (repuso Miguel): yo quiero mejor esperar en el porvenir que desesperar de él, señorita; ya que V. es tan generosa, que se decide á casarse por solo su amor y por tranquilizar los últimos días de su abuelo, yo quiero esperar en el porvenir....; ¿quién sabe si está destinada á V., á su candor, á su virtud, á sus gracias, la misión de despertar y dar calor á ese corazón adormecido y helado por los excesos y los desengaños del mundo? ¿Quién sabe si el Conde hallará en el santo amor de la familia, en el amor paternal, lo que perdió en los placeres, las fiestas y la ociosidad?

Sonrió Alicia con tristeza, y respondió:

—No espero este triunfo, mi buen amigo, y desde hoy quiero darle este dulce nombre, ya que tanto se interesa por mí: no espero resucitar ese corazón, cadáver ya; ninguna esperanza de dicha me llevará al altar....; pero si Dios quisiera, tal vez podría inculcar en esa alma una consoladora creencia; la de que yo soy, si no tan superior como debería ser para que él me amara, al menos la mejor de las mujeres que ha conocido.

VI.

Alicia tardó poco en volver en sí, y poco también en recordar lo que había pasado; vibraba en su alma, como un eco fúnebre, la voz del Conde, confesándose incapaz de sentir el amor, y asegurando que se había casado con ella sólo por un sentimiento de compasión; atestiguaron al Coronel su memoria y su dolor algunas lágrimas que se escaparon de sus ojos y rodaron por sus pálidas mejillas.

—Valor, señorita (dijo Miguel); ya que V. conoce hasta dónde llega su desgracia, oponga á ella una frente serena; no ha de faltar en el mundo un esposo digno de V....; yo mismo lo seré, si esto puede satisfacer los temores que, acerca de su suerte venidera, abriga su anciano abuelo.

—No, caballero (respondió la joven, enjugando sus ojos y sacudiendo con melancolía la cabeza.) ¡No, nosotros no podemos casarnos!

—¿Por qué razón, señorita?

—Porque ni V. me ama á mí, ni yo le amo.

—¡Es tan fácil amar á V.!

—No pensemos en eso, caballero; yo no puedo amar más que al Conde.

—Á la edad de V., y en el retiro en que se ha criado, no se sabe aún lo que será del porvenir (repuso el Coronel). ¿Qué sabe V. si aún amará á otro con pasión?

—¡Ay, caballero! (exclamó la pobre niña.) ¡V. no sabe, V. no puede saber cómo he nutrido yo este amor durante el mes que he estado segura de la dicha de pertenecerle! ¡V. no sabe cuánto le he acariciado, y qué profundas raíces ha echado en mi alma! ¡No, no;

— ¡Ah, señorita! ¡V. es un ángel, y Dios la ayudará! (exclamó Miguel con entusiasmo.) ¡Si; V. no sabe cuánto alcanza una mujer buena y cristiana! Ella es el ángel de la guarda de su hogar y de su marido.

— Voy a hacer a V. una pregunta (dijo Alicia, que se había quedado pensativa, como herida por una idea repentina): en todo lo que ha hablado, el Conde no ha pronunciado ni una sola vez el santo nombre de Dios, que V. acaba de invocar....: ¿estará apagada también en su alma la llama de la fe cristiana?

Miguel bajó la cabeza, y guardó silencio.

— Hable V. (dijo Alicia): ¿no cree el Conde? ¿No ama a Dios? ¿No es buen cristiano?

— La fe religiosa se ha apagado en el torbellino en que ha vivido (respondió el Coronel); su padre no debió inculcarle, tan sólidamente como necesitaba, los principios religiosos.

— Luego, ¿no cree?

— Libre me Dios, señorita, de pensar tal cosa (dijo Miguel); sólo pienso que no cree tan sólidamente como debería, y que la duda, que enfria su alma para el amor, la enfria también para la religión.

— Adiós, y gracias, Coronel (dijo Alicia, levantándose y presentando a Miguel su pequeña mano). Permítame V. que me retire; creo que no tardarán en avisar a V. para que vaya a reunirse con Raimundo y mi abuelo.

— Adiós, y valor, señorita.

— Le tendré. Sólo suplico a V. que nuestra conversación quede ignorada de todos.

— Nadie sabrá nada.

— ¿Me promete V. el secreto hasta para el Conde?

— Para él, sobre todo: y yo mismo sólo la recordaré para admirar su valor de V. y para decirle que soy su mejor y más adicto amigo, asegurándole desde luego que, donde quiera que me halle, si me llama, acudiré en su ayuda.

Alicia hizo una afectuosa señal de despedida y reconocimiento al Coronel, se envolvió en su capa, y salió del pabellón.

Miguel la siguió con la vista, y murmuró:

— ¡Ah, Raimundo! ¡Qué infeliz vas a hacer a ese ángel, y cómo te pedirá Dios cuenta de lo que le hagas sufrir!

VII.

El almuerzo no se hizo en el comedor, porque el Duque, bastante indispuerto, no se pudo levantar para aquella hora.

La indisposición del anciano, aunque frecuente en él, contristó aún más el ánimo de Alicia, cuyo corazón estaba lleno de amargos presentimientos.

El Coronel y el Conde almorzaron juntos en el cuarto de este último: Alicia tomó sólo un vaso de leche al lado del lecho de su abuelo.

— Creo que debes estar muy contenta, hija mía (dijo el Duque): ya se van a cumplir los votos de tu corazón y los del mio también, puesto que vas a hacer un casamiento a tu gusto.... El esposo que vas a tener, es noble, rico, de bella figura, y que te ama ya, porque sólo así se explica que te dé su mano y encadene su libertad: ¡pero qué cadena tan dulce sabrás tú hacer! Nada te recomiendo, Alicia mía, porque veo en ti un retrato de tu buena madre, que, a su vez, fué educada por la suya. ¡Oh! Si tu abuela hubiera vivido, hija mía, yo hubiera tomado más tiempo para asegurar tu dicha, porque hubiera esperado en Dios que te dejase su amparo y protección; pero así, hija mía, he tenido que apresurarme, porque de un instante a otro puedo morir, y te dejaba sola, sin apoyo y sin consejo, y demasiado rica, por desgracia. Hija mía, yo tengo confianza en Dios, y espero que él te mirará con ojos de misericordia y te dará la dicha.

Alicia se arrojó en los brazos de su abuelo, que continuó:

— ¡Bendita seas, hija mía, tú que jamás me has causado ni un instante de dolor! ¡Bendita seas, alegría de mi vejez, esperanza de mi nombre, único vástago de mi familia! ¡Si mis ruegos llegan al trono del Todopoderoso, tú serás dichosa!

Calló el anciano; su cabeza estaba levantada al cielo con una expresión de ruego, y su venerable rostro iluminado con una expresión sublime de confianza y de fe; la joven sintió que descendía hasta su corazón un rayo de esperanza: la voz de aquel anciano virtuoso, benéfico, irreprochable en su larga carrera, debía, en efecto, llegar al cielo.

—Ve, hija mía (prosiguió el Duque, tras una breve pausa): ve á vestirme; los convidados van á ir llegando, y yo también quiero hacer un esfuerzo para levantarme.... Hoy me siento bastante mal, y muy postrado....; pero no temas.... (prosiguió al ver dibujarse el terror en el rostro de Alicia); es efecto de la emoción...., de la alegría al ver asegurada tu suerte.

La joven ahogó un suspiro, pensando cuán mal asegurada estaba aún su dicha; pero lo ocultó bajo una sonrisa, y rogó á su abuelo que depusiera toda aprensión y que se animase lo posible, para animar á su vez á todos con su presencia: después le abrazó, y salió de la estancia.

Martina la vistió su traje de boda, y cuando bajó al salón, halló ya en él á su abuelo, al Conde y al Coronel entre los convidados.

El aspecto del Duque la asustó, sin saber por qué; el anciano estaba como aniquilado bajo una fatiga profunda, aunque en su sonrisa brillaban la tranquilidad y la alegría.

Sirvióse á las cuatro una espléndida comida, y á las siete, prontos ya los carruajes, se dirigió la comitiva á la iglesia parroquial de la aldea, cubierta de flores y de luces.

Alicia pronunció un sí débil y tembloroso: el del Conde fué firme y severo.

Acabada la ceremonia, se retiraron los concurrentes, y quedaron solos en el salón el Duque, su nieta, el Coronel y el Conde.

La conversación se deslizó durante algún tiempo apacible y alegre, persuadiendo el Duque al Conde de que, en vez de irse á sus tierras de la Mancha aquella misma noche, según habían proyectado, se quedasen allí algunos días más con él.

—Yo no me siento bueno (dijo): acaso el Supremo Hacedor quiere hoy, que deje asegurada la suerte de mi hija, llamarme á sí. ¿Por qué habéis de separaros de este anciano que os ama? ¿Á qué tener que volver precipitadamente? Desistid por ahora, y quedaos algunos días

conmigo: si me pongo mejor, os iréis....; si me muero, ya sabéis que debéis tomar mi nombre, y la posesión del título y tierras de Santa Clara.

—¿Á qué esos tristes presentimientos, querido padre? (dijo el Conde): si el gusto de V. es tenernos algunos días á su lado, no nos iremos; pero no piense V. en morir, porque aún querrá tal vez la Providencia dejarle por largo tiempo á nuestro lado.

—Gracias, hijos míos (dijo el anciano): yo os agradezco el que hayáis atendido á mis deseos: ahora, permitidme que me retire á descansar, y hasta mañana.

El anciano, que parecía en efecto fatigado de una manera alarmante, tomó el brazo de su fiel Jerónimo, y se retiró.

Martina se presentó con una bujía en la mano para alumbrar á Alicia hasta la cámara nupcial, á la que se dirigió, después de haber dado la mano al Coronel.

Una vez allí, y despojada por sus dos doncellas de sus adornos de boda, se hizo poner un peinador blanco, se sentó al lado de un velador, y, despidiendo á su aya y á las camareras, se puso á leer, esperando á su marido.

Nada más bello y más suntuoso que aquella cámara, digna de los desposorios de un príncipe.

Los ricos tapices de seda carmesi recamados de oro; el gran lecho esculpido, rematando en la corona ducal; la multitud de candelabros de oro cargados de bujías que arrojaban torrentes de luz; las mesas doradas con tableros de pórfido; los grandes sillones dorados y carmesi, repartidos en rico y profuso desorden; todo esto daba un aspecto regio á la habitación.

Así que hubieron desaparecido sus criadas, Alicia dejó caer el libro, y, apoyando la frente en la mano, quedó pensativa por espacio de algunos instantes.

Oyéronse pasos en la cámara vecina, y poco después la puerta de la habitación nupcial se abrió, dando paso al Conde.

Alicia se levantó pálida y helada, y esperó de pie, y con una mano apoyada en el velador, á que su marido se aproximase.

—Mi querido esposo (le dijo con voz firme): si has hallado abierta la puerta de esta habitación, es porque yo quería tener contigo una entrevista importante, y aún más porque no quería provocar un es-

cándalo inútil ante los criados de la casa; de lo contrario, la hubieras hallado cerrada.

—¿Qué quiere decir eso, querida Alicia?— preguntó el Conde procurando tomarle una mano, que ella retiró.

—Esto quiere decir (repuso la joven), que oí toda la conversación que tuviste esta mañana en el pabellón con el Coronel; que he sabido por ella que tu corazón está seco; que no me amas, ni puedes amar, y que hasta que recobre ese corazón un poco de fuego y de vida, si es que esto es posible, no seré tu esposa más que en el nombre; que mi alma rechaza este indigno consorcio, que he llevado á cabo para que mi abuelo muera tranquilo, y que yo no concedo ni concederé nunca al matrimonio otros derechos que los del amor.

El Conde palideció al oír el razonamiento de su mujer; pero dominando á todo otro sentimiento el de su vanidad herida, se encogió de hombros con aire de glacial indiferencia.

—Al lado de la habitación que ocupa el Coronel (prosiguió la Condesa), hay otra preparada para ti; yo me he ocupado de ese cuidado: todos aquí nos creerán unidos por los más tiernos lazos, pero Dios y nosotros sabremos la verdad; espero regenerarte, y trocar tus dudas en la certeza de que hay en el mundo una mujer buena, digna, irreprensible; cuando te vea convencido, esa mujer será tuya.... ¡antes no!

—¡Buenas noches! (dijo el Conde, con la brusca insolencia del hombre derrotado por una mujer.) Si has oído lo que hablé en el pabellón, nada puedes hacer mejor que olvidar.

Tomó, dicho esto, una hujía, y salió sin mirar á su mujer.

Ésta se dejó caer de rodillas delante del magnífico reclinatorio que se hallaba á los pies de su lecho, y oró con amargas lágrimas de dolor.

Mucho rato permaneció arrobada en su fervorosa plegaria; pero llegaron á sacarle de ella pasos precipitados y voces ahogadas que se oían por la galería que circunía la casa.

La Condesa abrió un balcón y se asomó á Él, al mismo tiempo que llegaba Martina, sofocada y jadeante.

—¿Qué pasa? (preguntó la joven.) ¿Venías á buscarme, Martina? ¿Acaso mi abuelo?....

No pudo decir más: el presentimiento que se había apoderado de su corazón la hizo palidecer y temblar.

—Señorita, el señor Duque se muere....; no habla, y está frío ya....; se hallan á su lado el Médico y el señor Cura....; también ha bajado el señor Coronel.

—¡Vamos! (exclamó la Condesa.) ¡Vamos corriendo á ver lo que tiene!

Martina no había mentido: Dios había marcado en su libro el fin de la larga carrera de aquel anciano; no se movía, no hablaba; su rostro se hallaba cubierto de una suave palidez; pero se conocía que oía atentamente las exhortaciones del sacerdote, y que de vez en cuando rezaba, á juzgar por el dulce movimiento de sus labios.

—¡Padre mio!—exclamó Alicia, arrojándose deshecha en llanto sobre el cuerpo del anciano.

—Dios, tu abuela.... y tu madre, me llaman, hija mia.... (murmuró el Duque, haciendo un esfuerzo supremo.) Ya te dejo un protector.... ¡Sé buena, para que seas dichosa!....

No habló ya más para las criaturas que dejaba en el mundo: sólo se le oyó articular el santo nombre de Dios con ardorosa unción.

Hubo un instante en que volvió los ojos, y buscó con ansiosa mirada al Conde; hallóle á los pies del lecho; le señaló con expresiva mirada á su nieta, como un último ruego para que la hiciera dichosa; volvió después la vista al cielo, y espiró.

Alicia dejó escapar un agudo grito, y cayó desmayada en los brazos de Martina.

VIII.

El Conde y el Coronel cumplieron todos los deberes concernientes á las honras fúnebres del Duque.

Alicia había quedado sumergida en tan profundo dolor, que parecía haberse suspendido en ella hasta el pensamiento.

¡Pobre niña! Á los diez y siete años quedaba sola, sin ningún amor en el mundo, pues su abuelo, único ser que la amaba, había volado al cielo.

Quince días pasó el Coronel con los dos esposos; mas llamado después por negocios y deberes militares á Madrid, los dejó en su solitario y antiguo castillo.

Raimundo y Alicia tomaron el título de duques de Santa Clara, según el deseo del anciano, que ya se hallaba junto al trono de Dios.

Alicia conocía, al quedarse sola con su marido, que debía, sobreponiéndose á su dolor, empezar la grande obra que se había propuesto, y de la que dependía el porvenir de toda su vida.

Á los tres días de haber partido su amigo, la vió su marido, después del desayuno, entrar con un delantal de percal puesto sobre su traje, y un gran sombrero de paja.

El delantal ocultaba un gran bulto.

—¿Adónde vas?— le preguntó Raimundo.

—Á dar de comer á las aves,— respondió Alicia.

—¡Tú!

—Yo misma.

—¿No hay una criada encargada de ese cuidado?

—¡Sin duda! Pero la ociosidad me aburre: ¿quieres venir?

—Gracias,— respondió el Duque.

La joven Duquesa salió, y su marido no pudo resistir á sus deseos de ir á buscar una ventana que daba al corral, para ver cómo alimentaba su mujer al ejército de pavos, gallinas y palomas.

Acabada su tarea, Alicia hizo su sencilla *toilette* de luto, y se puso á estudiar un poco en el piano hasta la hora de almorzar: á lo menos así lo dijo á su marido, que se recostó en un canapé del salón, de espaldas á ella.

Pero Alicia, lejos de ocuparse en repasar alguna sonata nueva, se puso á tocar la más tierna y dulce de cuantas sabía, esperando divertir algún tanto á su marido, al que veía, por medio de un magnífico espejo, con la mano apoyada en la mejilla.

—¡Si yo pudiera inspirarle gusto por la música! (pensaba ella.) ¡Si su alma llegase á recobrar el sentimiento de lo bello, extinguido ó adormecido en él por el contacto de placeres vulgares! ¿Quién sabe? Parece que me escucha con atención.

Y Alicia acabó de tocar una preciosa y tierna sonata de Bellini que había empezado, y que transmitía á su alma tan dulce melancolía.

—¡Sin duda tiene Raimundo los ojos llenos de lágrimas como yo! (pensó ella con íntimo convencimiento.) Veamos: voy á levantarme como para buscar algo....: pasaré por su lado con disimulo, y le miraré....

La ejecución siguió al proyecto; levantóse, y pasó por el lado de su marido, al que creía atento y enternecido: ¡oh dolor! ¡Raimundo estaba durmiendo!

Una lágrima, no dulce como las que la música le arrancaba, sino amarga como las que produce el desengaño, corrió por la mejilla de la joven Duquesa.

—¡Ah! (exclamó.) ¡Nada le agrada! ¡Nada le conmueve!

Y sentándose con cólera en una silla, se acercó un velador que contenía un gran envoltorio y un estuche de costura.

Aquel ruido despertó al Duque, que abrió los ojos con disimulo y se puso muy formal, para no dar á entender que se había dormido.

—¿Qué vas á hacer?— dijo á Alicia, al ver que cortaba una tela que había sacado del paquete.

—Voy á cortar un vestido para mí,— repuso ella.

—¡ Á cortarlo!

—Y á coserlo.

—¿Pero no hay modistas? ¿No tienes doncellas?

—Ciertamente; pero yo siempre me he hecho los vestidos: me abruma la ociosidad.

—Mira (dijo Raimundo); si quieres, dentro de un rato saldremos á dar un paseo á caballo: ¿sabes montar?

—¡ Como una amazona! (respondió Alicia alegremente.) Cuando te parezca la hora, manda ensillar los caballos.

Y siguió cortando el vestido.

Levantóse Raimundo, y dió dos ó tres paseos por la sala: se aburría, y no sabía en qué emplear su tiempo hasta la hora del paseo.

—Aquí hay un ejemplar de la *Divina Comedia* (dijo Alicia).

¿Quieres leerme un poco mientras coso?

—¿Está traducido? — preguntó el Duque.

—No: está en italiano, — repuso sencillamente la joven.

—¿Conoces tú el italiano?

—Un poco: para cantar es preciso.

El Duque tomó el libro que su mujer le presentaba, y empezó á leer con gran sonoridad y sentimiento la *Divina Comedia*.

—¡ Tiene alma! (se dijo Alicia.) Aún siente: ¡sólo que yo, ignorante y sencilla joven, puedo tan poco! ¡Dios mio, ayudadme! ¡Enseñadme los medios de conservar mi único bien! ¡Oh! ¡Si cansado de esta soledad, que tan poco embellece mi compañía, quisiera irse á Madrid, entonces si que tendria que temer por el porvenir!

Después de leer como una media hora, el Duque, fatigado, dejó el libro, y salió para ir á ordenar que dispusieran los caballos.

Alicia se presentó vestida de amazona, y tan linda, que su marido la contempló con verdadera admiración.

El luto riguroso de su amazona hacía resaltar el castaño dorado de sus cabellos y el gris azulado de sus ojos: su talle, de una gracia y finura maravillosas, lucía toda su elegancia aprisionado en el corpiño con aldetas: por debajo del sombrerito de castor negro asomaban los magníficos rizos de sus cabellos, y no parecía posible que sus manecitas pudieran sujetar al fogoso bruto que pifaba en el patio anhelando salir al campo.

La mirada de su marido hizo palpar el corazón de la Duquesa;

ésta montó ligeramente, y salió, siguiéndola Raimundo, que rehusó la compañía de ningún criado ó palafrenero.

—¿Sabes que no sospechaba que montaras tan bien á caballo?— dijo el Duque á su mujer.

—Tomemos un galope, —respondió ésta alegremente.

Los caballos salieron con velocidad: llegados á una praderita, Alicia acortó el paso para disfrutar de su deliciosa vista.

Estaba espirando Abril: ya habia flores entre la hierba; los arboles llevaban su verde traje de primavera; el sol bañaba los extremos de sus copas, y los pajaritos entonaban el himno vespertino, saltando gozosos de rama en rama.

—¿Qué será aquél humo? — dijo de repente Alicia, señalando á una columna que se confundía con el azul del cielo.

—No sé (repuso el Duque): vamos allá, y lo veremos.

Pronto los acercaron los caballos al pie de un montecillo, en cuya falda se veía una pobre cabaña hecha de paja y piedras.

Fuera de la puerta de la cabaña ardía una hoguera, al lado de la cual habia dos niños y una mujer que envolvía patatas en la ceniza caliente.

Alicia, sorprendida de hallar aquella gente en sus dominios, bajo del caballo y se acercó á la mujer, que, al ruido, se volvió y dejó ver un semblante flaco y curtido por los años.

—¿Vive V. aquí, buena mujer?— preguntó la Duquesa.

—Sí, señora (respondió la mujer): soy la madre del pastor que guarda parte de los ganados de los señores Duques de Santa Clara.

—¿Y estos niños?

—Son mis nietos: mi hijo quedó viudo el año pasado: su mujer pereció en el incendio que les dejó sin su casita de la aldea: entonces no hubo más remedio que hacer esta cabaña, y venirnos acá con los niños; ya pedimos licencia al mayordomo, Sr. Nolasco, que nos la dió, y nos dijo que para tan poca cosa no quería incomodar al señor Duque.

—¡Pobre mujer! (exclamó Alicia, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.) ¡Vivir aquí en esta choza, donde penetra el viento y la lluvia, cerrada sólo por una puerta de palos! ¡Dios mio! ¿Y se puede vivir de ese modo? ¡Ah! ¡qué culpables somos los ricos de la tierra ignorando todas estas miserias!

Alicia estaba tan bella hablando así y abrazando á las niñas, que la miraban atónitas, que su marido no pudo contener un gesto de admiración.

—Les levantaremos una casita: ¿querrás, Raimundo? — preguntó la Duquesa, estrechando la mano de su marido.

—¿Por qué me consultas eso? (respondió éste.) ¿No eres tú aquí la señora de todo?

—No (respondió Alicia suavemente); sin tu permiso, nada puedo ni debo hacer.

El Duque sonrió con amargura: su amor propio se hallaba herido del frío trato que su mujer había establecido entre los dos: se sentía allí inferior y dominado en todo: la joven era más noble, más generosa que él, como asimismo más rica: el título que llevaba no le pertenecía; su boda, á pesar de haber sido casi la obra de la caridad, podía llamarse la obra del cálculo: sólo el amor podía salvar la inmensa distancia que cada día los separaba más.

Alicia, inocente como una niña, quiso entrar á ver el interior de la cabaña: admiró el torno en que hilaba la madre del pastor, la cabrita que daba leche para las niñas, y jugó alegremente con el animal y con sus infantiles amas, bebiendo con gran placer un vaso de leche.

El Duque experimentaba, contemplando á su mujer, una sensación desconocida para él hasta entonces: en nada se parecía á la admiración que tantas veces le había causado el ver á una bella mujer vestida con un espléndido traje de baile y llena de diamantes: no se asemejaba tampoco al entusiasmo producido por el canto de una eminente artista, de aquellas cuyo nombre era europeo, y cuyos amores había pagado á tan subido precio: no, lo que oía era un canto del alma, de una alma pura, que se abría como una flor al santo rocío de la caridad cristiana.

Quizá por la primera vez dirigió á Alicia la mirada del verdadero amor, y entonces recordó que ninguna otra mujer de las que había conocido le había parecido tan bella y tan interesante como la suya.

Ya era cerca del anochecer cuando Alicia, después de haber estrechado la callosa mano de la anciana, dejando en ella un bolsillo con algún dinero, y de haber abrazado tiernamente á las niñas, volvió á montar á caballo, ofreciendo á la desgraciada familia que se ocuparía de su suerte.

Los dos esposos salieron al paso, y el silencio reinó entre ellos, pues ambos iban absortos en sus meditaciones. Alicia estaba aún enternecida: su marido pensaba en que una mujer tan buena y caritativa debía ser el bello ideal que él había buscado toda su vida y en el torbellino del mundo, sin poderlo encontrar.

La luna salió en breve de entre los árboles, é iluminó con su plácida y melancólica luz toda la campiña; su resplandor hizo blanquear las tapias del cementerio, y sus primeros rayos fueron á bañar la cruz de bronce que servía de remate á la cúpula de la capilla, que brilló como un faro consolador.

El sepulturero se hallaba sentado á la puerta del asilo de los muertos, con su mujer y sus hijos.

—Raimundo (dijo Alicia á su marido): jamás paso por este recinto, que guarda los restos de todos los que me han amado, sin que entre á elevar por ellos una oración: espérame un instante.

—Yo iré contigo (respondió el Duque); es de noche, y tendrás miedo.

—¡Miedo! (repitió la joven con voz triste y profunda.) ¡Ojalá pudiera pasar mi vida entera al lado de esos sepulcros! Entonces la gran soledad en que vivo se llenaría para mí, y sería más dichosa esperando la hora de ocupar mi sitio al lado de mis padres y de mis abuelos!

El Duque nada respondió; pero el acento triste de su esposa vibró en su alma como una dolorosa reconvención.

Apearonse, y el aposentador de los muertos ató los caballos á un árbol, franqueando el paso á su joven señora y á su marido.

El cementerio no tenía nada de espantoso: el guardián cuidaba con esmero el lindo jardinillo, en cuyas galerías se veían los nichos con sus lápidas, que explicaban el nombre y la edad de las personas que los ocupaban.

No obstante, eran pocos los habitantes de aquellos, y lo que más se veían eran humildes cruces de madera negra, que señalaban las sepulturas del suelo.

En medio, y rodeado de una verja de hierro, se levantaba el panteón de los duques de Santa Clara; era de piedra, bastante alto, y contenía las cenizas de los abuelos y de los padres de Alicia.

Ésta se arrodilló: unió sus manos, inclinó la cabeza, y se puso á rezar.

Raimundo, apoyado en uno de los ángulos de la derecha, y con el sombrero en la mano, la contemplaba con respeto: el silencio de la noche, la tibia luz de la luna, todo daba solemnidad á la plegaria de la joven.

De repente creyó el Duque oír un sollozo: se acercó á su mujer, oyó un segundo gemido, y pudo convencerse de que Alicia lloraba.

—Vamos, querida mia (le dijo dulcemente); esta emoción, tan largo tiempo sufrida, puede causarte daño; levántate ya, y volvamos á casa.

Alicia obedeció como una niña; su marido no se atrevió á dirigirle una palabra; tanto era el respeto que le inspiraban el dolor y la desgracia de aquella joven, que, casada con el hombre á quien amaba, se creía sola en el mundo.

IX.

Al día siguiente por la tarde Alicia entró en el salón, llevando en los brazos un cofrecito de hechura remota, y, al parecer, muy pesado.

—¿Qué es eso?—preguntó el Duque.

—Son (dijo ella) algunos papeles antiguos que mi pobre abuelito quería arreglar, sin hallarse jamás con fuerzas para ello; algunas veces le dije que si quería que lo hiciera yo; pero, como debe ser cosa muy pesada, me respondia:

—Esto no es cosa á propósito para ti, hija mia.

—¿Y ahora vas á ocuparte de ella?

—Sí; deben ser documentos de familia, escrituras de compras y ventas...., ¡qué sé yo! Pero basta que mi abuelo desease aclarar esto, para que yo lo haga.

—Yo me encargo de ese trabajo (dijo vivamente el Duque); déjalo aquí en esta mesa.

—¡Tú!—repitió Alicia asombrada.

—¡Yo! ¡Sí! Yo lo entenderé mejor, y así haré algo; y á fe mia que lo deseo, porque la continua ociosidad ha llegado á fatigarme.

—¿Pues has trabajado alguna vez?

—No, lo confieso; el bullicio de las fiestas, los convites, los bailes, *mataban* mi tiempo: ahora el tiempo me mata á mi.

—¿Quieres volver á la sociedad que has dejado? (preguntó tímidamente Alicia.) Si la echas de menos, vuelve á ella sin temor, que yo me quedaré aquí.

—¿Vendrías tú conmigo?—preguntó el Duque, en cuyos ojos brilló la alegría.

—No (respondió la joven); el año de luto lo pasaré en este palacio, que no abandonaré hasta dejar en claro todos los asuntos, y saber que nuestros colonos nada necesitan; mi abuelo, por su edad, tenía algo olvidada la dicha de estas pobres gentes; á mi me toca cuidar ahora de ella.

El Duque no contestó; sentóse delante de la mesa donde su esposa había colocado el cofrecillo, y se puso á examinar lo que contenía.

Alicia fué á buscar su labor, y se puso á trabajar.

Dos horas hubo de completo silencio; cuando la campana llamó para el almuerzo, alzó el Duque la cabeza, y dijo admirado:

—¿Ya?

—¿No estás cansado? — preguntó la Duquesa.

—No (respondió él); se me ha pasado el tiempo en un instante.

—Pues hace dos horas que estás leyendo y registrando.

—Y aquí hay para días (dijo el Duque); son infinitas las anotaciones que hay que tomar; los papeles se hallan en el más completo desorden: el árbol genealógico está destrozado.

—Le mandaremos hacer otra vez (observó Alicia); tú conocerás en Madrid algún buen calígrafo.

—Yo mismo lo haré.

—¿Sabes pintar también?

—Medianamente.

—¡Oiga! ¿Y me lo habías ocultado?

—Tú sólo tienes idea de lo malo que hay en mí (repuso el Duque); ya llegará día en que conozcas lo bueno.

Alicia no respondió; fueron al comedor, y Raimundo almorzó de prisa, con el objeto de volver á seguir arreglando papeles.

—¿Por qué ese afán? (le preguntó su esposa.) Tienes aún diez meses de tiempo, si es que te resignas á acompañar mi soledad.

—Nunca hubiera creído que la ocupación proporcionase tanto placer, y tanto tedio la ociosidad (dijo el Duque). ¿Por qué se le llama venturoso al que nace rico? ¡Ah! ¡Venturoso, cuando trae por herencia el cáncer del siglo!

—Mi infausta curiosidad me hizo saber, el día mismo de nuestro casamiento, que llamas así á la ociosidad (dijo Alicia); pero no hay nadie en el mundo que no pueda curarse de ese cáncer.

—¿Cómo?....

—Mi abuelo decía que desde el rey hasta el más humilde de sus súbditos, todos los hombres tienen deberes que llenar, y la obligación sagrada del trabajo: sin duda, pues, que no hay uno que no pueda trabajar, porque mi abuelo no menta nunca: los que, como nosotros, tienen gentes que dependen de ellos, deben mirar por la dicha de los pobres: los que, como tú, tienen talento para la pintura, deben cultivarle: para eso se lo da Dios. ¡El trabajo! ¿Dónde hay nada comparable á las dichas que proporciona? ¿Dónde hay nada como él para llenar el vacío del alma?

El Duque nada respondió: arregló aún algunos papeles con aire distraído; y luego, encerrándolos en el antiguo cofrecillo, dijo levantándose:

—Hasta luego: voy á mi cuarto: tengo que escribir al Coronel. Y salió.

—¡Dios santo! (pensó Alicia.) ¡De nada ha servido todo lo que he hecho para ocuparle, para distraerle! ¡Ya le ha cansado esa ocupación: y quién sabe si acabará diciéndome que esta vida le es insostenible, y que se va á Madrid....; ó quizá á París!

He aquí, entretanto que Alicia se entregaba á sus meditaciones, lo que escribía su marido al Coronel:

«Yo estoy loco, amigo mío: jamás he visto una criatura que reúna las perfecciones que mi mujer: la menor para mí es su belleza; lo que admiro es su dignidad, unida á su perfecta é inalterable dulzura: su caridad, su fe cristiana, su valor para soportar todas las continuas incomodidades de la vida: su gracia, su eterna é incomparable compostura; pero, ¡ay!: Alicia me amaba, y temo que haya dejado de amarme, porque, á la par que ella ha conocido que yo valía muy poco por la fatal coincidencia que la llevó al pabellón el día de nuestra llegada, yo he conocido el tesoro que me deparaba el cielo.

«¡Aconséjame, Miguel! ¿Qué debo hacer? ¿De qué modo me haré digno de Alicia? ¿Qué haré para que consienta en mirarme como á su marido, para que me ame, en vez de tratarme con la glacial amistad que ahora me concede?

«Me creía con mucho mundo, y ahora, delante de esta sencilla é inocente criatura, criada en la soledad del campo, veo que soy un niño. ¿Qué es, pues, lo que aprendemos en esos salones, en los cuales paseamos nuestra ociosidad y nuestro fastidio, en los que nos creemos

idolatrados de todas las mujeres? ¿Qué hacemos? Consumir nuestra vida en inútiles y costosos galanteos, y nuestras fortunas en desórdenes que dejan el corazón vacío.

—¡Miguel, te lo confieso! Acaso por la primera vez de mi vida estoy enamorado seriamente..., y de mi mujer: en cuanto á ella, me mira con una indiferencia que me desespera; creo que el amor que me tuvo murió cuando me oyó en el pabellón descubrirte el fondo de mi alma, y que jamás podrá volver á amarme.»

El Coronel se rió de esta carta, y contestó á su amigo que iba á pasar quince días en su compañía y en la de la Duquesa.

Esperando su llegada, Raimundo trató de entretener su tiempo del mejor modo posible: continuaba en las primeras horas de la mañana el arreglo de los papeles de familia, ordenándolos, colocándolos en legajos y tomando anotaciones; después del almuerzo se ocupaba en el árbol genealógico de la familia de Santa Clara, trabajo de pintura delicadísimo, y que llevaba á cabo con una paciencia infinita.

Estos trabajos tenían lugar en la biblioteca, donde solía reunirse Alicia, que iba allí con su bordado ó costura.

Con la presencia de su mujer, se veía el Duque feliz: de cuando en cuando alzaba la cabeza para mirarla, y la veía trabajando tranquilamente al lado de la ventana abierta, que dejaba ver la campiña engalanada con su traje de primavera.

Ella le miraba también á hurtadillas, y al verle tan agradablemente ocupado, y observar que había huido de él el hastio excesivo que antes devoraba su salud, alzaba los ojos al hermoso cielo que se descubría, y exclamaba desde el fondo de su alma con los ojos humedecidos de gratitud:

—¡Gracias, Dios mío!

El Coronel llegó, y la alegría de Raimundo fué inmensa: le contó todas sus penas, y el ansia con que esperaba ser mirado por su mujer como un esposo digno de ella.

—No dudes que lo conseguirás tan pronto como la convenzas de que puedes amarla, de que puedes ser esposo fiel, y hombre religioso y grave: no olvides que ella sólo así ha conocido al hombre, y que su abuelo y su padre eran modelos de hidalguía y de nobleza, no menos que de galantería. No es Alicia de esas mujeres que se prendan más del hombre más depravado: educada tierna y cristia-

namente, en una familia que ha fundado siempre su mayor gloria en la virtud, todo lo que es falso, vil y vicioso le causa horror: su alma pura y digna verá siempre en la virtud lo más hermoso de la tierra, sin que por eso haga alarde de una intolerancia austera: sus ideas son las que debe tener toda mujer verdadera y sinceramente buena, y la tuya sabrá ser á la vez el mejor ornato de los salones del gran mundo, la esposa más ejemplar y la madre más tierna.

—Yo dudo (dijo el Duque) que esta niña sencilla sirva para hacer en el gran mundo los honores de la casa: dudo que tenga esa elegancia de maneras, ese tacto, ese aplomo necesarios en la alta sociedad; pero ¿qué importa? Pienso huir del gran mundo, porque me he convencido de que sólo en el hogar doméstico es donde se halla la verdadera felicidad.

—Mi pobre amigo (repuso Miguel); diríase que tu destino es caer siempre en las exageraciones: antes te has entregado al mundo en cuerpo y alma; ahora quieres huir de él por completo: esto no es justo ni prudente, teniendo una esposa joven, linda, bien educada, y á la que esta en tu mano dar ese barniz elegante y distinguido que temes le falte: no, amigo mío; no es la perpetua soledad, no es el aislamiento absoluto lo que conviene al amor: la casa parece más agradable cuando se disfruta alguna vez del bullicio de las fiestas: el sosiego es más grato después de la agitación. Alicia sabrá, estoy seguro de ello, ser tan amable en un baile, como en el interior de su casa; tiene lo que falta á todas las mujeres que caen: sólidos principios religiosos, y una moral pura y grave, de la que un constante ejemplo ha hecho en ella una segunda naturaleza: la mujer que es buena cristiana, no cae jamás; ni se apodera nunca del hombre que ha recibido una educación religiosa ese hastio profundo y fatal, que había llegado á hacer de tu vida un doloroso sueño, sin alegría en el presente, sin esperanza en el porvenir: créeme; debes presentar á tu esposa en el mundo, y lo antes posible, para que te convenzas de lo que vale: para ensayarlo debéis asistir ya á la fiesta que, según me ha dicho tu mayordomo, va á dar en su quinta el marqués de X....

—Por mí, no hay inconveniente,—respondió Raimundo, cuyo carácter, antes violento y dominante, parecía haberse ablandado ahora, cual la cera virgen, bajo el mágico poder del amor.

—Está bien (dijo Miguel); iremos á esa fiesta, que promete estar

muy concurrida, y allí te convencerás de lo que vale tu mujer.

El Coronel fué desde la habitación del Duque á la de la Duquesa, que se hallaba sola y triste.

—Amiga mía (le dijo); se va acercando la hora de la dicha.

Alicia sacudió la cabeza con tristeza, y respondió:

—¡No espero esa hora bendita! ¡Ay, amigo mio! ¡Si supiera V. cuánto sufro para demostrar alegría cuando mi corazón está tan afligido! Amo á mi esposo, y debo mirar este amor como una desgracia, y, como otro mal irreparable, el estar unida á él.

—Ni lo uno ni lo otro (contestó Miguel): Raimundo ha cambiado mucho.... ¡Él la ama á V.!

—¡Á mí! ¿Olvida V. sus confianzas del pabellón?

—¡Y qué! (exclamó el Coronel.) ¿Ninguna influencia concede V. á una criatura buena, adorable, angelical y hermosa como V. lo es? ¿Serian dotes inútiles la paciencia, la conformidad, la prudencia y la resignación cristiana? ¿Serian virtudes ineficaces la caridad, la modestia, la piedad más candorosa y severa á la vez? No, amiga mía: Dios es justo, y no puede dejar sin recompensa sus virtudes: los ruegos que ha dirigido V. á su madre no han sido en vano: ella vela en el cielo por la felicidad de V.: lea V. esta carta.

Y Miguel dió á la Duquesa la carta que Raimundo le había escrito, y en la que le confesaba su amor hacia su esposa.

Alicia la leyó dos veces, sin poder dar crédito á sus ojos: después cayó de rodillas, elevó las manos y los ojos al cielo, y exclamó:

—¡Gracias, Dios mio! ¡Gracias, madre mía!

—Creo (dijo el Coronel), que este escrito destruye las confianzas que se me hicieron en el pabellón del jardín: he aquí, amiga mía, el milagro que obran siempre la virtud y la dignidad de la mujer; pero vamos á otra cosa: pasado mañana hay un baile en la quinta del marqués de X.... Procure V. ponerse todo lo bonita posible, pues va V. con su marido y conmigo.

—¡Á un baile! ¡De luto!—exclamó la joven.

Ya va á hacer seis meses que murió el Duque, y algo tiene V. que poner también para alcanzar por completo su dicha: ya que la ha visto á V. buena, dulce y modesta, que la vea ahora bella y elegante: ya que ha halagado V. su corazón, es fuerza que halague su vanidad.

X.

Dos días después, y á eso de las nueve de la noche, entraba Alicia, vestida de baile, en el salón, donde la esperaban su esposo y el Coronel.

Como ya iban á cumplirse los seis meses de la muerte de su abuelo, se había aliviado el luto, y su traje se componía de crespón blanco y negro, y blondas de los dos colores; rosas blancas, perlas y brillantes formaban el tocado de la joven, entrelazándose caprichosamente con los hermosos rizos de sus cabellos castaños.

El Duque pudo ver entonces una espalda hechicera y blanca, unos brazos de marfil hechos á torno, y, al entrar Alicia con rápido paso, un piececito de niña calzado de raso blanco.

La Duquesa estaba encantadora: porque aquella Duquesa de diez y siete años, fresca y risueña como una niña, en nada se parecía á las Duquesas pintadas y llenas de rizos postizos que Raimundo había visto en los salones franceses.

La alegría de saber que era amada de su marido; la de asistir al primer baile; la esperanza, la emoción, todo esto había cubierto las blancas mejillas de la joven de un sonrosado encantador.

Su aire, á la vez ingenuo y elegante, estaba lleno de gracia y distinción; entró sonriendo, y Martina tras ella, con una capa de raso blanco, forrada y guarnecida de piel de armiño, en el brazo.

—¿Qué tal?—preguntó el Coronel en voz baja al Duque, en tanto que el aya cubría con la capa á su joven señora.

— ¡Jamás la hubiera creído tan bella, tan elegante, — contestó Raimundo en el mismo diapasón.

— Pues repara en que muchos pueden ser de tu mismo parecer, y pide pronto la absolución.

Raimundo, al ver que su mujer esperaba, le ofreció el brazo, y los tres bajaron para tomar el coche.

La quinta se hallaba desde el gran patio magníficamente decorada: alfombras, macetas llenas de flores, luces, todo esto se mezclaba en el ornato con una agradable confusión: una larga fila de coches se hallaba estacionada delante de la puerta principal.

El salón se hallaba así mismo iluminado con profusión, y le guarnecía armoniosamente una guirnalda de mujeres, la mayor parte jóvenes, y engalanadas todas á porfía.

Pero excepto la Marquesa, ama de la casa, todas las demás llevaban vestidos muy pasados de moda, y recargados de un modo ridículo de adornos y de joyas.

Una mostraba, sobre un traje rosa, una túnica recogida con rosas amarillas; otra ostentaba en el peinado enormes plumas, que se mecían como un penacho colosal; la mayor parte llevaban los trajes cortos y tenían los pies muy grandes, bien en contra de la exquisita elegancia, que prescribe la larga cola y que procura ocultar la pequenez del pie.

Así, pues, la joven Duquesa, con su sencillo y elegante traje, con sus magníficos diamantes, repartidos con sobriedad, con su fresca y pura belleza, cayó allí como una estrella, cuyo brillo deslumbró á toda la parte masculina de la reunión.

Raimundo oía estas frases por todos lados:

— ¡Qué bella es la Duquesita!

— ¡Qué elegante!

— ¡Qué aire tan noble!

— ¡Qué distinguidas maneras!

— He allí al vizconde de Fuentes, que también se halla en la fiesta (dijo el Coronel á su amigo); parece que no ha olvidado el día en que, yendo nosotros de caza con él, el Duque nos dió hospitalidad; repara con qué insistencia tan significativa está mirando á tu mujer.

El Duque palideció; en efecto, el Vizconde devoraba á Alicia con una mirada llena de entusiasmo.

Habia motivo para ello; nadie hubiera podido sospechar en la cándida niña, que vivía al lado de su abuelo, ruborizándose hasta de saludar, á la bella, á la encantadora joven, de tan graciosas y distinguidas maneras y de un aire tan elegante.

Aprovechó el Vizconde un momento en que la Marquesa se había separado de Alicia, y se acercó á ella para saludarla.

Hablaron algunos instantes, y al tocar la orquesta un vals, el Duque les vió bailar en medio de la turba que llenaba el salón. ¡Alicia sabía bailar, y de qué modo! Una sílfide no pudiera moverse en las nubes impalpables del espacio con una gracia más casta y más completa.

Fatigada á la segunda vuelta ya del baile, ó bien de las palabras que su pareja le decía en voz baja al oído, Alicia se detuvo sin afectación, y dijo que se hallaba cansada.

Entonces el Vizconde fué á saludar al Duque, que le midió con una mirada de odio y de celos, pues ya no podía dudar del sentimiento que le inspiraba su mujer.

— Muy callado has tenido tu casamiento (le dijo el Vizconde con ironía); no lo sabía hasta que me lo han dicho aquí.

— No he dado parte á nadie, — respondió Raimundo con frialdad.

— Sin embargo, aquí veo á Miguel.

— Con Miguel me unen los vínculos de una amistad muy estrecha.

— Así parecía que me la profesabas á mi.

— Te equivocas.

— Es tarde, y me parece que la Duquesa está algo fatigada, — dijo el Coronel, interviniendo en la conversación, que ya iba tomando cierto aspecto peligroso.

— Vamos, — respondió el Duque.

Y volviendo la espalda al Vizconde, fué á ofrecer el brazo á su esposa y á despedirse de la Marquesa, que, de pie á la puerta del salón con su marido, iba saludando á los que se retiraban.

Subieron al carruaje en silencio los dos esposos y el amigo, silencio que no se rompió hasta llegar á las tapias del cementerio.

Ya allí, el Coronel mandó parar al cochera, y como si el guardián de la mansión de los muertos hubiera estado prevenido, la puerta se abrió de par en par.

— Entremos á rezar (dijo Miguel); quiero elevar al cielo una ora-

ción por el alma del noble anciano á quien apenas conocí ; pero cuyo recuerdo veneraba tanto.

Atravesaron los tres una de las calles de árboles, y el Coronel y Alicia se arrodillaron ante el panteón de los duques de Santa Clara.

Raimundo, en vez de permanecer en pie como la vez primera, dobló también la rodilla, y una oración brotó de sus labios.

¡Amaba! Y el amor ahuyentaba todas las sombras del escepticismo.

De repente, y en medio del silencio de la noche y del lugar, se elevó la voz de Miguel sonora y grave.

—¡Oh noble duque de Santa Clara! (exclamó.) ¡Oh tú, su buena y santa esposa! ¡Oh tiernos padres de Alicia! ¡Benedicid desde el cielo, adonde vuestras virtudes os han conducido sin duda, la unión de estas dos almas que vivían alejadas, y que el amor reúne! Vosotros veriais desde esos lugares de gloria, quizá con profundo dolor, — si es que el dolor cabe al lado del supremo bien, — que las bodas de vuestra hija eran sólo una fórmula hasta hoy, y que Alicia vivía triste y sola! ¡Pero en adelante la veréis esposa feliz y respetada, porque será esposa ejemplar, porque su virtud le ha conquistado el amor del que lleva ante los altares el título de esposo suyo! ¡Alicia ha amado siempre á Raimundo! ¡Él ha sido su primer amor y será el último! ¡Raimundo ha llegado á amar á Alicia con la fe ciega y llena de ternura del amor primero! ¡Nobles sombras, benedicid desde el cielo esta tierna é indisoluble unión!

Miguel, dichas estas palabras, tomó las manos de los jóvenes esposos, y las unió en las suyas: aquellas manos se estrecharon tiernamente: después Alicia abrió los brazos á su marido, que la estrechó contra su corazón.

—¡Esta es la unión verdadera y sancionada por la paternal sonrisa de Dios! (dijo el noble amigo.) En tanto que los corazones no laten acordes, el lazo es un dogal.

—¡Tú me has redimido! (exclamó el Duque, volviendo á abrazar á su esposa.) Tus modestas virtudes han avergonzado á mi ruin ociosidad, á mi rutinaria ceguera para todo lo que era bello y bueno: la niña inocente sabía más que el hombre de mundo, porque estaba guiada por la caridad y la religión: ¿cómo te pagaré yo, mi Alicia,

el que me hayas enseñado el camino del trabajo, de la resignación y de la felicidad?

—Llevándola á Madrid mañana (respondió el Coronel): siguiendo el ejemplo que te dará constantemente de moderación y de paciencia, y huyendo con horror, como ella, de la ociosidad, ese fatal cáncer del siglo, que tantos desórdenes trae consigo y que ahoga todos los buenos instintos.

FIN DEL CÁNCER DEL SIGLO Y DE LA COLECCIÓN.



ÍNDICE.

	<i>Págs.</i>
La copa del Obispo.....	5
El amor de los amores.....	77
Cruz de paja y cruz de plomo.....	133
Martirio sin gloria.....	189
El cáncer del siglo.....	243

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECA

OBRAS

que se hallan de venta en los almacenes de D. Agustín Jubera, calle de Campomanes, núm. 10, Madrid.

Obras de Chateaubriand, ilustradas con grabados.

- Los Mártires.—Un tomo en 4.º mayor, de 192 páginas: 1,75 pesetas.
- Atala.—René.—El Último Abencerraje.—Un tomo en 4.º mayor, de 68 páginas. Estas tres se venden juntas bajo una cubierta: 0,75 pesetas.
- Los Cuatro Estuardos.—Un tomo en 4.º mayor, de 40 páginas: 0,50 pesetas.
- Itinerario de París a Jerusalén.—Un tomo en 4.º mayor, de 168 páginas: 1,75 pesetas.
- El Genio del Cristianismo.—Un tomo en 4.º mayor, de 200 páginas: 2 pesetas.
- Los Natchez.—Un tomo en 4.º mayor, de 144 páginas: 1,50 pesetas.
- Viajes a Italia y a América.—Un tomo en 4.º mayor, de 120 páginas: 1,25 pesetas.
- Estudios históricos.—Un tomo en 4.º mayor, de 192 páginas: 2 pesetas.
- Misceláneas políticas.—Un tomo en 4.º mayor, de 116 páginas: 2,25 pesetas.
- Opiniones y discursos.—Un tomo en 4.º mayor, de 140 páginas: 1,50 pesetas.
- Memorias de Ultratumba.—Un tomo en 4.º mayor, de 624 páginas: 6,50 pesetas.
- Ensayo sobre las revoluciones antiguas.—Un tomo en 4.º mayor, de 156 páginas: 1,50 pesetas.
- Análisis razonado de la Historia de Francia.—Un tomo en 4.º mayor, de 144 páginas: 1,50 pesetas.
- Ensayo sobre la literatura inglesa.—Un tomo en 4.º mayor, de 124 páginas: 1,25 pesetas.
- Misceláneas literarias.—Un tomo en 4.º mayor, de 40 páginas: 0,50 pesetas.
- Vida de Rancé, reformador de la Trapa.—Un tomo en 4.º mayor, de 44 páginas: 0,50 pesetas.
- Congreso de Verona.—Guerra de España.—Negociaciones.—Colonias españolas.—Polémica.—Un tomo en 4.º mayor, de 208 páginas: 2,25 pesetas.

Una empresa misteriosa en el mar de las Antillas, por D. José Moreno Fuentes. Edición ilustrada, dos partes: cada una 1 peseta.

Á bordo de un bote, viaje alrededor del mundo, original de D. Vicente Moreno de la Tejera.—Interesante viaje en el cual el autor ha logrado unir lo dramático, maravilloso y conmovedor, con el estudio del origen y desarrollo de las razas, de las corrientes de los mares y de los fenómenos meteorológicos, refiriendo al mismo

tiempo extraños usos y costumbres de los países más lejanos y menos conocidos.—Dos grandes tomos con muchas láminas y más de 1,500 páginas en 4.º: 40 pesetas.

Obras de Edmundo de Amicis, traducidas al castellano.

- Marruecos.—Un tomo: 3,50 pesetas.
- Recuerdos de París y Londres.—Un tomo: 2,50 pesetas.
- Constantinopla.—Dos tomos: 5 pesetas.
- Holanda.—Un tomo: 4 pesetas.
- Recuerdos de 1870 y 1871.—Un tomo: 3 pesetas.
- La vida militar.—Bocetos (primera serie).—Un tomo: 3 pesetas.
- La vida militar.—Nuevos bocetos (segunda serie).—Un tomo: 3 pesetas.
- Novelas.—Un tomo: 3 pesetas.
- Páginas sueltas.—Un tomo: 3 pesetas.
- Retratos literarios.—Un tomo: 3 pesetas.
- España: Viaje durante el reinado de D. Amadeo I.—Un tomo: 5 pesetas.
- Poesías.—Un tomo: 3 pesetas.
- España.—Dos tomos: 6 pesetas.
- Los amigos.—Tres tomos: 9 pesetas.
- Italia.—Dos tomos: 6 pesetas.

Obras de Adolfo Belot.

- Flor de Crimen.—Dos tomos: 6 pesetas.
- La Boca de la señora X.—Un tomo: 2 pesetas.
- La mujer de hielo.—Un tomo: 2 pesetas.
- La mujer de fuego.—Un tomo: 2 pesetas.
- Las fugitivas de Viena.—Un tomo: 2 pesetas.
- Reina de Hermosura.—Un tomo: 3 pesetas.
- La Sultana parisiense: 2 pesetas.
- La fiebre de lo desconocido: 2 pesetas.
- La Venus negra: 1,50 pesetas.
- Los misterios mundanos: 1,50 pesetas.
- Las bañistas de Trouville: 2 pesetas.
- La Señora Vitel y la señorita Lelievre: 2 pesetas.
- La cárcel de Clermont: 2 pesetas.

Obras de Selgas: las últimas corregidas por el Autor.

- Flores y espinas.—Colección de poesías.—Un tomo en 8.º mayor: 5 pesetas.
- Hojas sueltas.—Un tomo en 8.º: 2 pesetas.
- Más hojas sueltas.—Un tomo en 8.º: 2 pesetas.
- Libro de memorias.—Un tomo en 8.º: 2 pesetas.
- Nuevas páginas.—Un tomo en 8.º: 2 pesetas.
- Delicias del nuevo paraíso.—Un tomo en 8.º: 2 pesetas.
- Cosas del día.—Un tomo en 8.º: 2 pesetas.
- Obras escogidas, que contienen: Dos para dos.—El corazón y la cabeza.—El vals íntimo.—Un duelo a muerte.—Un tomo en 8.º con siete láminas: 2 pesetas.

Obras de Trucha:

- Capítulos de un libro.—Un tomo en 8.º: 3 pesetas.
- Madrid por fuera.—Un tomo en 8.º: 3 pesetas.
- Cuentos de varios colores.—Un tomo en 8.º: 3 pesetas.

- Narraciones populares.—Un tomo en 8.º: 3 pesetas.
- Libro de las montañas.—Un tomo en 8.º: 3 pesetas.
- Obras escogidas que contienen: Aventuras de Periquillo.—Cielo con nubecillas.—Las cataratas.—El molinero.—Un tomo en 8.º, con siete láminas: 2 pesetas.
- Cielo con nubecillas.—Un tomo, con láminas: 1 peseta.

Obras de D. Emilio Castelar:

- + Un viaje a París durante el establecimiento de la República, por E. Castelar, seguido de París y sus cercanías.—Manual del viajero, por Luis Taboada.—Madrid, 1880.—Un tomo en 8.º, con el plano de París: 5 pesetas.
- + Recuerdos y esperanzas.—Dos tomos en 8.º: 6 pesetas.
- + Cuestión de Oriente: 4 pesetas.
- + Ocaso de la libertad: 5 pesetas.
- + Recuerdos de Italia.—Primera parte: 6 pesetas.
- + Idem id.—Segunda parte: 4 pesetas.
- + Un año en París: 6 pesetas.
- + Discursos parlamentarios en la Asamblea Constituyente de 1869 a 1870; tercera edición.—Tres tomos: 6 pesetas.
- Idem políticos dentro y fuera del Parlamento en los años de 1871 a 1873: 8 pesetas.
- + Fra Filippo Lippi.—Novela histórica.—Tres tomos en 4.º mayor, láminas: 28 pesetas.
- + Fórmula del progreso: 2 pesetas.
- + Defensa de la fórmula: 2 pesetas.
- + Cuestiones políticas y sociales.—Tres tomos en 8.º: 6 pesetas.
- + La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo.—Segunda edición.—Cinco tomos en 8.º: 15 pesetas.
- + La Hermana de la Caridad.—Segunda edición.—Dos tomos: 4 pesetas.
- + Estudios históricos sobre la Edad Media y otros fragmentos: 2 pesetas.
- + Miscelánea de historia, de religión, de arte y de política: 2,50 pesetas.
- + Perfiles de personajes y bocetos de ideas: 3,50 pesetas.
- + La redención del esclavo, primera y segunda parte.—Cuatro tomos 8.º: 12 pesetas.
- + Vida de lord Byron.—Un tomo en 4.º: 5 pesetas.
- + Ensayos literarios.—Un tomo en 8.º mayor: 3 pesetas.
- + Cartas sobre política europea.—Primera serie: 3 pesetas.
- + Idem id.—Segunda serie: 3 pesetas.
- + Movimiento republicano.—Edición económica.—Nueve tomos en 8.º: 22 pesetas.
- + Idem id.—Edición de lujo.—Dos tomos en folio: 45,50 pesetas.
- + Historia de un corazón.—Un tomo: 4 pesetas.
- + Ricardo.—Segunda parte de la Historia de un corazón.—Dos tomos: 6 pesetas.
- Semblanzas contemporáneas de los personajes más célebres del mundo en las letras, las ciencias y las artes.—Contiene: J. Fabre y E. Bismark.—Thiers y A. Dumas.—Girardin y Manin.—Hugo y Figueras.—Prim y Monroy.—Gambetta y Delfina Gay.—Luis Napoleón.—Rossini y Herten (escritor

ruso).—Obispo de Orleans, doctor Veron, marquesa de Osvaul y Mazzini.—Oliver; historiadores, Ferrari y Michellet; actriz Georges; pintor, Ingres, y filósofo, Cousin: 15 pesetas.

Obras de H. Balzac:

- El contrato de matrimonio : 2 pesetas.
- Pequeñas miserias de la vida conyugal; un tomo en 8.º : 2 pesetas.
- Escollos de la vida; un tomo : 1 peseta.
- Fisiología del matrimonio; un tomo : 4 pesetas.
- Ferragus; un tomo : 1 peseta.
- Honorina; un tomo : 1 peseta.
- La mártir de su inocencia; un tomo : 1 peseta.
- La mujer abandonada; un tomo : 1 peseta.
- La solterona; un tomo : 1 peseta.
- La piel de zapa : dos tomos : 2 pesetas.
- Lirio en el valle; dos tomos : 2 pesetas.
- Memorias de dos jóvenes obreras; un tomo : 1 peseta.
- Investigación de lo absoluto; un tomo : 1 peseta.
- La duquesa de Langead; un tomo : 1 peseta.

Obras de D. José Castro y Serrano:

- Cartas trascendentales, primera y segunda serie; dos tomos en 8.º : 5 pesetas.
- España en Londres, correspondencias sobre la Exposición universal de 1862; un tomo en 8.º mayor : 3,50 pesetas.
- España en París, revista de la Exposición de 1867; un tomo en folio con magníficos grabados : 6,25 pesetas.
- La capitana Cook, estudio de viajes; segunda edición; un tomo en 8.º : 2,50 pesetas.
- La novela del Egipto, viaje imaginario a la apertura del canal de Suez en seis jornadas; un tomo en 4.º : 5 pesetas.

Obras de Ereckmann-Chatrian ilustradas con magníficos grabados.

- El amigo Fritz; un tomo : 1,25 pesetas.
- Historia de un quinto de 1813; un tomo : 1 peseta.
- Historia de la revolución francesa; 8 partes: cada una, 1 peseta.
- Waterloo.—Primera parte : 1 peseta.
- Waterloo.—Segunda parte : 1 peseta.
- Cuentos de las orillas del Rhin : 1 peseta.
- Recuerdos del canal de Suez : 1 peseta.
- Los Veteranos Imperialistas : 1 peseta.
- Cuentos de los Vosgos : 1 peseta.
- El Expulsado : 1 peseta.
- El Abuelo Lebibre : 1 peseta.

Obras de A. de Lamartine.

- Rafael, con grabados : 1,50 pesetas.
- Graciella, id. id.: 1,25 pesetas.
- El Picapedrero de Saint-Point, id. id.: 1 peseta.
- Historia de los Girondinos, con láminas : 10 pesetas.
- Dos perlas literarias : 6 pesetas.
- Historia de Julio César, con láminas : 3,50 pesetas.
- Hombres de la revolución, id. id. : 3,50 pesetas.
- Civilizadores y conquistadores, dos tomos : 6 pesetas.



UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS





UAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
BUARAMANGA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NARR
DEL

